

RECUERDOS

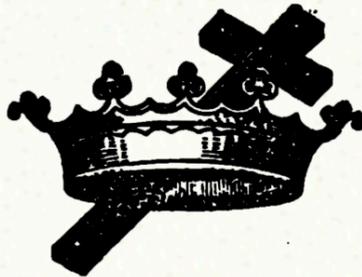
Á LA

MEMORIA

DEL

SEÑOR DOCTOR DON

PEDRO FERMIN CEVALLOS



QUITO

IMPRESA NACIONAL

1897



J. M. ... 1897

V. J. Cevallos

PEDRO FERMIN CEVALLOS

HISTORIADOR Y JURISCONSULTO

NACIMIENTO

AMBATO, JULIO 7 DE 1812

FALLECIMIENTO

QUITO, MAYO 21 DE 1893

IV

Al recoger cuidadosamente y con singular afecto las publicaciones en que la Prensa Nacional y los particulares manifestaron su condolencia por el fallecimiento de nuestro inolvidable padre el DR. D. PEDRO FERMIN CEVALLOS, abrigábamos, como era natural, la idea de dar á luz una compilación, que reuniese en un solo grupo cuanto había llegado hasta entonces y llegase después á nuestras manos, destinado á honrar su memoria.

Sin embargo, hubimos de postergar el cumplimiento de tan justo como plausible empeño, hasta el cuarto aniversario de su muerte, en que debía hacerse el traslado de sus restos al mausoleo de la familia; con el fin de que, dando mayor solemnidad á esta ceremonia, acompañase también esa publicación á los demás actos con que los íntimos deudos pensábamos conmemorar la desaparición del que había sido, ejemplar padre y cariñoso maestro, constitu-

yendo la honra y felicidad de nuestro hogar.

Vencidos pues, la multitud de obstáculos inherentes á una obra de esta naturaleza, vemos al fin, con su publicación, satisfecho nuestro mayor anhelo y concluida la guirnalda fúnebre que, cumpliendo con el sagrado deber impuesto por la gratitud y el amor filial, habíamos depositado sobre la tumba de nuestro amado antecesor.

Estas últimas siemprevivas entrelazadas en esa guirnalda, son las que hoy presentamos á la recordación de la amistad y al afecto y veneración de la familia, como un poderoso estímulo que mantendrá siempre palpitante su memoria.

Por lo que á nosotros hace, ellas además nos servirán de consuelo en las horas de amargura, de bálsamo para cicatrizar la herida que abrió en nuestro corazón su eterna ausencia; y, conservadas siempre frescas con el rocío de nuestras lágrimas, formarán el monumento en donde veremos constantemente, á la vez que la desgracia de nuestro pasado, la gloria de nuestro presente y porvenir.

A pesar de nuestros esfuerzos porque

esta colección sea completa, tenemos que lamentar la falta de varios artículos, especialmente de los que han visto la luz pública en el exterior, y cuya adquisición nos ha sido sumamente difícil. En cuanto á los que aquí constan, hemos procurado darles en la colocación el mejor orden posible, casi el mismo con que han ido sucediéndose los honores tributados á nuestro querido padre; agregando solamente, en la última sección, algunos trozos importantes que le dedicaron en vida.

Para terminar esta breve introducción, que debe tenerse más bien como simple advertencia, réstanos únicamente cumplir con el objeto principal de ella, á saber: dar testimonio público de nuestro agradecimiento, á todos los que han contribuido, bien sea con sus producciones ó de otra manera, para la formación de esta corona, ayudándonos á realizar una obra que llena nuestras más grandes aspiraciones. Quede, pues, constancia, en ella misma, de nuestra eterna gratitud.

F. Alberto Darquea Cevallos.



EL DOCTOR DON

Pedro Fermín Cevallos.

APUNTES BIOGRAFICOS.

I

Hace poco nos escribía un amigo nuestro estas palabras: "Ud. como paisano del Dr. Cevallos, con quien, además, tiene buenas conexiones, debe conocer algunos pormenores de su vida; ¿por qué no los da al público? Hombres como él bien merecen una biografía".

En efecto, el Dr. Cevallos tiene ya un nombre que pertenece al mundo literario; á ese mundo formado de ideas y de doctrinas, de ilustración y verdades, de belleza y encantos, y que con tanta eficacia ha influido siempre en la suerte del género humano; á ese mundo que se desarrolla en todos los climas, que se robustece con los siglos, que se alimenta con los frutos intelectuales de todos los pueblos, y que no conoce sino una sola generación, y ésta eterna,—la generación del talento y la gloria.

Y quien guiado por la nobilísima aspiración de ascender á ese mundo ha sabido desnudarse de la vulgar condición para mostrar el entendimiento é ingenio de que le dotó naturaleza, y vestir la púrpura de la celebridad, no es extraño que infunda en el público el deseo de conocerle por las particularidades de su vida.

Cierto también que en más de veinte años de no interrumpida amistad y trato frecuente con el Sr. Cevallos hemos recogido algunos datos que pueden servir para trazar su biografía siquiera á breves rasgos; y cediendo á las tentadoras palabras que hemos transcrito al comienzo de estas líneas, queremos hacer un boceto, que no por ser de mano amiga será contrario á la verdad y la justicia.

No es muy raro ver á dos pintores retratarse el uno al otro, y nadie se sorprende de este recíproco empleo de su arte. Los biógrafos son también pintores, y sus pinceles y colores son los mismos de la historia; la única diferencia consiste en que ésta pinta frecuentemente grandes y complicados cuadros, y la biografía sólo retrata personajes, prescindiendo á veces de todo objeto accesorio. La historia es Rúbens y la biografía Van-Dick. El Dr. Cevallos, historiador de nuestra patria, pero que ya se había dado á conocer como aventajado biógrafo, dió á luz en 1866 un trabajo, notable por más de un respecto, sobre nosotros y nuestras obras. Ahora queremos sentarnos también al caballete para pintar su retrato; ¿qué inconveniente hay para hacerlo? No somos Van-Dick: mas pintaremos así así, á nuestra manera.

El Dr. Cevallos juzgó que quien había levantado á las Musas un altarcillo de césped y flores en la marjen del Ambato, merecía ser conocido en la

vida del hogar, en la vida íntima, tanto como en la pública, y nosotros creemos con más razón que quien ha tenido la fortuna de erigirles un templo clásico en su *Resumen de la historia del Ecuador*, debe ser en justicia sacado á plena luz.

Las biografías abundan en nuestros tiempos; mas esto no quiere decir que abundan las personas de espectación que las merecen. Pocos son los nombres que los siglos futuros respetarán, y es inútil que se dé cabida en los diccionarios biográficos modernos á bárbaros toreros, bufones de teatro y farsantes políticos. En vista de tal ridícula manía pudiera creerse que en vez de honrar el verdadero mérito, se le degrada biografiando á quien le posee. Mas, por fortuna, el abuso de que hablamos no puede ser dañoso, una vez que los límites entre la adulación ó el capricho y la justicia debida al merecimiento incontrovertible, están bien señalados y conocidos. El bioldo de la crítica aventará toda maleza y dejará el grano limpio: la paja de las biografías apasionadas no caerá con el trigo, cuando sea arrojada al viento de la opinión sensata.

Nó, el abuso no triunfará; y menos podrá triunfar si tiene por compañera á la necesidad. Un príncipe romano, perverso y loco, elevó su caballo á la dignidad consular; mas ¿quién por esto ha dejado de respetar esa institución, y á los Césares y Agrícolas que en ella brillaron? Bien pueden los Calígulas de la literatura biografiar sus caballos: las consecuencias de la necia profanación no dañarán ni la biografía que se inventó para la gente de mérito, ni el mérito que la biografía guarda para enseñarlo, como acto de justicia y como un estímulo al mismo tiempo, á la sociedad presente y á las que vendrán después.

II

El 7 de Julio de 1812 recibía las aguas del bautismo en la iglesia matriz de Ambato un niño, nacido en esta misma ciudad y el mismo día; llamáronle Pedro Fermín, y era hijo legítimo de los Sres. D. Mariano Cevallos y D^a Victoria Villacreses.

Juzgado con razón el más esperto de sus hermanos, hizo concebir halagüeñas esperanzas al Sr. Cevallos, que creyó proporcionarle los elementos de una buena educación con enviarle á uno de los colegios de la Capital. Pedro Fermín entró, pues, en *San Luis* en 1826, y en dicho establecimiento, que gozaba de buen crédito, hizo su curso de latinidad, filosofía y humanidades. Pasó después á la Universidad y estudió jurisprudencia. En 1838 obtuvo el título de abogado.

¿Se cree que hizo sus cursos escolares y universitarios con la facilidad con que nosotros le venimos siguiendo en su vida de estudiante? Quien tal crea, se engaña. Todavía en el tecnicismo estudiantil se llama *calentar la lección* el aprenderla á la ligera, de modo que sirva para el desempeño de hoy, aunque mañana se borre de la memoria, como se borran las cosas que se escriben ó dibujan en la arena; y el joven Pedro Fermín, mimado con exceso en su primera niñez y acostumbrado al ocio, veía con repugnancia los libros de texto y escuchaba impaciente las explicaciones de los catedráticos, para verse luego en la necesidad de *calentar* las lecciones y zafar á duras penas de sus exámenes. Pasados éstos, como pasan las pesadillas, volaba al pueblo natal á entregarse á sus anchas, durante las vacaciones y en compañía de otros mozos alegres, á los bailes de candil, los paseos báquicos por las

huertas que sombrean el Ambato, y, en fin, á una existencia del todo libre de ocupación provechosa. El amor y el deleite eran sus únicas divinidades; jamás pensaba en lo futuro; su juicio dormía; su inteligencia trabajaba sólo dentro de los límites del mundo material; su alma, embriagada por el humo de la voluptuosidad, no podía elevarse ni dos dedos de la superficie de la tierra; eso no era vivir animado por el espíritu, era dejarse arrastrar por un aluvión de gozos censuales. Vivo, alegre, decidor, ligero, si hubiese nacido griego y en otros tiempos, se habría sentado á los banquetes de Aristipo ó concurrido á los jardines de Épicuro, pero siempre aceptando la práctica de la filosofía de estos maestros, y no el estudio sintético de sus doctrinas para llegar á penetrarse de su conjunto.

El haber obtenido el diploma de abogado, profesión seria y laboriosa, no contribuyó á modificar su género de vida; se casó y siguió tunante; llegó á ser padre y se mantuvo en sus trece.

Una sola vez, durante esa larga época de diversión y chacota, le sobrecogió al Dr. Cevallos un susto de gran tamaño. Trasladémonos á Riobamba en seguimiento de nuestro joven y alegre doctor por los años de 1835. Por supuesto, hemos de buscarle y dar con él en un baile. Allí estaba á la sazón el general Otamendi, un cuasi-tigre que en la guerra de la independencia se había comido algunas gruesas de españoles, y después se cebó también en los ecuatorianos, cuando las discordias intestinas los pusieron á su disposición. A causa de unos disgustos habidos entre el gobernador de la provincia y aquel general, quiso el segundo hacer de las suyas, y lanzó al salón del baile gente armada á que lo convirtiese en campo de sangre y de muerte. El

cambio de escena fue horrible: algunos pasaron en un instante del festín á la eternidad, y varios quedaron heridos; entre estos últimos se contaba el Dr. Cevallos, que no había tenido ninguna parte en la desavenencia que ocasionó tan funesto desenlace.

Algunos años más tarde se notó en nuestro amigo suma afición á la lectura, y aunque sólo gustaba de novelas, ya era un buen síntoma: habíase roto una brecha, si bien no muy ancha, en el reducto de los afectos materiales, y podía darse por ahí una carga hasta llegar á la rendición del alma. Pero ¿quién había de hacerlo? Cevallos vivía entregado sólo á sí mismo; no contaba con ningún amigo que pudiese aconsejarle y enderezar sus inclinaciones, y no había otra esperanza de mejoramiento, sino de parte de su propia voluntad. La naturaleza guarda á veces caprichosa en el individuo gérmenes ocultos de juicio, de inteligencia y de moral, que á beneficio de algún riego, casi siempre inesperado, se desarrollan, crecen y le hacen variar de condición y rumbo; ese riego es ora el cambio de sociedad, ora el de fortuna, ya una desgracia que le conmueve interiormente y con fuerza irresistible, ya un afecto nuevo hasta entonces desconocido y que se sobrepone, apenas nace, á todos sus demás afectos; bien, por último, algo que permanece oculto y misterioso, sin que él mismo sea capaz de comprenderlo y explicarlo.

No sabemos qué otra causa, fuera del afecto cobrado á los libros, vino á iniciar en el Dr. Cevallos la transformación de que tanto había menester; pero es lo cierto que tras la lectura de novelas se despertó la decisión por la historia. ¡Grande adelanto! La brecha se puso tamaña. Como la historia sin la geografía es incompleta, el Dr. Cevallos

hubo de recurrir á ésta. Mas los conocimientos adquiridos en tales materias por medio de la simple lectura, son como prestados, y nuestro amigo que había penetrado su importancia, quiso poseerlos en propiedad; para esto fue preciso estudiar. ¡Bravo! El ataque ha comenzado, y la victoria no estará largo tiempo indecisa, si hay perseverancia en el combate.

Y sí que la hay. He aquí que el joven desbaratado estudia seriamente, y, por lo mismo, con provecho. El residuo de las orgías invade á veces su gabinete; los amigos le tientan; pero si en ocasiones cede y se va con ellos, en otras se le ve resistir con valor. Compra una pequeña biblioteca, y aun, calando que puede escribir alguna cosa de más sustancia que el *Ante usted parezco y digo*, y el *A usted pido y suplico, jurando, costas, &c*, ensaya su pluma en objetos literarios, y hace traslucir al escritor futuro. El juicio va despertándose, la inteligencia se espiritualiza, el alma va recobrando sus facultades divinas.

Con todo, no se juzgue que ha desaparecido por completo el joven de ayer con sus costumbres epicúreas; ni es posible una transformación completa en pocos años; establécese en el carácter del Dr. Cevallos la dualidad infalible producida por sus inclinaciones pasadas y sus tendencias actuales, y continúa por algún tiempo regando flores con una mano en las aras del deleite sensual, y meciendo con la otra el incensario ante las augustas divinidades de la literatura y de la ciencia. Mas era natural que éstas fuesen gradualmente apoderándose de todo su afecto, hasta obligarle á consagrarse del todo á su culto.

Esto sucedió al cabo: los estudios históricos y

literarios llegaron á ser la pasión dominante del Dr. Cevallos y quedó redondeada su transformación. Nació á la vida del sentimiento, de las ideas y del deber, y la patria adquirió un ciudadano no solamente útil, sino importante en sumo grado.

Hay mucho que apreciar y aun que admirar en los hombres que han tomado el buen camino desde su niñez y no le han dejado nunca; privilegiados por el Cielo, triunfan de las tempestades de la juventud, las luchas del mundo los hallan con el pecho encorazado de diamante y los vicios mismos parece que temen el resplandor de sus virtudes. Pero es mucho mayor el mérito de los que han empezado mal y á fuerza de combatir sus extraviados instintos se han sobrepuesto á ellos y han conquistado un nombre ilustre y el aprecio y el respeto de la sociedad. De éstos no podemos decir que el Cielo los ha abandonado; pero es seguro que en sus inescrutables designios los ha destinado á no poder engrandecerse sino mediante los esfuerzos de su propia voluntad y de la inmolación de los afectos más arraigados en su pecho.

Hay ciertos individuos cuya cabeza blanquea por la influencia de sus tres cuartos de siglo, mas cuya alma es la de un muchacho desjuiciado y bullanguero; éstos se admiran de las felices transformaciones de que venimos hablando, y se les hace muy duro creer que quien haya sido disipado en su juventud pueda llegar en la edad madura á ser juicioso, amante del estudio y un buen escritor. ¡Pobres viejos! su admiración é incredulidad se explican por lo viciado de su naturaleza que les impide el discernimiento y la recta justicia.—Pues nosotros no hemos podido reformarnos ni hacer figura en la sociedad, ¿y hemos de creer en la conversión de fu-

lano y en su mérito personal?—He aquí lo que pensamos que dirá para su capote esa gente digna de lástima.

Pero las reflexiones á que nos ha inducido el tránsito de vida y condición del Dr. Cevallos, nos han alejado de nuestro tema; volvamos á él.

En "El Sud-Americano" y ahora ocho años publicó el doctor un artículo muy bien escrito, en el cual, entre chanza y chanza, al parecer se pintó á sí mismo (*). "Di en andar de cotarro en cotarro, dice allí, chanceándome en esta casa, jugueteando en otra, bebiendo, cantando, bailando en la de más allá, dándome un verde por los huertos de Ambato, pavonadas repetidas por los Edenes de Guano, por los Chambos y Pallatangas, siempre en movimiento, siempre con amigos y amigas, sino realizándolos, siempre haciendo paraísos. Después pasé á mayores: me gustó alguna, le gusté, y nos amamos. ¡Primér amor, dádiva del Cielo, alma de la vida! Detúveme en la delectación de mis amores, y me celaron y celé. Enojada ella unas veces, y yo enfadado otras, nos mirábamos de reojo, pero sin aborrecernos, y más bien como dispuestos á darnos por buenos. Venida la ocasión, que la buscábamos á posta, nos explicábamos, transigíamos, quedaban hechas las paces.....

"Este período, aunque breve, casi instantáneo, como fue, no dejó de ser agitado y tempestuoso. Por cada calabaza un agudo piquete á la vanidad, por cada celo de los míos un mordizcón al amor propio. Tras una mala noche (si tal podía llamarse) un dolor de cabeza; tras las cabalgatas en que mis amigos y yo llevábamos á los músicos á las ancas

(*) Después me decía, riendo, que esto fue verdad.

de los caballos, los *cachos* (cuernos) terciados á las espaldas, probando aquí la buena chicha, más allá el rancio carlón, al pasar un puente el uva, en los desfiladeros el anisado-mallorca; los ratos de calor el ponche, los de frío el *gloriadito* que decimos; tras las cabalgatas, repito, la consideración de los riesgos de una rotura de cabeza ó una dislocación de los brazos ó piernas, de los riesgos de aficionarse á la crápula ó quedar realmente de barril, la certeza de haber vaciado los bolsillos y las arcas, y el *qué dirán* de los prudentes.

“He puesto, como veis, los altos y bajos, los triunfos y las rotas, el pró y el contra, las glorias del calavera y los riesgos de la vida airada. Pues entre los percances del oficio y sus penalidades, estoy por los primeros con todas sus consecuencias, y ¡vive Dios! que si volviera á mis mocedades, fandanguero había de ser, que, de no serlo, no habría penitencia con qué purificar la falta”.

Que tal diga Cevallos por buen humor en su chusco artículo, pase; mas ¡cuántas veces habrá suspirado contemplando sus años perdidos para la patria y para sí mismo! ¡cuántas veces habrá repetido con un sabio griego en el tribunal de su propia conciencia: “No hay desperdicio mayor ni más sensible que el del tiempo!” La memoria de los placeres tumultuosos nunca es grata para quien conoce, después que ha pasado la tormenta, que no le fue dada la existencia para que abusara de ella en locas orgías y desmanes, sino para ennoblecerse y buscar la ventura del alma, empleándola toda en ilustrar la inteligencia, dirigir al bien los afectos del corazón, y atesorar virtudes prácticas. El Dr. Cevallos conoció perfectamente esta verdad, y por eso de veinte años á esta parte ha hecho heróicos esfuerzos

por llegar á la altura que, á haber sido otra su juventud, la habría alcanzado ahora cuarenta. Focílides ha dicho: "Ni los dioses ni los hombres han conseguido jamás cosa alguna sin trabajo: el trabajo es el apoyo de la virtud"; y parece que nuestro amigo ha tomado esta sentencia por guía de la segunda mitad de su vida. Ojalá con lo que hoy hace cubra el *déficit* que resulta contra él por lo que dejó de hacer.

III

En 1847, cuando todavía no era sino lector de novelas, concurrió el Dr. Cevallos al Congreso como diputado por la provincia de Pichincha. Júzguese si preparado con esas lecturas podría sobresalir en una Cámara, que si bien como todas las de su clase abundaba en enredos y ficciones, no presentaba escenas amorosas, ni narraciones floridas y amenas ni situaciones trágicas. Pensamos que la temporada de las sesiones no fue agradable para el voluptuoso y alegre legislador, y que se volvió muy contento á su teatro de Ambató.

La política hasta entonces le importaba un arquite, y no tomaba parte en ella. Cuando acontecía algún suceso de marca, participaba del entusiasmo ó de la conmoción general, como todo edificio en una ciudad ó en una comarca participa forzosamente del vaivén de un terremoto. En 1830 la creación de la república ecuatoriana resonó en sus oídos de muchacho como un trueno lejano; en 1835 la sangrienta batalla de Miñarica le sacudió los nervios; en 1845 vitoreó el triunfo de la revolución de marzo; en 1847 el fallecimiento de Rocafuerte le arrancó un

suspiro, se creyó poeta, y quiso que el suspiro se convirtiese en elegía, oda ó canción: mas como las hijas del Pindo no prodigan sus inspiraciones á todo el que las invoca, resultó que el suspiro estaba mejor en su forma natural y primitiva, que desleído en unos cuantos renglones cortos. Talvez de esta negativa proviene que el Dr. Cevallos mire de mal ojo á esas lindas y simpáticas divinidades, en cuyo amor se abrazan felices otras almas.

Terminado el período constitucional de la presidencia de D. Vicente Ramón Roca en 1849, la República se agitaba dividida en dos partidos que de cada mesa eleccionaria habían formado un foco de agrias disputas y contiendas. El uno llamado el partido *roquista*, se proponía el paulatino desenvolvimiento de las ideas liberales, que había comenzado en el gobierno del Sr. Roca; el otro quería el imperio de las conservadoras, preponderantes en la sociedad ecuatoriana antes y después de la caída del General Flores. El Sr. Roca no era liberal; pero obró rodeado de liberales. Si éstos no cultivaron abiertamente sus principios, no fue por falta de voluntad sino porque, cuando subieron al poder, no hallaron el campo preparado y dieron en él con sobra de estorbos que no era fácil remover. Después de una conmoción moral el ánimo de los pueblos queda movedido é inconsistente, como la tierra después de un terremoto, y las semillas que se le confían son arrebatadas por cualquier viento. Pero ¡qué decimos! la desenfadada predicación del liberalismo, no sólo habría sido estéril, sino que habría excitado desfavorablemente al pueblo, tan delicado y hasta pelilloso cuando se trata de introducir reformas y alteraciones sustanciales en sus inveteradas creencias y costumbres. Clara muestra de lo

que decimos dió por entonces mismo encrespándose contra cierto Ministro de Estado que en una Memoria traspasó los límites de la prudencia presentándose más liberal é innovador de lo que convenía á su partido. Conservar su influencia y acción expedita sobre la Nación por medio de los resortes gubernativos era, pues, absolutamente necesario para el bando liberal, y por eso en las memoradas elecciones de 49 luchó á brazo partido contra el bando opuesto, buscando por todas partes individuos que engrosasen sus filas. Cevallos salió entonces á barrera. Recluta hasta ese tiempo, quiso veteranizarse, y la coyuntura se le mostraba favorable para el caso: liberales y conservadores se deslindaron con alguna precisión, quizá por vez primera, y podía tomarse cartas en la política sin mucho temor de equivocarse en su carácter general, si bien en cuanto á las personas que figuraban en primer término, había que andar todavía como quien juega á la gallina ciega, con riesgo de atrapar á Judas en vez de Pedro.

El resultado de aquella pelea, en que felizmente las intrigas y los votos sustituyeron á la pólvora y las balas, no fué decisivo para ninguno de los dos bandos, pues reunido el Congreso se mantuvo algunos días sin poder hacer la elección de Presidente de la República, y á la postre no la hizo, porque ni el General Elizalde, candidato del partido liberal, ni el Sr. Noboa, en quien se fijaron los conservadores, obtuvieron los votos que requería la ley. Disueltas las Cámaras y encargado del Poder Ejecutivo el Vicepresidente, *elizaldistas* y *novoistas* se retiraron á tramar conspiraciones. ¡Ya no querían atenerse á los votos, sino á las balas!

Tal era, bien definido, el aspecto político de la

Nación en ese tiempo. No sabemos si el Dr. Cevallos lo penetró bien; mas se le vió entusiasta y activo liberal, si no confiando en el triunfo absoluto de la bandera roja, esperando á lo menos que no volvería á flamear la que fué abatida en 45; pues debe saberse que el partido conservador contaba en sus filas muchos hombres influyentes de los que componían el círculo del General Flores, y que habían promovido las repetidas revoluciones que ahogó en su cuna la diestra mano del Presidente Roca.

Nosotros, á la sazón imberbes y destituídos de experiencia, nos entrometimos, también por primera vez, en esos enredos públicos sin entender jota de ellos, y, opuestos al Dr. Cevallos, nos complacíamos en quitarle votos para alargar la lista de los nuestros. Andando los tiempos hemos venido á trabar estrecha amistad, pero sin que ninguno de los dos hubiese sacrificado sus principios y convicciones. Aunque en verdad los del Dr. Cevallos se han modificado en buena parte, así como los nuestros han sufrido también alteraciones, si bien no sustanciales, y, mejor conocidos y estudiados, háñse arraigado definitivamente en nuestra alma.

En esa época veía Cevallos subir, de la quinta de *Atocha* á la ciudad, *un joven taciturno, melancólico y huraño*, á quien juzgaba *incapaz de sacramentos sociales*; y también nosotros, con tan malos ojos mirados, veíamos á Cevallos con no mejores andar desalado pillando inocentes ciudadanos para llevarlos á las mesas electorales. Hoy estos recuerdos nos hacen reír á entrambos.

Para pocos ciudadanos se habrá presentado el porvenir menos congeturable que para los dos: el uno que, al aproximarse al término de la juventud y al golpear las puertas de la política como un novicio,

buscaba no obstante y con ardor todavía las embriagadoras auras de Síbaris y Chipre; el otro que á pesar de aquella corta excursión por los suburbios de la vida pública, deseaba que sus huertos de *Atocha* se transformaran en algún ignorado y tranquilo bosque de la Arcadia. Entretanto, arroyos nacidos en distintas montañas, descendíamos impulsados por la mano del destino á juntarnos en el valle de la vida, para deslizarnos por él, sin que podamos prever cual llegará primero á hundirse en los abismos de la muerte, única manera de romperse nuestras íntimas conexiones.

El Dr. Cevallos, después que la candidatura del General Elizalde encalló en el Congreso de 49, y que ese mismo caudillo retrocedió del camino de la capital para atravesar las selvas de occidente é ir á mover la revolución que debía oponer á la que ya tenía preparada el General Urbina, se trasladó á la provincia de Manabí, una de las que, muy luego, se declararon á favor del movimiento liberal.

Nuestro novel político mantuvo frescas las esperanzas de un triunfo radical para su partido, hasta el convenio de la *Florida* que dió por resultado la momentánea preponderancia de los conservadores, la Convención de 51, especie de sietemesino de constitución raquíica y enfermiza, y la elección de Presidente en el Sr. Noboa. Desengañado entonces, lastimada su honradez y aburrido de ver salir huero su ensayo en una vida para la cual, dicha sea la verdad, ni á él ni á nosotros nos formó naturaleza, se trasladó á Guayaquil, donde abrió su estudio de abogado y se consagró á él con bastante aplicación y buen éxito.

La política es arte que, aun los que nacen con vocación á ella, la aprenden á fuerza de golpes de

cabeza, y el Dr. Cevallos se aturdió con el primero. Mas las circunstancias no tardaron en cambiarse, y aburrimento, y despecho y todo pasó, y D. Pedro Fermín fue de nuevo llamado á participar de los negocios públicos.

La política personalísima del General Urbina, quien no admitía principios de conveniencia común, sino tan sólo ideas y manejos que favoreciesen su ambición y los intereses de su círculo militar, no podía permanecer estacionaria después de las farsas en que había metido como actores á individuos que luego le servirían de estorbo. Había llegado el tiempo de despedirlos para que se presentase Urbina solo en la escena y manteniendo á sus espaldas, á que las guardasen, los cañones y las lanzas, que miraba como su propiedad legítima. En consecuencia el 17 de Julio de 1851, apenas elevado, por obra del mismo Urbina, el Sr. Noboa al solio presidencial, lo volcó por medio de una nueva revolución.

Creemos que el General Urbina tampoco ha sido liberal, sin que este juicio lleve embebida la idea de que le tenemos por conservador.—Pues ¿qué es entonces?—¿Qué? no es ni ha sido más que General Urbina. Con todo, como para justificar su última revolución era preciso aparentar algo que no fuese él mismo, llamó á sí al partido que pocos meses antes abofeteó, y ved ahí otra vez el liberalismo que se desemboza su capote de invierno para trabajar en su obra, aprovechando la primavera que le presenta el triunfo del militarismo personificado en un solo ambicioso

El Dr. Cevallos aceptó la revolución; hizo más, pues sirvió de Ministro general, formando así parte del Gobierno provisional encabezado por Urbina.

No le felicitamos por esta página de su vida y habríamos querido más bien hallarla blanca, ó cubierta de *alegatos de buena prueba y de autos y vistos*. Sin duda no tuvo por justa ni menos por honrosa tal transformación; pero fue arrastrado á ella con su partido que reverdecía en esperanzas y se cubría de las flores de mil ilusiones. Del Ministerio, en el cual se mantuvo pocas semanas, pasó á la Asamblea constituyente reunida en Guayaquil, en clase de Secretario. En ambos empleos mostró buen talento y consagración; pero en ambos también puso todo su conato en ayudar á que se llevase á ejecución el destierro de los jesuítas, que, expulsados de Nueva-Granada, habían acudido á la hospitalidad cristiana del Ecuador. El Dr. Cevallos, hoy tan moderado en sus principios políticos y cuya equidad nadie puede revocar á duda, era entonces consecuente con la práctica de su escuela, de pedir ilimitada libertad y garantías para todo el mundo, y luego negárselas á sus rivales, cual si, con serlo, debiesen estar excluidos de la familia humana y condenados á infalible y eterna proscripción.

Después de la clausura de la Asamblea, su Secretario pasó á desempeñar la Fiscalía de la Corte superior de Guayaquil, y en este empleo se mantuvo algunos meses; pero llevaba cosa de tres años de vivir ausente de su familia é iba, por otra parte, aburriéndose de la tierra caliente; tanto que con mucho agrado recibió el nombramiento de Ministro juez de la Corte de igual clase en Quito, á donde se trasladó en 1853.

Desde 1851 hasta este año algo se había ejercitado la pluma de Cevallos, y dió á la estampa, en periódicos liberales, varios artículos; y aunque todos, cual más cual menos, salieron con el sello que

distingue las producciones de los talentos primerizos, y con el saborcillo del fomes de la actualidad que los inspiraba, hubo, no obstante, alguno del género de *Figaro* y *Fray Gerundio* que mostró donoso porte é índole algo parecida á la de estos inaestros. Recordamos uno que se intitulaba *Los maulleros* y que obtuvo acogida muy favorable.

En 1853 tuvo feliz remate la transformación moral y la verdadera invención del tesoro intelectual del Dr. Cevallos. La participación que tomó en los negocios públicos, el cambio de sociedad desde que salió de Ambato en 51, la consiguiente expansión de ideas en un círculo de hombres ilustrados y la necesidad de mostrarse entre éstos circunspecto y culto, y hasta algunos trabajillos que no le faltarían mientras rodaba distante del propio techo; todo esto, sin duda, unido á la saludable ambición de afamar su nombre en la república literaria, obró en su ánimo de manera poderosa y decisiva, hasta hacerle arrollar las banderas del sensualismo y romper completamente con su pasado. Asentó el juicio, se consagró asiduamente al estudio, abrió su corazón á nuevos afectos y su alma á pensamientos graves y levantados, vió ensancharse ante él los horizontes del mundo espiritual y halló focos de luz que ni aun había soñado mientras revoloteaba en torno del ídolo de barro que fascinó su juventud.

Ya hemos hablado en otra parte sobre la conversión de nuestro historiador: añadamos solamente una plumada.

Hizo severo examen de sus conocimientos y los halló deficientes; y á los cuarenta años de edad emprendió el estudio de algunos ramos que se aprenden á los 18 ó 20, y lo llevó á cabo con el afán y entusiasmo de un colegial que está en vis-

peras de sus actos universitarios. Estudiaba y practicaba lo aprendido; excelente método, en especial para los que entran tarde en el noviciado de las letras. Así se graban los conocimientos como en bronce, que vale más que la blanda y fácil memoria de un muchacho, que á veces deja escaparse hoy todo cuanto se le confió ayer.

Perdónesenos otro recuerdo personal, pues nos hemos trasladado á 1853. Las efemérides de este año contienen dos páginas que nos pertenecen; la una no la podemos descifrar, y la otra está escrita con letras claras de púrpura y oro. La primera es la de nuestra aparición en el teatro literario, á cuyo acto contribuyó entusiasta el Dr. Cevallos; la segunda es la del principio de nuestra amistad con este distinguidísimo paisano.

IV

El primer trabajo serio con que el Dr. Cevallos empezó á llamar la atención pública en el tiempo á que acabamos de referirnos, fue el *Cuadro sinóptico de la República del Ecuador*, dado á luz en unos cuantos números de *La Democracia*, periódico que se publicaba en Quito. En el mismo y casi simultáneamente con aquella obrita salía, como un ensayo de traducción del francés, la *Galería de contemporáneos ilustres*.

Ambos trabajos estaban anónimos; pero una polémica, no tanto sobre la forma literaria y la autenticidad de un rasgo histórico, cuanto sobre su filosofía y moral, polémica promovida por el Dr. Miguel Riofrío, obligó á nuestro autor á descubrirse defendiendo su *Cuadro sinóptico*.

Si en éste se veía patente la mano que podía trazar en más extensas proporciones la historia nacional, patente estaba asimismo la falta de profundidad y discernimiento en los estudios que debieron preceder á tan importante trabajo, y la ligereza con que se había dejado correr la pluma. Cevallos mismo ha dicho en las advertencias que ha puesto en el primer tomo de su *Resumen de la historia del Ecuador*: "Confieso que esos artículos (los del *Cuadro sinóptico*) fueron escritos sin examen, por informes de los primeros á quienes consultaba, y con aquella ligereza con que se escriben los destinados para los periódicos, esto es, escritos en un par de horas, con la seguridad que se tiene de que, leídos ó no leídos, quedan olvidados para siempre".

En efecto, así se escriben generalmente y por desgracia las cosas destinadas al periodismo, á este nutrimento del espíritu popular, que por lo mismo de llevar tal destino, esto es, el de fomentar la ilustración pública paulatinamente por medio de hojas diarias, semanales ó como se quiera, deberían ser más bien meditadas y escritas con la corrección posible. Que los periódicos puramente mercantiles y noticiosos se escriban á la diablo, se puede perdonar; pues se trata de asuntos que atañen al bolsillo, y lo que conviene á los negociantes es la manera de llenarlos; ó de noticias, las más veces frívolas y ridículas, y lo que interesa á los curiosos de corrillos y cafés, es saberlas de cualquier modo. Pero que escritos serios que tienen por objeto instruir á los lectores en algún punto histórico, demostrar una verdad, combatir un error, &c., se los trabaje á salga lo que saliere, es imperdonable. Y no se nos venga con la disculpa de que, leídos ó no, se los olvida para siempre: esto lo hará el común de los lectores;

mas hay otros, y no en escaso número, que retienen en la memoria, y apuntan, y sujetan á la crítica y comentan las ideas nuevas ó con novedad presentadas, y los sucesos que dan á luz los periódicos. A veces las narraciones de éstos sirven para escribir historias.

La misma favorable acogida que tuvo el *Cuadro sinóptico* prueba nuestra aserción, y prueba también cuán grande era la falta de una historia nacional. Lo penetró el Dr. Cevallos, y esto y los consejos de sus amigos le estimularon al estudio detenido y concienzudo de autores que de ella tratan, á coleccionar documentos antiguos y modernos muy importantes, y á buscar informes orales de testigos fehacientes acerca de sucesos que pertenecen á este siglo, no escritos ó que necesitaban correcciones. La aplicación fue constante, y el trabajo largo, difícil y penoso. No lo hubiera sido tanto si, hombre de posibles, contara con renta propia para sostenerse con su familia; mas veíase forzado á dedicar la mayor parte del tiempo al desempeño de su ministerio en la Corte superior, para con el sueldo de esta plaza, por añadidura mal pagado entonces, ayudarse en sus gastos domésticos. Fue, pues, necesario doblar la tarea, y emplear en ella hasta varias de las horas destinadas al sueño, y disminuir las de la tertulia y el paseo.

1858 fue año de disenciones con el Perú, de conmociones en el interior; de disolución del Congreso, cambio del ministerio, descrédito del gobierno y angustias y miserias para el pueblo; año calamitoso y precursor de otro más calamitoso todavía; en que la vida, la libertad y la honra de la patria se vieron en inminente peligro de desaparecer, á vueltas de una política interior desatinada; y por causa

de la aviesa y corruptora que en el exterior se manejaba en daño de nuestra República. Por entonces el Dr. Cevallos cesó en su empleo en el tribunal de justicia, y desengañado por segunda vez de los negocios públicos, pesaroso de tantos males, se retiró completamente á la vida privada y se dedicó á dar la última mano á su obra, disponiéndola para la prensa. Mas ¿dónde estaban los medios para costear la impresión? En nuestra República, donde todavía la imprenta es cara, donde se escribe poco, se publica la mitad de lo que se escribe y no se lee ni la mitad de lo que se publica, la tarea de formar un libro es, cierto, espinosa; mas la de darla á la estampa es tal, que á veces pelagra la paciencia.

El Dr. Cevallos tentó mil resortes para facilitar la publicación de su *Resumen de la historia del Ecuador*, y todos burlaron sus deseos y esperanzas: la suscripción, que se abrió dentro y fuera de la República, dió un resultado que no era de temerse tratándose de obra tan apetecida; luego los manuscritos enviados á Europa en busca de un editor empresario, volvieron á venir arrebatados por el viento del desengaño; la Convención de 1861 trató de facilitar la empresa ordenando que se pagase al autor una suma que le debía el erario y quería cobrarla para tan laudable objeto, que no se cobrase derechos de aduana por el papel que debía introducir, y que el gobierno se suscribiese á unos cuantos ejemplares; pero ¡nuevo desengaño! El tesoro nacional aniquilado por los trastornos que acababan de pasar, y el gobierno empleado en organizar todos los ramos de su incumbencia, en medio de las agitaciones que le rodearon por todas partes, tras una breve tregua, se vieron en la imposibilidad de cumplir el decreto legislativo, y fue éste *letra muerta*, y poco menos que

muertos los manuscritos del *Resumen* cayeron como en una tumba en el fondo de la papelera de su autor. Sin embargo, era preciso no desmayar, y tornaron á ser exhumados para recibir el dón de la vida en una imprenta de Guayaquil; hubo no sabemos qué inconvenientes inesperados, y la gaveta se abrió para tragarlos de nuevo. El Colegio de Latacunga contaba con buenos fondos y con una imprenta regular. ¡*Lázaro, veni foras!* La contrata está cerrada; la edición va á hacerse. Pero el Colegio ó más bien los que manejan sus fondos, gente incapaz de comprender la utilidad moral de la empresa, que por otra parte si no puede dejar tamaño lucro es seguro que no habrá pérdida, se andan en chiquitas, retroceden, la contrata se va noramala ¿y la obra? ¡A la gaveta!

Ved ahí una relación que muchos la juzgarán innecesaria, pero que nosotros no hemos querido dejar en el tintero, porque tantas contradicciones, desengaños, sinsabores y angustias sufridos con filosófica paciencia por quien se empeñaba en servir á los ecuatorianos enseñándoles su propia historia, son cosas que realzan su mérito y no deben quedar ocultas.

Al cabo el Dr. Cevallos dió con los medios de llenar su deseo; mas fue menester que se trasladase á Lima y permaneciese allí largos meses, hasta ver circulando el primer tomo y dejar asegurada la impresión de los demás.

Cabe que expresemos en este lugar nuestro voto de justicia y gratitud al malogrado joven guayaquileño D. Vicente Emilio Molestina, que acaba de hundirse en el sepulcro arrastrando consigo muchísimas esperanzas. Tomó parte activa en la publicación del *Resumen* y su ayuda fue muy importante al

Dr. Cevallos.

Este verificó su viaje hácia fines de 1868 y el primer tomo de su obra apareció á principios de 1870. . Sucesivamente fueron saliendo á luz los demás hasta el quinto, donde termina la historia con la transformación política de 1845. El sexto, que comprende el resumen de la geografía del Ecuador, acaba de salir de la prensa, y ojalá no tarde la publicación del séptimo y último, compuesto sólo de piezas justificativas, muchas inéditas y todas de grande importancia, así para comprender mejor la obra del Dr. Cevallos, como para servir de tema al estudio de otros escritores que quieran ocuparse en nuevos trabajos históricos sobre nuestra patria (*).

Cuando salió á luz el tercer tomo que comprende hasta la emancipación de la República del poder español, publicamos un corto opúsculo, *Nuestra historia referida por el Dr. D. Pedro Fermín Cevallos*, y entre otras cosas decíamos lo siguiente:

“El plan de la obra, hasta el tomo que hemos visto, nos parece bien meditado. Siguiendo con método y orden la sucesión de los tiempos, nos muestra el historiador primeramente la era de los *Shiris* y de los *Incas*, patriarcas indígenas cuya memoria nos es tan simpática á los americanos; las sangrientas escenas de la conquista; los sesenta lustros de la Colonia, profundo abismo de ignorancia y servilismo y las que contienen la historia de la gigantesca lu-

(*) Este tomo no llegó á imprimirse, y los manuscritos se perdieron con la muerte de Molestina. Pérdida gravísima é irreparable.

En 1886 salió de una de las prensas de Guayaquil la segunda edición del *Resumen*; pero tan plagada de erratas, ó quizás mucho más, que la edición limeña. Hasta aquí no tenemos, pues, una digna del mérito de la obra.

cha por la independenciam y los orígenes de nuestros Estados republicanos. El pensamiento dominante de toda la obra es la honra de la patria y la enseñanza para lo presente y lo futuro. Para esto era menester conservar con escrupulosa rectitud el fiel de la balanza en que se pesan los hechos, y predicar, fundada en éstos, una moral tan severa que pueda ser á lo menos acatada, si no seguida, por cuantos la escuchan. El Dr. Cevallos se ha desempeñado en esta parte de un modo cabal: examina los sucesos con imparcialidad y falla sin miramientos apasionados: cualquiera que sea el personaje, corporación ó pueblo que llama ante sí, les dá ó quita lauros, les ensalza ó abate, y les recomienda á la posteridad ya cubiertos de la brillantez del mérito, ya ennegrecidos por la ruindad de la infamia. Al tratar de aquellos hombres de cuerpo y corazón de hierro que España echó para América en el primer tercio del siglo XVI, es difícil que el historiador, especialmente si es americano, pueda contenerse en los límites de la medida propia de la historia; al verlos mojados en sangre y rodeados de escombros y cadáveres de millares de inocentes indios, se deja dominar por la cólera y deja también al punto de ser juez para convertirse en fiscal: entonces lo que escribe no es ya historia, sino terrible acusación. Pero Cevallos ha sabido evitar felizmente el escollo, y si ha tratado con dureza á los malos, en ellos mismos ha celebrado lo que debía de celebrarse, buscando para reglar su conducta en uno y otro caso autoridades fehacientes á cuya sombra ampararse contra la crítica.

“El estilo es el circunspecto y grave que conviene á Clío: el autor ha calado muy bien que el interés de la historia es muy otro del de la poesía, y dejando éste para quienes deben emplearle en sus

A 465

cantos, no ha querido irse por el sendero abierto por aquellos que todo, sin más razón que su mal antojo, lo quieren cubrir con las rosas del Parnaso. Por lo tocante á la lengua, creemos que el Dr. Cevallos la conoce bastante bien, y que acérrimo enemigo de las novedades inútiles ó dañosas, háse atenido al castizo hablar de los españoles de peso que, en mejores tiempos, encumbraron el castellano á la categoría de uno de los más ricos y armoniosos idiomas vivos. En el *Resumen de la historia del Ecuador* son, pues, raros los pecados contra las leyes del bien decir español. Hemos oído censurar á algunos el empleo que en él se ha hecho de varias frases, locuciones, modos adverbiales é idiotismos propios de nuestra lengua, mas no de uso frecuente y común; pero nos avanzamos á juzgar que el autor no tiene la culpa de poseer en esta materia, como en otras, un caudal más abundante que muchos de sus lectores. Y vaya por añadidura una pregunta á esta clase de lectores. ¿No es verdad que os gusta la moneda española, esa plata de buena ley que vulgarmente se llama *plata goda*? Pues bien, la lengua que emplea Cevallos en el comercio literario es *plata goda* legítima. ¿Os han deslumbrado tanto los modernos *soles* peruanos y los *fuertes* franceses, que halláis malos é inadmisibles los riquísimos españoles? ¡No seáis bárbaros! En los tiempos que alcanzamos sólo de cuando en cuando asoman algunos escritores á demostrar cuánto vale la lengua *que fue de Castilla*, á la cual pertenece con perfecto derecho aquel decir que se ha tachado como defectuoso en la obra en que nos ocupamos, siendo, por lo contrario, uno de sus más brillantes méritos, Cevallos ha preferido poner su nombre en la hermosa aunque ya corta nómina de los clásicos, y allí

se quedará para siempre”.

Y al fin añadimos:

“Al terminar este tomo (el 3º) del *Resumen de la historia del Ecuador*, ha quedado en nuestra alma una impresión profunda; pero estamos suspensos, presas de la ansiedad, en medio de dos tormentas, la que conmovió hasta los cimientos la sociedad americana al desarraigar de ella el despotismo y las viejas instituciones, y la que la ha sacudido y todavía sacude á causa de los nuevos elementos de vida social á cuyo influjo se trata de someterla, ó más bien á causa de los que abusan de estas circunstancias para saciar su ambición ó codicia. El cambio ha sido asaz violento, como era natural que fuese; mas hay quienes, imprevisivos y de ánimo apocado, se han sobrecojido y tiemblan de miedo como muchachos que encendieran una pajueta para quemar una mata de paja, y ven arder una casa. ¡Que arda la casa en horabuena! ¡Qué! ¿no calaron que era preciso demoler casi todo el castillo feudal de la Colonia, para edificar el palacio de la República? ¿No comprenden que las grandes mudanzas traen consigo grandes agitaciones, trabajos y sinsabores? ¿Juzgan que debieron llevarse á efecto por artes mágicas, y que debían realizarse en América los prodigios de las *Mil y una noches*? ¡Inocentes! Aun nos falta muchísimo que trabajar y padecer: hemos edificado muy poco todavía: nuestra obra apenas se levanta un par de codos sobre los cimientos; tenemos que limpiar el terreno en muchas partes cubierto de las cenizas y cascotes que dejó el terrible incendio de la revolución colombiana, y ésta no es tarea fácil ni de un solo día, ni menos hacedera con teorías utópicas, de esas que algunas cabezas con más imaginación que juicio nos regalan todos los días como co-

sas del cielo, cuando apenas son cosas del aire ó de las nubes.

“Difícil y delicada es la parte que el historiador tiene que tratar después de la guerra de nuestra emancipación política; esa década y media transcurrida desde la disolución de Colombia hasta 1845, es un lapso de prueba tanto más peligroso, cuanto en él palpita la nación ecuatoriana con existencia propia, y muchos de sus acontecimientos, que podemos llamar de ayer, no han podido ser valorados todavía por la opinión uniforme de la sociedad. Andar apoyado en la crítica filosófica por entre el ruido y el humo de las conmociones intestinas, tratando de descubrir la verdad en el corazón mismo de los partidos políticos, para exponerla con noble desenfado en el cuadro de la historia, ¡qué empresa tan ardua! Las revoluciones son pocas veces justificables, porque casi siempre tienen por origen la ambición, muy por maravilla noble, ú otras bastardas pasiones de caudillos ó de bandos, y no el interés de la libertad ó del pueblo, que todos sacan á plaza para justificarse y buscar el buen fallo de la opinión. Pero los pueblos son á veces como las telas de amianto: es preciso arrojarlos á las llamas de la revolución para limpiarlos de sus inmundicias. En este caso, en vez de condenar al que enciende esas llamas y echa en ellas al pueblo, es preciso tejerle coronas: la revolución deja de ser un mal, el revolucionario es un genio benéfico. Pero ¿cómo distinguir fácilmente en esta materia lo útil y bueno de lo innecesario y pernicioso? Esta separación debe ser forzosamente obra del tiempo, cuando hayan desaparecido del mundo los contendores, se hayan enfriado las pasiones y nivelado todos los intereses, y, sobre todo, cuando los resultados con su

lógica invencible hayan confirmado ó echado por tierra el pensamiento que les sirvió de causa.

“El Dr. Cevallos, al colocarse á las puertas de una nueva nación en 1830, lo hará sin duda con firme planta y podrá decirnos, señalándonos lo pasado: “Ved cuánto tengo recorrido sin dar un solo traspíe, sin vacilar por ningún obstáculo, ni deslumbrarme ante ningún personaje, ni con hecho ninguno: así continuaré”. Y cierto, lo historiado en los tres tomos que hasta aquí hemos visto, es segura garantía del recto desempeño de lo que va á seguirse. Además, Cevallos no puede ya recalcitrar ni torcer por otro rumbo: se halla entre un pasado que le impele á saltar sobre cualquiera dificultad y pasar del año 30, y un porvenir que le atrae con fuerza magnética hacia 1845.....”

No nos hemos arrepentido de esas líneas que escribimos ahora cuatro años. Los tomos que han aparecido después han corroborado nuestra opinión.

Si nos propusiésemos hacer un nuevo examen del *Resumen*, sin tener delante el anterior, el resultado sería el mismo, pues lo que añadiéramos, quitaríamos ó corrigiéramos, no sería sustancial, y el juicio, en su fondo, no nos acusaría de inconsecuentes ni contradictorios.

La obra no tiene indudablemente todas las condiciones que ha menester una historia para ser perfecta; pero sí tiene las necesarias para ser apreciable y pasar como buena á la posteridad. No todos los historiadores son Tucídides y Tácitos; mas ¿qué fuera de los fastos de las naciones, si existiésemos que todos sean escritos por plumas de grandes maestros?

Cevallos relata más que raciocina; indaga más que falla; en algunos sucesos parece que fía dema-

siado del discernimiento del lector, y se limita á exponerlos; en otros deja toda la responsabilidad á los que le han suministrado las noticias; no faltan veces en que pasa como un relámpago sobre puntos que merecen más detención. Ha querido inclinarse más bien á la antigua manera clásica, desnudándose del espíritu filosófico de que tanto abusan algunos historiadores modernos, y creemos que ha hecho bien. Echar á volar opiniones más ó menos atrevidas ú originales, sembrar paradojas en cada página, forjar imágenes absurdas, hijas de la comedia de parecer escritores de numen, fecundidad é independencia y no del amor á la verdad y la justicia, no es filosofar: es hacer todo lo contrario, ó, cuando más, es charlar en frases de oropel para ser aplaudido de los tontos; y ¡desdichado del escritor que de tales aplausos es objeto! Cuando no se puede ser verdadero historiador filósofo, vale mucho más ser verídico y sencillo cronista. Si no hay seguridad de que los hechos han de ser sondeados hasta en sus más leves causas primordiales para deducir de ellos clara y palpable la verdad histórica, es loable cordura no tocarlos con el escalpelo de una crítica que sajaría y cortaría donde no conviene, haciendo mucho mal y no bien ninguno.

No queremos decir que el *Resumen de la historia del Ecuador* es una simple crónica; sólo queremos recomendar el tino con que su autor ha evitado el incurrir en un defecto que habría disminuído el mérito de su trabajo. Le perdonamos de buena voluntad, en gracia de lo acertado y oportuno del servicio que ha prestado á los ecuatorianos con su *Resumen*, las faltas, no de bulto, cierto, que en él notamos; mas si le hubiéramos hallado filosofador pedantesco, este juicio que hoy damos á luz saldría

con muy diversos colores: esto es, pondríamos á un lado á nuestro amigo el Dr. Cevallos, y fustigaríamos al escritor.

El *Resumen* ha sido bien aceptado dentro y fuera de la República, y su autor honrado con la felicitación de personas ilustradas y de valer social y literario. Entre las pocas censuras que se le han hecho, merece ser notada la que, en una larga serie de artículos publicados en *La Verdad*, periódico de Quito, impugna el capítulo que el historiador ha dedicado á los Padres Jesuitas. Artículos bastante bien escritos, pero, en nuestro concepto, no dictados por una estricta justicia, sino por un exajerado celo en favor de la Compañía de Jesús. Hemos sido y somos no solamente partidarios, mas también admiradores de este célebre instituto que tantos bienes ha hecho á la religión y á la humanidad; sin embargo, nunca hemos creído que han bajado ángeles del cielo para formarlos, sino que se compone de hombres vulnerables por las tentaciones del mundo: Al condenar con indignación las siniestras miras de sus enemigos y la mala fe con que le han calumniado, perseguido y martirizado, la pasión no nos ha puesto tales vendas que no podamos ver en la historia algunas páginas relativas á los jesuitas, no á la Compañía, compréndasenos bien, en que las tendencias de la flaca materia aparecen triunfantes sobre el espíritu evangélico. Hay, además, otra circunstancia que no debemos dejar desadvertida, y es que el Dr. Cevallos en su *Resumen* vence al autor de aquella censura en templanza y miramiento.

Es lástima que la parte tipográfica de la obra no merezca ningún elogio: se han cometido errores numerosos y sustanciales que han arrancado amargas quejas al autor, y que la fe de erratas no ha

podido corregir del todo.

Antes y después del *Resumen* el Dr. Cevallos se había ocupado en otros trabajos de menos aliento, pero harto apreciables. El periodismo nacional le debió algunos artículos de actualidad, cuadros de costumbres y traducciones, de los cuales hablamos antes; pero las producciones que merecen mención especial son, el *Breve catálogo de los errores que se cometen, no sólo en el lenguaje familiar, sino en el culto y hasta en el escrito*, que publicó por primera vez en 1862, y cuya cuarta edición ha salido á luz el año próximo pasado; las biografías de algunos *Ecuadorianos ilustres* impresas en *El Iris*, periódico literario de Quito, que se publicaba aquel año; y las *Instituciones del derecho práctico ecuatoriano*, dadas á la estampa en 1867. Actualmente tiene preparado un *Compendio de la historia del Ecuador* que el Consejo General de Instrucción Pública ha declarado texto de enseñanza para las escuelas de la República.

El *Breve catálogo* es un libro en 8º mayor, de unas 147 páginas y de grande é incuestionable utilidad. En estos tiempos en que se dá preferencia á los intereses tangibles y positivos sobre todos los otros, el de la lengua no es de los más bien librados. Se pregona civilización por todas partes, y se olvida uno de sus principales elementos, cual es el habla. Con ésta sucede lo que con las costumbres: su corrupción va á par de los adelantos de las naciones. El mal en ambos casos está en que en nuestro siglo todo se va materializando: los sentidos triunfan y el espíritu sucumbe. Con tal que se gane dinero ¿qué importa el lenguaje que se emplee en los negocios? Con tal que haya goces sensuales ¿qué importa el lenguaje que se emplee en buscarlos? Haya rique-

za, haya vino, haya bailes, haya mujeres bonitas, y luego mujan, gruñan ó rebuznen los hombres. Bien vistas las cosas, á eso parece que se trata de reducir la cultura moderna, amén, se entiende, de la abolición de toda creencia, de todo freno, de toda moral. Si á este paso sigue civilizándose el mundo, ¡qué bella y encantadora ha de ser la sociedad á la vuelta de un siglo!

Apasionado el Dr. Cevallos de la pureza y galanura del español, ha hecho sobre él prolijos é importantes estudios, como lo demuestra principalmente su académico discurso puesto como introducción al *Breve catálogo de galicismos*, que corre anexo á la obrita en que nos ocupamos. No contento con esos estudios ni con difundir por medio de la imprenta sus enseñanzas y correcciones, se propasa hasta ser intolerante con sus amigos, quienes si no andan cuidadosos en la conversación y en la correspondencia familiar, se ven expuestos á las advertencias inesperadas que les dirige en tono festivo, acerca del error de lenguaje que se les ha escapado. Este celo es muy provechoso, y no hay duda que ha contribuído á depurar el habla castellana entre nosotros, siquiera en el círculo de personas juiciosas que comprenden cuanto importa conservarla pura. De unos veinte años acá, hablamos menos mal, y como ya se tiene vergüenza de no conocer el idioma paterno, hay esperanzas de mayor adelanto.

Sin embargo, el *Breve catálogo* es todavía incompleto, y nuestro lenguaje, en especial en el trato familiar, es abundante en vicios. Además, el autor ha padecido algunas equivocaciones, y la crítica las ha tildado con justicia. Pero ¡qué! si esta lengua *cervantina* es un diablo! y más diablos nosotros que no podemos dejar de maltratarla! Pacien-

cia, maestro, paciencia, y Ud., y sus discípulos y todos cantemos en coro estos significativos versos del satírico Persio:

*Rupi jam vincula . . .
Nam luctata canis nodum arripit; attamen illi,
Quum fugit, a collo trahitur pars longa catena.*

Los resabios que nos quedan son los restos de nuestra cadena de galicismos, neologismos, barbarismos, & &, y con esos eslabones colgados al cuello iremos aún muy lejos, y los dejaremos en herencia á nuestros hijos, nietos y bisnietos.

Las biografías son hijas legítimas del autor del *Resumen de la historia del Ecuador*: preciosos retratos del poeta P. Aguirre, del historiador P. Velasco, del sabio Maldonado, del geógrafo Alcedo. Ojalá completase la galería entresacando de nuestro panteón de personajes célebres los que le pareciesen más conspicuos. Los señores Olmedo y Rocafuerte, por ejemplo, no tienen biografías, y su ilustre memoria las reclama. Ese trabajo sería motivo de verdadera satisfacción para los ecuatorianos, y robustecería más el lauro del escritor ambateño.

Las *Instituciones de derecho práctico ecuatoriano*, en su género, son también de mérito, y han facilitado el curso de la materia á los jóvenes estudiantes de jurisprudencia.

El Dr. Cevallos, á más de los empleos públicos que hemos mencionado, ha obtenido otros posteriormente. En 1865 y 66 desempeñó interinamente la cátedra de Derecho práctico en la Universidad cen-

tral, la que le fue conferida en propiedad en 67, con motivo de la obra de texto de que acabamos de hablar, y conforme á una ley vigente. En el mismo año 67, concurrió, como senador por la provincia de Tungurahua, á la Legislatura ordinaria, y en el siguiente á la extraordinaria, convocada con motivo de la elección de presidente que entonces se hizo para reemplazar al Sr. Carrión. En la primera fue nombrado miembro de la *Comisión codificadora*, cuyos trabajos quedaron truncos con la transformación política que sobrevino en Enero de 1869.

La senaduría de 1867 le trajo sinsabores que, por su conducta moderada y circunspecta, estaba muy lejos de merecer.

Creemos oportuno referir lo que presenciamos entonces, y para hacerlo tomamos algunos breves apuntes de nuestro libro de memoria.

Introdujose en la Cámara de diputados una acusación contra el Presidente de la República y el Ministro de lo Interior. Se declaró exento de responsabilidad el primero; el segundo no pudo sincerarse y la acusación fue llevada al Senado para que diese su fallo. Temió el Ministro, y juzgó que no habiéndole quedado expedita ninguna vía legal para salvarse, debía buscarla en las intrigas palaciegas, manejándolas de manera que, ó anulasen la acción de las Cámaras reduciendo á minoría el partido que le era adverso, ó fallasen en su favor ajustadas por el miedo.

Se engañó el Ministro en el concepto que se formó del carácter de los legisladores; unos por honradez y dignidad, otros por espíritu de bandería; lo cierto es que había poquísimos capaces de dejarse domeñar por la errada política ministerial.

Fingióse, pues, una revolución que debía esta-

llar de un momento á otro, confabulándose los ecuatorianos emigrados en el Perú con los liberales residentes en la República, contándose entre estos, según se susurraba, algunos que pertenecían á las Cámaras. Se recibieron y despacharon postas; se pusieron en movimiento, sin que supiesen por qué Ministerio de Guerra, Comandancia general, cuarteles y guardias nacionales, y se hicieron algunas prisiones. Las Cámaras interpelaron al Gobierno para que expusiese los motivos de tanta alarma, y el Ministro del Interior contestó que muy luego les presentaría la documentación que estaba preparando. El Ministro de Guerra y Marina aseguró (¡cosa rara!) que nada sabía, pues no se le había hecho tomar parte en los secretos de gabinete.

Desempeñábamos entonces la Oficialía mayor del Ministerio de lo Interior y Relaciones exteriores, y muchos de nuestros amigos nos creían, con tal motivo, instruidos en los planes revolucionarios descubiertos por el Gobierno. Así debía ser; mas el Ministro se nos mostraba tan reservado, que escribía ó dictaba personalmente ó en secreto todo lo relativo á este asunto, y se limitaba á asegurarnos que los documentos que poseía no dejaban duda acerca de la revolución que los liberales fraguaban. Extraño era en verdad que no se nos quisiese participar más claramente lo que se decía descubierto; sin embargo, no teníamos por qué sospechar que no fuese cierta la tentativa, cuando en esos tiempos hacer una revolución era lo más fácil del mundo, y cuando, en efecto, se la temía desde mucho antes.

Iban así las cosas, cuando el Dr. Cevallos nos encontró un día al dirigirse á su Cámara, y nos dijo:—¿Qué hay de revolución? Todos aguardan con inquietud que se revele al público el misterio, y yo

también tengo curiosidad.—Francamente, sólo el Presidente y su Ministro saben lo que hay, le contestamos; pero las medidas que toman, con exceso de reserva, dan á conocer que son ciertas las noticias.

—Pero es muy extraño tanto sigilo hasta con el Congreso que debería saberlo todo para que pueda ayudar al Gobierno á conjurar el mal.

—Así debería ser, si el Gobierno, tuviera más confianza en el Congreso.

—¡Ta, ta! con qué sospecha de nosotros? Si así andan las cosas, dijo Cevallos riéndose, ya tengo duda de que sea verdad la conspiración. Con todo si es cierto lo que se dice, justifico las medidas del Gobierno: que se maneje tieso y castigue á los culpados. Estas revoluciones de todos los días no dejan vivir.

El que así hablaba á las diez del día, cinco horas más tarde y al salir de su Cámara era llevado preso al cuartel, con indecible sorpresa suya, en junta de otros Senadores y Diputados, ¡por revolucionario!

Y preso se mantuvo algunos días, hasta que precipitados los sucesos, que la historia recogerá con cuidado y que no es necesario apuntar aquí, y cambiado el Ministerio después de los escándalos del 3 de Octubre, fue Cevallos puesto en libertad como sus compañeros, y todos volvieron á ocupar los asientos del Congreso, los que tan violenta é inicuamente los habían arrancado las manos de una desmañada y culpable política de circunstancias.

Ocupado nuevamente en las tareas de la Legislatura, una de las más borrascosas del Ecuador, pero que, dicha sea la verdad, en su lucha con el Ministerio se llevó el lauro en toda justicia, el Dr.

Cevallos fué uno de los de la mayoría que en la sesión del 5 de Noviembre, lanzó contra el presidente de la República el terrible *voto de censura*, sellando con él sus actos y consumando la crisis ministerial con la renuncia de aquel Magistrado, verificada al siguiente día.

VI

El Dr. Cevallos no ha querido volver á su país natal; vendió los escasos bienes que en él poseía y ha fijado definitivamente su residencia en Quito.

No es difícil explicar por qué la mayor parte de los hombres de talento y luces gustan establecerse en las grandes ciudades, en especial en las capitales, pues encuentran en ellas lo que por lo común escasea en los lugares cortos: sociedad más numerosa y animada, hombres ilustrados de controversia ó de consulta, ricas bibliotecas, abundantes archivos, muchos periódicos, grande acopio de noticias, en una palabra, más vida y más mundo.

No faltan quienes hablen del amor que tienen á su comarca, su aldea, su choza, que se encanten con el recuerdo de la selva en que daban deliciosos paseos, del río en que se bañaban, de la soledad y el silencio en que se creyeron inspirados poetas; pero obran como opuestos á la soledad, á la selva y á la choza, á todo lo que no es ciudad ni corte, á todo lo que no es movimiento y bullicio.

Buenas razones de conveniencia personal podrían alegar los que así proceden; pero no cabe duda que el alejamiento del techo propio, del corazón de la patria, por parte de los hombres ilustrados, es

una de las principales causas de que no progresen mucho los pueblos pequeños, y de que vegeten bajo la influencia de cierto malestar social indescifrable.

En todo caso, entre la conveniencia particular y la del propio pueblo, han optado por la primera, y preguntamos nosotros, ¿cómo se llama el sentimiento que ha decidido la elección? Algunos responden: Necesidad. Muchos guardan silencio por no contestar. Egoísmo. Puede ser esto: es tan poderosa la inclinación humana á buscar el propio bien, no sólo mirando con indiferencia el ajeno, sino hasta sacrificándolo; mas no puede dudarse que á veces la necesidad se impone, porque es sabido que en los pueblos cortos, en los círculos sociales estrechos, estrechas y mezquinas suelen ser también las pasiones, y, por lo mismo, llena de estorbos y malestar la vida intelectual y pública y aun la vida íntima de la gente de mérito. "Corte ó cortijo", dice el adagio español, y lo juzgamos más aplicable á esta laya de personas que á las comunes con las cuales poco ó nada tienen que hacer la envidia, el deseo de abatir lo que sobresale y brilla, y otra porción de emponzoñados afectos cuya influencia es menos activa en las grandes ciudades que en las pequeñas.

No queremos que el Dr. Cevallos conteste á nuestra interrogación: ¿Necesidad? ¿Egoísmo? pues pudiera verse embarazado; mas cualesquiera que sean los motivos que le han detenido por siempre lejos de Ambato, es preciso confesar que no se ha enfriado su afecto filial hácia este pueblo que sabe, permítasenos la expresión, hacer tan ambateños á sus hijos. El provincialismo no es malo, cuando se detiene en los límites de lo justo y no lastima los intereses y el amor propio de otros pueblos; por el

contrario, es una virtud social tan indispensable para el bien de la provincia, como lo es el patriotismo para el bien de la patria. Cuando el provincialismo se desvirtúa y desciende á ser vanidad lugareña, ya es otra cosa, y nosotros somos los primeros en condenarlo como un vicio ridículo. Esta degeneración suele notarse por lo general en las grandes capitales, donde en proporción abundan los grandes bobos y los *petrus in cunctis* que se venden por hombres de pró.

La América Ilustrada de Nueva York publicó, hace cosa de dos años, y con el título *Celebridades ecuatorianas*, una serie de apuntes biográficos; allí figura el Dr. D. Pedro Fermín Cevallos, como debía figurar, y se le pinta cual hombre *de carácter honrado, bondadoso y comunicativo, que le hace muy simpático y estimable*. Añadamos el superlativo á las tres primeras cualidades, pues á fe que les falta, y agreguemos también que es incapaz de hacer ni el más leve daño ni aún á sus enemigos, y sí de sacrificarse en servicio de sus amigos, que son numerosos. En el juicio que forma de los demás hombres, busca siempre argumentos para absolverlos; apenas puede creer que haya maldad en el corazón humano: en sus escritos ha querido á las veces mostrarse más bien encojido, antes que ofender á nadie: así, pudiera apropiarse del verso de Crevillón.

"Jamás la hiel envenenó mi pluma".

Su tolerancia práctica es á prueba de toda contradicción, y grande su firmeza en el sufrimiento de las desgracias.

En política el Dr. Cevallos profesa principios liberales, pero moderados, detesta los extremos y los abusos; condena las utopías y acepta sólo todo

lo que, pasando por el cilindro de la lógica, puede adaptarse á la práctica en bien de la sociedad. Inmensa es la diferencia que se nota entre el Secretario General de Urbina de 1851 y el senador de 1867, como la que va del alegre tuno de marras al juicioso y reposado escritor de hoy en día. Cuando aprendiz de hombre público, ahora veintitrés años, era todavía profesor de epicurismo; en la actualidad, sino maestro en política, en la cual no ha hecho ni ha querido hacer figura, se muestra pensador, escribe con ideas que son propias suyas, y tiene su cortejo de doctrinas y creencias capaces de hacérsenosle conocer á fondo.

En punto á éstas no estamos acordes, y como él ha querido hacer notar *la especialidad de la confianza y fe que tenemos en los misterios y verdades de la religión de Jesús, que no pertenecen á nuestros tiempos, y que nos atenemos á las lecciones de la madre y las primeras pláticas del cura de la parroquia*, nosotros no queremos malograr la ocasión de corroborar ese aserto, pues tenemos á mucha honra *no haber pensado nunca en andar por otro camino que por el mismo que anduvieron nuestros padres.*

La confianza y fe en la religión de Jesús pertenecen á todo tiempo, porque las *verdades* que enseña pertenecen á todos los siglos, son eternas como el Eterno Ser de quien emanan, y los que desconfían de ellas son dignos de lástima: andan lejos de las fuentes de la vida.

“Si ciertos hombres no llegan en el camino del bien hasta donde podían llegar, ha dicho Labruyere, es por defecto de su primera instrucción”. El Dr. Cevallos es uno de los muchos ejemplos que comprueban el dicho del filósofo.

Nuestro amigo oyó á los cuarenta años el *tolle*

lege del buen juicio, dejó las licencias de Cartago, pero no tuvo por madre una Mónica que le purificase con el aliento de su corazón santo y con las lágrimas, ni llegó á Milán á recoger la verdad de los labios del grande Ambrosio. No ha leído, no ha meditado, no ha orado, lo que debe leerse, sobre lo que conviene meditar y como debe orarse; por eso el ilustre historiador, el ciudadano honradísimo, el patriota celoso, el amigo sin tacha, anda todavía alumbrado por la linterna de la ciencia humana, cuando puede serlo por el sol de la fe divina.

Sin embargo, tenemos presente una costumbre de nuestros abuelos, que todavía no ha desaparecido del todo: cuando concluían un edificio, un monumento cualquiera, lo coronaban con una cruz. Sorprendentes son los esfuerzos que el Dr. Cevallos ha empleado para levantar el monumento de su regeneración moral y gloria literaria, y creemos que al fin se acordará de aquella santa costumbre.

No se crea que le falte el signo de la fe, no: lo posee, mas lo conserva cubierto con el velo de la preocupación tegido en otros tiempos; sólo le falta valor para descubrirlo y ponerlo en alto. Cuando tal haga habremos de romper con mucha satisfacción esta página de su biografía.

Muchos hombres célebres han terminado acogándose á la fe cristiana y al amor de la Iglesia. Montaigne, el frío escéptico que tomó por lema de su filosofía el *¿qué se yo?* hizo una peregrinación á *Nuestra Señora de Loreto*, y murió durante una misa que mandó celebrar en su aposento; Montesquieu murió abrazado de la cruz y en brazos del cura de San Sulpicio; La Harpe que pasó su vida embebecido en la impiedad del siglo XVIII, se convirtió con la lectura de la admirable *Imitación de Cristo*,

y su muerte fué edificante; Stolverg quiere hacer una simple comparación entre varios controversistas, lee algunos libros católicos y es llevado por la verdad al seno de la Iglesia, y en él pasa los últimos años de su vida, y en él muere la muerte del justo.

La Academia española ha nombrado al Dr. Cevallos miembro de la correspondiente que debe establecerse en nuestra República. Justo y acertado nombramiento: de hombres como él, que poseen buenos conocimientos filológicos, que gustan de estudiar, y son apasionados defensores de la lengua materna, debe esperar aquella sabia é ilustre Corporación ayuda constante y provechosa en su noble propósito de sostener en la América latina los fuegos y alto prezo del habla y de las letras españolas.

VII

Dios nos ha dado vida para escribir el capítulo final de la de nuestro amigo sobre la loza de su sepulcro.

No hay mucho que decir de los diez y nueve años transcurridos desde que trazamos los capítulos anteriores. Los días del Dr. Cevallos desde entonces hasta que se le abrieron las puertas de las regiones misteriosas que llamamos eternidad, fueron tranquilos y dulces como su genio y su pensamiento. Los grandes sucesos que conmovieron la patria desde 1875 hasta 1883, le sacudieron el alma: el asesinato de García Moreno le indignó. "Este crimen atroz, nos decía, va á ser fecundo en desgracias para la Nación". La muerte desastrada del Ilmo. Arzobispo Checa le horrorizó. Pero buscaba en la

historia de otros pueblos sucesos parecidos, filosofaba acerca de unos y otros: "Son cosas de las pasiones dañadas de los hombres, decía, que vienen repitiéndose de siglos atrás y que seguirán escandalizando al mundo por otros y otros siglos más", y tornaba al sosiego que le había llegado á ser habitual.

Aunque no tomaba parte en la política, sino con la mera calmada demostración de sus opiniones, se le tuvo, con justicia, como partidario decidido de la candidatura del Dr. D. Antonio Borrero, y durante su corta presidencia desempeñó el cargo de Ministro Juez de la Corte Suprema, en virtud de la elección hecha en él por el Congreso de 1875. En este tiempo Cevallos no tuvo otra contrariedad ni más disgusto, que verse envuelto en ciertos enredillos palaciegos ocasionados por la virulenta pluma de D. Juan Montalvo y la caída del Ministro D. Manuel Gómez de la Torre, amigo íntimo de Cevallos. Mucho fue que éste no se viese en mayores apuros, pues carecía casi totalmente de la penetración, sagacidad y malicia necesarias para terciar en lo que por aquí se llama política, no siendo las más de las veces sino farsa ridícula tegida de aspiraciones particulares, en la cual los hombres honrados y de nobles aspiraciones, como el Sr. Gómez de la Torre y el Dr. Cevallos, se llevan lo peor.

La traición del 8 de Septiembre de 1876 derribó del solio al Dr. Borrero y, desde los sangrientos campos de Galte, llevó al General Veintemilla al poder. El Dr. Cevallos volvió á la sombra de la vida privada, sin que ni durante los trastornos de la revolución ni después hubiese sido molestado por el dictador. En 1881 abrió algún tanto la puerta del hogar para que entrase una breve ráfaga del viento de la política: tratábase de la candidatura de nues-

tro inmejorable amigo D. Julio Zaldumbide, y Cevallos, como otros patriotas, se dejaron halagar por la esperanza de ver en la primera magistratura de la República á quien por sus luces y virtudes haría la merecía. Esa esperanza no podía cuajar, porque no lo consentía la ambición de Veintemilla que tenía un buen ejército de soldados y otro de miserables aduladores para oponerlos á una elección legal. En efecto, ese doble ejército sirvió para que Veintemilla conspirase contra su propia autoridad, á fin de prolongar indefinidamente su poder dictatorial. El mes de Marzo de 1882 fue señalado por este escándalo, y desapareció la candidatura de Zaldumbide, y Cevallos y todos cuantos la sostenían se metieron en sus conchas, unos, como nuestro amigo, para no salir de ellas, otros para dejarlas luego á luego y comenzar la lucha larga, tenaz y heroica que acabó por ahogar la dictadura en lagos de sangre.

El Congreso constituyente reunido en 1883 para organizar la República después de la guerra, tratándose de arreglar los tribunales de justicia, no podía olvidar al Dr. Cevallos, y le eligió para la Corte Suprema en calidad de Ministro Juez. Pocos años permaneció en este honroso empleo, dos veces confiado á sus luces y acrisolada probidad; pues desde antes que el Congreso le eligiera, había comenzado á sentir opacidad en los ojos. Creyóse al principio que no era sino cansancio de la vista; mas pronto los médicos descubrieron señales de cataratas, y sus diligencias para atajar el mal fueron inútiles. Cuando ya le fue imposible trabajar en el Tribunal, hubo de dimitir su cargo. Por el mismo tiempo renunció la Dirección de la Academia Ecuatoriana. La vida intelectual activa había terminado para nuestro amigo.

La Academia, después de aceptada la renuncia, dirigió por medio de su Secretario el siguiente oficio al ilustre cesante:

“Al Sr. Dr. D. Pedro Fermín Cevallos.

Quito, á 9 de Marzo de 1890.

Señor:

La Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Real Española de la Lengua, reunida hoy con el fin de elegir nuevos empleados, tuvo la dignación de nombrarme para su Secretario y de encomendarme, como á tal, que dirigiese á Ud. este oficio, expresándole la profunda gratitud que Ud. se merece de la Sociedad, por el tino, acierto y sabiduría con que la ha regido desde su fundación, y el vivo pesar que experimenta porque los achaques de Ud. la priven de un Director que, como Ud. benemérito de las letras patrias, tenía pleno derecho á gobernarla á perpetuidad, con los legítimos títulos de iniciador entre nosotros de las disquisiciones lingüísticas y de esclarecido decano de la literatura ecuatoriana.

Honrado con el grato encargo de transmitir á Ud. el referido acuerdo, y en extremo complacido de que la academia me presente oportunidad de manifestar á Ud. mi afecto y veneración, me repito de Ud. atento y obsecuente S. S.

Carlos R. Tobar”.

“Los que hicisteis la visita oficial,—dice el Dr. D. Julio Castro en su *Elogio fúnebre* del Dr. Cevallos, que con tal motivo la Academia resolvió hacer á su Director cesante,—fuisteis testigos de la viva

emoción con que el venerable anciano se hizo leer el oficio que se le dirigía, en contestación á su renuncia, y recibió el tributo de respeto y simpatía rendido por sus compañeros”.

El Dr. Cevallos, por extremo sociable y comunicativo, gustaba de visitar á sus amigos y frecuentaba, sobre todo, la tertulia de la familia Gómez de la Torre, en la cual era querido y tratado como si fuese miembro de ella. Por las noches solía ser su distracción favorita el juego del ajedrez con el Dr. D. Antonio, respetable cabeza de una de las ramas de esa noble y distinguidísima familia. Desde que se remató su ceguera, nuestro amigo llevó una vida de retraimiento casi absoluto; pero gustaba de que le visitasen las personas de su confianza y de hablar con ellos sobre cosas relativas ya al progreso de la patria, ya á la bella literatura. El Sr. D. Federico Donoso, su amigo y Director de la Biblioteca Nacional, concurría casi todas las mañanas á darle una ó dos horas de lectura; ó, cuando el tiempo estaba bueno, daba el venerable ciego, con gran satisfacción, su paseo por la Alameda, sirviéndole de lazarillo algún pariente ú otra persona. En los postreros días el Dr. D. Luis Cordero, actual Presidente de la República, se agradaba en tomarle en su coche para hacerle dar vueltas por la ciudad ó sus cercanías.

La ceguera y la dificultad consiguiente de instruirse por sí mismo de lo que deseaba saber, habían avivado su curiosidad; todo lo preguntaba. Le placía especialmente imponerse de las cosas de su Ambato. Había contribuido á la formación de la Biblioteca de esta ciudad, á la cual regaló su librería. Los progresos de sus paisanos le lleñaban de entusiasmo, y nunca le faltaban razones para disculpar sus defectos y errores.

Era admirable la resignación con que nuestro amigo sufría la desgracia de haber perdido la vista, y los demás achaques de la vejez; y no sólo se le veía resignado, sino que hasta conservaba su buen humor y se chanceaba con sus amigos. “La edad que de tiempo atrás me he señalado, repetía alegremente, es la de ochenta y tres años, y he de llegar á ella”. “Yo he de alcanzar, decíanos una vez, á dictar su necrología, y he de decir en ella que Ud. no supo, como yo, gozar de la vida”.

La ecuanimidad y aquella satisfacción y contento de la suerte, sea cual fuese, que admiramos en pocos seres privilegiados que han pasado á la historia, no requerían esfuerzo ninguno de parte del Dr. Cevallos: con ellos y para ellos le había formado la naturaleza; en no haber pretendido contradecir á ésta para modificar, ó cambiar el carácter, consiste talvez su mérito bajo este aspecto. Si hubiese vivido en tiempo de Anaxágoras, quizás habría pertenecido al número de sus discípulos; bien es verdad que el filósofo griego era siempre grave en la apreciación de las cosas y en la manera de expresar sus pensamientos, y Cevallos solía darse á las humoradas y burlas, ó, cuando menos, gastaba franquezas.

Sobre algunos puntos de moral, y especialmente en materias religiosas, tenía ideas erróneas que habían como forrado de una dura costra su inteligencia. Satisfecho de ellas, no aceptaba nada que pudiese modificarlas, ó cambiarlas, y era inútil discutir con él, porque cuando se veía apretado por la lógica de un argumento, soltaba una chanza volterriana para eludirle. La burla era el aceite del gladiador con que se untaba para que no le asiese el contrario. Daba pena y disgusto el hallar á un hom-

bre tan bueno, tan inofensivo, tan acucioso en practicar el bien para con sus amigos y tan sin hiel para los que le ofendían, incapaz de comprender la verdad religiosa y adverso á todo estudio que pudiera acercarle á ella. Sin embargo, creía en Dios, en la inmortalidad del alma y en la justicia distributiva de la eternidad; y aún, ultimamente gustaba de orar, pues recitaba todos los días, puesto de rodillas, la oración dominical, según él mismo nos lo aseguró muchas veces. Y no penetraba la inconsecuencia en que incurría al orar como cristiano negando á Jesucristo, al pedir el *reino de Dios* rechazando la verdad que abre sus puertas, y que seamos librados del mal al tiempo mismo que prescindía de la fuente del bien. Tal inconsecuencia provenía de la falta de estudio y meditación, y esta falta era hija de la preocupación del libre-pensador que en Cevallos, como en otros muchos, había roto la armonía entre la inteligencia y el corazón. Cevallos tenía éste naturalmente religioso, y por eso era naturalmente bueno, mas en cuanto á su inteligencia, ya lo hemos dicho, conservábala cubierta de la costra de las malas ideas en su mocedad adquiridas en lecturas ponzososas y en el trato de aquella gente frívola, que riñe con la fe para afanarse de ilustrada; y por eso no comprendía bien al mismo Dios á quien invocaba, y no podía juntar á las virtudes que da la naturaleza las virtudes cristianas que las perfeccionan y hacen secundas y vigorosas. Cevallos era un filósofo de la antigua Grecia, que rezaba el *Padre nuestro* porque había nacido en tiempos cristianos.

Sin embargo, tanta hombría de bien, tanta bondad y dulzura de carácter, tanto desprendimiento y generosidad como atesoraba nuestro amigo, no han debido pasar desadvertidos á los ojos de la

Justicia divina ni, por lo mismo, quedar sin la remuneración necesaria. Dos años le faltaban para los ochenta y tres que se había propuesto vivir, cuando vino la enfermedad á anunciarle que su lecho estaba listo en el cementerio y abierta para su alma la puerta del otro mundo. Cevallos conoció que no había escape; mas vió venir la muerte con la serenidad más admirable, y arregló todos sus asuntos domésticos de manera que no ocasionasen dificultad ninguna á sus herederos. “No parece, nos decía uno de sus deudos, que se prepara al viaje á la eternidad; sino á Ambato ó á cualquier otro lugar”. Con todo, esto podía decirse respecto del cuidado con que todo lo ordenaba y de la tranquilidad que en ello empleaba; pero en cuanto á su suerte futura, ya no le fue indiferente morir como cristiano ó como simple deísta: es cosa demasiado seria y grave eso de salirse uno para siempre de este mundo sin haberse preparado para el eterno, en donde no se corrigen errores ni se remedian daños. Indudablemente, mientras el Dr. Cevallos mostraba tanta calma y fuerza de ánimo al acercarse á su fin, interiormente estaba sacudido por hondas sospechas y temores. Los argumentos de hecho de la muerte no se contestan con chanzas. La disyuntiva de: ó vida eterna con Jesús, ó eterna muerte sin él, no tiene sino una salida para el alma que fue iniciada en el cristianismo y que, siquiera en sus últimos momentos de permanencia en la tierra, medita seriamente en el destino que la aguarda en las regiones misteriosas de ultratumba; y esa salida no puede ser otra sino la de buscar la reconciliación con el Hijo de Dios y morir abrazado de El. Pocos días antes que muriese, díjonos con cierto tono de satisfacción y confianza:— Ya sabe Ud. que voy á con-

fesarme?—Hará Ud. muy bien, nos limitamos á contestarle.—Sí, añadió, voy á prepararme á morir, y he mandado llamar al Dr. González Suárez para que me arregle.

En efecto, su amigo el ilustre presbítero que con él comparte la gloria de patrio historiador, juntó también su nombre al de Cevallos en la última página de la vida de éste, oyéndole en confesión. Cevallos relató al sacerdote la historia íntima de su alma y corazón, sin duda con la misma buena fe y sencillez con que había contado al mundo la historia de la patria. Después pidió el venerable enfermo que le administrasen el Santo Viático.—Que me le traigan con música y pompa, dijo á su confesor.—¿Y para qué desea Ud. eso?—¿Para qué? Para que sepa todo el mundo que el herejazo de Cevallos ha muerto católico.

Talvez quiso esa pompa como una tácita retractación de su heterodoxia. Diósele gusto: el 19 de Mayo, á las ocho de la mañana, se le llevó al Santísimo en solemne procesión, á la cual concurren las personas más distinguidas de la sociedad quiteña, silenciosas por acatamiento á la Divinidad que iba en medio de ellas, apesaradas porque iban á perder á su querido y respetado viejo escritor. El 21 del mismo mes, á las dos y media de la tarde, Cevallos no existía.

Su muerte fue sincera y generalmente sentida. A nosotros que le debimos una larga, firme é íntima amistad y un cariño que no menguó jamás, nos cayó el golpe en el corazón de manera cruel. Cevallos era uno de los eslabones de oro de la cadena de nuestras conexiones; se rompió como otros, y la cadena va acortándose tanto!.....

Al día siguiente, después de las exequias que le

mandó celebrar la familia, sus amigos y sus admiradores condujeron el cadáver al cementerio de San Diego, y le consagraron sus últimos suspiros y adioses. ¡Ojalá no se pase mucho tiempo sin que la patria honre á su primer historiador con algún monumento digno de su memoria!

El 4 de Julio la Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Real Española, le dedicó los funerales que para sus miembros prescriben los Estatutos. Después de las ceremonias religiosas, la Corporación tuvo junta extraordinaria, y en ella, en presencia de selecto concurso, el Dr. D. Julio Castro, Director actual de la Academia, leyó un bello *Elogio fúnebre* del difunto compañero y amigo.

También, como era justo, los ambateños honraron la memoria de su esclarecido paisano con exequias y velada literaria.

Quito, á 10 de Septiembre de 1893.

J. León MERA.



... en orden a ideas y opiniones contrapuestas a las
suyas, no tuvo un solo enemigo, cuando para él
se abrieron las puertas de la Academia. El Dr.
Cevallos era incapaz de hacer el más leve mal a
nadie, y lo mismo con ánimo de liberos no por
apocamiento, y por falta de interés, sino
porque la justicia demandaba justicia, y la base de su
carácter no le permitía por ningún momento
receder. Y así, en su vida, como en su obra,
fue un hombre de bien.

ELOGIO FUNEBRE

DEL

SR. DR. D. PEDRO FERMIN CEVALLOS,

LEÍDO, EN SESIÓN PÚBLICA, POR EL DIRECTOR
DE LA ACADEMIA ECUATORIANA CORRESPONDIENTE
DE LA REAL ESPAÑOLA,

SEÑOR DOCTOR DON JULIO CASTRO

I

Voy á delinear un mero esbozo, para que lo perfeccione una mano más hábil que la mía. Es el de un anciano bondadoso, que se ha extinguido dulcemente en medio de los suyos, rodeado de la estimación y el respeto de sus amigos. Y amigos del Dr. Cevallos fueron cuantos con él habían

departido, siquiera fuese de paso; pues el ilustre fallecido, merced á lo apasible de su condición, la amenidad de su trato y su extremada tolerancia en orden á ideas y opiniones contrapuestas á las suyas, no tuvo un solo enemigo, cuando para él se abrieron las puertas de la eternidad. El Dr. Cevallos era incapaz de hacer el más leve mal á nadie, á lo menos con ánimo deliberado: no por apocamiento, ó por falta de viril entereza, sino porque la innata bondad que formaba la base de su carácter no le permitía que abrigara ninguna pasión rencorosa. Y así, evitando toda tormenta, hizo su postrer etapa en el viaje de la vida, por ruta llana, tersa y bonancible, no obstante las dolencias y la escasez de recursos, que fueron el cortejo de su honorable y plácida ancianidad.

Octogenario y ciego, conservaba siempre su admirable serenidad de espíritu, y suplía la luz material con la irradiada de su distinguida inteligencia, á fin de matar las tristes horas de la eterna noche de sus ojos, siguiendo con vivísimo interés el movimiento literario de su patria, movimiento que de él había recibido su principal impulsión. En efecto, el Dr. Cevallos ha sido considerado, y con sobrada razón, como el Néstor de la actual literatura ecuatoriana; y si hoy es nuestra patria uno de los pueblos de origen español en que con más pureza se emplea la hermosa lengua castellana, débese á los imponderables esfuerzos que ese eminente filólogo y distinguido hablista hizo para depurar el lenguaje vulgar, y aun el escrito, de las voces exóticas y bárbaras que en ellos se habían introducido, por falta de centinelas tan vigilantes como él.

Però quédese esto para su lugar oportuno. He querido, ante todo, poner en relieve el carácter y

condición de mi respetado amigo; y, cumplido mi propósito; permitidme, señores académicos, que al declarar, como Director de la Academia Ecuatoriana correspondiente de la Real Española, la vacante inllenable que ha quedado en nuestras filas, trace, siquiera sea á vuela pluma, los principales rasgos de la vida literaria de nuestro deplorado compañero, á quien nos habíamos acostumbrado á tener por maestro y guía, en lo tocante á los trabajos propios de la mentada corporación.

II

El Sr. Cevallos nació el 7 de Julio de 1812 en Ambato, suelo fecundo y privilegiado que ha producido escritores, estadistas y magistrados de elevadísima talla, entre los cuales el ilustre difunto ocupa muy distinguido puesto.

Trasladóse á la Capital, á seguir los cursos de filosofía y jurisprudencia; y allí hizo, en efecto, esos estudios, si hacerlos podía llamarse la concurrencia forzada á las clases, impuesta al indómito niño por la voluntad paterna. Al futuro sabio le repugnaba entonces todo estudio; pero, con repugnancia y todo, siguió la carrera del foro, obtuvo en 1838 la investidura de abogado, y regresó presuroso á su risueño hogar, no á dedicarse á las áridas tareas forenses, sino anheloso de que se realizase su ideal, de pasar alegremente las horas, aspirando con avidez, en las huertas perfumadas de su florida tierra, la atmósfera inebriante de la vida sensual. Y así continuó el novel jurisconsulto hasta la edad de cuarenta años, sin sospechar que escondía, entre los repliegues de su ser completamente consagrado al

placer, gérmenes que, debidamente cultivados, habían de producir en él la más completa regeneración intelectual y convertirle en una de las glorias más puras y envidiables de la literatura ecuatoriana.

No cabe en el estrecho marco de este boceto, ni entra en la índole de mi trabajo, el cuadro de esos años de vida del Dr. Cevallos, lastimosamente perdidos para las Letras y que retardaron notablemente la justa nombradía de que hoy disfruta, como eximio literato. El mismo Cevallos lo ha trazado con gracia inimitable, en escritos humorísticos, chispeantes y convenientemente salpimentados, escritos que constituyen unas como confesiones en las cuales el pecador se arrepiente, pero acariciando siempre con amor las risueñas imágenes de un tiempo que ya no tornará, y deseando que tornar pudiera, para acopiar materiales de nuevo arrepentimiento. Nuestro compañero, el eminente literato D. Juan León Mera, ha insertado en una biografía del Dr. Cevallos, publicada en 1873, algunos trozos de los escritos á que me refiero, y ha pintado, con su acostumbrada maestría, lo concerniente á esa época, primero de prueba, y después de regeneración intelectual, de su respetable y respetado amigo. Me limito, pues, á indicar ese trabajo á los que anhelan detenerse algo más en dicha época; pero no debo terminar lo relacionado con ella sin que exprese, coincidiendo completamente en ideas con el Sr. Mera, que los heroicos esfuerzos que hizo el Dr. Cevallos para sacudirse de sus hábitos de disipación y adquirir otros de trabajo ordenado y metódico, son, para mí, la parte más interesante y meritoria de su vida literaria.

Sucede, en el orden moral, que hay naturalezas angélicas cuyo centro natural de atracción es

lo infinito. Y allá van las aspiraciones de esos seres vaporosos y etéreos que evitan cuidadosos el que sus blancas alas rosen el fango mundanal. Admirémosles sin reserva; pero admiremos aún más á los que tienen que luchar para vencer, porque son fuertes y estrechos los lazos que los retienen, jadeantes pero no saciados, en el ruidoso festín de la vida material.

Pues idénticamente lo mismo acontece en el orden intelectual. Hay seres predestinados á la meditación y al estudio, que han tenido por cuna un infolio, que han crecido y se han desarrollado entre los libros, y que se asfixiarían al no respirar su natural elemento, que es el polvo de las bibliotecas. Pero más mérito hallo en los que, ya en edad proveya, se proponen ser sabios, y lo son, mediante un heroico esfuerzo de voluntad: en los que procuran llenar, y en efecto llenan, con exceso de laboriosidad, aunque tardía, la ancha laguna causada por el tiempo perdido para las Letras.

Y tal hizo el Dr. Cevallos; pues, doblado ya el meridiano de su vida, resolvió ser, y en efecto fué, historiador eminente, literato eximio y hablista consumado. Y estos lauros inmarcesibles que adornan las sienas del patriarca de nuestra literatura contemporánea son tanto más merecidos, cuanto los ganó el ilustre literato luchando tenaz contra sus propias inclinaciones, hasta dominarlas por completo y saborear con delicia las inefables fruiciones del comercio intelectual.

III

Antes de que el Dr. Cevallos se hiciese notar como literato, había tenido notable participación en la vida pública. Concurrió, como Diputado, al

Congreso de 1847, sin terciar gran cosa en las reñidas luchas parlamentarias que entonces hubo, luchas hacia las cuales no le arrastraba su carácter poco batallador. Se afilió después en el partido liberal extremado, y trabajó ardentemente, en 1849, por el triunfo de la candidatura Elizalde; pero la contienda electoral fué decidida en los cuarteles, por medio de pronunciamientos militares; y el inexperto político tuvo el profundo disgusto de ver que el partido conservador ó floreano se iba á encaramar en el poder, y acaso de un modo estable, si otro pronunciamiento militar no lo remediaba. Se echó, pues, como todos sus copartidarios, en brazos del despotismo militar de Urbina, hábil y astuto hombre público que había jugado con todos los partidos, hasta imponerse á la Nación y que se le tuviese por salvador de los principios liberales. El liberal Cevallos fué, por lo tanto, partidario decidido de Urbina, y hasta desempeñó, por algunos días, la secretaría general del Gobierno provisorio de éste, para autorizar decretos que se consideraron como de extremado liberalismo. Pronto conoció el honrado patriota que su buena fe había sido burlada, como la de casi todos sus copartidarios; pues, en vez del Gobierno libérrimo con que soñaba, vió implantarse en la República el más definido y neto personalismo. Los que continuaron sirviendo al nuevo magistrado se denominaron, desde entonces, Urbinistas; y el Dr. Cevallos, herido en sus convicciones y desalentado, dió un adiós á la política activa, y se archivó en un Tribunal de Justicia, á fin de consagrar todos los momentos que le dejaba libres el ejercicio de la magistratura, á sus estudios predilectos sobre la Historia y el Arte de bien decir. Desde entonces comienza, y nada más que desde entonces, la vida propiamente literaria de nuestro deplorado ami-

go y compañero.

Esas excursiones, y las que después hubo de hacer en el escabroso terreno de la política, cuando á ello le obligaban sus deberes de patriota y de ciudadano, constituyen meros accidentes, y muy ocasionales y transitorios por cierto, de su vida de literato y hombre de ciencia; pues como literato y hombre de ciencia tiene que ser juzgado, ante todo y sobre todo, por la crítica imparcial y desapasionada.

Y entre en cuenta que, aun en el político, si bien inexperto y candoroso, se mostró siempre el ciudadano patriota y honrado, el hombre de bien á carta cabal, y que hubo vez en que se le vió, cuando el memorable y ruidoso Congreso de 1867, cumplir su deber de Senador con catoniana entereza.

Pero quédense á un lado su Diputación de 1847, sus percances electorales de 1849, su secretaría general de Urbina en 1852, su senaturía de 1867 y sus demás escapatorias, siquiera sean momentáneas, del augusto templo de la diosa á la cual ha rendido su único culto: la Literatura. Fueron meras veleidades de amante, siempre reparadas después con aumento de asiduidad en la adoración.

Venga, pues, el literato; que ante él desaparecen las banderías; y urbinistas y floreanos, moderados y radicales, clericales y deficientes, todos se han puesto de acuerdo en estrecharle con efusión la mano y reconocerle como maestro.

IV

El "Resumen de la Historia del Ecuador" es un paso avanzadísimo en la marcha progresiva de nuestra literatura, y merece, con justicia, el aplauso con que la obra fué recibida dentro y fuera de la

República. Le falta aun algo para que pueda considerarse perfecta; pero es indudablemente un notabilísimo trabajo, desde el cual poco resta ya que recorrer hasta el grandioso monumento literario que actualmente levanta en el suelo de la patria el Dr. D. Federico González Suárez.

El Dr. Cevallos, como historiador, no pertenece, de un modo bien marcado, á ninguna de la escuelas históricas, reconocidas como tales, en estos tiempos en que todo se clasifica, marca y numera, por más que, muchas veces, las clasificaciones resulten arbitrarias y antojadizas. Ni se encierra en el estrecho marco de la desnuda exposición del cronista, ni pretende ser razonador filósofo, ni trata de profundizar extremadamente la causa de los hechos, para buscar en ellos una forzada concatenación providencial. Prefiere ser narrador correcto y desapasionado; y efectivamente lo es en grado eminente, sin que, por eso, se abstenga de juzgar los acontecimientos históricos, con la serenidad propia del augusto ministerio que debe ejercer el historiador, ni deje de poner á descubierto más de una úlcera social, por medio de su hábil y bien manejado escalpelo.

La parte consagrada á la historia de nuestros aborígenes es harto deficiente; pues el tiempo que el Sr. Cevallos malgastó, alejado de las Letras, y el que después le robó la Magistratura, que se vió precisado á ejercer para sobrellevar dignamente su honrada pobreza, no le permitieron profundizar mucho los arcanos de esa época oscura y nebulosa, ni con la ilustrada sagacidad del ya mentado historiador nacional, ni con la paciente constancia de ese benedictino de las Letras ecuatorianas, que lo es el Dr. D. Pablo Herrera.

En lo tocante á la colonización española nuestro historiador ha tenido ya fuente segura, como son las crónicas, décadas y relaciones de los primitivos historiadores de Indias; y así en esa parte de su libro, como en la concerniente al Gobierno colonial y en la consagrada á nuestra grandiosa epopeya, que es la guerra de la Independencia, ha evitado cuidadoso recargar el colorido de sus cuadros, como lo recargan generalmente los que han escrito cuando aún se conservaba vivo el resentimiento engendrado por esa titánica guerra. El Dr. Cevallos juzga con criterio tranquilo y ánimo sereno, y aplaude ó fustiga al que lo merece, sea conquistador ó conquistado, godo ó patriota, peninsular ó americano.

En mi discurso pronunciado con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América, dije, con relación á las atrocidades de la Conquista y á los heroicos hechos de la Independencia, lo siguiente:

“Los imponderables infortunios de los pueblos aborígenes culpa fueron del tiempo y no de España”, como dice el Tirteo español. Y ni aún esa gráfica expresión del ilustre poeta es exacta; pues semejantes males han sido y son de todo tiempo, y no hay por qué aplicarlos exclusivamente al en que se efectuó la conquista española del Nuevo mundo. Toda guerra de conquista acarrea idénticas atrocidades, y con ellas se han llenado las principales páginas de la Historia, frecuentemente convertida en el martirologio de la humanidad”.

“La obstinada y grandiosa guerra de la Independencia engendró, es cierto, profundos odios entre peninsulares y americanos, esto es entre españoles de allende y aquende el Atlántico; pero esos

odios no podían ser eternos; la terrible guerra, que terrible fué, como toda guerra de familia, sólo ha dejado el recuerdo del asombroso heroísmo de la raza común á que pertenecían ambos combatientes; las hijas de España, nuestras jóvenes y prósperas repúblicas, se han reconciliado sinceramente con su augusta madre; y hoy los españoles de acá admiramos sin reserva el temple de alma y valentía de Hernán Cortés, Pizarro, Núñez de Balboa y demás indomables conquistadores del suelo americano, como los españoles de allá, también sin reserva, acatan el genio creador y la pericia militar de Bolívar, Sucre, Páez y demás egregios adalides de la guerra de la Independencia. Así los unos como los otros son titáneas figuras que la mano de Dios talló en granito español”.

Y el Sr. Cevallos ha pensado como yo. Por eso es parco y mesurado en apreciaciones hirientes á la nación dominadora, no obstante haberse escrito su obra mucho antes de que la “Unión Ibero Americana” y las “Academias correspondientes”, instituciones de las cuales fué uno de los más entusiastas cooperadores, contribuyesen poderosa y eficazmente á la leal y sincera reconciliación entre todos los miembros de la ibérica familia.

En donde más resaltan las imponderables dotes del Dr. Cevallos como historiador imparcial y desapasionado, es en lo correspondiente á la última época de su Historia, la de 1830 á 1845. Es la historia de Flores y del partido conservador: la de Flores, derrocado por los revolucionarios de 1845; la del partido conservador, que con Flores se hundió, y que se hubiera reaccionado con Noboa, á no impedirlo Urbina, aclamado por los liberales ó roquistas como el salvador de sus principios. Y sin em-

bargo el *antifloreano* escribe la historia del *floreanismo*, y el *roquista* juzga al partido *conservador*, evitando que el fiel de la balanza se incline al impulso de algo que provenga del prosélito ó del adversario político.

Esto no quiere decir que la obra sea irreprochable hasta en sus últimos detalles. Pudiera, tal vez, ponerse en tela de juicio tal ó cual hecho, ó impugnarse con fundamento tal ó cual apreciación; pero bastarían las dotes eminentes que quedan apuntadas y que superan con mucho á los pequeños lunares de dicha obra, para que ésta se quedé siempre como una de nuestras joyas literarias de más valía.

Y valiosa es, además y sobre todo, en su forma; pues el corte de la frase, la corrección y limpieza del lenguaje, la parvedad de adornos retóricos y la carencia absoluta de inútil hojarasca y falsos oropeles, la hacen digna de ser presentada por modelo del estilo que más cuadra á la augusta majestad de la Historia. Es el ejemplo que el hablista y filólogo eminentísimo nos ha querido presentar junto al precepto, al recibir la ejecutoria de maestro en el Arte de bien hablar.

Perdóneseme un detalle que personalmente me concierne, en orden á la publicación del "Resumen de la Historia del Ecuador": detalle que han olvidado los biógrafos del autor; pero que éste no olvidó nunca, considerando, con su genial benevolencia, el simple deber que cumplí entonces, como un motivo de eterna gratitud para conmigo. La obra había hecho una larga peregrinación por dentro y fuera de la República, en busca de editor que la aceptase; se había tentado, además, el desesperado medio de las suscripciones; y hasta hubo un decreto de pro-

tección oficial, que las penurias del Erario no permitieron cumplir. Todo resultó inútil y sin consecuencia; y el autor hubo de guardar sus manuscritos, completamente desalentado. En tales circunstancias fuí llamado por el Presidente Sr. Espinosa á desempeñar el portafolio de Hacienda; procuré, entonces, con decidido empeño, arbitrar fondos para que saliese á luz un libro de tal valía; y tuve la satisfacción de firmar la orden de pago de todo lo que el Tesoro debía al Sr. Cevallos por sueldos y pensiones atrasados, radicando dicho pago, para que fuese más factible, en la tesorería de Manabí, en donde el acreedor podía hacer valer su acreencia para operaciones concernientes á los derechos de aduana. Con esto el Sr. Cevallos tuvo lo bastante para su anhelado objeto, é hizo su viaje á Lima, en donde llevó á cabo la publicación de la obra.

V

El "Breve catálogo de los errores que se cometen en el lenguaje familiar y aún en el escrito" salió á luz mucho antes que el "Resumen de la Historia del Ecuador", y de él se han hecho cuatro ediciones sucesivas. Aun prescindiendo de su indiscutible mérito intrínseco, el catálogo tiene gran interés, como muestra de la infatigable labor de Cevallos en la depuración del lenguaje, depuración que fué la preocupación constante de su vida, el blanco de sus afanes, el punto objetivo de sus más vehementes aspiraciones.

He dicho ya que el Dr. Cevallos, apasionado extraordinariamente de la pureza y elegancia del estilo de los clásicos españoles, había hecho pro-

fundos estudios en materia de lenguaje y declaróse en guerra implacable y constante contra toda introducción de voces exóticas ó bárbaras, muy especialmente de las de importación traspirenaica. Su extremada tolerancia en orden á ideas y opiniones contrapuestas á las suyas nunca se extendió á semejante materia, y tras todo pecadillo, siquiera fuese venial, en materia de lenguaje, se hacía sentir la férula del maestro.

Y hubo sobrado motivo para que se excitase el celo del justamente alarmado preceptor; pues si, aun en la Península, la falange galiparlista había hecho considerable estrago en la hermosa lengua de Cervantes y de Herrera, el daño era aún mayor en los pueblos americanos de origen español. Después de la guerra de la Independencia había cesado casi por completo nuestro comercio literario con la metrópoli del Gobierno colonial; nuestra lectura preferente y cotidiana era la de los escritores franceses de más fama, brillantes y eminentísimos, en verdad, pero vertidos al español por traductores contratados á destajo para el comercio de exportación de libros; y la hermosa, la tersa, la galana lengua española llevaba trazas de bastardearse completamente, convirtiéndose en mero dialecto en que predominase el elemento gálico, si una reacción saludable, encabezada por escritores de pulso y brío, no lo remediaba. El Dr. Cevallos dió la voz de alarma; y enseñó, amonestó y corrigió tanto y tanto que, á la postre, logró formar escuela y que la reacción se verificase. Hoy tiene la juventud ecuatoriana decidida afición á los estudios gramaticales y filológicos, y nuestra literatura adquiere paulatinamente la tersura y limpidez propias del sonoro y robusto idioma en que resonaron los acentos patrióti-

cos del peninsular Quintana y del americano Olmedo.

El "Breve Catálogo" es, pues, un trabajo importante y de indiscutible utilidad. Por ser *breve*, le falta aún mucho para que se complete; pero otros escritores, obedeciendo al impulso recibido, han continuado estudiando con esmero el Arte de bien decir; y Don Pablo Herrera, con sus "Voces provinciales usadas en el Ecuador", el General Salazar, con sus "Observaciones sobre algunas palabras empleadas en el lenguaje militar", D. Honorato Vázquez, con sus "Reparos sobre nuestro lenguaje usual", D. Alejandro Cárdenas con sus "Notas sobre el lenguaje vulgar forense", y el Reverendo Proaño con sus "Observaciones al Diccionario de la última edición", están en camino de formar el digno complemento del libro, de cortas dimensiones, pero de subido mérito, cuya continuación les ha legado el eminente maestro.

VI

No obstante su "Resumen de la Historia del Ecuador", su "Galería biográfica de ilustres ecuatorianos", y su "Breve Catálogo de errores en materia de lenguaje", el Sr. Cevallos se consideraba aun deudor de un saldo á las Letras, por haber pasado lo más florido de su edad alejado de ellas. No quiso, en consecuencia, que fuese estéril para las mismas la versación que en materias forenses adquiría; en virtud del ejercicio de las magistraturas judiciales desempeñadas por él; y publicó sus "Instituciones de Derecho práctico ecuatoriano", libro que sir-

vió de texto para la enseñanza de la juventud y que le abrió las puertas del profesorado en la Universidad de Quito.

Y pues he hablado de la competencia del Dr. Cevallos en asuntos forenses, aquí correspondería juzgarlo como magistrado y jurisconsulto; pero la índole de mi trabajo no me permite alejarme mucho del terreno puramente literario. Así, me bastará decir que, en su brillante carrera, en la cual recorrió con honra todos los escalones de la jerarquía judicial hasta entrar en la Corte Suprema de Justicia, se hizo siempre notar como juez ilustrado y probo, si bien la especialidad de sus estudios predilectos no le permitió profundizar mucho los arcanos del Derecho, ni llegar, por lo tanto, á la altura de sus compañeros Salazar, Portilla y Gómez de la Torre, grandes lumbreras jurídicas de cuya luz acaba de privarnos la muerte.

El venerable anciano continuó en el Tribunal Supremo hasta el año de 1889 en que hubo de retirarse, apagada la luz de sus ojos, á vivir con la modesta pensión que el cuerpo universitario le señalara como á profesor jubilado.

Se me olvidaba decir, para completar lo concerniente á la hoja de servicios forenses del Sr. Cevallos, que éste formó parte de la Comisión codificadora creada por la Legislatura de 1867, comisión que hubo de disolverse, á consecuencia de la revolución política de 1869. En realidad de verdad la creación de ese cuerpo codificador no produjo los resultados que de él se esperaban; pero las actas de sus discusiones, durante el año que tuvo de vida, sirven, no obstante, para esclarecer tal ó cual punto dudoso de la parte del Código civil que alcanzó á ser objeto de tales disquisiciones. Y es excusado

agregar que la colaboración del Sr. Cevallos había de tener por objeto preferente la corrección y pureza del lenguaje de los futuros códigos, sobre lo cual no podía admitir que hubiese transacción ni acomodamientos. Centinela avanzado, allí se estuvo, en ese terreno como en todos, pronto á dar la voz de alarma, á la aproximación del enemigo, esto es, de las palabras ó voces bárbaras ó exóticas que tratasen de deslizarse en el lenguaje, á pretexto de la exposición de un principio ó de la demostración de una verdad.

VII

Conocidas las aficiones y tendencias literarias del Dr. Cevallos, se comprende fácilmente con cuanto amor debió acariciar la idea lanzada en España, por iniciativa del literato colombiano D. José María Vergara y Vergara, y un poco también por la mía, de establecer en América Academias correspondientes de la "Real Española de la Lengua". ¿Podía haber para nuestro filólogo y hablista cosa más importante y meritoria que cooperar á las labores de la corporación conservadora de la pureza del lenguaje, cuyo lema, en lo que á éste concierne, *es limpia, fija y da esplendor?*

La Academia Ecuatoriana se estableció en 1872; y, como era justo y natural, fué su primer Director el Dr. Cevallos. ¿Quién sino el patriarca de las Letras ecuatorianas, el pulcro y eximio literato, el profundo conocedor de todas las galas y recursos de la hermosa lengua castellana, podía haberse puesto á la cabeza de un cuerpo literario que se organi-

zaba con el ya mentado propósito? Por eso, las labores de nuestra Academia le interesaron cual si hubiesen constituido el negocio más importante de la República. Ninguno podía serlo más para quien estaba siempre dispuesto á perdonar á sus enemigos, pero no á los enemigos de la lengua.

La organización de este cuerpo académico, debida principalmente á su ilustrado primer Director, ha sido el blanco de censuras injustificadas. Cierto que en él hemos entrado algunos con escaso equipaje literario y tan solo en atención á nuestro decidido amor por las Letras; pero otros, que son los más, tienen ya adquirido envidiable renombre como literatos. Se nos imputa haber cuidado de alejar el elemento joven; y allí están, para desmentir, tal imputación, Vázquez y Crespo Toral. En orden á otro cargo aun más infundado, el de provincialismo, bastará recordar que, si la Academia no tiene, las más veces, ni aun el número de vocales necesarios para sus juntas, es debido á que, hasta contrariando los usos establecidos en la Real Española, la mayoría de los Académicos se compone de literatos residentes en las provincias. Hoy mismo la Academia, para llenar la vacante causada por el fallecimiento de nuestro deplorado amigo y compañero, trata de rendir, y rendirá, homenaje al periodismo, que ha llegado á tomar gallardo y sorprendente vuelo en la ilustrada y opulenta Guayaquil.

El Sr. Cevallos desempeñó la dirección de la Academia durante diez y seis años, y no la dejó sino cuando su achacosa ancianidad y la falta de vista no le permitieron ya atravesar los umbrales del hogar.

Al aceptar su renuncia, reemplazándole con quien se muestra confuso por semejante subrogación tan honrosa cuanto inmerecida, la Academia le dirigió el siguiente oficio.

“Al Sr. Dr. D. Pedro Fermín Cevallos.

Quito, á 9 de Marzo de 1890.

Señor:

La Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Real Española de la Lengua, reunida hoy con el fin de elegir nuevos empleados, tuvo la dignación de nombrarme para su Secretario y de encomendarme, como á tal, que dirigiese á Ud. este oficio, expresándole la profunda gratitud que Ud. se merece de la Sociedad, por el tino, acierto y sabiduría con que la ha regido desde su fundación, y el vivo pesar que experimenta porque los achaques de Ud. la priven de un Director que, como Ud. benemérito de las letras patrias, tenía pleno derecho á gobernarla á perpetuidad, con los legítimos títulos de iniciador entre nosotros de las disquisiciones lingüísticas y de esclarecido decano de la literatura ecuatoriana.

Honrado con el grato encargo de transmitir á Ud. el referido acuerdo, y en extremo complacido de que la academia me presente oportunidad de manifestar á Ud. mi afecto y veneración, me repito de Ud. atento y obsecuente S. S.

Carlos R. Tobar”.

Los que hicisteis la visita oficial, que, con tal motivo la Academia resolvió hacer á su Director cesante, fuisteis testigos de la viva emoción con que el venerable anciano se hizo leer el oficio que se le dirigía, en contestación á su renuncia, y recibió el tributo de respeto y simpatía rendido por sus compañeros.

Y no porque hubiese cesado su concurrencia á nuestras juntas ordinarias dejó el Dr. Cevallos de interesarse en lo concerniente á su querida Academia; pues desde su antiguo sillón de trabajo, en el cual soportó resignado sus largas horas de forzada inacción, escuchaba la lectura con que su bondadoso amigo el bibliotecario de la Academia, D. Federico Donoso, cuidaba de distraerle diariamente. Y claro se está que, en esa lectura, lo relativo á la Academia había, de tener marcadísima preferencia.

VIII

He llegado al término de mi imperfecto esbozo biográfico, y debo rematarlo con lo concerniente á las creencias religiosas del Sr. Cevallos. Hizo siempre gala y ostentación de no tenerlas y de que consideraba *los misterios y verdades de la religión de Jesús como no pertenecientes á estos tiempos*. Pero el indiferentismo de nuestro deplorado amigo no provenía de estragamiento de ideas, sino de falta de instrucción religiosa; pues, ocupado con exceso en desentrañar los misterios del lenguaje, no le habían merecido ni siquiera una mirada rápida los de la eterna verdad. Sus amigos, abrigábamos, por lo tanto, la consoladora esperanza de que, cuando las emergencias de la vida le hiciesen volver los ojos á lo alto, se habían de disipar las densas tinieblas de su espíritu, recibiendo de lleno la luz esplendorosa que el Eterno irradia sobre los que en El se refugian en un momento de suprema desolación.

Y nuestras esperanzas no han quedado frustradas; pues á Dios volvió los ojos el venerable anciano, al abandonar su mísera vestidura terrenal.

El Sr. Mera, en su hermosa biografía del Dr. Cevallos, escrita veinte años ha, dice lo siguiente:

“Nuestro amigo oyó á los cuarenta años el *tolle lege* del buen juicio, dejó las licencias de Cartago, pero no tuvo por madre una Mónica que le purificase con el aliento de su corazón santo y con las lágrimas, ni llegó á Milán á recoger la verdad de los labios del grande Ambrosio. No ha leído, no ha meditado, no ha orado, lo que debe leerse, sobre lo que conviene meditar y como debe orarse; por eso el ilustre historiador, el ciudadano honradísimo, el patriota celoso, el amigo sin tacha, anda todavía alumbrado por la linterna de la ciencia humana, cuando puede serlo por el sol de la fe divina.

“Sin embargo, tenemos presente una costumbre de nuestros abuelos, que todavía no ha desaparecido del todo: cuando concluían un edificio, un monumento cualquiera, lo coronaban con una cruz. Sorprendentes son los esfuerzos que el Dr. Cevallos ha empleado para levantar el monumento de su regeneración moral y gloria literaria, y creemos que al fin se acordará de aquella santa costumbre”.

Y la predicción del Sr. Mera se ha cumplido; pues el Sr. Cevallos ha terminado su vida abrazado de la cruz.

Quito, Julio 4 de 1893.

Julio CASTRO.

ECOS DE LA PRENSA.

AL DOCTOR DON
Pedro Fermín Cevallos.

Planto y veneración es el tributo que la naturaleza humana deposita sobre la tumba de los hombres dignos. La melancolía es el manto común en que se envuelven el individuo y la colectividad, el que siente y el que razona, cuando la muerte jubila a uno de esos seres que el corazón acaricia y que la mente admira. Pero la admiración que arrebata en pos de sí el talento y el valor que se extinguen, y el amor efervescente por las virtudes que desaparecen, raras vez van de consuno. A la muerte de San Vicente de Paul, las multitudes se enternecieron y lloraron. A la muerte de Richelieu, fueron olvidadas de la elevada figura del fundador de la

unidad francesa; pero á la muerte de Franklin, América entera rompió en doloridos sollozos y el mundo civilizado levantó altares para venerar á uno de los mayores genios de la Humanidad.

Don Pedro Fermín Cevallos perteneció á la clase de hombres que ejercen influencia en el corazón y en la inteligencia, que saben conquistar el amor por sus virtudes y la admiración por sus hechos, y que al morir dejan cual estela de su existencia, el dolor y la gloria. Nacido en Ambato el mismo año en que los héroes y fundadores de la Patria firmaban la primera Constitución del Nuevo Mundo, ha sido testigo de la existencia de la República, desde su principio, durante buena parte de la primera centuria, y acaba de extinguirse en Quito, después de veinte olimpíadas, al tiempo que el siglo de la Independencia se prepara á dar cuenta á la Historia de su activa y profunda labor.

Cuando fui á Quito por la primera vez, reapareció en mí una idea que había tenido cuando muchacho. Hasta entonces nada sabía yo de griegos ni de romanos; pero, en mi casa, al tiempo que me hacían conocer los méritos y servicios de nuestros principales hombres, habían cuidado de ocultarme sus debilidades y vicios. Mis padres creyeron que valía más levantar y emular el ánimo de sus hijos, que no destetarlos con lo que agota pronto pronto el espíritu, haciendo germinar en él, el fastidio y el desprecio. Para conocer á los hombres y tenerlos á conveniente distancia, sobra la vida humana, y el suplicio de Sísifo de un corazón generoso, consiste en tratar diariamente y á cada instante de persuadirse de que los pocos á quienes se aborrece y la muchedumbre de los que se desprecia, todavía no son dignos de la intensidad del sentimiento.

Esas ideas recibidas en el hogar, hicieron nacer en mí la de ver en los ancianos envejecidos en el servicio público ó padres de una numerosa y visible familia, las columnas que sustentan el edificio social. Cuenta Homero que los muros de Troya fueron levantados por los dioses, y Tito Livio refiere el respeto supersticioso con que los galos vencedores miraron á los Senadores Romanos sentados majestuosamente en sus portales. Veía yo en Quito á esos viejos de aire reposado, actitud grave, envueltos en sus largas capas, y como no supiese nada de Troya y casi nada de Roma, apenas llegué á imaginarlos columnas sustentadoras de la ciudad. Eso era entonces.

Ese respeto del pasado, esa veneración al talento, ese culto al trabajo que crea y á la ciencia que descubre el velo de los misterios é ilumina los espacios de la vida, me han impelido á acercarme á cuantos pueden enseñarme por sus luces y honrarme por sus virtudes, y á cultivar su amistad.

El Doctor Cevallos acababa de anunciar la publicación de su Historia, cuando yo llegué á Quito, y ganoso de conocerlo, tratarlo y leer su obra, lo buscaba. Un día, por Machángara encontré á un individuo alto de cuerpo, de buenas carnes, gentil apostura, fisonomía franca y sin ángulos y mirada tranquila, aunque un tanto maliciosa. Acercándome, le pregunté:

—Es usted el Dr. Cevallos, autor de la Historia del Ecuador?

Era el mismo, y desde entonces data nuestra amistad que, á pesar de la diferencia de edades y de posición social, se estrechó, y que, sin embargo de las vicisitudes y de la ausencia, ha sido mantenida cordialmente durante más de treinta años.

Por entonces, el Dr. Cevallos estaba en la plenitud de su actividad intelectual; y, aunque ya llevaba media centuria á costas, no le pesaba el tiempo. Nunca se encontró estrechado por él, ni nunca se apresuraba; y, más bien que encadenado á sus exigencias, parecía tenerlo sometido á su voluntad. La muerte misma no ha venido á descargarlo de la vida y sus afanes, sino cuando él se lo ha permitido. Broma, bromeando, decía entonces que había de vivir setenta años, veinte más de los que tenía: ahora unos diez, *resolvió* llegar á los ochenta; y hace poco más de un año, ciego ya y obligado á la inactividad, me decía: *Todavía puedo alargar la existencia.* Y en tono melancólico repuso incontinenti:

—Pero ya es pesada para mí y para los míos. Mejor será descansar.

Ese señorío que ejercía sobre el tiempo, esa intuición de una larga existencia, probablemente fueron el móvil para que dividiese sus ochenta y un años en dos épocas distintas y bien marcadas. En ambas se manifestó su personalidad la misma que era y de idéntica manera. Naturaleza abierta y comunicativa, predispuesta á la benevolencia, el ejercicio de las facultades afectivas predominaba en él. Conocía el corazón humano, pero vencía en el juicio el amor del prójimo. Amaba lo bello como amaba el bien; y así como supo conquistarse corazones, supo encadenar la gratitud por sus consejos y favores. Su pecho no abrigó rencor y supo conservar siempre cálido el fuego de la amistad. No sé si fue más firme en amar que fácil en perdonar. Era de conversación amena, salpicada de anécdotas y chistes, y tal cual vez de cierto agridulce culto y de buen gusto. Rehuía toda discusión; y la tolerancia era en él como una segunda naturaleza. Concebía

la sociedad como un compromiso tácito, en que cada cual entra naturalmente por seguridad propia y común, y para labrar el propio y el general bienestar; y miraba la política y la religión como medios convencionales para conseguir el fin. La conformidad era una de sus mayores virtudes: la pobreza, el trabajo constante, las enfermedades, las privaciones morales, todo podía fatigar su naturaleza; pero el espíritu se mantenía sereno. Sólo la muerte de dos de sus hijas y de la esposa lo anonadaron.

La primera de esas épocas fué de aventuras caballerescas, de torneos amorosos, de cantos y de pasiones rosadas. Sus hechos de entonces han dejado memoria, y parece que principalmente en Ambato eran populares, cual los de Enrique IV en Francia. Todo eso no le impedía el ejercicio de la profesión de abogado. Rebosaba en él la vida y la esparcía por todos los lados cual un fecundante pólen.

En 1849 cambió de campo de acción y dió nuevo rumbo á su existencia ó, mejor dicho, le marcó un objetivo. En el Ecuador, en donde la existencia es uniforme, pequeña en la acción, azarosa en lo moral, estrecha en el ideal, la política es el centro á donde todo va á parar y el único punto que medio se empina en el plano terroso y sin verdura ni matices de su vivir. Puede ser puerta de entrada como para don Pedro Fermín Cevallos: la totalidad de las veces será arena y única como para don Pedro Moncayo. El que la desdeñe y quiera dedicarse exclusivamente á las letras ó á la ciencia, no tendrá ni espacio, ni estima, ni provecho; pálidos aplausos á lo sumo, tanto más sinceros cuanto menos inteligentes. La actividad moral no tiene más que una forma entre nosotros, el ejercicio de las facultades intelectuales carece de terreno y de impulso, el trabajo indivi-

dual se mueve en campo cerrado y al colectivo falta determinación y objetivo.

Un día vino en que el doctor Cevallos encontró que sus potencias sobaban á la actividad desplegada, y alzándose sobre la pasajera existencia de los afectos, comenzó á escalar la abrupta senda del pensamiento imperecedero. Nada más difícil y doloroso en el Ecuador que eso: para llevar semejante existencia hay que crear la materia y soplar la vida, hay que constantemente fabricar la atmósfera respirable. Carecemos de cabal concepción de la existencia y de ordenamiento de las necesidades: pueblo nuevo, vencen en nosotros los menesteres pero vivimos á día y vito. Esta sociedad no educa ni este hogar disciplina; y quien aparece por su instrucción, de seguro no la recibió en las escuelas ni en ellas encontró la base. Al hablar de un ciudadano de otro pueblo, no encontraría yo mérito en que el doctor Cevallos se hubiese dedicado á los trabajos intelectuales; pero, aquí en donde tantos ingenios viven y mueren en la infecunda inacción; en donde los impulsos del espíritu, sin apropiado campo, llevan á los descarríos, vicios y crímenes; aquí eso es un mérito. Y deja de ser mérito para ser gloria cuando esos trabajos intelectuales no son tomados cual mero pasatiempo, cuando tienden á la ilustración general y al levantamiento del intelecto nacional y cuando, siendo tanto menos fructuosos cuanto más serios, se tiene en poco la estrechez de fortuna y se compensan todas las privaciones y penalidades con los goces del espíritu y con la satisfacción del deber cumplido y del bien hecho. El doctor Cevallos fue pobre y sus trabajos intelectuales de trascendencia.

Los tiempos han cambiado, y ahora nueve lus-

tros, cuando el doctor Cevallos tomó la resolución de cambiar de manera de existencia, muy más difícil é inseguro que hoy era encontrar las vías del espíritu. Contaba él que estando el General Santa-Cruz en Ambato y oyéndole discurrir, en lugar de seguir la conversación, lo interrumpió diciéndole.

—Es usted abogado?

El doctor Cevallos agregaba que mintió negándolo, porque el Protector de la ya extinguida Confederación Perú-Boliviana censuraba con esa observación dos cosas: que en estos países americanos sólo los abogados discurrían, y que discurrían teóricamente ó, mas bien, fantaseaban. En este aspecto, hemos andado muy poco, por no decir que nada: existe un abismo entre la instrucción que se da en nuestras escuelas y las realidades de la existencia, y la dirección de la sociedad está encomendada, por lo general, á gente que desconoce completamente la observación, carece en lo absoluto de noción del derecho, mantiene una pretendida rivalidad entre la acción y el pensamiento, y se llama práctica porque ejecuta ignorante, zurda ó grotescamente.

Ante sí, el doctor Cevallos sólo encontró abierto el campo de la política que despierta en el Ecuador las ambiciones y, no tanto como ellas, el mero deseo de figurar sin exigir que esas ambiciones llegen á ser justificadas, ni sustentada por la inteligencia y el trabajo esa figura. Naturalmente, para el carácter bondadoso, para el espíritu equitativo, para la tendencia docentemente práctica del doctor Cevallos, nuestra política no podía ofrecer campo adecuado ni permanente. Faltaba en élla sistema y objetivo, y carecía de la nobleza que suelen imprimirle los intereses generales y la alteza que sabe comunicarle la concepción de la permanencia de la

existencia nacional. Empleo en este caso el pasado porque de lo pretérito estoy hablando. Puesto en espectación, probó que no era la ciega Fortuna la que lo había alzado.

Era hombre laborioso, no sólo por necesidad cuanto también por gusto, y los destinos públicos no fueron para él canonjías ni mucho menos medios de medrar. Fué demasiado honrado para dejar de cumplir sus deberes, y demasiado digno para abajarse. Esos destinos no eran tomados por él como conquista, ni como recompensa, ni como tributo rendido al mérito intelectual: los consideraba como prestación de servicios, y los dejaba con la misma complacencia con que los había tomado.

Al tiempo mismo que transitaba por el campo de la política, comenzó el doctor Cevallos á tomar posesión de la prensa; y á medida que entraba más profundamente en la vida del pensamiento, á medida que se desplegaban ante sí los horizontes intelectuales, hallaba que, entre nosotros y en ese orden, cuando la potencia individual que es dote natural, no supera á los medios de acción y que deben ser trasmitidos por la colectividad, por lo menos el esfuerzo está sometido á variaciones constantes, á trazar diariamente nuevo plan, á desflorar las materias, á pasar como las figuras de un caleidoscopio. El doctor Cevallos se entregó al estudio con ahinco, é hizo más porque determinó y limitó el campo de sus trabajos. Así como repugnaba encandilarse con fuegos pasajeros, repugnaba también esa especie de existencia aventurera de la pluma que ú obedece á personales é inarmónicos impulsos, ó se deja llevar del humor versátil de las pasiones jornaleras. Artículos de costumbres y esbozos históricos habían llenado su tiempo, cuando cayó en cuenta de que el

decir es un arte principal, y que había algo más que las reglas de Salvá. Las humanidades no tenían mucho espacio en la enseñanza nacional, y si cultivamos en algo, en muy poco las letras latinas, en nada ¡cosa curiosa! en lo absoluto las castellanas. En pueblos de otro hablar la lengua y las letras nativas son estudiadas, comparadas, gustadas: en España no así, y nosotros lo heredamos de España. Ese escaso comercio con la latinidad y la falta de uno diario y extendido con lo exterior, preservaron á los escritores nacionales de escribir en bárbaro. Indudablemente, el caudal de voces y de modismos en uso hasta los tiempos de la independencia, era relativamente corto y los giros uniformes. La influencia posterior de dos hombres de diverso carácter, de gusto y tendencias diversas, de lenguaje completamente distinto, cuales Olmedo y Rocafuerte, no alcanzó, en tiempos posteriores, á modificar profundamente la manera de las cosas. Habíamos conservado una parte del fondo común íntegramente, sin sufrir otra influencia que la del medio ambiente y la de las condiciones históricas en que vegetamos.

Las influencias extrañas se dejan sentir neta y claramente en las letras ecuatorianas al caer la primera mitad del siglo, y esa influencia se ejercía por traducciones estrafalarias la mayor parte de novelas. Las letras españolas mismas, en el mezquino y ocasional comercio que de ellas teníamos, estaban representadas por producciones extrambóticas. Acaso también la desconocida actividad de los negocios públicos y la curiosidad de noveles en la existencia, absorvían nuestra mente en los nuevos y renovados espectáculos, y hacían que nos desentendiéramos de la forma.

Cuando el doctor Cevallos dió el alerta en lo

del lenguaje, teníamos defectos propios y errores adquiridos, defectos provenientes del mal uso ó de la mala inteligencia de las cosas, y errores provenientes de los cambios de la forma natural ó de la adopción de forma extraña. No sólo eran defectos de pronunciación, sino errores de sintáxis también, no sólo faltas de concordancia sino giros absurdos, no sólo errores vulgares sino literarios también. A dos americanos, es, en general, debida la reacción en este punto: á Bello primero, luego á Baralt; pero, Bello, correcto, atildado, puro, no era intransigente: para Baralt el ideal en cuanto á lenguaje estaba en el siglo XVI. Bello antes que Baralt engendró en nosotros el amor al estudio de la lengua; pero no llegó á ejercer la dictadura que éste por la naturaleza de sus opiniones y por la manera de su exposición. No estábamos preparados para comprender que en lo actual hubiese un fondo de propiedad y corrección, y que los mismos que manteníamos el desorden y la corrupción teníamos de ser los reformadores y ordenadores. Las reacciones son impotentes para mantener el equilibrio y no se detienen jamás en el punto medio: puede decirse más, puede decirse que no se producen sino á condición de llegar al extremo opuesto. La ley moral y la ley física son en el fondo la misma. Hace unos treinta y seis años, que el *Diccionario de galicismos* de Baralt llegó á Quito, y, al caer en manos del doctor Cevallos, produjo en él una como visión de Damasco. Leerlo, empaparse en sus doctrinas y convertirse en el apóstol del purismo más clásico todo fué uno. El celo del doctor Cevallos contrastaba con la desconfianza de Riofrío y con las burlas de Espinel. Zaldumbide y Espinosa aceptaron buenamente la reforma y Montalvo la rehuzó y antes hizo gala de incorrección. Tres ó

cuatro años después, al regreso de Europa, el doctor Cevallos volvió á hablar á éste sobre el mismo tema, y él volvió á manifestarse inconverso; pero retirándose á Ambato, se entregó en cuerpo y alma á la lectura de los clásicos y, otros tres ó cuatro años más tarde, reapareció *sentencista* neto, y lo que es más, formando iglesia aparte y desterrando y excomulgando á los que no se agrupaban en su congregación. Para uno y otro, para el doctor Cevallos y para Montalvo, la materia no importaba, el decir era todo, y con el bien decir era con lo único que se podía ganar la inmortalidad. El doctor Cevallos y la falange de puristas que había formado se enamoró cada uno de uno de los clásicos y se propuso imitarlo: Cervantes era el modelo del doctor Cevallos, Quevedo de Zaldumbide, y así los otros. Con Baralt, el doctor Cevallos comprendió que de la corrección gramatical al atildamiento de la frase, al giro castizo, al período amplio y majestuoso, hay alguna distancia; y conservando los fueros de aquélla, buscó los otros en el comercio con los clásicos, al revés de Montalvo, para quien la gramática podía ser sacrificada á las otras cualidades. No sé si me equivoque y voy á decirlo con todo el temor de la ignorancia, para mí la incorrección de los clásicos no es tal incorrección. El maestro Clemencin y todos los comentadores del *Quijote*, por ejemplo, han encontrado faltas gramaticales en Cervantes, aun de aquellas que hoy avergonzarían á un escolar. Pero me parece que eso que para nosotros es una falta, en los tiempos de Cervantes no lo era. Lo pienso por la sencilla razón de que el castellano no ha tenido propiamente Gramática hasta fines del siglo XVIII. ¿Cómo, se dirá, pudo existir una lengua, y pudo florecer, y pudo ser el órgano de una literatura noble y rica, sin las reglas que son el fundamento

y la ordenación primera de todas las habladas? Indudablemente, esas reglas existían por el uso sin estar formuladas ni coleccionadas por la crítica.

Las reglas de Quintiliano ó las de Prisciano eran las profesadas y enseñadas en las escuelas, y el Castellano carecía de un código propio. La lengua, pues, limpia y esplendorosa, no estaba fijada; y, sin embargo, de los posteriores trabajos meritorios y dignos de estima de la Academia y de Salvá, la verdadera intención de fijarla solo partió de Bello. Los clásicos, así, no pecaban con sus incorrecciones: eran legisladores que dictaban las reglas del arte, reglas admitidas por la posteridad que sólo ha rechazado aquellas que, como era natural por el concepto sintáxico que tenía aquella época, chocan con el espíritu de precisión y exactitud del tiempo presente. Así, se equivocaba Montalvo al defender una incorrección con la autoridad de un clásico, y el doctor Cevallos estaba en lo cabal al aliar la justedad del arte con la galanura y elegancia del período. Las lenguas se modifican en todo orden so pena de perecer, y los defectos de los clásicos del siglo XVI reaparecen, proporcionalmente al tiempo, en los de los siglos posteriores.

Eso de fijar una lengua es cosa difícil y término convencional. No se detiene un río que corre ni se planta una existencia que decurre. Los filólogos convienen en que con determinar las reglas sintáxicas, una lengua está fijada; pero las reglas sintáxicas sufren modificaciones, aunque es la parte de la gramática que más lentamente las sufre. Se ha dicho que cuando las letras latinas llegaron á su apogeo, la lengua estaba fijada ya, y que el brillo de la francesa y su adopción como órgano de la diplomacia europea, data desde que lo fué. Tengo mis du-

das en este punto en cuanto al latín: á la época brillante de Cicerón y Virgilio sucedió también otra época notable, la de Tertuliano y San Agustín, que habría alcanzado probablemente idéntica brillantez á la anterior al haber subsistido el poderío romano. Esta suposición podemos verla claramente en la historia del castellano. El francés ha podido ser sometido al cartabón y reducido á seguir pié á pié al pensamiento. El castellano subordina la justeza de la expresión á la galanura y pompa de la frase. Al siglo de oro de Cervantes y Lope de Vega no ha seguido una decadencia creciente: Bello y Olmedo recogieron el ponderoso legado y dieron nuevo brillo al habla de Castilla. ¿Quién sabe si esa impotencia de fijeza en nuestro hablar no sea causa principal de la eterna frescura de la lengua? O mejor dicho, la fijación del castellano no puede consistir en una estrecha rigidez de las reglas, más en la conservación de lo que, á mi ver, lo caracteriza: amplitud sintáctica, número en la palabra, variedad en la frase y rotundidad del período.

El doctor Cevallos llegó á construir períodos cervantescos y durante algún tiempo estuvo enclavado en el siglo XVI; pero una lectura mas atenta de Bello y juntamente el efecto que producían sus escritos que, si bien atraían la admiración, lo ponían fuera de la comunión del siglo, le hizo comprender que había otra cosa más actual y no menos legítima y castiza. Jovellanos, Quintana, el Duque de Rivas lo pusieron en mejor camino; así afianzó luego su personalidad y ejerció un ministerio más provechoso y acción más extendida. Esa acción que hasta entonces se había limitado al mundo literario, fué también ejercida en lo vulgar: y tan eficaz que de treinta años acá la sociedad culta ha mejorado no-

tablemente en cuanto á limpieza de lenguaje, y, aun la que no lo es, pretende expresarse con cierta propiedad. Las cinco ediciones de su *Catálogo de errores* han sido agotadas, y he presenciado en Quito casos en que un individuo ó dos que disputaran se ha acercado al doctor Cevallos para consultarle sobre una palabra ó una frase.

El doctor Cevallos no entró en lo relativo á la ortografía, á la pronunciación de las letras ni á la nomenclatura de las palabras: aceptó en uno y otro caso lo existente, y de lo existente, lo que, según su entender, tenía un sello de más generalidad. Ciertamente, en los más de los casos, la generalidad no es la autoridad, si por autoridad se comprende el imperio de la razón que investiga y del conocimiento que deduce. En la lucha interna que sostienen los que hablan castellano, hay dos partidos bien marcados: el que busca la unidad sometiéndose á la autoridad existente, y el que la busca en la historia de la lengua, en el estudio de su estructura, en la concordancia entre el origen y las tendencias. Este último es nuevo, porque nuevos son los estudios filológicos castellanos, emprendidos científicamente por americanos. El doctor Cevallos pensaba que á esa unidad había que ir por el camino más expedito, el cual era reconocer la autoridad del cuerpo que oficialmente la ejerce. La Academia española, no obstante, ha sido un punto meramente ideal de unidad, y su autoridad, tan sólo convencional, ha ido y va aminorándose á medida que las letras americanas toman importancia, y á medida del ensanche de aquellos estudios filológicos. La autoridad es real é incontestable, cuando representa la unidad de doctrina, y esto es cabalmente lo que falta en aquella compañía.

Las doctrinas del doctor Cevallos versan en lo

relativo al neologismo, á la significación exótica de las palabras y á la construcción de la frase. Reconocía que el neologismo es una consecuencia del comercio diario y universal entre los hombres; pero reconocía también que el castellano está invadido de muchos inútiles y de otros repugnantes á su carácter. Con don Eugenio de Ochoa decía, que nuestra lengua tiene términos para expresar las nuevas ideas y aun la nueva nomenclatura científica; pero que el olvido de ellos y el medido movimiento intelectual de los países de hablar castellano, los somete á una férula vergonzosa y los deforma literariamente. Creyó difícil librarse él mismo de los galicismos de construcción, y ahincando en ese estudio fue severo consigo mismo. Puede decirse que en este punto es en el cual hay más nitidez en sus obras. Sentía que fuesen ya arcaicos unos y que se abandonasen otros modismos expresivos, sustituyéndolos con circunloquios ni bellos ni gráficos; y convenía en que, en el fondo, muchos galicismos de palabras y de construcción no son más que arcaísmos castellanos. Convenía en que la tendencia práctica de la época, la generalización en lo de escribir y la carencia de educación lingüística van encauzando la lengua y, en cierto modo borrándole sus variados aspectos. Así como la de escribir no es ya prerogativa únicamente del pensador, el libro ha sido sacado del gabinete de estudio, para ser entregado á los sabidores de la manera de fabricarlo.

El doctor Cevallos no supo fabricarlos, supo hacerlos: no los inventaba, los pensaba y luego les daba forma. La manera como compuso é imprimió su *Resumen de la Historia del Ecuador*, es curiosa y revela al hombre. La curiosidad de conocer las cosas se convirtió en él en necesidad; y esa necesidad lo echó en una paciente y penosa labor.

Dueño de la materia, no fue dominado del egoísmo de saberla sólo él, y quiso trasmitirla á sus compatriotas. Tuvo que recoger los esparcidos datos en distintas obras y en diversos autores, que registrar archivos, que desempolvar papeles, que descifrar manuscritos, que investigar acerca de todo, con todos y por todos lados. Esta obra pesada en cualquiera parte, es más que hercúlea entre nosotros que carecemos de bibliotecas, archivos y medios de información. Por entonces, cuando compuso su obra, nuestros conocimientos bibliográficos eran imperfectos, por no decir que nulos, y el estudio de las cuestiones sociales desconocido. El investigador aquí, por otra parte carece de ayuda eficaz; tiene que buscar él mismo en el archivo que la casualidad le depare, comenzando por ordenar esos establos de Augias que, entre nosotros, llevan el nombre; tiene él mismo que esfoliar, acotar, comparar, copiar, extractar; tiene que tener fuerza de voluntad, paciencia y algo de desfachatez.

Y esas molestias y penas fueron relativamente insignificantes comparadas con las amarguras que siguieron. Escrita la obra, el doctor Cevallos cuyo trabajo le daba apenas para pasarla modestamente, carecía de medios de publicarla: suscripciones, venta del manuscrito, cesión gratuita de él, todo lo tentó sin resultado. Aun se aventuró á remitirlo á Europa, habiéndolo podido perder porque sus recursos no le daban para gastar en hacerlo copiar. Era lo más peregrino al mismo tiempo que lo más propio para inspirar una triste idea, lo de ver, cómo se le averiguaba por la obra, cómo se le cuestionaba sobre la publicación, cómo se pretendía que proporcionara algún capítulo para leer, y cómo seguía careciendo de los medios de publicarla. Al fin consiguió que se le pagasen los sueldos atrasados, y con

eso, escatimado dos veces al alimento diario de su familia, emprendió en la publicación.

Al examinar la *Historia* del doctor Cevallos, se ve que si para la de los aborígenes, del descubrimiento y de la conquista tuvo por base á los cronistas de Indias, al P. Velasco y á Prescott, para la de la organización de la Colonia y la del decurso de ese período, careció de trabajo previo ordenado; que si para lo tocante á la Independencia, tuvo á Salazar, Restrepo, Baralt, Cochrane, en lo relativo á la preparación de esa revolución, y en lo de élla perteneciente exclusivamente al Ecuador, careció de lo mismo; que éllo fue mucho mayor, puesto que escaseaban los datos de los cronistas, en lo que hace al período de la República, que relató. Y, sin embargo, la obra es tan completa y extensa como si hubiese sido compuesta después que otros hubieran ejecutado trabajos parciales y detenidos.

En la historia de los aborígenes no dice más que Prescott y Velasco; y no debió decir más y, sin duda, no debió decir nada. En los tiempos en que compuso su libro, los estudios antropológicos y etnológicos, en general, y los relativos á los indios en particular, eran desconocidos en el país; pero, suponiendo que el doctor Cevallos los hubiese cultivado, ni ellos entonces estaban en tal estado que mereciesen ser utilizados por el historiador ni cabían en su plan. De otro lado, una historia de los quichuas ¿cabe en la historia del Ecuador? De ninguna manera; y si el doctor Cevallos le dió cabida en su obra, fue á título de simple curiosidad.

La historia colonial es otra cosa: da idea de lo que era la existencia y el gobierno de entonces, se detiene en los hechos culminantes y presenta llana y sencillamente el cuadro de la civilización de la

Colonia. Ese cuadro que, á mi ver, es el mejor desempeñado de la obra, acaso pudiera ser tachado de deficiente y falto de unidad. Pero la falta de unidad es aparente, y, proviene del plan mismo de la obra. El doctor Cevallos no ha querido someterse á una fatigante hilación cronológica y prefirió la claridad en la exposición y la amenidad con la variedad de cuadros. Consideró demasiado importante cada orden de hechos, para tratar de opacarlos en una descripción general en la que la perspectiva no sería efecto de la importancia, pero del acaso del acontecimiento. Tal vez para él hubiera sido más fácil el agrupamiento indistinto; pero, de seguro, el lector habría sufrido menos fuerte impresión y se lo habría agradecido menos. Faltan en esa parte dos cosas: el retrato de bulto de la sociedad colonial, y el juicio de la acción de la Metrópoli. Esto depende de aquéllo, y de aquéllo careceremos aún por algún tiempo hasta que no se hagan estudios parciales acerca de las condiciones económicas y hacendistas, de la distribución de la riqueza, de la disonancia entre la legislación y la acción, de las condiciones diferentes entre españoles y criollos, de las costumbres y del desenvolvimiento del intelecto americano.

Por lo general, el plan de la obra es sencillo y cual convenía al estado de la historia entre nosotros. El doctor Cevallos se propuso sólo narrar, y narra de tal manera que no sólo presenta las cosas claramente, no sólo las presenta en orden; pero también cautiva y hace reflexionar. No toma en conjunto la civilización ni describe sus progresos; relata los hechos que entretajan la existencia nacional, y resume ésta en el movimiento político. Nuevo es relativamente el concepto de que la Historia es ciencia y de que abraza todos los estados y aspectos sociales,

pero, esa concepción compleja reposa sobre varias y diversas ideas primarias que han tenido sus manifestaciones y que representan cada una un esfuerzo previo. El principio de las cosas es siempre sencillo, lo que lo hace perfecto es que sea completo. El punto de mira del doctor Cevallos no podía ser ni muy elevado, ni muy extendido pero es general. Sin precursores, él mismo ha tenido que serlo todo: el hombre que entra á un bosque no puede echar su mirada á gran distancia, ni puede dominar el conjunto.

Macaulay ha dicho que un poco de invención es necesaria al escribir la Historia: sin duda, el panegirista de Bacón era más artista que filósofo. El doctor Cevallos fué lo contrario: no sacrificó la realidad de las cosas al arte de decir, y fué tan severo en esto que en muchas ocasiones se encuentra un hecho pálido y un personaje de talla común; pero, aun cuando no se esfuerza como Ercilla en dar un aspecto legendario á sus héroes, los del doctor Cevallos aparecen, por lo general, cuales fueron. A la verdad fué á lo que rindió culto, y su carácter equitativo midió en igual balanza á una y otra raza, á criollos y peninsulares, á amigos y enemigos. ¡Cuántas quejas y reconvenciones y hasta desabrimientos de amigos, por sus juicios en lo de los *chiguaguas*! No trató de acomodar las cosas á las necesidades de partido: no inventó historias sino que la escribió. Alguna apreciación habrá en la obra del doctor Cevallos que no sea estrictamente equitativa, algún individuo que no sea presentado en su forma más real, algún acontecimiento que no sea pintado con los más adecuados colores; pero, entonces cabe allí, más que en parte alguna, el pensamiento de Quintana: obra será del tiempo y del estado intelectual del país que no del autor.

Habría sido una falta grave en el doctor Cevallos el que hubiese relatado la Historia nacional, acomodando estrechamente los hechos á un criterio mezquino de secta que siempre falsea la verdad; pero, así mismo, al haber tenido precursores y haber podido estimar por todos lados y todas sus consecuencias á los hombres y los acontecimientos, su obra no hubiese tenido entre nosotros la popularidad que adquirió y mantiene, ni nos hubiese prestado los servicios que está prestándonos. Severo, el doctor Cevallos, no lo fué: la equidad fué su virtud, y esa le bastó para su objeto y le bastó para su fama.

He dicho que miraba la política y la religión como meros instrumentos; pero no he dicho que tenía un profundo amor de Patria hasta el punto de reflejarse en él todo cuanto á ella acaecía. Naturaleza sensible, pero ajena de la venganza, gozaba de todo cuanto bien traía para sí, para los suyos y para su país; le dolía y se acongojaba de todo mal, pero callaba. Su fe era simple y sencilla; creía en Dios ó en el Ser que con ese nombre es llamado; creía en los deberes del hombre como criatura y como actor; y miraba lo demás como convenciones humanas. Hombre ante todo, creía que el dogma y el culto, si influyen grandemente, no imprimen el sello de la honradez, ni de la dignidad; y medía y estimaba á los hombres no por sus creencias, más por sus obras. No era positivista, era libre-pensador; es decir que tenía una concepción metafísica de la existencia, y no un sistema científico de la vida ni de su desenvolvimiento.

Historiador, hombre público, ciudadano y amigo, siempre fué el mismo: supo aliar la tolerancia con la firmeza, la bondad con la rectitud; pudo censurar los vicios y castigar los crímenes al tiempo

que tendía la mano al hombre. Sus labios jamás murmuraron del prójimo, ni se agitaron con una expresión mal sonante, ni se amorataron con la cólera. Culto y afable, el grande y el pequeño eran urbanamente acogidos por él. Sin embargo de ser hombre comunicativo, no manifestaba su opinión sino cuando era necesario; pero jamás la dictaba, ni zahería, al contrario. Fué reconocido por todos su espíritu, de equidad y su tolerancia, y hombres de diversos partidos cultivaban su amistad, y todos en general lo acataban. Los contemporáneos rindieron parias á su talento y virtudes; y ninguna voz enemiga, ningún sentimiento hostil se levantó en su contra. El reconocimiento de sus virtudes hará inmortal su recuerdo, y cuanto amamos de él y cuanto de él admiramos, vivirá con la piedad que inspiran los buenos, con la admiración que los distinguidos, con la gravedad de las buenas obras, con la claridad que las civilizadoras y con la sonoridad de la fama.

He sido el primero y el último en hablar del egregio muerto, y si con ello doy testimonio de una amistad vieja, pero menos vieja que tierna, el corazón me dice que la manifestación es inferior al sentimiento.

José GOMEZ CARBO.

Guayaquil, Julio 23 de 1893.

(De "El Globo Literario", Núms. 30 y 31).

DUELO NACIONAL.

Ayer ha descendido á la tumba, en medio del duelo de cuantos conocíamos y estimábamos, en todo cuanto él era y valía, el Sr. Dr. D. Pedro Fermín Cevallos, distinguido miembro del Foro y de la Magistratura, y Decano de las Letras en el Ecuador.

Al desaparecer el Sr. Cevallos de la escena de la vida, deja en ella huellas honrosísimas de su probidad, de su talento, de su ilustración, de su patriotismo y de sus nobles y levantados esfuerzos por el progreso de los estudios jurídicos, de la legislación nacional y, sobre todo, de las Letras ecuatorianas.

No hay esfera de la actividad humana, en cuanto ella se concreta á ocupaciones científicas y literarias, que no haya sido recorrida por el ilustre hombre público á cuya memoria consagramos las presentes líneas.

Siendo joven todavía, tomó parte muy activa en la transformación política operada en el año de 1845; y desde entonces ocupó principal asiento, ya en la Secretaría del Gobierno que sucedió al del General D. Juan José Flores, ya en la de la Asamblea Constituyente que puso los cimientos de la República que vino á sustituir al régimen militar que la había dominado desde 1830.

En los Congresos á que concurrió el Sr. Dr. Cevallos, más de una vez, como representante de la provincia de su nacimiento, la del Tungurahua, fué siempre modelo de integridad, de ilustración, de consejo y de acierto, mereciendo por ello ser frecuentemente designado para los puestos y para las comisiones más difíciles é importantes.

Consagrado también el Dr. Cevallos á las tareas de la cátedra, dictó durante muchos años la de *Derecho Práctico*, perteneciente á la Facultad de Jurisprudencia, en la Universidad Central, con notorio aprovechamiento de sus discípulos y con aplauso de los demás catedráticos de la Facultad. Como fruto de las labores de esta enseñanza dió á luz un Tratado que ha servido de texto oficial por muchos años en la misma Universidad y que, si ha perdido el mérito de actualidad, por los cambios sustanciales que han sufrido los sistemas y las leyes del enjuiciamiento, tanto civil como criminal, conserva, sin embargo, el mérito de la doctrina, que es inalterable, á lo menos en cuanto á los principios fundamentales del Derecho.

Mas cuando descuella con más primor la elevada figura del distinguido humanista de quien venimos ocupándonos, es cuando, empuñando la pluma del historiador, traza con los más brillantes rasgos de la de Tácito y de Plutarco la accidentada historia de nuestra República.

Como historiador, el Sr. Dr. Cevallos no sólo es orgullo del Ecuador, sino también honra de la América. Las corporaciones científicas y los sabios de Europa le han discernido ya los lauros á que, por ese triunfo, se ha hecho acreedor.

Cuando la Real Academia Española de la Lengua tuvo á bien incitar á los literatos del Ecuador para la formación de la Academia Ecuatoriana, co-

responsable de aquélla, el Sr. Dr. Cevallos fué nombrado como primer director, cargo que conservó por muchos años, hasta que sus enfermedades le obligaron á hacer su dimisión.

El último destino público que desempeñó el distinguido humanista, historiador y jurisconsulto de quien nos ocupamos tan someramente, por la estrechez del tiempo y del espacio de que disponemos, fué el de Ministro de la Corte Suprema de Justicia, hasta cuando sus enfermedades lo postraron en el lecho del dolor, para no levantarse sino para su viaje á la eternidad.

Como no escribimos una biografía sino un pálido bosquejo del cuadro de relevantes méritos de que, durante su vida, hizo un caudal el ilustre republicano cuya muerte lamentamos hoy todos los ecuatorianos; no necesitamos extendernos acerca de los muchísimos conceptos por los cuales el Sr. Dr. Cevallos se impuso á la estima, á la consideración pública y al afectuoso recuerdo de sus conciudadanos. Son ellos de todos conocidos.

El fallecimiento del Sr. Dr. Pedro Fermín Cevallos es un motivo justo de duelo para el foro, que él honró con su inteligencia y con su probidad; para la magistratura que ilustró con sus luces y rectitud; para las Letras que le contaron como á su primer Decano; y para la Patria, en fin, que le debe tantos y tan valiosos como importantísimos servicios.

Quito, Mayo 22 de 1893.

(De "El Heraldo" N^o 32):

OTRA TUMBA.

El telégrafo con su terrible laconismo, nos ha participado el fallecimiento del señor Dr. don Pedro Fermín Cevallos, acaecido en Quito.

En la Magistratura, y en el Foro, en la Academia y en los Parlamentos, los numerosos conocimientos y relevantes dotes que poseía el Dr. Cevallos, le conquistaron un puesto prominente.

La Patria pierde con la muerte de este ilustre anciano, uno de sus hijos más preclaros.

La Academia Ecuatoriana viste de crespón por el fallecimiento de su primer Director y la Historia, cuyos hechos narró imparcial, lamentan la pérdida de uno de sus más dignos jueces.

“Los Andes” cumple el doloroso deber de unirse al sentimiento nacional, y deplorar la sensible muerte del señor doctor don Pedro Fermín Cevallos.

(De “Los Andes” de Guayaquil, N^o 3486).

El Dr. Pedro Fermín Cevallos.

Puesto que enlutamos las columnas de nuestros diarios, por la desaparición del escenario del mundo de personajes políticos que dejan en pos de sí, junto con el afecto de unos la inquina de otros; justo, racional, imprescindible parécenos enlutarlas también, por la muerte de aquellos individuos que en su larga

peregrinación en este valle de miserias, han cumplido siempre con sus deberes y han legado obras inmortales y nombre immaculado á la patria.

Por eso, al recibir la noticia de la sensible pérdida que hace el país con el fallecimiento del señor doctor don Pedro Fermín Cevallos, vestimos de duelo, deseosos de manifestar de alguna manera cuán dolorosa nos ha sido esa desgracia, que aunque esperada por la edad del difunto, nada hacía presentir que estuviese tan cercana.

“El Globo” de esta ciudad ha dado un resumen casi completo, de la vida y obras del doctor Cevallos. Faltan allí pocos datos y entre otros uno, que manifiesta la firmeza de ideas y lo enérgico del carácter del doctor Cevallos. Cuando en la Administración Urbina se trató de expulsar á la célebre compañía de Jesús, del país, el Ministro de Gobierno de esa época se negó á firmar el decreto, porque lo creyó desdoroso para el país, por suponer que el Presidente procedía obligado por el Gobierno de Colombia. Equivocado ó no el Ministro, que no es este el lugar de averiguarlo, el doctor Cevallos sólo tuvo en cuenta la importancia de la medida que creía necesaria para la consolidación de su partido en el poder, y firmó sin vacilar dicho decreto, como Subsecretario de lo Interior.

Desde entonces el partido contrario, que confunde indebidamente á la religión divina del Crucificado con los sacerdotes, tuvo entre ojos al doctor Cevallos y le proclamó descreído y volteriano; siendo así que el noble anciano no dió jamás ocasión para que se le tachara de tal en sus escritos; pues vivió alejado del combate de las facciones, entregado á sus estudios históricos y filológicos.

En este campo ha dejado su obra monumental: *Resumen de la Historia del Ecuador y sus Apunta-*

ciones sobre lenguaje, que como hace notar muy oportunamente un colega, han alcanzado la fortuna de cinco ediciones, cosa insólita entre nosotros, donde si el periódico vive vida perfectamente vegetativa, el libro muere de anemia.

No es esta la ocasión, porque tiempo y espacio nos faltan, de estudiar las obras del doctor Cevallos; ni queremos otra cosa hoy sino consignar aquí nuestro respeto y dedicar un cariñoso recuerdo al bondadoso amigo, que desciende á la tumba con la serena majestad de uno de los antiguos filósofos griegos, después de haber cumplido con su deber, y de haber adornado con frescos laureles la frente de la patria, á la que otros ciñen corona de punzadoras espinas, en las luchas cruentas de la política.

No es en un artículo de periódico, escrito al correr de la pluma donde puede apreciarse debidamente la personalidad literaria, del que llegó á ocupar el puesto de Director de la Academia correspondiente de la Real Española de la Lengua, puesto del que sólo descendió cuando no pudo por la edad y los achaques dedicarle su preferente atención.

Sería necesario un volumen para juzgar los dos principales libros del doctor Cevallos, que más arriba quedan nombrados; volumen en el que la Sabiduría y la Justicia, tendrán que guiar la pluma, del que se ocupara de su vasta ilustración, de su poderoso talento, de su investigadora paciencia, de todas las dotes en fin, que le colocaron en el más alto escalón, en la gerarquía de los escritores nacionales.

Por eso nos detenemos aquí, expresando nuestro pesar sincero y profundo, por la dolorosa pérdida que con su muerte ha hecho, la patria entera, y muy particularmente la noble ciudad de Ambato, donde el dignísimo escritor y venerable decano de nuestros literatos vió la primera luz.

Duerma tranquilo el último sueño, que la grito destemplada de las pasiones no ha de turbar, porque abandonó á tiempo el combate, después de ganar la única batalla política seria en que tomó parte, sin derramar en ella la sangre de la honra de sus adversarios, y sin que por él vertiera ningún partido lágrimas de amarga desesperación.

Duerma tranquilo; que el porvenir se encargará de erigir su estatua.

Guayaquil, Mayo 24 de 1893.

(De "Los Andes" N° 3487).

El Dr. Pedro F. Cevallos.

La muerte de un ciudadano como el Dr. Pedro Fermín Cevallos, que prestó importantes servicios á su patria, debe ser llorada no sólo por sus amigos que le conocieron de una manera íntima, sino también por los hombres de todos los partidos; más aún, por los ecuatorianos todos. Antes que nadie en el Ecuador, él se aplicó á corregir lo que podemos llamar *nuestro lenguaje*; él, con el propósito de corresponder á la confianza que le dispensó el Consejo General de Instrucción Pública nombrándole para regentar la clase de Derecho Práctico, coleccionó y distribuyó con orden y método las disposiciones que andaban sueltas, por decirlo así, sobre tramitaciones

judiciales; y, por último, buscó y clasificó todos los trabajos que se hallaban dispersos en archivos y bibliotecas ó en poder de particulares, para darnos la primera historia completa de nuestra patria.

Allá, por 1855, hizo su primer ensayo histórico, publicándolo, en LA DEMOCRACIA, un CUADRO SINÓPTICO DE LA REPÚBLICA DEL ECUADOR, por *artículos diminutos*, que confesó después, con la ingenuidad que le era característica, haberlos escrito: "sin examen, por informes de los primeros á quienes consultaba y con aquella ligereza con que se escriben los destinados para los periódicos".

En EL IRIS, publicación literaria que se editaba en 1862, salieron á luz, con el título de ECUATORIANOS ILUSTRES, las biografías de don Pedro Vicente Maldonado y Sotomayor, el sabio de la Colonia; del Presbítero don Juan de Velasco, autor de la HISTORIA DEL REINO DE QUITO, la más completa, si no la única, de las relaciones y crónicas que nos quedan de los tiempos anteriores al siglo XIX; del P. Juan Bautista Aguirre, que tanto figuró en Italia así por sus virtudes, como por los variados conocimientos científicos que poseía; y la de don Antonio Alcedo, autor del DICCIONARIO GEOGRÁFICO-HISTÓRICO publicado en Madrid, de 1786 á 1798. En esas biografías, el doctor Cevallos encerró en marco preciosísimo las figuras de aquellos personajes verdaderamente ilustres, y se mostró ya, al mismo tiempo, conocedor de los hombres y de los acontecimientos de su patria. Esos retratos son como el prospecto del RESUMEN DE LA HISTORIA DEL ECUADOR que ya por ese tiempo tenía en preparación.

Por la misma época publicó su BREVE CATÁLOGO DE ERRORES, en *un cuadernito bien chico*, que desde entonces, aumentándose sucesivamente con mayor número de voces, con observaciones relati-

vas á errores de construcción, con términos quichuas españolizados y con un catálogo de galicismos, ha llegado á tener cinco ediciones, cosa rara entre nosotros. El editado últimamente se divide en cuatro partes: la *Introducción*, relativa á exponer los motivos que le han obligado á hacer una nueva edición: corregir varios errores en que él mismo había incurrido respecto de algunas voces *por pereza de consultar el último Diccionario de la Academia*; satisfacer á las observaciones que sobre esa obrita se le hicieron en "La Verdad" en 1873, y el haberse agotado la cuarta edición y tener que agregar en la nueva algo más de cuatrocientas voces. La contestación que en seguida da, es comedida y franca, y, á la vez que refuta las observaciones del citado periódico, entona el *confiteor* al tratarse de aquellas que le parecen justas. Sigue á la introducción, el *Breve catálogo de errores*, y á éste la disertación *Algo sobre galicismos*,—notable por más de un respecto,—que precede al *Breve catálogo de galicismos*. Gratitud inmensa deben las letras nacionales al doctor Cevallos por servicio prestado tan á tiempo.

En el orden de publicación, viene en seguida la biografía del señor don Juan León Mera, que es, al mismo tiempo, un juicio crítico de sus poesías. Es muy curiosa la pintura que el doctor Cevallos hizo de su biografiado, al comenzar el trazo del boceto:

"Desde algunos años antes de 1850 conocíamos en Ambato un joven pálido y moreno de semblante, ojos rasgados, anchas cejas, delgado, enclenque, y tan alto de cuerpo que, sin duda por esto, lo llevaba lijeramente encorvado y la cabeza inclinada para delante. Le veíamos los sábados por la tarde, y los domingos y días de fiesta por la mañana; pues, de ordinario, sólo en éstos se presentaba en la ciudad, conservándose los demás de la semana en *Atocha*, hermosa quinta situada al frente de Ambato, río en medio, y propiedad de su familia. Acompañado siempre de su virtuosa

y resignada madre, de la abuela y algunos criados, se le veía subir de la quinta á la ciudad, taciturno, casi melancólico, sin pararse á conversar con los que encontraba, tal vez sin saludarlos: y este porte, por demás serio y desapasible para un mancebo de su edad, nos le hacía mirar como un quijote incapaz de sacramentos sociales”.

Y ese joven *incapaz de sacramentos sociales*, llegó después á ser amigo íntimo del doctor Cevallos, y escribió, á su vez, un estudio, que muy bien pudiéramos llamar psicológico, sobre el venerable historiador.

Critica el doctor Cevallos los *quichuismos* empleados con profusión en las composiciones de su biografiado,—disintiendo en esto del juicio del colombiano Felipe Pérez, que copia casi íntegro,—y manifiesta, al mismo tiempo, que “El mérito principal, el sobresaliente, de nuestro poeta consiste en el candor y pureza del alma, tan palpables en sus producciones, en el ajuste, armonía y virilidad que por lo general tienen sus versos, en la fluidez y claridad de los pensamientos, y en ese amor entrañable, intenso, con que ve y estima las cosas de América, las de su patria, las del techo propio, las risueñas orillas de su río, las frescas sombras de su huerto”. Habla del juicio de los señores Amunáteguis, reprobando la dureza con que trataron á nuestro compatriota y hallándolos en contradicción con ellos mismos, al incluir á Mera entre los *ingenios sobresalientes*, vapularlo en seguida, y, acabar luego por decir que *es un poeta que ha estudiado los buenos modelos de la literatura española y es un joven de pocos años á quien espera un brillante porvenir*. Y, en defensa del señor Mera, toma la represalia contra los críticos chilenos, y les coge *infraganti* incurriendo en los mismos pecados de *extranjerismos* y *barbarismos*. Cita en apoyo de sus asertos otros trabajos poéti-

cos del vate ambateño, y concluye con un juicio sobre *La Virgen del Sol*.

El Ecuador ha tenido siempre,—y hoy talvez en mayor número,—jurisconsultos ilustres, abogados notables y de fama, no sólo nacional, sino americana. Largo sería enumerar los nombres de tantos y tantos como se han distinguido en el foro y en la tribuna parlamentaria; pero, entre número tan grande de togados competentes, admira que no tengamos,—fuera de algunos artículos sueltos de indisputable valor,—sino cuatro obras que puedan llamarse tales: LA ILUSTRACIÓN DEL DERECHO CIVIL ESPAÑOL DE D. JUAN SALA, *con variaciones y la correspondencia de las leyes del Ecuador* por el doctor don Ramón Miño, publicada en 1855; las INSTITUCIONES DEL DERECHO PRÁCTICO ECUATORIANO del doctor don Pedro Fermín Cevallos, las INSTITUCIONES DEL DERECHO CIVIL ECUATORIANO del señor doctor don Carlos Casares, y el MANUAL DE PROCEDIMIENTOS JUDICIALES del doctor José María Borja. Y pare de contar quien quiera formar una bibliografía jurídica en nuestra patria, durante el tiempo que lleva de vida independiente.

El doctor Cevallos recibió, en 1867, el nombramiento de profesor interino de Derecho Práctico en nuestra Universidad, y, queriendo corresponder á la confianza que en él depositó el Consejo General de Instrucción Pública y prestar á la vez á sus discípulos las facilidades para estudio tan difícil, se puso á escribir en el acto, un texto sobre la materia. He aquí lo que decía en el prólogo, con la modestia del profesor que no tiene plena confianza en sus fuerzas, y, después de manifestar los inconvenientes con que había tropezado para metodizar sus lecciones:

“Propúseme recojer en un solo y corto volumen, sino todo, á lo menos cuanto un estudiante de derecho práctico ha menester

para recibirse de abogado. Creo, sin darlas de entendido ni satisfecho de mi trabajo, que, aun siendo informe é incompleto como es, puede sin embargo suplir en la actualidad á la obra que alguno de mis ilustrados colegas debe escribir acerca de tal materia, y creo que con su publicación hago algún servicio á los jóvenes que se dedican á la carrera del foro. Nadie, por muy despejado que tenga su entendimiento, puede llamarse propiamente abogado por cargar las borlas del doctor, y estar ya con la investidura del abogado, pues, para serlo como se debe, hay necesidad de largos años de suma dedicación y práctica en los negocios del foro, y así este libro no lleva la pretensión de valer para instrucción de los letrados, sino á lo más para el estudio, rápido y seguido eso sí, de las materias que comprenden los exámenes del derecho práctico”.

El ejemplo del doctor Cevallos es digno de imitarse y, hasta hace poco, ha sido su obra solicitada por los estudiantes de Derecho, pues fue declarada texto obligatorio de enseñanza y al autor se le premió dándole en propiedad la cátedra que desempeñaba.

Entremos ya á discurrir, con la brevedad que requieren estas *notas*, sobre la obra capital del doctor Pedro Fermín Cevallos, el *Resumen de la Historia de la República del Ecuador*. Lo que el doctor Cevallos decía de la *Historia del Reino de Quito*, en su biografía del P. Velasco, que “tuvo que venir para América y regresar para Europa, y volver á ir y volver á venir”, sucedió con su *Resumen*. Véase lo que dice el señor Mera á este respecto en su opúsculo “Nuestra historia referida por el Dr. Cevallos”:

“No se crea que pretendemos narrar la historia del manuscrito de lo que hoy ha querido llamar su autor *Resumen de la historia del Ecuador*. Mil proyectos sobre la manera de hacer la edición; unas cuantas contratas hechas y deshechas; viajes al travez del Océano en busca de imprentas europeas; decretos de congresos que al siguiente día de expedidos han sido *letras muertas*; afanes, esperanzas, desengaños, temores, angustias del autor, todo hay hasta de sobra para formar un volumen; pero todo asimismo queremos echar en saco roto, ahora que ya hemos visto hasta el

tomo tercero de obra tan esperada cuanto infeliz en sus tentativas de salir de su triste condición de inédita sufrida por diez mortales años. Sí, ya está publicándose; mas ha sido menester que el autor dejase su hogar y patria para buscar una imprenta, cuando las nuestras han debido disputarse la preferencia en tan honroso trabajo”.

El doctor Cevallos dividió su obra en seis partes: la primera, sobre la historia de los aborígenes y de la conquista, hasta el establecimiento del primer gobierno colonial; la segunda, comprende el período de la colonia; la tercera, narra la revolución de la independencia desde 1809 hasta 1822, año en que se dió la batalla de Pichincha; la cuarta se refiere al período colombiano de 1822 á 1830; y á la quinta pertenece la época ecuatoriana hasta 1845. Estas partes están contenidas en sendos tomos, y la geografía política en el suyo respectivo, que es el sexto. Es lástima que los documentos, recojidos por el autor con tanta paciencia y esmero, desaparecieran con la muerte del editor, acaecida en 1874.

En toda la obra nótase un vehemente deseo de dar con la verdad y, por lo general, brilla en todas sus partes un criterio imparcial y ajustado á las leyes de la historia; narra los acontecimientos apoyándolos en citas de autores contemporáneos, pero después de pesar las opiniones contrarias; rara vez expresa su juicio sobre los hombres y cosas, pero cuando lo hace es con gran certeza y con frase acerada que deja impresa, en los lectores, la fisonomía de los personajes y la grandeza ó mezquindad de sus acciones.

Los datos relativos á las razas aborígenes, á la conquista y en gran parte de la colonia, están extractados en su mayor parte, especialmente del P. Velasco, más conocedor que ningún ótro, de las cosas de la colonia, apartándose sin embargo, dice Cevallos; “de su texto cuantas veces he creído pre-

ferible la autoridad de Prescott ó la de otros historiadores antiguos"; y de los cronistas Herrera, Garcilaso, Oviedo, Gomara y otros. De la época de la colonia, son muy escasas las noticias que nos da el historiador limitándose á los acontecimientos más notables que son más conocidos de todos. La independencia ecuatoriana está narrada con más pormenores y con un acierto que merece encomio y lo mismo sucede con *el período colombiano*. Pero donde el doctor Cevallos muestra toda su entereza y su imparcialidad al mismo tiempo, es cuando trata del período de 1830 á 1845; alabando á quienes lo merecieron y fustigando á los malos patriotas, reprobando la venalidad y el agio de éstos y ensalzando la honradez y probidad de aquellos. Los dos personajes culminantes de la política en esa época, Flores y Rocafuerte, están retratados de cuerpo entero.

Con el fin de no alargar esta *nota* copiamos á continuación lo que dice el señor don Juan León Mera, acerca de la forma, en el opúsculo ya citado:

"El estilo es el circunspecto y grave que conviene á Clío: el autor ha calado muy bien que el interés de la historia es muy otro del de la poesía, y dejando éste para quienes deben emplearle en sus cantos, no ha querido irse por el sendero abierto por aquellos que todo, sin mas razón que su mal antojo, lo quieren cubrir con las rosas del Parnaso. Por lo tocante á la lengua, creemos que el Dr. Cevallos la conoce bastante bien, y que acérrimo enemigo de novedades inútiles ó dañosas, háse atendido al castizo hablar de los españoles de peso que, en mejores tiempos, encumbraron el castellano á la categoría de uno de los más ricos y armoniosos idiomas vivos. En el *Resumen de la historia del Ecuador* son, pues, raros los pecados contra las leyes del bien decir español. Hemos oído censurar á algunos el empleo que en él se ha hecho de varias frases, locuciones, modos adverbiales é idiotismos propios de nuestra lengua, mas no de uso frecuente y común; pero nos avanzamos á juzgar que el autor no tiene la culpa de poseer en esta materia, como en otras, un caudal más abundante que muchos de sus lectores".

El doctor Cevallos, como hombre público, de-

sempañó los cargos de diputado, senador, miembro de una comisión codificadora, Secretario general del Gobierno de Urbina, secretario de la Convención de 1852, Ministro de las Cortes superiores de Quito y Guayaquil, y últimamente hasta 1889 de la Corte Suprema de la República. Cevallos fué el fundador y primer Director de la Academia Ecuatoriana por cuyo progreso se desveló constantemente.

El doctor Cevallos pagó con creces á su patria con la última mitad de su vida tan laboriosa, como fué disipada la primera, engrandeciéndola con sus obras, estimulando á los escritores que vinieron en pos de él, y conquistando él mismo un alto puesto en la historia de la literatura nacional.

(De "La Revista Ecuatoriana" de Quito, N^o 54).

DUELO NACIONAL.

La muerte del Sr. Dr. D. Pedro Fermín Cevallos, acaecida en Quito el 21 de los corrientes, cubre una vez más de fúnebre crespón la veneranda enseña de la patria.

En poco tiempo hemos visto desaparecer, uno tras otro, de la escena de la vida los más preclaros ciudadanos.

Y el Dr. Cevallos, hombre distinguidísimo en todas las esferas sociales, deja un vacío inmenso en la familia ecuatoriana.

Jurisconsulto probo, filólogo eminente, historiador severo, magistrado y ciudadano ejemplar, ha bajado á la tumba después de haber rendido como bueno la jornada, en que conquistó envidiables é inmarcesibles lauros.

La Academia Ecuatoriana, cuyo director y fundador era, el Foro, la Magistratura, la Prensa, la República toda están de duelo.

“La Nación” que cultivó estrechas relaciones con el ilustre finado lamenta intimamente su fallecimiento, reservándose á demostrar en forma más digna de él esta desgracia pública.

(De “La Nación” de Guayaquil, N^o 4147).

El Ecuador acaba de sufrir una grande pérdida, con la muerte del

Sr. Dr. D. Pedro Fermín Cevallos.

Literato distinguido, notable periodista, sesudo historiador, ilustradísimo jurisconsulto, magistrado probo y buen ciudadano, el Dr. Cevallos rinde la larga jornada de su existencia cargado de merecimientos y, cosa notabilísima por rara, habiendo en vida la seguridad de que sus prendas, sus servicios á la patria y el movimiento y desarrollo intelectual de ella, eran reconocidos, bien apreciados y agradecidos por todos los ecuatorianos.

Sería necio afirmar, que en tan larga carrera pública como la del Dr. Cevallos no hallarán las pa-

siones banderizas errores en que cebar su implacable zaña; pero, sí puede la memoria del ilustre muerto á quien hoy consagramos estas breves líneas, retar aun á esas hienas de plumá que buscan ansiosas en los sepulcros el pasto de que gustan, á que le contradigan el título de hombre de bien en el más alto y honroso significado de ese calificativo.

Si la generación á que perteneció el Dr. Cevallos anunció su advenimiento á la vida pública con una como alborada de libertad y progreso, y asombró luego á la que hoy le sucede con esa espantosa caída que hizo posible en nuestra Patria una negra y tormentosa noche de quince años; si es cierto que las promesas que hiciera al país esa generación allá por 1850, que las esperanzas que el país fundara en los Salazar, los Cevallos, los Ponce, y tantos otros liberales de aquellos días, resultaron más tarde nulas para la civilización real, el progreso verdadero, sólo la historia podrá discernir y fijar responsabilidades al respecto: llamados por el tiempo á levantar de nuevo la bandera que ellos abandonaron apenas en los comienzos de la lucha, á modificar el organismo monstruoso de despotismo que el potente cerebro de un mal hombre modelara á su amaño, no podemos, nó, ser jueces los que somos combatientes; no podemos, nó, antes de haber alcanzado la victoria definitiva, acusar de debilidad á los que rindieron las armas ó, mejor dicho, no tuvieron bastante fé en el éxito final de la contienda, y bajo el ascendiente de una rara energía volvieron á desandar todo lo que habían ya caminado siguiendo el derrotero que guía á la meta de la civilización con temporánea.

Quizás no hubiera podido ser, lo que hoy mismo aún no logramos que sea.

No despidamos, pues, con reproches á los que

talvez se engañaron de buena fé, y, en todo caso, han manifestado luego que reconocían su error ó su debilidad.

La firmeza en las cuestiones de principios y la tolerancia en las cuestiones de las personas, son virtudes de liberales.

Detengamos sólo el pensamiento en aquello que honra hoy y honrará siempre á compatriotas como el Dr. Cevallos. Y ello es tanto, que no hemos trepidado en hablar de la muerte de ese conciudadano como de un duelo público, sinceramente convencidos de que es grande la pérdida que con esa muerte sufre nuestra Patria.

Guayaquil, Mayo 24 de 1893.

(De "La Nación", N^o 4148).

DUELO

**DE LA REPUBLICA Y LUTO DE LAS LETRAS
SUDAMERICANAS.**

El día domingo, 21 del presente, á las dos y media de la tarde, falleció el Sr. Dr. D. Pedro Fermín Cevallos, cuyo elogio pudiera compendiarse en estas palabras:—fué uno de los ecuatorianos de inteligencia más clara y corazón más limpio; sirvió con brillo á su patria en el pacífico y hermoso cam-

po de las letras; no habrá compatriota suyo que no deplora su muerte.

Le sobrevino ésta á la avanzada edad de 81 años. La recibió con la serenidad de un filósofo, ó más bien, con la admirable resignación de un buen cristiano. La Religión le suministró los supremos auxilios para el misterioso viaje de la eternidad.

(De "El Republicano" de Quito, No 34).

DUELO NACIONAL.

El telégrafo nos ha trasmitido la infausta nueva del fallecimiento del señor doctor don Pedro Fermín Cevallos, ilustre historiador ecuatoriano, acaecida en Quito el 21 del corriente, á las dos de la tarde.

Las Ciencias y las Letras, el Parlamento, el Foro, la Prensa, la Magistratura Judicial, la Nación, en fin, visten hoy de duelo por la pérdida irreparable de uno de sus más ilustres representantes, de un hombre que ha pasado su vida consagrado al servicio de la República, guiándola á su perfeccionamiento moral, social y político, con la ciencia y el saber, con la palabra y el ejemplo, con la abnegación y el sacrificio.

Plumas más competentes que la nuestra escribirán la biografía de esta gloria nacional; no faltará un Plutarco que con elocuentes rasgos trasmita á la posteridad la vida de este hombre perillustre, para orgullo del Ecuador y ejemplo de ciencia y de virtud.

Nosotros sólo nos limitamos á llorar sobre su tumba con lágrimas de dolor y sentimiento, sangre del alma, según San Agustín, lamentándonos de que un monumento venerando, honra y prez de la Patria, haya caído en tierra, empujado por la muerte que todo lo arrasa en su carrera destructora; pero su memoria queda grabada en el corazón de los ecuatorianos como un testimonio elocuente de que la virtud y el talento no mueren sobre la tierra, sino que viven al través de los tiempos y las distancias: la memoria del justo es imperecedera.

Las lágrimas son el único tributo de la amistad en los supremos momentos del dolor y la desesperación, cuando seres que se alzan sobre el nivel del vulgo por sus méritos y virtudes, pasan á la eternidad, dejándonos sumidos en un océano de amargura, tristes y abatidos, sin una luz que nos guíe en el desierto de la vida ni una esperanza que nos conforte en nuestras angustias y tribulaciones.

Entonces las lágrimas sinceras y tiernas que se desprenden del corazón como gotas de rocío del cáliz de una flor, vienen á ser bálsamo saludable para las heridas del alma.

¿Qué podemos decir nosotros del Tácito ecuatoriano, que ha escrito la historia de nuestras glorias y desventuras, con elevado criterio, rectitud de miras y pluma de oro?

¿Qué podemos decir de ese faro luminoso, que ha guiado á los ecuatorianos al puerto de salvación, sacándonos de los escollos y peligros de ese mar turbulento y embravecido de la política?

¿Qué podemos decir de un justo á quien Dios le ha alzado á su gloria?

Ridícula pretensión fuera la nuestra, si acaso tratáramos de diseñar la elevada figura de ese hombre.

Ni tampoco puede caber en las estrechas co-

lumnas de nuestro periódico.

Este hombre sólo puede caber en las naves del Partenón, de ese famoso templo que Atenas levantó á Minerva, para honrar la memoria de los sabios de la antigua Grecia.

Ese es el puesto que la patria agradecida escogería para levantar una estatua á la memoria de este hombre benemérito, y entregarla á la admiración de la posteridad.

Descansa en paz, noble amigo nuestro, que la Patria te redime de olvido, inscribiendo tu nombre en el catálogo de sus mejores hijos; todos lamentamos tu pérdida, porque fuiste sabio para enseñar y santo para edificar.

Los ecuatorianos colocamos coronas de mirtos y laureles sobre tu tumba, refrescándolas con lágrimas vertidas al impulso del dolor y el sentimiento; te consagramos un culto en nuestro corazón, respetamos y admiramos tu memoria y codiciamos tus acendradas virtudes.

Dios en el cielo ha acogido tu alma con clemencia; los hombres en la tierra honramos tu memoria.

Uno y otros cumplimos con nuestro deber, porque todo lo mereces, ya que tú cumpliste con el tuyo en la tierra, viviendo como un justo y muriendo como un santo.

Ezequiel CALLE.

Babahoyo, 27 de Mayo de 1893.

(De "La Patria", N^o 11).

CORRESPONDENCIA TELEGRAFICA.

Quito, Mayo 22 de 1893.

Sr. Director de "El Globo".

Ayer á las 2 p. m. pasó á mejor vida el respetable y pacífico anciano Dr. D. Pedro Fermín Cevallos, jurisconsulto, historiador y castizo escritor, oriundo de la ciudad de Ambato. La Patria deplora la muerte de este conspicuo hijo, cuyos funerales se dispone á hacer la familia, mañana en el templo de la Merced, tributándole los honores de su preclaro antecesor. Cúmpenos deplorar el fallecimiento del histórico Sr. Dr. D. Pedro Fermín Cevallos, y por cuanto el país donde vió la luz primera tiene la legítima honra de haber sido cuna de este distinguido ecuatoriano, nos asociamos á su justo duelo y enviamos sentido pésame á nuestros compatriotas de la provincia del Tungurahua.

El Corresponsal.

EL SEÑOR DOCTOR DON
PEDRO FERMIN CEVALLOS.

El domingo 21 del corriente, dejó de existir en Quito el Sr. Dr. D. Pedro Fermín Cevallos.

Ha muerto lleno de merecimientos, á la edad

de 81 años, siendo, por la edad y por el tiempo de sus servicios, el decano de los abogados y de los literatos de la República.

Ha sido hombre público é importante en el campo de la política y de las letras.

Comenzó á actuar en los asuntos públicos, cuando la doble revolución contra Ascázubi de los señores Elizalde y Noboa, sirviéndo al primero de éstos como Secretario, y acompañándolo en su odisea desde Ambato hasta Manabí.

Fué secretario de la Asamblea Nacional de 1852, puesto que dejó para desempeñar un Ministerio de Estado.

Después de éste, no volvió á desempeñar otro cargo político que el de Senador en 1867.

Su prisión, ejerciendo el cargo de Senador en junta de dos compañeros más, fué la causa de las tempestuosas sesiones de aquel Congreso y de la consiguiente dimisión del Presidente Sr. Carrión.

Ese Congreso comenzó con la ruidosa exclusión que hizo el Senado del Sr. García Moreno.

Aun ejerció otro cargo político, cual fué el de Consejero de Estado, y como tal, escribió un luminoso informe, las conclusiones del cual eran adversas á la convocatoria de una constituyente que se solicitaba del Presidente Sr. Borrero.

Los demás cargos públicos que desempeñó fueron los de Juez, habiendo sido largos años, Ministro de la Corte Superior de Quito y por dos veces Ministro de la Corte Suprema, la una Fiscal y la otra Juez.

En la política fué hombre firme y leal, pero no apasionado.

Siempre perteneció al partido liberal, pero era contrario á las tendencias de debilitar la autoridad.

No desconocía lo bueno que había en sus con-

trarios, ni lo malo que había en los propios.

Guiado por una tolerancia que Locke hubiera envidiado, y que al conocerla, la hubiera personificado en él, era al mismo tiempo enemigo de hacer sufrir y padecer.

Perteneció también al cuerpo científico docente, pues desempeñó en la Universidad de Quito la cátedra de derecho práctico y escribió un texto sobre la materia.

Pero lo principal de sus trabajos y los más fructuosos fueron los que acometió en el campo de las letras.

Al principio escribió artículos y, como pasa raramente entre nosotros, abandonó ese género y adoptó el libro.

Sobre política escribió poco.

Con artículos de ese género y, con otros de los llamados de costumbres, sostuvo en Guayaquil, por 1851, un periódico de empresa particular, llamado "La Rebusca" y colaboró en diversos de Quito y Guayaquil, principalmente en "El Filántropo", de aquí, en su primera época, y "El Iris", publicación exclusivamente literaria de Quito.

El Dr. Cevallos fué el primero en el tiempo que escribió en el Ecuador artículos de costumbres en prosa, género muy de su agrado, y en los cuales artículos describía las costumbres actuales y las antiguas.

Muestras de ello se ofrecen en el VI tomo de su obra monumental *Resumen de la Historia del Ecuador*.

También fué el Dr. Cevallos el primero que ha escrito biografías, las más completas y exactas de ecuatorianos distinguidos.

Merced á él conocemos las figuras de Maldonado y de Alcedo; del Padre Aguirre y de Velasco.

También se ocupó de crítica literaria, versando ésta sobre obras nacionales, cuales son, "La Virgen del Sol" y "Cumandá".

Escribió asimismo, el primero, una magistral descripción física de la República y una descripción de Quito.

La primera ha servido en mucho para el conocimiento del país, no sólo á los jóvenes, sino también á los que se ocupan de las cosas del Estado y á los sabios.

Viendo que carecíamos de una carta exacta y completa de la República y desengañado con la muerte del señor Wiese, de que llegaríamos á tenerla, y necesiándola para la composición de su historia, recogió las observaciones y planos particulares de Wiese, y tomando por base la carta de Maldonado, trazó la más completa, exacta y en mayor escala del Ecuador, antes de la que acaba de publicar el Dr. Wolf.

Esta carta, para uso particular primero, ha sido consultada después, por muchos individuos y con diversos fines; ha servido de base para levantar otras particulares, y fué copiada por los Hermanos Cristianos de Quito, para el uso de su escuela.

Hay que advertir que la carta del Ecuador impresa, que corre como obra de esos Hermanos Cristianos no es la del Dr. Cevallos.

El Dr. Cevallos tiene un mérito y una originalidad muy especiales y de gran valía, cuales son el de haber, el primero, acometido formalmente el estudio de la lengua en el Ecuador y el de haber llegado á ser uno de los maestros de ella.

Llegó á escribir, con el mismo lenguaje que Cervantes, pero viendo que cada época tiene su manera de expresarse, dejó el habla de los *sentencistas* y buscó el que convenía á las costumbres y gustos

de nuestros tiempos. Fué un constante y tenaz perseguidor de los galicismos, y hasta en las conversaciones particulares los corregía, valiéndose del buen humor y de las agudezas que siempre tenía.

Escribió un catálogo de errores en materia de lenguaje, el cual llegó á tener cinco ediciones, lo que es mucho ya para nuestro país, y manifiesta el interés que despertaba y la popularidad que adquirió.

La última edición es una obra de grande importancia, en que se hacen estudios de interés y que ha merecido los elogios de hombres como el filólogo Sr. Cuervo.

En este orden, el Dr. Cevallos, contribuyó también, ó mejor dicho, debió contribuir, á la última edición académica del diccionario de la lengua.

Solicitado por la Academia Española, para que indicara las adiciones y reformas que debieran introducirse en el diccionario, el Dr. Cevallos mandó su contingente.

La Academia lo había pedido también á otros filólogos americanos; pero notando luego que carecía de juicio científico para discernir entre las opiniones americanas y las suyas, y que le faltaba imparcialidad para juzgar de la importancia literaria de América, lo que hizo fué no aguardar esos informes, archivar los pocos que había recibido, aprovechar algo de Cuba y Méjico y proceder á la impresión del diccionario, para que saliera, como ustedes lo saben, completamente inútil.

El Dr. Cevallos fué de los fundadores de la Academia Ecuatoriana, correspondiente de la Española.

Fué el primero nombrado por ésta, y el primer Director de aquélla.

El puesto de Director lo conservó largos años hasta que las enfermedades le impidieron el trabajo.

La Academia Ecuatoriana fué en cierta manera su hija, porque él trabajaba de todas maneras, para mantenerla y conservarla.

Merced á sus esfuerzos, llegó á publicarse el periódico de la corporación, que todavía no ha logrado serlo, ciertamente, porque carece de regularidad en su aparición.

Pero la obra monumental, como ya lo hemos dicho, es la que se conoce con el nombre de *Resumen de la Historia del Ecuador*, de la cual el mismo autor hizo un compendio para uso de las escuelas y colegios.

El nombre de *Resumen* fué brote de modestia, pues la obra consta de seis volúmenes y abraza desde los comienzos del imperio de los Shyris hasta la transformación política de 1845.

Esa obra, tuvo su origen en el cuadro sinóptico que escribió el mismo señor doctor Cevallos, que publicó en "La Democracia" de Quito, y que el señor doctor Villavicencio utilizó casi íntegramente, en la parte histórica de la Geografía del Ecuador.

El *Resumen de la Historia del Ecuador* abraza la historia de los indios, la del descubrimiento del Mar del Sur y conquistas de Pizarro y Benalcázar; la de las guerras civiles de los conquistadores y organización de la administración colonial; la de la independencia y la de la organización de la República del Ecuador; y la de sus primeros tres lustros, hasta la caída del General Flores en 1845.

El tomo VI es un resumen geográfico, estadístico y descripción de las costumbres nacionales.

El lenguaje de la obra es por lo general llano, elevándose convenientemente en las partes que lo requiere.

El tomo II contiene una historia del Amazonas que es interesante, y otra de las misiones de la pro-

vincia Oriental, que también lo es.

Sobresale esa obra por la serenidad del juicio y la independencia de las apreciaciones del autor, y por algunos detalles inestimables, principalmente para los ecuatorianos.

Pero lo que de más importancia tiene la obra del doctor Cevallos es haber sido la primera de su clase que tuviéramos los ecuatorianos.

Antes de ella ha habido algunos historiadores que han tratado sobre puntos particulares ó regiones determinadas.

El único que escribió la Historia General, fué el Padre Velasco.

Pero el Padre Velasco salió de la República en 1767 y su obra no viene más acá.

El doctor Cevallos aprovechó, para la composición de su obra, de las que se habían escrito anteriormente y principalmente en los trabajos de los cronistas que abundaban en tiempos pasados.

Los principales de éstos, fueron para los tiempos modernos, "El Viaje imaginario" del Canónigo Cuero y Caicedo y el "Continuador de Ascaray".

Pero su obra es completamente original, en especial en lo que se refiere de la independencia para adelante.

Esa obra, como hemos dicho, tiene el mérito de haber sido la primera que hemos tenido.

Antes del doctor Cevallos, nadie había acometido la empresa de trasegar archivos y papeles viejos para escribir la historia nacional.

Nadie había tenido el pensamiento, aunque talvez muchos el deseo, y todos sentíamos la necesidad.

Nadie conocía la historia nacional sino en la parte que le correspondía. El doctor Cevallos prestó, pues, el servicio importantísimo de componer y publicar un libro que nos contara ordenada-

mente el pasado y nos guiara en las investigaciones históricas.

Después de él, todos conocemos la historia patria y podemos, sirviéndonos él de guía, enzarzarnos en la selva enmarañada del pasado.

En la Grecia, el doctor Cevallos, habría adquirido el renombre y el respeto que adquirió Heródoto, y el pueblo lo habría inmortalizado en el bronce, como un bienhechor suyo.

Pero hoy comienza la posteridad para el doctor Cevallos, y el pueblo ecuatoriano, después de haberle tributado sus respetos en vida; después de haberle manifestado, siquiera cortamente su gratitud, concediéndole, por medio del Congreso, su jubilación como profesor, declara hoy, solamente, que su historiador es digno de su gratitud y de la memoria de la posteridad.

Guayaquil, Mayo 23 de 1893.

(De "El Globo", N^o 1723).

DUELO NACIONAL.

Poco antes de las tres de la tarde del domingo 21 del presente mes, rindió el alma á su Creador el señor doctor don Pedro Fermín Cevallos, cumplidos ochenta y un años de edad.

No pretendo hacer la descripción de sus cualidades ni la elevación á la cual sus virtudes y méritos le colocaron. Ya lo han hecho, y muy dignamente seguirán explicando los prohombres eminentes que

disfrutaron de su intimidad y compañía.

El objeto de esta manifestación, tan sólo se contrae á publicar la intensidad de mi sentimiento, el dolor que me abrumba por la pérdida que he hecho con la muerte de este grande amigo y protector mío, considerándolo como el único consuelo que me quedará en esta desgracia.

Protegido desde mi infancia por la amabilidad con que me distinguiera, en ninguno de mis procedimientos me faltaron sus sabios consejos, oportunas advertencias y solícitos cuidados. En el desempeño de la Secretaría Relatoria de la Corte Superior de la Capital, que tuve á mi cargo, encontré la oportunidad que buscaba para mejor instruirme como Ministro que fué en aquel tiempo. Junto á él, y enderesado por la sabiduría de su criterio, ufano disfrutaba del éxito seguro en el ejercicio de mi profesión y en el resultado de todos mis actos. Ausente por desgracia, nunca me faltaron sus insinuaciones científicas, sus reglas inquebrantables de buen proceder.

Si con mis lágrimas debiera expresar y encarecer el bien que pierdo, por cierto que mis ojos las tributarían con suficiencia.—Descansa en paz, alma bienaventurada.

Vicente BENITES.

(De "El Globo" de Guayaquil, N^o 1725).

OBITO.

La inexpugnable guadaña de la muerte va segando del has de la República, las mejores inteligencias. Hoy la Nación se halla de duelo por la

desaparición de uno de sus más esclarecidos hijos. El día Domingo 21 del corriente, á las dos y media de la tarde falleció el Sr. Dr. D. PEDRO FERMÍN CEVALLOS, después de recibir los auxilios de nuestra Religión, bálsamo divino que dulcifica los últimos días del hombre.

Las letras patrias pierden una de sus mas eximias lumbreras. Muere de una edad avanzada, después de dejar á la Patria ilustrando con obras importantes, entre ellas el "Resumen de la Historia del Ecuador" en seis tomos.

El Sr. Cevallos vivirá siempre en el corazón de sus compatriotas. Elevamos nuestras preces al Altísimo por el descanso de su alma.

(De "El Industrial" de Quito, N° 33).

EL DOCTOR

PEDRO FERMIN CEVALLOS.

El 21 de este mes, ha fallecido en la Capital este ilustre ecuatoriano, honra y prez de las letras nacionales. La Cátedra, el Foro y la Academia han hecho en él una inmensa pérdida.

El Señor Cevallos fué el fundador y decano de la escuela histórica en nuestra patria; pues, si es verdad que el religioso Juan de Velasco había escrito mucho antes que él su *Historia del Reino de Quito*, esta obra, apreciableísima por más de un respecto, está, sin embargo, llena de lunares que la

afean, y en muchas de sus páginas parten términos la fábula y la historia: tanto escasean en élla la luz de una crítica ilustrada y el tacto seguro del filósofo que discierne lo verdadero de lo falso, las reminiscencias ó tradiciones históricas de los groseros mitos, hijos de la preocupación ó la ignorancia.

El *Resumen de la Historia del Ecuador* del Dr. Cevallos, obra que costó á su autor, no sólo largas investigaciones y dilatados desvelos, sino también mil penalidades, desengaños y fatigas para su publicación, señala el punto de partida de la ciencia de la historia en nuestra patria: de élla procede la que actualmente, con más completos estudios, bajo mejores auspicios y disponiendo de mayores medios, escribe el sabio presbítero D. Federico González Suárez, en cuyos labios quedará por algún tiempo la última palabra de nuestra historia.

Y llama la atención que las obras de estos dos eminentes ecuatorianos hayan tenido el más humilde principio. El *Resumen* del Sr. Cevallos nació de unos ligeros esbozos que con el título de *Cuadro Sinóptico de la República del Ecuador*, fueron trazados para las columnas de *La Democracia*, periódico que se publicaba en Quito; y la *Historia General* de González Suárez comenzó en la mente de su autor, según él mismo lo declara, en la modesta forma de notas ó apéndices al *Resumen* de Cevallos.

No es nuestro ánimo formar juicio acerca de la obra de este último benemérito compatriota: constante sólo que ella es conocida y apreciada dentro y fuera de la República, y citada con respeto por distinguidos escritores extranjeros; y que constituye el mayor título con que se presenta su autor á la posteridad, á perpetuar su nombre entre los amantes del saber y en la memoria de todos los ecuatorianos.

No fueron los estudios históricos los únicos en

que sobresalió el Dr. Cevallos; fué además notable jurisconsulto y ferviente cultivador de las letras. Lució sus profundos conocimientos en la ciencia del Derecho, ya como Magistrado de la Corte Suprema, ya como profesor de la Universidad de Quito, donde regentó la cátedra de *Derecho Práctico*, dotándola de un texto, que obtuvo aprobación oficial; y fué el iniciador de los estudios filológicos, que empiesan á tener entre nosotros más de un decidido cultivador. Con muy legítimos títulos ocupó, pues, el Sr. Cevallos una silla en la Academia Ecuatoriana, correspondiente de la Real de España, y fué su Director durante algunos años.

En los postreros de su vida se vió privado de los placeres del estudio que habían hecho las delicias de su juventud y el solaz de su ancianidad. Anublados sus ojos para siempre, *contrajo amistad con las tinieblas*, según la conmovedora expresión de otro ilustre ciego, Agustín Thierry, historiador también, y por más de un detalle, comparable con nuestro esclarecido compatriota.

Que la laboriosa existencia del Dr. Cevallos y la gloria que hoy corona su nombre, sirvan de noble estímulo á la juventud amante del saber.

(De "La Unión Literaria" de Cuenca, N^o 2).

PEDRO FERMÍN CEVALLOS.

Las letras nacionales están de duelo con la sensible muerte de este ecuatoriano, por mil títulos digno del aprecio y del respeto públicos.

La vida del doctor Cevallos está ligada de tal modo á la de la República, que no hay en los anales de ésta suceso de alguna significación en el que no figure el nombre del primer historiador nacional.

Si la intervención del doctor Cevallos en la vida política del país, no fuera bastante para conquistarle un puesto distinguido entre los ecuatorianos ilustres, sus trabajos históricos y la publicación de ellos, más que suficientes méritos nos parecen para que esa simpática figura pase á la inmortalidad, en medio de las bendiciones de la generación actual, que tanto ha aprendido en las obras del erudito maestro.

“La Historia del Ecuador” por Pedro Fermín Cevallos, es conocida en todo el mundo y vulgarizada en nuestras Universidades y Colegios.

Llenada por él esa gran necesidad nacional, ha tenido quienes sigan su luminosa huella, abriendo nuevos y más dilatados horizontes á la República.

El doctor Cevallos, antes de morir, ha podido leer “La Historia del Ecuador” por Federico González Suárez, proporcionándose así la más pura de las satisfacciones de un maestro: la de ver al discípulo perfeccionar la obra del profesor.

En el Gabinete, en la Academia, en la Prensa, en el Foro, en el Parlamento, el doctor Cevallos lució siempre sus privilegiados dotes.

Ajeno á las luchas de la política militante, el doctor Cevallos, en vez de enemigos deja admiradores en todos y cada uno de los ecuatorianos.

Ha cumplido dignamente su larga misión sobre la tierra, ganándose, en buena ley, el derecho de morir tranquilo.

Sea esta la oportunidad de pedir al Gobierno la construcción de un edificio que nos hace tanta falta: el panteón de los hombres ilustres.

El doctor Cevallos, y con él muchos otros, merecen un lugar preferente en la tumba.

La gratitud nacional así lo exige.

Mientras llega la hora de la justicia, enviamos á toda la República, y muy especialmente á la ciudad de Ambato, cuna del gran historiador, la expresión sincera de nuestra condolencia.

Guayaquil, Mayo 24 de 1893.

(De "El Diario de Avisos", N^o 1531).

PARA HONRAR UNA MEMORIA ILUSTRE.

Ningún ecuatoriano desconoce los múltiples títulos que enaltecen la memoria del distinguido historiador y jurisconsulto, cuya tranquila existencia acaba de hundirse en el payoroso seno de la eternidad.

El nombre del Dr. Pedro Fermín Cevallos ha resonado, durante más de medio siglo, no sólo en los centros cultos del Ecuador, y en sus más pequeños y apartados pueblos, sino también allende los confines de la patria. Deber es, de los contemporáneos perpetuar la memoria de los antepasados ilustres, recomendándolos al amor y respeto de las generaciones futuras.

Creemos, por esto, que cumple á los distinguidos representantes de la Academia Ecuatoriana, el deber de honrar dignamente la memoria de su pri-

mer Director y Decano. Al efecto, podría mandar se coloque el busto del Dr. Pedro Fermín Cevallos en la placeta de la Merced, que, previo acuerdo con el I. Municipio, debería denominarse en lo sucesivo "Plaza de la Academia"; pues que esta I. Corporación ha comprado, para los menesteres propios de su institución, la amplia y espaciosa casa del Sr. D. Modesto Ponce, situada en la Merced.

Estimulados por nuestro amor patrio y por el deseo de honrar el mérito, nos permitimos insinuar esta idea, que ojalá llegue á ser acogida por los ilustrados y patriotas Académicos del Ecuador, á cuyo dictamen la sometemos.

(De "El Republicano" de Quito, N^o 34.)

"El Republicano" N^o 34 trae enlutadas sus columnas con motivo de la muerte del Dr. Don Pedro Fermín Cevallos acaecida en Quito el 21 del presente.

Harto doloroso ha sido para nosotros la desaparición eterna del Dr. Cevallos que tanto honor ha hecho á la Patria, la que bien pronto ha tenido que renovar el duelo en que sumida la dejó la desaparición de caros y nobles hijos que no ha mucho tiempo descendieron á la tumba.

No nos ha cabido la satisfacción de conocer personalmente al Dr. Cevallos, pero sus eminentes obras nos lo han dado á conocer; su lectura despertó nuestras simpatías por él y en ellas le hemos admirado solazándonos.

Varios son los partos luminosos que nos quedan de su fecundo y claro talento, por ellos hemos

valorizado sus méritos y por ellos valorizarán las generaciones venideras.

Hombres como el Dr. Cevallos son en vida útiles á la humanidad y cuando la muerte los hiere dejan solo dolor en el corazón de los que les conocieron y parece que sus puestos difícilmente pueden ser llenados.

Nos dejan de herencia un noble ejemplo de imitar; un nombre lleno de gloria á que se hicieron dignos mediante el cumplimiento del deber á que todo hombre debe aspirar con empeño en la vida, mediante un trabajo asiduo y laborioso, siguiendo la línea recta que le marca el Dios que llevamos dentro de nuestros pechos, la conciencia.

A polvo se reduce el cuerpo, pero las acciones útiles y buenas extienden su influencia fertilizadora por miles de años de generación en generación.

“El tiempo no es la medida de un noble trabajo”.

La juventud de hoy, de quien es el mañana de la Patria, llamada está á ocupar los luminosos asientos vacíos que ocuparon con dignidad los grandes hombres que ayer no mas fueron el orgullo y honra de nuestra cara Patria como magistrados rectos, como inteligentes y valerosos guerreros, como jurisconsultos probos, como literatos é historiadores notables.

Si todo hombre puede hacer aquello que otro ha hecho, no lo hará si con perseverancia no vence las dificultades; para vencerlas se requiere trabajar á travez de ellas, y el mejor y más seguro medio de vencerlas es con ellas luchando, y entonces, solo entonces la juventud, inspirándose en los ejemplos de los que desaparecen tras la tumba, será digna sucesora de los que dejan su nombre para el mundo de la gloria.

Al terminar estas líneas lo hacemos exponien-

do nuestra verdadera condolencia á los deudos de tan ilustre finado, á la Patria que acaba de perder un hijo útil que miró por su bien con el cultivo de las letras; y bien sería que se acoja la idea dada por el "Republicano", de que se levante en la plazuela de la Merced de Quito, el busto del Dr. Cevallos para perpetuar así su memoria ilustre.

¡Qué Dios tenga en su cielo al que dejó la tierra cumpliendo su misión!

Guaranda, Mayo 31 de 1893.

(De "El Bolivarense", N^o 113).

DUELO.

Encanecido en el servicio de la patria, en la política y en las letras, y lleno de merecimientos por su excepcional ilustración y por su noble alma, á la avanzada edad de 81 años, bajó á la tumba, en Quito, en la tarde del día 21 de los corrientes, el notable hijo de Ambato, región de nuestra república donde vió la luz de la vida nuestro excelso Montalvo, el distinguido historiador, el galano y castizo escritor don Pedro Fermín Cevallos.

Un ligero resumen de la bien empleada vida de este importante hombre de letras y de política de nuestra patria, resumen publicado ayer por nuestro apreciable colega "El Globo", nos ahorra el repetir en nuestras columnas todo cuanto hizo el señor Cevallos desde que comenzó su vida pública como secretario del señor Elizalde cuando la revolución de éste contra Ascázubi, hasta que retraído un tanto

de las agrias y ardorosas luchas de la política, se consagró al servicio de la patria en las letras, lo cual nos valió su obra colosal, la "Historia del Ecuador", sus varios estudios críticos de obras nacionales y sus artículos de costumbres, género en que manifestó dotes poco comunes.

Realmente que con la desaparición del señor doctor Cevallos pierde el Ecuador uno de sus hijos más preclaros, uno de sus mejores y más reconocidos talentos, uno de los pocos hijos de que puede sentirse orgullosa la patria ecuatoriana.

Más de 50 años de una vida inmaculada y de una inteligencia probada al crisol de las pasiones, rendidas á la muerte en la vejez, cargado de merecimientos y consagrados al bien de la patria, dan derecho á que esa patria, en holocausto de la cual hizo tanto el famoso doctor, quiera pagar su justo tributo de admiración y gratitud al prestigioso escritor, hábil político y gran historiador para reclamar, sino mármoles y bronces que perpetúen su memoria, el reconocimiento de sus compatriotas.

(De "El Radical" sucesor de "El Tiempo" de Guayaquil, N^o 158).

FRAGMENTO DE CORRESPONDENCIA.

Babahoyo, Mayo 23 de 1893.

Sr. Director del "Diario de Avisos".

Muy amigo mío y señor:

Escritos ya, á vuela pluma, los párrafos que an-

teceden, recibo una noticia que me ha contristado verdaderamente, como habrá contristado á todos los ecuatorianos que sepan leer y escribir, ya que el desaparecimiento de los hombres notables de la Patria constituye un verdadero duelo nacional. Hablo de la muerte del SR. DR. D. PEDRO FERMÍN CEVALLOS.

Plumas más diestras y autorizadas que la mía trazarán el elogio del ilustre difunto, escribirán su biografía, encontrarán, si cabe decirlo, notas sentidas y pensamientos elevados para manifestar dignamente el dolor que semejante pérdida causa en el corazón de los buenos ciudadanos. Yo sólo puedo decir lo siguiente: "honró la Patria con su talento; fué, por su modestia, el ejemplo de sus conciudadanos y rueda en la fosa común, después de una larguísima y provechosa vida cruzada entre rayos y tempestades, sin que una sola mancha hubiese oscurecido su frente en la que resplandecían el ingenio y la virtud".

Una silla vacante en la Academia, un puesto vacío en el Foro . . . Y qué? Con mayores ó menores méritos, otros vendrán á ocupar ese asiento, á llenar ese vacío, pero no por eso se borrará el recuerdo del anciano ilustre de quien nada tuvieron que decir sus émulos y malquerientes, porque enemigos no los tuvo jamás; pero el Ecuador le deberá siempre gratitud á ese hombre que, en medio de un cúmulo de contrariedades y obstáculos al parecer insuperables, narró la historia Patria, con altos ideales y noble y robusta filosofía, sabiendo mantener la dignidad é imparcialidad hasta en sucesos, para él, de ayer no más, y en los cuales acaso fué actor y combatiente.

Otros escribirán la historia nacional con más datos y con más empuje científico que el SR. DR.

CEVALLOS; hoy mismo en buenas manos anda el pandero; pero acaso nadie la escribirá con más honradez y lealtad de miras. El abrió el camino, por su propia cuenta, luchando con penurias mil, sin tener á su disposición los códices y documentos indispensables, y triunfó. No contemplemos siempre el triunfo, reconozcamos la lucha. Sencillo, noble, castizo, á veces profundo, siempre elevado, el libro del DR. CEVALLOS será la base sobre la que escritores más afortunados levanten el monumento de la historia patria.

Descance en paz el noble anciano! El Ecuador está de luto.

¡Los dioses se van! Todos los hombres que ilustraron la generación anterior con su sabiduría, con su virtud, con sus nobles hechos, los que enseñaron á nuestros padres con el ejemplo, docto magisterio de las almas grandes, van desapareciendo rápidamente y dejando un vacío que, por hoy, no vemos quien pueda llenar. Nos hemos empequeñecido tanto en tan corto espacio de tiempo, que es difícil hallar en esta generación raquílica y ambiciosa, hombres á quienes no les venga demasiadamente holgado el manto que arrojan los que se marchan. Toda la gloria, todo el orgullo del Ecuador, sus magistrados, sus sabios, sus historiadores, poetas y guerreros no son sino un recuerdo; la sombra se agiganta, la noche avanza: nos quedaremos sin luz? Ay! Dios quiera que podamos contar todavía en la agria y desigual contienda con lo que para sí reservaba el hijo de Filipo: la esperanza.

El ánimo queda triste, señor Director, porque he concluido esta carta con una necrología: ¿qué he de hacer, aunque no sea costumbre esto de llorar en correspondencias periodísticas? Si no otra cosa, debemos siquiera lágrimas á los hombres ilustres

que se van, dejando tras de sí las bendiciones de los pueblos y la gratitud de la posteridad justiciera.

Manuel J. CALLE.

(Del "Diario de Avisos", N° 1534).

DUELLO.

El 21 del presente, á las dos y media de la tarde, falleció el Sr. Dr. Pedro Fermín Cevallos.

Mi palabra es demasiado débil para poder elogiar al ilustre ecuatoriano que tanto contribuyó á la gloria de su querida patria con sus obras literarias de subidísimo mérito, y con la práctica modesta y constante de las virtudes cristianas.

Niño todavía, tuve la honra de dibujar sus cartas geográficas de todas las provincias de la República, que deben existir entre sus obras póstumas. Por éllas, y, á modo de protección y estímulo, me daba una mensualidad, con el fin de que tuviera lo necesario para mis estudios.

Ahí tuve la ocasión de admirar su corazón magnánimo y filantrópico, su modestia ejemplar, su inteligencia clarísima, y su afecto entrañable hacia los pequeñuelos como el infrascrito, que llora por su protector, y hace pública su gratitud.

Daniel E. PROAÑO.

[De "La Educación Popular" de Quito, N° 5].

DUELO NACIONAL.

El domingo 21 del corriente falleció en Quito el señor doctor don Pedro Fermín Cevallos, á la avanzada edad de 81 años. Fué uno de los fundadores de la Academia Ecuatoriana, excelente literato é historiador distinguido, y ocupó elevados puestos en la magistratura judicial.

El Globo del 23 da cuenta de ese suceso y detalla los trabajos del doctor Cevallos en un largo editorial, que nosotros no lo insertamos íntegro por falta de espacio, pero reproducimos á continuación los dos últimos párrafos de dicho editorial.

“En la Grecia, el doctor Cevallos, habría adquirido, el renombre y el respeto que adquirió Heródoto, y el pueblo lo habría inmortalizado en el bronce, como un bienhechor suyo”.

“Pero hoy comienza la posteridad para el doctor Cevallos, y el pueblo ecuatoriano, después de haberle tributado sus respetos en vida; después de haberle manifestado, siquiera cortamente su gratitud concediéndole, por medio del Congreso, su jubilación como profesor, declara hoy, solemnemente, que su historiador es digno de su gratitud y de la memoria de la posteridad”.

(De “El Correo” de Portoviejo, N^o 11).

DUELO NACIONAL.

La república toda se halla sumida en amargo duelo por el nunca bien sentido fallecimiento del Sr. Pedro F. Cevallos, Académico ecuatoriano, hábil jurisconsulto y notable escritor que entregó su alma al Creador el 21 de Mayo del presente año. Lamentamos tan irreparable pérdida y acompañamos en su justo dolor á su desconsolada familia.

(De "El Artesano" de Quito, serie 4.^a N^o 16).

EXEQUIAS.

Dicen de Quito á *El Globo*, por telegrama:

"Después de las exequias en honra del ilustre ecuatoriano Pedro Fermín Cevallos, celebradas en la iglesia de la Merced, con selecta y numerosa asistencia, fueron conducidos sus restos mortales al Cementerio de San Diego, y depositados en el sepulcro número 297.

"Acompañaron al cadáver del ilustre difunto, el Presidente de la República, los Ministros de Estado, el Presidente de la Corte Suprema y Director de la Academia Ecuatoriana, don Julio Castro, varios miembros de los Institutos religiosos de la Merced y de los Hermanos Cristianos, y notable número de caballeros de la sociedad quiteña.

“La Academia Ecuatoriana se propone honrar en asocio del Gobierno la memoria de su Director y Académico de número, para lo cual sabemos se reunirán los miembros de la Academia en sesión especial, para deliberar acerca de la manera de tributar honores póstumos al señor Cevallos.

“Estas exequias religiosas por el descanso del fallecido Académico, están aplazadas, y es de esperarse sean tan solemnes y graves, cuanto corresponde al Cuerpo Literario que las tributa, y al personaje cuya memoria se trata de honrar”.

(De “El Correo” de Portoviejo, N^o 13).

FALLECIMIENTO.

El 21 del presente dejó de existir el Sr. Dr. D. Pedro Fermín Cevallos, ilustre historiador, distinguido jurisconsulto y patriarca de la literatura ecuatoriana, con una fuerza de voluntad y entereza que sólo explica la absoluta confianza en los consuelos del Catolicismo. Murió en brazos de la Fe y de la Caridad, de la Ciencia y de la Virtud, que, por medio de los distinguidos sacerdotes Sres. González Suárez y Abel Guzmán, le asistieron en el momento solemne de la muerte. La Nación ha hecho una pérdida irreparable; por esta razón “El Republicano” la acompaña á deplorar la eterna ausencia del ilustre ambateño Dr. Cevallos, por cuyo eterno descanso elevamos nuestras oraciones y plegarias.

Nuestros lectores pueden valorar los merecimientos del finado, aunque á la ligera, con la lectura del presente número, que casi en su totalidad dedicamos á la memoria de nuestro amigo y compatriota.

(De "El Republicano" de Quito, N^o 34).

EL DOCTOR DON
PEDRO FERMIN CEVALLOS.

¡He aquí una pérdida verdaderamente grave y por extremo sensible! El Dr. Cevallos acaba de dejarnos: partió á la eternidad y ya nos espera en ella.

Ha muerto en edad avanzada; pero era de esos hombres raros que, cualquiera que sea el número de sus años, dejan, al morir, impresión profunda de dolor en el corazón de cuantos los conocieron y trataron.

Algún tiempo hacía que nuestro amigo estaba como muerto para el mundo de las letras, á causa de su ceguera y otros achaques; pero todavía nos era útil, porque trabajaba derramando consejos y estímulos sobre cuantos vivimos consagrados á manejar la pluma, ya en los combates de las ideas, que tienden á mejorar la vida de la patria, ya en el campo de la amena literatura, que no tiene otro objeto que endulzar las horas de esa vida y aumentar, en lo posible, los laureles y el incienso con que todo patriota está obligado á rendirle culto.

Su ejemplo mismo era un estímulo: ¿quién no admira la perseverancia con que trabajó en el *Resumen de la Historia del Ecuador*, venciendo los mil y más obstáculos que, para toda obra literaria de algún aliento, y sobre todo para los estudios históricos, se presentan en nuestra República?

El Dr. Cevallos, deja á su patria una indisputable herencia de gloria literaria. Además del *Resumen* indicado, cuyo mérito nadie pondrá en duda, —de esa obra que en todo tiempo será consultada con provecho y leída con agrado,—tenemos de su pluma algunas biografías de ecuatorianos célebres (excepto uno biografiado sólo por su extrema bondad), un libro sobre Derecho práctico nacional, y el excelente *Catálogo de errores de lenguaje*.

Este fué, bajo cierto aspecto, su trabajo predilecto; pues Cevallos no sólo gustaba mucho de la pureza y elegancia de la lengua, sino que las amaba con entusiasmo y era un activo propágandista. Un error de lenguaje proferido delante de él, era una blasfemia que no podía tolerar. Podemos decir que fue el iniciador de la reforma que, en esta materia, ha venido verificándose en el Ecuador de cosa de cuarenta años acá. Sus amigos recordamos siempre que, hallándonos una tarde en casa de nuestro inolvidable Zaldumbide, se presentó el Dr. Cevallos con un libro en la mano, y enseñándonosle nos dijo: "He aquí un maestro que viene á avergonzarnos y darnos lecciones". —¿Qué libro es ese?— "El *Diccionario de galicismos*, por Baralt. Amigos míos, no sabemos castellano: estamos agabachados por completo, y, si queremos ser algo en el mundo literario, es preciso que nos curemos de este mal". Desde entonces, ese *Diccionario*, y luego otros y otros libros consagrados á la enseñanza de la lengua, fueron nuestra lectura favorita, y materia de discu-

siones, á veces acaloradas, varios puntos de gramática y literatura, antes por todos nosotros bastante descuidados.

El Dr. Cevallos fue de los fundadores de la *Academia Ecuatoriana, Correspondiente de la Real Española*, y su Director, mientras la salud le permitió desempeñar este cargo. Como abogado, ha servido empleos de alta importancia, hasta elevarse al Ministerio de la Corte Suprema de Justicia. Gustaba poco de la política, en la cual profesaba principios moderados, inclinándose más al *conservatismo* que al *liberalismo*.

Más pudiéramos decir del hombre público y del literato; pero escribimos á vuela pluma y con el ánimo abrumado de pesar. En este estado del ánimo, gusta uno de acordarse más del corazón que de la inteligencia del amigo que ha perdido. El Dr. Cevallos fue de esos seres privilegiados á quienes la Providencia concede el dón riquísimo de una bondad inagotable: incapaz de hacer ni el más ligero mal á nadie, se le hallaba siempre dispuesto á practicar el bien con todos. Su inclinación á juzgar favorablemente de los demás; le llevaba á veces hasta el candor infantil: le parecía sumamente difícil que hubiese gente mala, y buscaba disculpas para disminuir la gravedad de los defectos y vicios más repugnantes. Se había formado su ideal del hombre de bien completo, y creía que todos, cual más, cual menos, se aproximaban á él. Esto, que prueba su bonísimo corazón, si no está en lo cierto, sirvió en todo caso para que sus enemigos fuesen rarísimos, y sus amigos, sinceros y apasionados, innumerables. Hombres de la bondad y mansedumbre de Cevallos, y que, sin embargo, tienen enemigos, sirven para realzar la verdad de que en todo lugar y tiempo y para todo hijo de la familia humana, existe la male-

dicencia, como cualquiera enfermedad para el cuerpo. Sin embargo, si ha habido para Cevallos alguien que no le ha querido y estimado, alguien que ha hablado mal de él, ha desaparecido en el mar de tiernos afectos, de desinteresadas consideraciones y de hondo respeto de que supo rodearse.

Aparte de su bondad, de la igualdad y dulzura de su genio y de su honradez llevada hasta el escrúpulo, Cevallos se distinguió por su ardiente amor á la patria; pero, si era entusiasta por el Ecuador, cuando se trataba de Ambato, su tierra natal, ese entusiasmo no tenía límites. Parece que se hubiese alejado de ella sólo con el objeto de que la ausencia mantuviese siempre vivo el fuego sagrado de su amor al rincón de tierra donde se meció su cuna. Ambato era todo para él; todo lo quería para su Ambato; este nombre le sonaba como una sinfonía. Nada le entristecía más que lo malo que ocurría en Ambato; nada le regocijaba tanto como el saber que Ambato había hecho alguna conquista en la civilización, ó que algún ambateño le había consagrado alguna corona de gloria.

El Dr. Cevallos era una de las rarísimas prendas que nos quedaban de una generación honorable que trabajó en bien de la patria junto con otros ciudadanos esclarecidos, y ¡ya no existe! Se abrieron para él, como se habían abierto para ellos y seguirán abriéndose, las puertas del *otro mundo*, para dar paso á los que jamás volverán. La generación actual—la que se está levantando sobre las cenizas de los muertos,—¿nos dará reemplazos de los Cevallos y de otros escritores y patriotas de quienes tantos servicios recibió la patria? ¡Quiéralo el Cielo! La muerte de cada uno de nuestros hombres ilustres nos hace pensar en lo pasado, comparándolo con lo presente, y nos llena á un tiempo de tristeza y de

temor por él porvenir.

Todo Quito fué amigo cariñoso de Cevallos, y por eso todo Quito está hoy apesarado. La muerte de Cevallos ha envuelto en luto el corazón de toda una sociedad. Causar hondo dolor á todos y arrancar elogios de todos los labios, al descender á la tumba, es privilegio de pocos, porque no son muchos los que saben ser amigos, ciudadanos y patriotas como Cevallos.

Conociendo que se aproximaba su última hora, quiso nuestro amigo asegurar su suerte eterna, y, además, no dejar ningún recelo ni motivo de disgusto al corazón de cuantos le amaban, y pidió que le administrasen los Sacramentos, y consolado y fortalecido con ellos, y dando admirable muestra de calma filosófica, entregó su vida á la muerte.

¡Ay! cuán duro es despedirse de las personas queridas que se hunden en la tumba! ¡cuántas lágrimas cuestan los dulces afectos del alma! En verdad, los halagos de la existencia son nada, comparados con sus dolores: vivir es morir todos los días, gradualmente, con la muerte de cada uno de los seres que han hecho nuestras delicias. Amor, amistad, gloria ¿qué sois sino fuentes de llanto y orígenes de amargura?

Juan León MERA.

Quito, Mayo 22 de 1893.

(De "El Republicano" N° 34).

PEDRO FERMIN CEVALLOS.

Hemos vuelto del Cementerio. Allí dejamos, entre tantos restos de seres queridos para nosotros, los del inolvidable historiador nacional D. PEDRO FERMIN CEVALLOS, patriarca de nuestra literatura y decano de nuestros sabios y jurisconsultos.

Hemos hecho justicia á la virtud y al mérito. El Dr. Cevallos ha recibido, en sus últimos años y en su mortal enfermedad, muestras especialísimas del respeto y cariño de sus conciudadanos.

Anciano venerable! Hemos honrado tus cabellos blancos, que eran aureola de bondad y sabiduría sobre tu frente.

Y como una coincidencia providencial, hoy pasó tu carroza mortuoria bajo los pabellones tricolores que adornan la ciudad en conmemoración de una fecha inmortal.

¿Y cómo no había de ondear la bandera nacional sobre el féretro del insigne historiador de las glorias ecuatorianas?

No es para este ligero rasgo, brote espontáneo de un sentimiento de pesar delante del cadáver de un hombre ilustre, enumerar sus cualidades y sus merecimientos y formar la hoja de servicios del patriota octogenario, del historiador laborioso é inteligente, del jurisconsulto íntegro y honorable, del filósofo consumado, del primer Director de la Academia Ecuatoriana.

Hoy viene sola la amistad á orar por tu descanso y á deshojar las siemprevivas del cariño sobre tu sepulcro, donde duermes á la sombra de la Cruz de la Redención.

Mañana la admiración, la gratitud y la justicia narrarán tu vida y dirán á tus compatriotas que tu privilegiada inteligencia sólo tenía una émula: la bondad de tu corazón.

¡Adios amigo!

LEONIDAS PALLARES ARTETA.

(De "El Republicano" de Quito, N^o 34).

EL DOCTOR DON

PEDRO FERMIN CEVALLOS.

Si el sentimiento público es un verdadero galardón, ó algo así como una gloria póstuma para el hombre virtuoso, no podemos callar ante la tumba que encierra una de las reputaciones más altas y distinguidas de la Patria, ni sufrir, en silencio, la eterna y dolorosa ausencia de quien, como el Sr. Dr. Cevallos, fue, para sus conciudadanos, la honra de la República, para su país, el respetado Mecenas, y para sus amigos, especial objeto de gratitud y de cariño.

Acaba de descender al sepulcro el ilustre octogenario, que tanta luz había despedido durante su existencia.

En él, á pesar de sus años, veíamos nosotros, no sólo una gloriosa realidad para la patria, sino también una esperanza siempre viva y halagadora. Nunca su talento y su ilustración dejaron de pro-

meter nuevas glorias, ni otros mejores frutos de su ingenio. Era un viejo niño, de quien teníamos derecho para esperar un futuro digno de su nombre.

Fue un árbol cuyos frutos no acabaron jamás, y cuyo follaje no dejó nunca de ofrecer, á quien la buscara, suave y delicada sombra.

Cegaron sus ojos en los últimos años de su existencia; pero el espíritu del Dr. Cevallos, abstraído de los negocios de este mundo, contemplaba, en el ocaso de la vida, los sublimes misterios de la fe, para conquistarse la mansión de los bienaventurados.

Vivió, pues, para su patria, honrándola con las luces de su ingenio y con las virtudes del hombre justo; aleccionando á sus conciudadanos en la tolerancia y la modestia.

Emigró al cielo sublimemente resignado, lleno su corazón de esperanza, resplandeciendo su espíritu en la fe cristiana, y ansioso todo él de trasponer un mundo estrecho para su alma eminentemente religiosa.

Nosotros, que vivimos unidos al Sr. Dr. Cevallos, como ecuatorianos, como hijos de un mismo país y como amigos, acompañamos al Sr. D. Juan León Mera á depositar un recuerdo en la tumba del ilustre ambateño, entre el sentimiento y el dolor que esta culta é ilustrada Capital ha manifestado por el fallecimiento del Sr. Dr. Cevallos.

Emilio M. TERAN.

(De "El Republicano" de Quito, N° 34).

TELEGRAMAS DE DUELO.

(De "El Republicano" de Quito, N^o 36).

Para honra del ilustre ciudadano y notabilísimo hombre de letras recientemente perdido por la patria, damos á luz los telegramas siguientes, que son como cifra en que se compendia el pesar de toda la República.

Telegrama á los Gobernadores.

Quito, 22 de Mayo de 1893,

Señor Gobernador de.....

Con el más profundo pesar comunico á Usía que ayer, á las dos de la tarde, perdió la República á uno de sus hijos más eminentes, el ilustre historiador nacional Dr. D. Pedro Fermín Cevallos, quien falleció después de unos pocos días de enfermedad.

PRESIDENTE.

Telegrama de Guayaquil.

Excmo. Sr. Presidente:

Sensible pérdida ha sufrido la patria con el fallecimiento del eminente ciudadano Dr. Pedro Fermín Cevallos, y yo lamento esta desgracia, como amigo que fuí del ilustre finado.

GOBERNADOR.

Telegrama de Babahoyo.

Excmo. Sr. Presidente:

La pérdida del ilustre historiador y hombre público Sr. Dr. Pedro Fermín Cevallos es verdaderamente nacional.

La República toda jamás lamentará lo bastante por la muerte de uno de sus hijos más beneméritos.

A nombre de esta provincia y al mío propio expreso á V. E. los sentimientos de condolencia más cordiales, en este duelo general.

GOBERNADOR.

Telegrama de Cuenca.

Excmo. Sr. Presidente:

La honda impresión que ha producido en nuestra sociedad la infausta nueva del fallecimiento del sabio historiador Sr. Dr. D. Pedro Fermín Cevallos, es de aquellas que no pueden mitigarse, especialmente si se recuerdan los eminentes servicios prestados á la patria por este eximio ciudadano. La provincia del Azuay deplora la pérdida que la República acaba de hacer y toma la parte que le corresponde en este duelo nacional. Permítame V. E. que exprese mis particulares sentimientos de pesar, por la desaparición del último, quizá, de mis caros amigos y compañeros de la infancia.

GOBERNADOR.

Telegrama de Azogues.

Excmo. Sr. Presidente:

El Sr. Dr. D. Pedro Fermín Cevallos fué, como escritor y como jurisconsulto, uno de los ciudadanos que más honraron á la patria. Justo es, por lo mismo, que el día del fallecimiento de tan ilustre ecuatoriano se tenga como una fecha de duelo nacional.

GOBERNADOR.

Telegrama de Portoviejo.

Excmo. Sr. Presidente:

Con verdadero pesar me he informado del fallecimiento del ilustre historiador nacional Dr. D. Pedro Fermín Cevallos. Me uno á V. E. y al Ecuador en el justo duelo que ha causado la pérdida de ciudadano tan eminente. Su amigo.

GOBERNADOR.

Telegrama de Riobamba.

Señor Presidente:

Muy sensible es la pérdida que hace el país con la muerte de nuestro ilustre historiador Dr. D. Pedro Fermín Cevallos, honra insigne de la patria.

GOBERNADOR.

Telegrama de Machala.

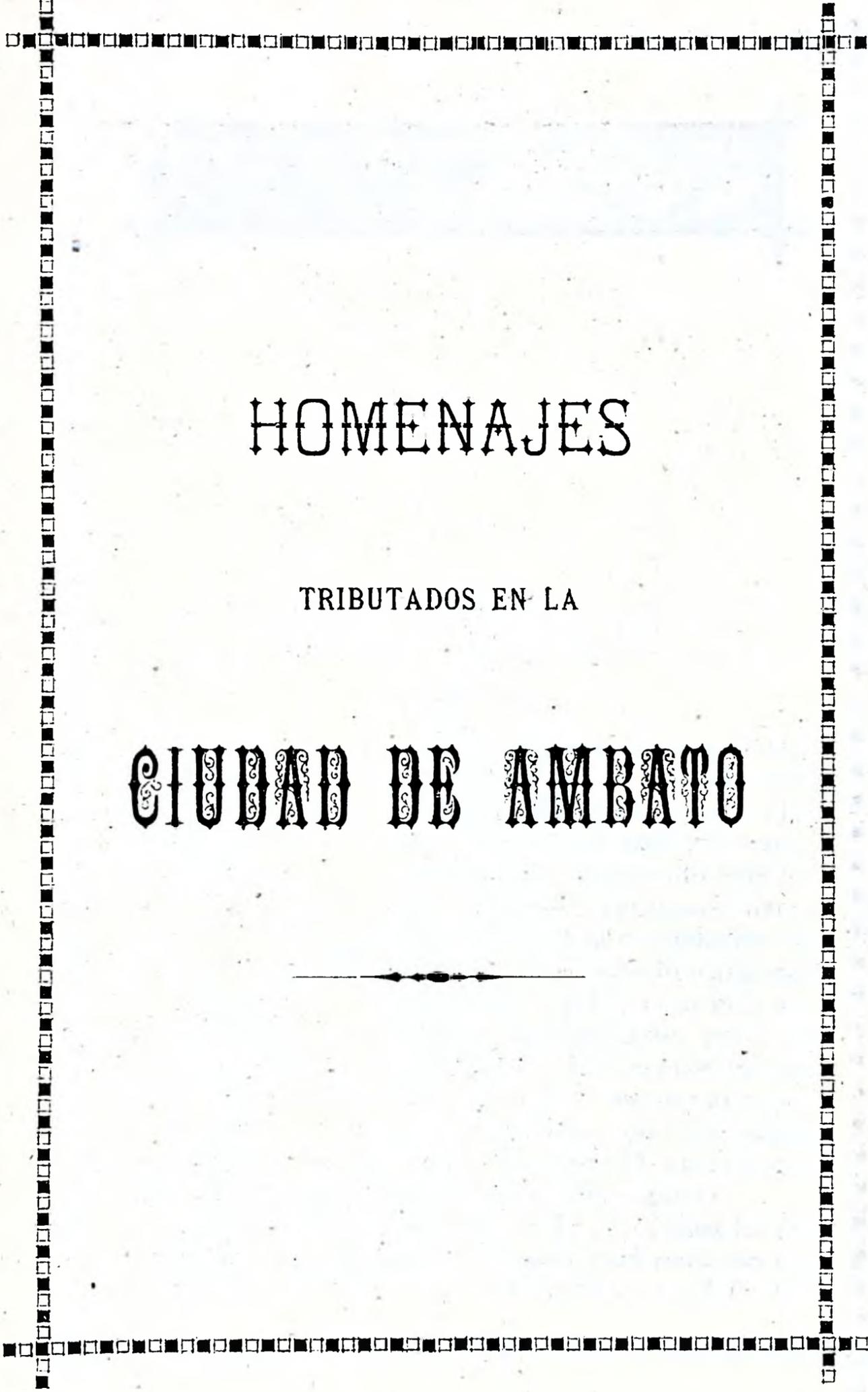
Señor Presidente:

Profunda fue mi pena, al saber, por el respetable telegrama de V. E., el fallecimiento del por tantos títulos ilustre Sr. Dr. D. Pedro Fermín Cevallos. Llórelo la patria y con ella todos los ciudadanos que lo pierden. Soy de V. E. respetuoso servidor.

GOBERNADOR.

Telegrama de Portoviejo.
Señor Sr. Presidente:
Con tristeza se sabe por el telegrama del Sr. Dr. D. Pedro Fermín Cevallos, fallecimiento del Sr. Dr. D. Pedro Fermín Cevallos, el cual ha causado la pérdida de un hombre tan distinguido.

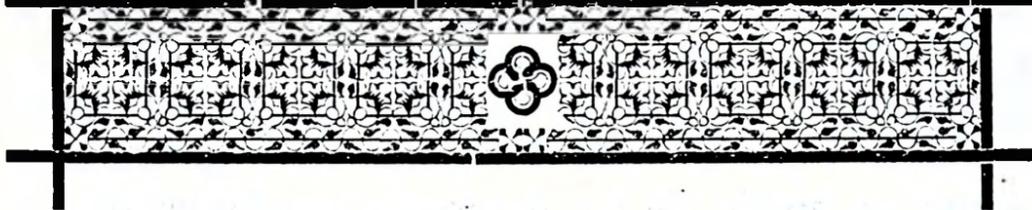
Telegrama de Riobamba.
Señor Sr. Presidente:
Muy sensible es la pérdida que hace el país con el fallecimiento de nuestro ilustre historiador Sr. Dr. D. Pedro Fermín Cevallos, honra insignie de la patria.



HOMENAJES

TRIBUTADOS EN LA

CIUDAD DE AMBATO



PREAMBULO.

Accediendo á las insinuaciones de la amistad, y sobre todo, por dar pábulo una vez más al sentimiento de nuestra gratitud, estimulada con la elocuente manifestación que la sociedad ambateña acaba de tributar á la memoria del esclarecido ecuatoriano SR. DR. D. PEDRO FERMÍN CEVALLOS, hacemos preceder estas cortas líneas á la compilación de los discursos pronunciados en la Velada literaria que tuvo lugar el diez del presente. ¿Hay cosa más noble que cultivar el respeto y la admiración para con las superioridades verdaderas? El reconocimiento de sus virtudes nos hace en cierto modo partícipes de su gloria; ya que al recordarlas con veneración, proponemos á la juventud estudiosa el modelo que debe imitar en las arduas labores del espíritu.

El importante papel que el Dr. Cevallos ha desempeñado en el mundo literario está realzado con el mérito de la iniciativa. Verdad es que el P. Ve-

lasco fue el primero en “descorrer el velo de las antigüedades ecuatorianas”; pero su historia del Reino de Quito, fruto de más de veinte años de trabajo, escrita en medio de las dolorosas vicisitudes de su vida, no entraña las condiciones indispensables que exige el género literario á que pertenece; y muy bien podemos compararla, como lo hace un compatriota nuestro, con un precioso gabinete de numismática que contiene una infinidad de piezas de varios metales y clases, en que se confunden las auténticas y útiles con las apócrifas y perjudiciales. El Dr. Cevallos aprovechó el cúmulo de noticias atesoradas por el ilustre riobambeño, y, empleando en la selección recto criterio, desechó lo absurdo y convencional. Su narración ataviada, diremos así, con la sencillez de un estilo fácil y correcto, y en donde prepondera la imparcialidad de los juicios, se enriquece bajo la unidad de un plan bien concebido con el resultado de nuevas investigaciones. Hasta 1845, ó sea hasta el triunfo del partido liberal con la expulsión de Flores, abraza el “Resumen” un extenso período de tiempo, que manifiesta la magnitud de la empresa que tomó sobre sí, arrostrando toda dificultad con la admirable tenacidad de su carácter. Al considerar la animación de su relato, parece que nuestro historiador perteneciera á la escuela preconizada por Caro, y que consiste en presentar al frente de los acontecimientos que más ó menos influyeron en el mejoramiento social, á los personajes que como causa inmediata intervinieron en ellos.

Como biógrafo, su competencia le ha elevado á un puesto envidiable entre nosotros; ya por ser también iniciador en este ramo de la literatura, como por las circunstancias en que dio nueva vida á sus celebridades predilectas.

Toma también la iniciativa en las disquisiciones lingüísticas, y el afán constante que ha desplegado en la depuración del lenguaje, hará imperecedero su renombre.

Entre los testimonios valiosísimos de aprecio y admiración que le dirigían individualidades eminentes de dentro y fuera de la República, sólo recordaremos los dictados de "benemérito de las letras patrias" y "promotor de nuestra cultura intelectual", con que supo honrarle la Academia Ecuatoriana, privada ya de su sabia y atinada dirección.

Con Hartzembusch y Groot conservaba marcadas analogías; tenía del primero que fue el decano de los escritores españoles, el amor á los estudios filológicos, y el *raro privilegio* de no haber suscitado odios ni envidias á pesar de sus merecimientos; y del segundo, la misión de historiador y la afabilidad del carácter con que se hacía accesible á todos.

Se gozaba de que su Historia haya sido ocasión para que el Dr. González Suárez amplíe y esclarezca la parte primitiva y colonial con el tesoro de su inmensa erudición, reconociendo en este sabio sacerdote, al Niebuhr y Mommsen de nuestra renovación histórica.

Su última producción fue un aplauso al ilustre azuayo, Sr. Dr. D. Antonio Borrero. En una carta publicada en "La Nación" de Guayaquil encarece el mérito de la "Refutación" por haber desvanecido los errores y las calumnias del P. Berthe con gran copia de documentos auténticos.

Una ocasión que Herodoto leía su historia á los griegos al celebrarse la fiesta en honor de la diosa tutelar de Atenas, viendo que Tucídides, joven aún, no podía contener las lágrimas, emocionado con la mágica narración de tantos hechos heroicos, le pronosticó que sería honra de la patria. La genera-

ción que se levanta si quiere ser honra de la suya; al saborear el clásico relato de los seis tomos del "Resumen", en donde se reflejan nuestros triunfos y desastres, nuestras esperanzas y decepciones, debe figurarse que Cevallos desde el trono de la inmortalidad, pronostica sus glorias y la realización de sus legítimas ambiciones; pues nadie como él amó tanto á la juventud, á la que amonestaba, prevalido de su propia experiencia, abandonar los delirios y pasatiempos que enervan el espíritu para ascender á la sabiduría, que sólo se consigue "al doble golpe del dolor que es el estudio y del hacha, que es la necesidad".

Si amamos la patria, rindamos un culto perenne de veneración al notable jurisconsulto, insigne filólogo y eminente historiador; ya que los grandes hombres, son las piedras miliarias, que señalan el rumbo del progreso de las naciones en la senda de su engrandecimiento.

CELIANO MONGÉ.

Ambato, Junio 15 de 1893.

CORRESPONDENCIA.

TOMADA DEL "DIARIO DE AVISOS".

Ambato, Junio de 1893.

Señor Director:

Parece que hasta la naturaleza participó del duelo general de esta población el 10 del presente,

fecha destinada por la Municipalidad de este Cantón para tributar á la memoria del Dr. Pedro Fermín Cevallos un público testimonio de reconocimiento y veneración. La atmósfera densa cargada de nimbos ocultaba el resplandor primaveral de nuestro cielo, aumentando con sus sombras el aspecto triste de la ciudad, que desde por la mañana ostentaba por todas partes profusión de banderas negras en señal de dolor por la pérdida de uno de sus mejores hijos.

A las diez del día el retrato de nuestro viejo historiador estuvo ya en un carro vistosísimo, adornado artísticamente con coronas y emblemas significativos. Y en breve, desde la casa del Ayuntamiento desfiló el numeroso séquito, compuesto del Sr. Dr. D. Amador M. Sánchez, Gobernador de la provincia, de las demás autoridades, Concejo Municipal, Liceo Montalvo, ciudadanos particulares y gremios de artesanos, en dirección de la casa donde nació el Dr. Cevallos, para de allí encaminarse á la Iglesia Matriz á presenciar las honras fúnebres.

En el centro del templo, preparado de antemano por la inteligente dirección del venerable párroco, Sr. Dr. Segundo Alvarez Arteta, se alzaba el catafalco coronado con el sagrado símbolo de la redención, presentando en el friso la siguiente inscripción en grandes caracteres:

*“Las letras ecuatorianas
y la provincia del Tungurahua,
al primer historiador nacional”.*

El Dr. Juan Benigno Vela, Presidente del Concejo, y el Sr. D. Francisco Moscoso, amigo íntimo del ilustre finado, depositaron el retrato bajo la inscripción, y entonces tuvo lugar la solemne función religiosa.

Terminada ésta, el concurso precedido como antes por una banda de música que ejecutaba piezas adecuadas, se dirigió al Colegio Bolívar, en cuyo salón se colocó definitivamente el retrato bajo el dosel que formaba una espléndida corona, dedicada al notable filólogo por la distinguida matrona, Sra. Doña Francisca Izquieta de Viteri, y en medio de dos estatuas que representaban al Ecuador y á la musa de la historia.

En este salón se verificó la Velada literaria, que fué digna ovación en honor del eminente literato; una vez que para poner de resalto sus grandes merecimientos tomaron la palabra entre otras personas, los Sres. Vela, Alvarez, Moscoso, Montalvo, Viteri y López. Se leyó también un elocuente discurso del ilustrado escritor Sr. D. Rafael María Mata, que como los anteriores fue acogido con patriótico entusiasmo. No debo olvidarme de la niña Ernestina Naranjo, alumna del "Liceo-Cevallos", que comunicó mayores encantos á su hermosura declamando una poesía que ha circulado ya impresa y que tuve el honor de remitir á U.

Para concluir esta ligera corresponencia debo hacer especial mención del Dr. Juan Benigno Vela, que interpretando el sentimiento de la población propuso en el Concejo la referida manifestación; de los Sres. Francisco Moscoso é Ignacio Garcés Ricaurte, principales ejecutores de élla, y del Dr. Telmo R. Viteri que ha coleccionado los discursos y hécholos publicar, mediante su contingente pecuniario.

Con sentimientos de alta consideración me suscribo de Ud. su atento amigo y S. S.

ERNESTO KLOZT.

EL CONCEJO CANTONAL DE AMBATO,

CONSIDERANDO:

1º Que el fallecimiento del anciano venerable, Sr. Dr. D. Pedro Fermín Cevallos, ha causado una sensación de profundo pesar entre los habitantes de esta ciudad;

2º Que por tan triste acontecimiento el Concejo Municipal de Ambato, interpretando el sentimiento popular, debe rendir un testimonio de condolencia como homenaje á la memoria de este ilustre ambateño;

RESUELVE:

Art. 1º El nombre del Sr. Dr. D. Pedro Fermín Cevallos, quedará inscrito en el acta de la sesión de este día consagrado únicamente á deplorar la muerte de uno de sus más beneméritos hijos de este suelo.

Art. 2º A las exequias que se celebrarán en la iglesia Matriz el 10 de Junio próximo, concurrirán todos los miembros de esta Municipalidad de riguroso luto.

Art. 3º Durante ese día permanecerá izado á media asta el pabellón nacional en la casa del Ayuntamiento, en todos los establecimientos públicos y en las demás casas de la ciudad.

Art. 4º En la noche de ese mismo día tendrá lugar en el Salón Municipal una velada fúnebre, en la cual se pronunciarán discursos apropiados al objeto, tanto por el representante designado por esta Municipalidad, como por todos los que quisieren hacer uso de la palabra.

Art. 5º El Presidente del Concejo invitará oportunamente al Sr. Gobernador de la provincia para que concurra á la función religiosa y á la velada subsiguiente, y para que, á su vez, se digne convocar á los empleados políticos y civiles de su dependencia. Igual invitación se hará á los vecinos caracterizados de la ciudad y á los deudos más próximos del fallecido.

El Jefe Político queda encargado de la ejecución y cumplimiento de la presente disposición.

Dado en el Salón de sesiones de la Casa Municipal; Ambato, á 29 de Mayo de 1893.

El Presidente, **Juan Benigno Vela.**—El Secretario, FRANCISCO MOSCOSO.

Jefatura Política del Cantón.—Ambato, á 30 de Mayo de 1893.—Ejecútese.—**Abel Barona.**—El Secretario, Joaquín G. Lara.

Es copia.—El Secretario Municipal, FRANCISCO MOSCOSO.

INVITACION.

SEÑOR:

El Ilustre Concejo Municipal que presido, acordó en su última sesión, honrar con exequias religiosas y con una velada fúnebre, la memoria del ambateño eminente y grande hombre de letras Sr. Dr. Don Pedro Fermín Cevallos, fallecido hace pocos días en la Capital de la República.

Con tal motivo, he recibido del Ilustre Concejo el honroso encargo de invitar á los sujetos distinguidos de esta ciudad y á los parientes cercanos del finado, para que se sirvan concurrir á esas dos funciones, que tendrán lugar el sábado 10 del mes actual en la iglesia Matriz la primera y en el salón del "Colegio Bolívar" la segunda; debiendo reunirse todos los concurrentes en la Casa municipal á las 9 de la mañana de aquel día.

Dígnese U. aceptar la invitación del Ayuntamiento y los respetos de su muy atento S. S.

El Presidente,

El Secretario.

J. B. VELA.

FRANCISCO MOSCOSO.

Ambato, Junio 4 de 1893.

DISCURSO

del Sr. Dr. D. Segundo Alvarez Arteta,
en representación del Ilustre Concejo Municipal.

Imperioso deber de gratitud y admiración,— Sr. Presidente del M. I. Concejo Municipal, Señores,— me trae esta noche á presentarme delante de vosotros en un lugar y con un intento extraños al parecer, á los alcances de mi carácter y destino.

Favorecido por este M. I. Ayuntamiento con la no merecida honra de hablar en su nombre en esta ocasión solemne, y de levantar el primero la voz, para elogiar á un hombre grande, no podía pecar de

ingrato y desconocido dejando de poner á servicio de tan noble fin, siquiera la insuficiente suma de mis ideas y sentimientos. Viviendo, por otra parte, en suelo republicano y bajo una atmósfera en que se respira por todos lados entusiasta admiración al *genio*, debo también admirarle yo, y bien puede merecer vuestra indulgencia el tributo humilde que como ecuatoriano, y como representante de este pueblo sobre todo, quiero ofrendar hoy ante las aras que vuestra justicia y agradecimiento levantan á la memoria del esclarecido ambateño SR. DR. PEDRO FERMÍN CEVALLOS.

Lúgubre motivo, según esto, ha dado ocasión á la velada que esta noche nos reúne. Sí, lo sabéis bien: acaba de abrirse delante de vosotros un sepulcro, y como en él se hundieron los venerandos restos de una gloria nacional, hemos querido consagrarle hoy, día de luto, para deplorar su muerte y para ensalzar su memoria; y al hacerlo, justo muy justo es, decir en homenaje suyo, que ella vivirá siempre con religioso respeto entre sus conciudadanos, que su talento ha arrojado demasiada luz para no dejar huella imperecedera en lo pasado, y que el recuerdo de sus virtudes cívicas y morales prolongará su existencia sobre la tierra, estableciendo aquella sagrada y misteriosa relación que existe entre los que vivieron ayer, y los que hoy corremos todavía la penosa senda de la vida.

La vida humana es cadena de padecimientos cuyo último eslabón es el sepulcro.

El Dr. Cevallos llegó ya á este término, y ha dejado caer sobre la losa sepulcral su frente de sabio, donde poco há centelleaba la inspiración y hervía el genio; su pluma suspendiendo sus lecciones de justicia y de sabiduría ha ido á rodar entre el polvo de la huesa; pero su espíritu inmortal tendió

su vuelo hacia los confines de horizonte eterno, para perderse entre las brumas de la inmensidad.

Al lamentar su muerte, una profunda y consoladora verdad nos alienta, y es que la personalidad humana, inmortal como Dios, no acaba en el sepulcro: la lámpara funeraria no alumbrá sino los despojos terrenales, y allí donde concluye su pálida luz, principian los vivos esplendores de la eternidad. El féretro es la cuna de la inmortalidad, como la cuna es el féretro de la vida mortal, según el hermoso decir de ese gigante azuayo el *fraile* Solano. El llanto y los infortunios quedan á este lado de la piedra tumular, la dicha verdadera y la vida del alma están en las misteriosas regiones de más allá de los sepulcros.

Hijo de Ambato, el Dr. Pedro Fermín Cevallos no desmintió nunca el lugar de su nacimiento: hay en sus obras algo de esa luz penetrante y viva que en imponentes penachos de fuego lanza el Tungurahua cuando tornasola con majestuoso brillo el horizonte de este suelo.

Obrero infatigable de la civilización consagró toda su vida al estudio, y desde muy joven amó con ardor los purísimos placeres del espíritu, y tuvo por norma y única estrella de su vida hacer el bien y llenar su destino providencial sobre la tierra.

Amante del engrandecimiento de su patria trabajó con delirio para dar á conocer su historia al mundo, y logró salvar de la muerte del olvido nuestros títulos de gloria. Abogado de muy basta ilustración y probidad, con un corazón generoso y noble, el Dr. Cevallos nunca manchó su dignidad adulando al poder, jamás vendió su pluma por la ambición ó la codicia, jamás supo empaparla en la hiel de la difamación ó el odio; su pluma,—yo no lo sé por lo menos,—no rodó nunca entre el fango del

personalismo ruin, ni estuvo á merced de la injusticia.....

El Dr. Cevallos bajo muchos aspectos que se le considere es, pues, uno de esos seres providenciales, que dejan huella imperecedera de luz en los espacios de la vida. Hacer el bien sobre la tierra es hacerse inmortal, porque el recuerdo que deja la virtud no muere nunca; y tal es el destino que supo cumplir en grado muy subido el hombre público á quien tributamos hoy el homenaje de nuestra admiración y más profundo sentimiento.

Y al tratar de él hablo de virtud, ni más ni menos, porque ésta, en la filosofía cristiana que profeso, no se halla limitada ni circunscrita á determinados actos ó manifestaciones de la vida, sino que se extiende y alcanza á todo cuanto entraña, por cualquier modo, asimilación del espíritu del hombre con el espíritu de su Dios; y "el sabio, en el hecho mismo de inspirarse en la sabiduría de Aquél que le dió el ser, desenvuelve en sí el principio de esa perfección que asemeja la criatura al Criador, llega á ser imagen del Verbo Eterno, por el cual todas las cosas fueron sacadas de la nada, lleva en su espíritu el sello de la inmortalidad de Dios, y á la manera de astro fulgidísimo resplandece sobre la tierra, brillando con la virtud de esa asimilación divina". Y esto es tan cierto, Señores, que cada vez que yo veo levantarse sobre la tumba de los hombres verdaderamente grandes, en lugar de la fría estatua de la Razon, la Cruz santa y salvadora brindando paz é inmortalidad á sus cenizas, canto, "*Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres que se subliman y divinizan por la virtud y la semejanza á su Hacedor*". Gran virtud es la sabiduría, sí, hasta tal punto que yo creo moralmente imposible que el hombre *verdaderamente* sabio deje de buscar á Dios

un día: chispa desprendida de la mente del Altísimo el sabio, si lo es de veras, no puede dejar de volver á Él. Él es su centro, por eso sabe que el mundo es apenas la inmensa fábrica donde el operario se fatiga, sufre y llora, y que la recompensa le está preparada en el mundo de la inmortalidad; por eso anhela el sabio algo de más estable, algo de más eterno que el tiempo no puede darle; por eso levanta su espíritu buscando más arriba su palma y su corona.....

Basta ya, Señores: debo ceder este puesto de honor para que en él se dejen oír voces más autorizadas que la mía. Os ruego sólo que me permitáis el consignar aquí como gráfico pensamiento, —que al propio tiempo que de elogio para el ilustre difunto, sirva de protesta contra cualquier juicio apasionado ó menos recto,—el siguiente, inspirado por la realidad de los hechos y por la severa meditación de la verdad.

“Delante de los sepulcros, y ante las cenizas de los hombres grandes, deben callar preocupaciones que desdigan del esplendoroso brillo que ellos mismos dejan bien marcado con su virtud y con su nombre”.....

“Para ensalzarles y enaltecer su gloria estamos obligados á hablar lenguaje de inmortalidad: ante la muerte han de enmudecer los caprichos de la vida y el error de las pasiones”.....

“Sería reo de sacrílega profanación el que por sí y ante sí quisiera forjar la historia del ilustre ambateño á quien honramos hoy: él mismo ha cuidado de dejarla escrita, y con indelebles caracteres que no han de borrarse ni con la eternidad de los siglos; la última página, el epílogo de su preciosa vida, está dando elocuentísima solución y magnífica respuesta á las dudas ó preocupaciones que pudiera

surgir sobre ella. El Dr. Pedro Fermín Cevallos vivió la vida del espíritu y murió como creyente, *reclinando su cansada sien sobre la Cruz*.....

La tumba guarde las cenizas del sabio; el cielo galardone su alma; y el Ecuador, Ambato especialmente, conserven palpitante su gratísima memoria.

DISCURSO

Del Sr. D. Francisco Moscoso.

Respetables Señoras, Señores:

Se ha dicho ya, y con sobra de razón, que las manifestaciones de condolencia que los pueblos dedican á sus muertos ilustres, siendo testimonio elocuente del reconocimiento de las virtudes de éstos, hacen, además, la honra de aquellos, desde luego, y son poderoso estímulo y beneficioso ejemplar para lo porvenir: estos brotes entusiastas del dolor, arrancados á todo un pueblo por la desaparición de sus mejores hijos, no tanto benefician á quien van consagrados, cuanto ahincan á las nuevas generaciones á recoger en esas vidas luminosas, que la justicia encarece y la gratitud venera, ejemplares de virtud y estímulos de gloria. Esos hombres rendidos en todo el curso de la vida al peso del deber, y puestos con cabeza y corazón debajo de la jurisdicción del bien, y que han acertado á inculcarlo con la

palabra y á enseñarlo eficazmente con las obras; esos son los grandes en cuyos hechos las generaciones que se levantan han de venir á escudriñar los secretos del triunfo en los arduos combates de la vida.

Bien comprendéis, señores, que no hablo de esa gloria efímera, si no repugnante y criminal, que brota hosca y terrible de entre la sangre y la ruina de los pueblos; sabéis igualmente que no encarezco aquella otra aun más falaz y odiosa que surge audaz de la infamia de las intrigas políticas levantando á lo alto en las alas del egoísmo, nulidades sin prestigio ni merecimientos: no es, no puede llamarse gloria la que deja huellas tenebrosas, gloria es la luz de las virtudes; no es, no puede llamarse gloria la satisfacción desaforada de las ambiciones del egoísmo, gloria es el cumplimiento de los deberes por amor á la justicia y para enseñanza de los hombres.

Esa, la gloria verdadera, la apacible, benéfica, rodea la egregia personalidad de mi inolvidable amigo el Dr. Pedro Fermín Cevallos, al recuerdo de cuyos merecimientos, á la celebración de cuyos altos hechos nos ha dado cita el pesar causado por su fallecimiento. Y la espontaneidad con que los habitantes de este noble pueblo han acudido presurosos á regar con lágrimas de dolor sincero la tumba de ese egregio varón, es prueba irrevocable de que esa vida fué largamente vivida debajo del imperio de la razón, guiada por la justicia y encaminada al bien de sus semejantes. Ante esa tumba venerable, unidos por los lazos del dolor común, estrechados por esa pública calamidad, depuestas siquiera sea pasajera y pasiones y renisillas, (oh! cuán feliz me consideraría si antes de descender al sepulcro viera restablecida la unión y concordia entre mis conterráneos!—perocontinúo) depuestas

siquiera pasajera pasiones y renillas; todos á una venimos á proclamar las dotes majestuosas del Historiador eminente, del jurisconsulto probo é ilustradísimo, del filólogo laborioso, del patricio honrado, del amigo leal, del hombre prominente, del ambateño gloria y orgullo de su pueblo. ¡Cosa rara en nuestros anales! Ni un enemigo ese varón justo, y ni siquiera la rastrera envidia que se escurre entre las plantas de toda eminencia y la sigue como la sombra al cuerpo, ni ella fue osada á hincar su diente envenedado en esa reputación justamente límpida y clarísima: llegó á la tumba y entró en los misteriosos dominios de la eternidad con la majestuosa tranquilidad de aquel que volviendo la mirada hacia atrás, analiza los pasos de su vida y contempla en todos ellos marcadas las huellas del deber cumplido: vivió como justo, los horrores misteriosos de la tumba no le serán amargados por el remordimiento. Pudo exclamar el Dr. Cevallos en su último suspiro: no viví vida de tempestad, no hice el mal, procuré el bien en mis intenciones, en mis lecciones y en mis hechos.—¡Cosa rarísima! Dadme otro hombre que siendo actor en varias y distintas manifestaciones de la vida de un pueblo haya sabido colocarse en lugar alto y distinguido y hacerse amar y respetar por cuantos le rodearon; que haya sabido apartar de sí las pasiones que ofuscan y ser incapaz de ejercerlas en daño de ninguno!—La posteridad no tiene que discutir esa gloria; ha de verla y ungirla; no ha de encargarse de ceñir á esas sienes encanecidas en el largo ejercicio del bien la corona que ya le discernió la patria, proclamándole eminente por sus virtudes y sus luces.

¿Cuál la causa, señores, de ese fallo tanto más envidiable, cuanto único? Atribuirlo debo, y sin temor de ir errado, á que en el corazón de ese

nobilísimo anciano, se aposentaron con tesón dos virtudes de muy difícil ejercicio, modestia y tolerancia, sobre todo en nuestras sociedades tan combatidas por las banderías políticas. El foro, la cátedra, la tribuna, el gabinete, la ciencia, la política misma, pero de buena ley, tuvieron en el Dr. Cevallos un paladín valeroso y activo: firme en sus doctrinas, puesto que convencido de la justicia que las generaba, las proclamó y defendió en cuanta ocasión propicia tuvo; y á pesar de todo, no dejó de tras de sí calumniadores ni envidiosos, ni vió sus días atormentados por los lamentos de ninguna víctima.— Modestia y tolerancia fueron los rasgos distintivos de su carácter siempre dulce y amable: modesto, no dió cabida en su pecho al orgullo que avasalla y ofende: no pretendió atropellar derechos ajenos ni herir susceptibilidades extrañas á fuero de infalible: creyó de buena fe, pero jamás quiso imponer sus opiniones con la arrogancia de la fuerza: supo bien que ésta destruye en vez de edificar, que es maldita cuando no es el sostén del derecho, no gustó de buscar vasallos sumisos sin razonamiento, sino discípulos que adquirieran ideas por el raciocinio. Por eso fué tolerante, por eso ejerció en toda su vida esa virtud mansísima, cuyos frutos benditos son incorruptibles y jamás dejan de dulcificar y moralizar las costumbres de los pueblos, así como de estrechar las relaciones entre los hombres. Modesto y tolerante, quiso enseñar y enseñó aún á aquellos soberbios que quizás se tuvieron por superiores; tuvo avidez de ciencia y quiso tomarla aún en fuentes muy escasas de ella. Tolerante, tolerantísimo, deploró quizás el error ajeno; y si pretendió combatirlo, lo combatió, pero lleno de moderación y dulzura; y si no saboreó la satisfacción del vencimiento, respetó ese error, como creencia de buena fe, porque me-

tiéndose dentro de sí mismo, se vió falible y flaco; se vió hombre y por lo mismo sujeto al error. Discreto, moderado, sereno, justo; en todo fue leal y sincero: lo que él tuvo como verdad dentro de su pecho, no le hizo ofender á su adversario, que al fin y á la postre, talvez estuvo en lo cierto y verdadero.

No debe, pues, causarnos maravilla el que en torno de los venerandos restos del Dr. Cevallos, todas las clases sociales y aun todos los partidos políticos hayan lanzado grito doloroso y acorde por el fallecimiento de tan benemérito ciudadano. A nosotros, conterráneos de este ilustre difunto, nos toca sellar su tumba con lágrimas de admiración y gratitud; á vosotros, jóvenes ambateños, que encarnáis las esperanzas del porvenir, os cumple inspiraros en los destellos de esa que fué gloriosa vida y ser émulos de esas virtudes.

Ya debo terminar, señores, dando con mis lágrimas eterna despedida al más constante y más noble de mis amigos, al más prudente de mis cariñosos consejeros, al más leal é hidalgo de los hombres.

DISCURSO

del Señor D. Rafael María Mata.

Señores:

Os habéis congregado para rendir el debido homenaje á la memoria de un ciudadano ilustre, que acaba de pagar á la Naturaleza el tributo ineludi-

ble de la vida. Esta reunión es para vosotros una velada de familia. No soy yo ambateño; pero soy ecuatoriano, y os reclamo el derecho de asociarme á vuestro duelo en esta manifestación de patriótica condolencia. Permitidme, pues, aunque sea desde las márgenes del Guayas, unir mi voz á la triste armonía que resuena por todos los ámbitos de la República, con motivo del cívico funeral que vuestra cultura ha preparado en honor á la sentida muerte del Sr. Dr. D. Pedro F. Cevallos.

Montalvo, Urvina, Cevallos; en breve tiempo han desaparecido esos tres preclaros hijos de Ambato, que tan alto puesto ocuparon en la sociedad ecuatoriana, como magnates de la aristocracia del mérito. En medio de su honda pesadumbre, Ambato puede enorgullecerse, mostrando al mundo esas tres tumbas que le suscitan la estimación universal. Montalvo, Urvina y Cevallos, libres ya de la miseria humana, están resplandecientes, inmortalizados por sus obras, en el Panteón sublime de la Historia. No lloremos la muerte de los buenos, porque para ellos constituye la reparación, es la hora de la justicia y de la gloria, después de larga prueba en tribulaciones sin cuento.

Esos soldados del Progreso mueren con gusto, satisfechos de haber llenado su misión sobre la tierra, como el veterano, que, tras dilatada ausencia, vuelve al desolado hogar, donde mostrará á los suyos las honrosas cicatrices de la lucha, los inmarcesibles lauros del triunfo. No lloremos la muerte de los buenos, que es para ellos un galardón superior á todos los premios momentáneos de la vida.

Más de medio siglo de labor constante y provechosa, recomienda al Dr. Cevallos á la gratitud nacional. En la Prensa, en la Tribuna Parlamentaria, en el Foro, en la Cátedra, donde quiera que se

hizo presente con sus envidiables aptitudes ha dejado memoria imperecedera, como el reguero de luz que deja un astro al recorrer la bóveda celeste.

Saber profundo, moralidad austera, práctica del bien en todas sus concepciones, he aquí esa vida que acaba de extinguirse, sin que le alcancen los reproches de la maledicencia ni los odios implacables de la envidia. El Dr. Cevallos ha dejado en sus magistrales escritos sobre filología castellana y sobre historia patria, testigos mudos pero intachables de su espíritu superior, dotado como Aristides y Plutarco del criterio soberano para juzgar los hombres y las cosas sin el apasionamiento que amengua, sin la obsecación que vulgariza. ¡Rara, singularísima facultad que levanta al Dr. Cevallos sobre un pedestal de admiración y de respeto! ¿Por qué no ha de merecer los honores del bronce ó del mármol, quien ha legado al país el grandioso monumento de su historia nacional?— Ambato, más que ningún otro pueblo del Ecuador, está obligado á exornar sus plazas públicas con las efigies de sus hombres prominentes, Montalvo, Urvina y Cevallos, esos portaestandartes del saber y del civismo. Emprenda la obra, en homenaje á la civilización y á la Patria, y cuente con el concurso entusiasta de todos los ecuatorianos de buena voluntad. Nó, no pensemos únicamente en deplorar con espíritu apocado la muerte de los buenos, para quienes ha sonado ya la hora de la justicia y de la gloria.

DISCURSO

del Sr. Dr. D. Telmo R. Viteri.

Señores:

Permitid que os hable en ocasión tan solemne; creo no profanar mi eterno duelo tomando parte en esta velada fúnebre, dedicada á honrar la memoria de uno de nuestros más ilustres hombres.

Los que lloramos la pérdida del ser más querido y venerable sobre la tierra, cruelmente arrebatado por el ángel exterminador, somos como el ave de las tumbas, cantamos sólo para el dolor, y no tenemos voz sino para los sepulcros y los muertos.

La desaparición del Sr. Dr. D. Pedro Fermín Cevallos, no solamente es una pérdida para su honorable familia, para sus amigos, para Ambato, para el Ecuador, no señores, es una pérdida universal El eclipse total de un astro pone en conmoción todo el mundo: la tibia luz de las obras que aun pudo escribir, sobre todo la continuación de su "*Resumen*", no irradiará el horizonte, y las sombras proyectadas por su falta oscurecerán el orbe. El autor de una historia es astro rey, y su muerte, como he dicho, es eclipse total.

No se puede evocar el nombre de personas ilustres, como Cevallos, sin rendirles admiración y culto: en sus obras, ha dejado incrustados con caracteres indelebles sus méritos y virtudes; especialmente en su "*Resumen*", ha grabado, por decirlo así su manera de ser. Perdonad, señores, que os recuerde algunos de sus bellos pensamientos esparcidos, como aromáticas flores en su inmortal "*Historia*";

ellos nos dan á conocer la magnitud de tan insigne varón, bajo cualquier aspecto que se le considere; oidle: “No he pertenecido con calor á ningún partido político de esos mil que han agitado á mi patria, conozco que mi corazón se halla puro y exento de los odios y afectos que engendran las pasiones políticas,—puedo responder de la recta imparcialidad con que he manejado la pluma”, esta advertencia, nos hace ver su carácter inquebrantable de historiador.

Como patriota, es enemigo de la paz prolongada, cuando ésta es obra de la opresión de los tiranos ó de la postración de las naciones, y exclama: “No, la paz no es un bien si ha de tenérsela al molde de la paz colonial, porque era una paz que escarnecía la dignidad del pueblo. Es preciso que el hombre sea abyecto, para que, aun conociéndose igual á sus semejantes consienta humildemente en una sumisión perpetua”.

Hombre de convicción tenía fe en el porvenir y en las leyes del progreso de la humanidad, escuchadle: “Aun estas agitaciones y revueltas, este desconcierto intrincado en que vivimos, y no lo desconocemos, dejan traslucir, tras los negros torbellinos que levantan, esperanzas pronosticadoras de mejores días, esperanzas de que vamos acercándonos á un término de cierto lejano, vago, desconocido todavía; pero que ha de perfeccionar, rematar y consolidar nuestras libertades. Las instituciones democráticas, popularizadas y acariciadas más y más, día por día y de pueblo en pueblo, caminan con la corriente del tiempo, y ya no hay como dar la voz de ¡Alto! á sus avances”.

Refiriéndose á Rocafuerte, uno de los prohombres de nuestra patria, y que hizo tanto por ella sin tambores ni clarines de guerra, nos dice: “Si la

Historia sigue paso á paso tras los regueros de sangre que han ido dejando en su camino los conquistadores y guerreros de fama, haciéndonos estremecer y palpar con la narración de los sangrientos resultados de las victorias; aun debe interesarnos más la relación de las acciones de los hombres sin espada que, con su ingenio, probidad, bien hablar y arrojo, conquistan acaso más que los otros, ya que no dejan lastimado el corazón por sus triunfos”.

Hablando de la batalla de Junín se expresa entusiasmado: “El ruido de esta victoria, precursora de la de Ayacucho, hizo brotar poco después el inmortal *Canto á Bolívar*, la epopeya más brillante del ingenio humano. Bolívar el macedón republicano, no tuvo que sentir la falta de un Homero que inmortalizara sus acciones, puesto que le halló en Olmedo, y Bolívar y Olmedo se eternizaron juntamente”.

Oid, señores, el juicio que tenía formado del gran Mariscal: “Sucre vence en Ayacucho la barrera que separa á los hombres vulgares, de los eminentes que han de inmortalizarse, y entra enhiesto en la región que moran los grandes hombres. Su grandeza es tanto mayor, cuantos mayores son la moderación y modestia que llevan todas sus acciones. Los Plutarcos en América han hallado un hombre digno de las tareas biográficas y ocupádose en recojer las acciones de su vida. Bolívar, Irrizarri, Ancizar, Losa y otros, no se han engañado en colocar á Sucre entre los varones ilustres”.

Este publisista de nota, refiriéndose á lo que son regularmente entre nosotros las facultades extraordinarias, y á la necesidad que tenemos de vías de comunicación, dice muy bien: “El error más prominente de las repúblicas americanas ha consistido en presentar sus códigos fundamentales con todo el

aspecto, galanura y coloridos de una justa libertad, para luego tizarla con las facultades extraordinarias, espantajo perpetuo de los pueblos y arrimo legal de todos los tiranos

—Los buenos caminos atraen pobladores, y con pobladores esparcidos entre nuestras selvas ricas y extensas, la agricultura y el comercio, las artes y oficios, las ciencias y la literatura, todo tomara vuelo, y el Ecuador cambiaría su aspecto físico y moral y le vendría la civilización y la ventura”.

Cevallos, este gigante de las letras, haciendo el análisis de la Cumandá, una de las mejores novelas del siglo, justamente encomiada, por los más competentes escritores de España y América; hablando de la cabal pintura de nuestras selvas, ríos y playas, escribe: “Si los Salas, si Cadena, si Manosalvas, nuestros insignes artistas quieren dibujar tal cuadro, no tienen para que moverse de sus talleres, sino tomar el libro y enviar sus obras á una exposición de pinturas”.

Yo á mi vez este dicho de nuestro insigne literato se lo aplico también á él mismo; ved este cuadro suyo: “En las provincias de lo interior las tierras descubiertas y caprichosamente vestidas de distintos colores, los montes de nieve que van como á esconderse entre los cielos, y los contrastes que presentan la altura de estos plateados conos con la oscura profundidad de sus abismos, la furia de los torrentes y cascadas con la apacibilidad de las lagunas, los agrios y desnudos peñascales con el verdor de los valles y praderas; constituyen panoramas embelezadores”.

Si mi objeto fuera presentaros en esta noche toda la belleza de su decir y lo profundo de su saber, no terminaría jamás; lo que puedo asegurar y vosotros, señores, conocéis mejor es que, Cevallos,

se elevó del común de los hombres como ciudadano, como filósofo, como abogado, como historiador, como literato y como cristiano: Desde su juventud sencillo, laborioso y probo, —estudioso, prudente y reflexivo,—fiel, virtuoso y desinteresado; decía como Foción: “Quiero pasar como un hombre de bien, pero no basta parecerlo, sino que es preciso serlo”; su mayor contento hallábase cifrado en practicar siempre el bien.

Estimaba como Sócrates, la ciencia y la sabiduría más que el oro, y como él consagró su vida trabajando sin descanso al mejoramiento de la humanidad. Tenía en nada los empleos y dignidades, y era tan resignado, como Diógenes.

Como jurisconsulto, nos dejó su “*Derecho práctico*”, poseía la ciencia de Justiniano, y era recto é inquebrantable como Minos.

Repetía con Cicerón: “La Historia es el testigo de los tiempos, la luz de la verdad, la vida de la memoria, la escuela de la vida y la mensajera de la antigüedad”. Escribió el “*Resumen de la Historia del Ecuador*”, con imparcialidad, método y gusto; su nombre figurará con honra entre los de Polivio y Plinio, Jenofonte y Tucídides, Herodoto, Tácito y Mariana.

Como literato, fue digno fundador y director de la Academia Ecuatoriana, correspondiente de la Real de España; escribió su “*Catálogo de errores del lenguaje*” y tuvo por el idioma de Cervantes el amor y celo que Baralt, Cuervo y Néstor Ponce de León.

Vivía convencido que el cristianismo es el único que satisface á las nobles aspiraciones del hombre, y á su levantado fin; su muerte, la de un justo; recibió todos los auxilios que la venerable religión católica atesora, y pasó como Chateaubriand con un crucifijo en la mano á la eternidad: en su postrer

instante, en sus últimos momentos su alma fue guiada al cielo por los doctores Federico González Suárez y Abel Guzmán; el primero, el Menéndez Pelayo ecuatoriano; el segundo, el Francisco de Asís de nuestros tiempos.

Después de los encomios y justas alabanzas hechas á su ilustre memoria por los señores, que me han precedido en la palabra, nada me queda por decir: el cuadro que he bosquejado es oscuro, y lleno de sombras, cuando más tiene tintes á media luz; sobre todo en mi paleta no tengo sino colores apropiados para adornar féretros y epitafios.....

Más, como féretro, tiene don Pedro, á nuestra patria enlutada y llena de dolor; como epitafio, á hombres de la talla de Cevallos, les basta su nombre!, sus cenizas depositadas en las entrañas de la tierra es un monumento grandioso de admiración y de gloria!!.....

En los tiempos heroicos de la Grecia, el condeje anfictiónico celebraba fiestas religiosas y otorgaba recompensas nacionales, como una estatua ó un sepulcro á los beneméritos de la patria; Ambato, ha cumplido también con su deber en cuanto á lo primero, y juzgo no tardará en llevar á cabo lo segundo; si bien es cierto, que tu estatua ¡oh! ilustre Cevallos!, era menester sea modelada por la mano de Fidias, que daba á la de los dioses belleza suprema y magestad soberana, según nos dice la historia; ó por el cincel que talló la estatua de Moisés, por el célebre Miguel Angel, el arquitecto divino, como le llama Lamartine.

Si Ambato, no puede por de pronto tener la gloria de levantar tu estatua, como lo hicieron no ha mucho tiempo Macón, la del historiador de los Girondinos, y Jours, la de Balzac; Tú, insigne vetera-

no y noble campeón de las letras ecuatorianas, duermes entre tanto, envuelto en el pabellón tricolor de nuestra patria, cubierto de admiración y de gloria, venerado por los pueblos, llorado por tus compatriotas.

Perdonad, señores, que exclame con Padilla, el poeta *caribe*, cuando la muerte de Alejandro Tapia, el literato más distinguido de Puerto Rico, que cayó abrazado de la bandera nacional en una sesión del Ateneo.

“Espléndido sudario
En que envolvió su postrimer suspiro
El César literario,
Como el César triunviro
Envolvió el suyo en púrpura de Tiro”.

Ambato, esta bellísima ciudad, cual madre desolada, llora sin consuelo la pérdida de sus preclaros hijos, los más preciosos girones de su corazón; vedla, vestida de negros crespones, sus blondos cabellos destrenzados, coronada de ciprés y sus ojos velados por las lágrimas.....

Ayer no más en playas extranjeras y lejanas muere su primogénito, su hijo mimado y predilecto ¡Juan Montalvo!...ese titán americano, que como el águila, se encumbró á las regiones más elevadas del pensamiento y miró sin cejar los claros y esplendurosos rayos del sol!.....

Hoy, pierde á Cevallos, el eminente filólogo é inmortal historiador, digno hermano de aquél; acompañémosle en su profundo duelo y justísimo dolor; reguemos con lágrimas la tumba de su hijo esclarecido; y depositemos reverentes en su cenotafio coronas de césped y laurel.

DISCURSO

del Señor Don Pío López.

Señores:

“El llanto de los vivos, ha dicho un filósofo, no sólo honra la tumba de los que nos han abandonado, sino también á los mismos que lloran; porque las lágrimas son la más elocuente manifestación de las virtudes del fallecido y del reconocimiento de los que le sobreviven”. Teniendo presente esta luminosa verdad, yo el ínfimo de los ambateños vengo á este sagrado recinto á derramar en vuestra compañía una lágrima de gratitud y tributar un homenaje de respeto á la veneranda memoria del ilustre historiador nacional, Señor Doctor Don Pedro Fermín Cevallos, que ha pasado á la inmortalidad cargado de merecimientos.

Señores, sedme benévolo, prestándome por un momento vuestra ilustrada atención.

Al contemplar los seres criados que pueblan la naturaleza, ninguno nos causa más admiración que el hombre, criatura inteligente y libre, á quien la Filosofía llama *rey de la creación*. La flor hermosea los campos, pero ignora su encantadora belleza y no puede comprender su existencia: el gusano de la seda elabora hilos preciosos, y no sabe para quien acopia el codiciado fruto de su trabajo, ni tiene conciencia de las metamorfosis de un ser: la diligente hormiga prepara con admirable acierto los materiales para su ciudad republicana, y muere sin conocer siquiera la tierra que pisa— Sólo el hombre que tiene en su mente *un Dios*, según la expresión de Só-

crates, el más sabio de los griegos, es capaz para comprenderse á sí mismo y para pasear su mirada inteligente por todo el ámbito del universo. Vedle sino obligando á las estrellas que le guíen por la dilatada extensión del Océano; mandando al rey de los astros, que le dé cuenta de su marcha majestuosa por el espacio infinito; avasallando al rayo, para que inofensivo caiga á sus pies; aprisionando las poderosas fuerzas del vapor y de la electricidad para que ayudadas por la sublime invención de Guttemberg, sirvan de vehículos que difundan en todos los horizontes de la tierra la influencia bienhechora de la civilización.

Mas, hemos de convenir, señores, en que tan maravillosas conquistas, obtenidas en todos los ramos del saber, no se hubieran realizado, si el pensamiento humano que ha sido criado para cumplir destinos inmortales, no estuviera agitado por un soplo divino que le impele á su perfección y engrandecimiento. Es por esto que Lamartine decía: "Las inspiraciones de los grandes hombres son los medios de que se vale Dios para manifestarse á la humanidad". Tan alta y consoladora verdad está plenamente confirmada por la historia de la cultura y civilización del género humano; en efecto, cuando la Providencia quiso revelar el verdadero sistema del mundo y derrocar á Tolomeo del trono en que había recibido inmerecidamente los homenajes de catorce siglos, crió en un rincón de Polonia un clérigo ilustre, inspirándole el instinto de la ciencia; este clérigo es el inmortal Copérnico, que cambió la faz del universo, arrojando muy lejos la tierra y haciéndola girar al rededor del sol. En los tiempos modernos otro genio esclarecido, amante de la Astronomía, ciencia divina del cielo, ha venido al mundo á completar la grandiosa obra de Copérnico

y á demostrar á la orgullosa razón la sublime verdad, de que *la ciencia procede de Dios y á Dios se refiere*; hablo, señores, del P. Secchi, humilde jesuíta que fue proclamado el primer sabio del siglo por los hombres más eminentes, que concurrieron á la Exposición de París del año de 1867.....

No aparece menos evidente la verdad de que nos habla el gran poeta francés, si fijamos la atención en nuestra amada patria, en cuyo cielo la mano de la Providencia ha colocado también astros resplandecientes, para que nos guíen por la senda de la ilustración y del progreso.

Oprimida la América por el despotismo español, yacía dormida entre selvas inmensas, montañas elevadas y ríos caudalosos, sin poder columbrar la luz radiante de la civilización que iluminaba la Europa; hasta que compadecido de la ominosa situación de esta porción de la humanidad, Dios crió á Bolívar y á Sucre, templando por decirlo así sus almas para el estruendo de las armas y las fatigas de la guerra, y á Olmedo, dotándole de la intuición de lo bello y de lo sublime para que con acentos divinos encendiera el amor de la libertad y de la patria en los corazones de los abatidos descendientes de Manco-capac. Empero, la patria libertada por Bolívar y Sucre, cantada por Olmedo y fecundizada con la sangre de los mártires del 2 de Agosto necesitaba de un hombre de grandes talentos para que eternizara sus hazañas con el buril de la historia; ¡hé ahí, señores, que nos cupo la alta honra de que en esta ciudad, cuna de eximios personajes, viniera á la vida el benemérito Sr. Dr. Don Pedro Fermín Cevallos, á quien el cielo le hizo de genio manso y bondadoso, de carácter noble y levantado, moderado en sus opiniones políticas y amante de las luces y de la patria, prendas que debían indefectiblemente

adornar á quien recibiera de lo alto la misión de escribir la historia de un pueblo libre, que está llamado á desempeñar un papel importante en el rol de las naciones cultas.

El "Resumen de la Historia del Ecuador" es un libro de buen fondo y de buena forma, cualidades que pocas veces se ven unidas en las producciones literarias de los tiempos que alcanzamos; y como por esta magnífica obra, cuyo pensamiento dominante es la honra de la patria, nuestro esclarecido paisano fue admitido en el templo de la fama, es deber nuestro conservarla con orgullo y veneración, por ser la joya más preciosa legada á sus compatriotas.

Después de una vida laboriosa empleada en el servicio de la patria, ya como jurisconsulto eminente, ya como hombre de letras, ya como guardián vigilante de la pureza del hermoso idioma de Cervantes, ya como republicano—que había erigido un santuario en su corazón para adorar aquel excelso don, reflejo de la esencia infinita, que se llama libertad—, ya como escritor clásico, cuya palabra fácil, inspirada y ardiente encantaba y conmovía, ya en fin como ciudadano distinguido que había sido fundido en el antiguo molde de los hombres ilustres de Plutarco, el Sr. Dr. Cevallos ha ascendido á la cumbre de la inmortalidad, terminando con gloria su brillante carrera; de modo que en él se ha cumplido aquel gran pensamiento de Tocqueville: "La vida no es un placer ni un dolor, sino un asunto grave que tenemos encima y que debemos terminar honrosamente".

El talento y la bondad del corazón son incomparablemente dones mucho más apreciables que los bienes de fortuna; por esto se empobrece la nación que pierde hombres importantes y magnánimos, co-

mo el Dr. Cevallos; más su misión providencial no termina con la muerte, porque Dios les ha concedido la prerrogativa de continuar ejerciendo una benéfica influencia en la suerte de la sociedad. El ilustre ambateño que durante su vida supo inspirar afición al cultivo de las bellas letras, ha bajado á la tumba dejando con sus virtudes un faro luminoso, que sirva de guía á la inteligente y laboriosa juventud que se levanta en todo el suelo de la República y que trabaja con actividad por extender el reinado de la inteligencia.

Jóvenes estudiosos que me escucháis, jóvenes del "Liceo Montalvo", mirad aquella lámpara de oro que brilla en el altar de la patria, es el espíritu inmortal del Sr. Dr. Cevallos que os sonríe y anima desde la región de la eternidad; procurad conservar siempre viva la luz de esa bendita lámpara, aumentando cada día el caudal de vuestra ilustración.

DISCURSO

del Señor Doctor Don Adriano Montalvo.

Señores:

Raros han sido en nuestra patria los hombres que levantándose sobre la generalidad, por sus luces ó virtudes, han merecido el respeto y consideración de sus conciudadanos; y más aún los que mediante el estudio y constante cultivo de sus facultades intelectuales han conseguido que sus nombres,

llenando los límites de la República, salgan de ella y lleguen á otras naciones rodeados de la aureola de luz que derrama en su alrededor la sabiduría. La tiranía que sentó sus reales en el Ecuador el día mismo en el que este desgraciado pueblo se constituyó como Nación libre é independiente, y que con distintas formas se ha perpetuado hasta hoy, ha procurado siempre ahogar entre sus brazos á la inteligencia que necesita basto campo para tomar vuelo y levantarse á las regiones del genio. El egoísmo, ese negro hijo de la adulación y de la pequeñez de espíritu, ese asqueroso ídolo en cuyos altares van á adorarse los que presumen mucho de sí, cuando la vanidad aun no les ha dejado llegar á la verdadera grandeza, ha sido otra de las causas para que nuestros hombres no se hayan levantado á la altura á la que podían llegar por la inteligencia con que les dotó la naturaleza. Encerrados en sí mismos, mirando desdeñosamente á sus conciudadanos, teniéndose por superiores á todos, queman en el fuego de su soberbia las alas con las que podían encumbrarse junto con los hombres de verdadero mérito, y quedan conveliéndose lastimosamente dentro de la estrecha órbita trazada para los pobres de espíritu. No comprenden que sólo es grande el que es útil á su Patria y á sus semejantes enseñando la verdad que posee, derramando por todas partes la luz de los conocimientos adquiridos á fuerza de estudio y meditación y poniendo su contingente para que la humanidad entera camine con más prontitud y facilidad hacia el progreso y bienestar; y sobre todo, el que procede noble y dignamente en todos los actos de la vida; porque inteligencia sin nobleza ni dignidad es luz que brilla siniestramente entre lodazales y fangos asquerosos.

El Dr. Pedro Fermín Cevallos fue uno de los

pocos hombres que uniendo sus conocimientos á la buena voluntad, puso todas sus facultades al servicio de la Patria y procuró el engrandecimiento de ésta, buscando con ahinco el modo de difundir las luces del saber en todos los círculos de la República. Con la Historia en una mano y la literatura en la otra, trató de disipar las tinieblas de la ignorancia que la cubrían, y llevó al pecho de la juventud ecuatoriana el deseo del saber. Por esto su nombre suena gratamente en todos los pueblos del Ecuador, y tomando vuelo ha pasado sus confines, extendiéndose día á día en Sud-América, y saltando los mares ha ido á sonar glorioso en la Patria de Mariana y Lafuente, Cervantes y Jovellanos. Por esto su muerte ha sido irreparable pérdida nacional; pues aun cuando nos queda una gloria, desapareció el hombre que la formó; aunque su nombre queda inscrito entre los mejores hijos de la Patria, dejó de existir el que lo llevaba; y por esto estamos de duelo todos los ecuatorianos; porque rara ocasión se levantan en nuestro suelo hombres como el que acaba de hundirse en la tumba.

Si la muerte del Dr. Pedro Fermín Cevallos ha causado profundo pesar en toda la República, el duelo tiene que ser especial para nosotros, porque ha desaparecido uno de los mejores hijos de Ambato, uno de los pocos que le han engrandecido con su nombre; porque murió un amigo nuestro, cuya mano ya no la estrecharemos jamás, cuya voz nunca volverá á sonar en nuestro oído.

Yo que venero el saber y la virtud; yo que rindo culto á lo grande y noble; yo que deliro por el engrandecimiento y las glorias de mi Patria; yo que comprendo lo que es la amistad verdadera, vengo ahora á depositar una pequeña flor entre las que van á formar la corona del grande hombre de mi país, y una lágrima en la tumba de mi amigo.

DISCURSO

del Señor Doctor Don Gabriel Moscoso.

Señores:

Hoy es un día de verdadera aflicción para el pueblo de Ambato: ha descendido al sepulcro un hombre grande de entre sus hijos y la fama está pregonando su valer. Cuantas veces la humanidad termina en esta vida, los corazones que aun quedan y que supieron allegarse al que ya no es, derraman siquiera una lágrima por el que se vá para no volver jamás; pero un pueblo noble y reconocido, un pueblo que se hace merecer por la gratitud, cuando un hombre de méritos y virtudes exhala el último suspiro, su deber está en reunirse con fe, manifestar su dolor en público y elevar una oración al Todopoderoso para que sea paz con quien nos honró en la tierra. El Dr. Pedro Fermín Cevallos acaba de doblegar su frente; terminó su carrera en la vida y ya no existe entre nosotros: este hombre que vivió en la tierra haciendo la honra de las gentes, dando luz á la tenebrosidad de la vida, gallardo en el sendero de la democracia, personaje en el campo de las letras, culto en lo social, sin pretenciones y con modestia, fue modelo de buen vivir. Ha muerto ya, señores, y su muerte, siendo nosotros sus conterráneos debemos sentirla de todas veras y derramar una lágrima en su tumba. Ayer no más fue arrastrado por la parca el gran Montalvo: hoy el ilustre Cevallos ¿qué queda para el pueblo? El dolor, el dolor amargo que sirve siquiera para justificar nuestro llanto con la grandeza del llorado.

La vida de los hombres como el Dr. Cevallos es una ráfaga de luz vivificante en la masa de los pueblos: ella se eleva del común de los hombres y esplendorosamente reluce como un planeta en el horizonte social. Hombres como Cevallos, de inteligencia pujante, de corazón benigno, de carácter suave, de ideas liberales y regeneradoras, despreocupado y libre no puede ser sino la estrella polar á donde debemos dirigir nuestras miradas para procurar seguir su ejemplo y llamarnos felices. Si la terrible muerte no respeta al sabio, ni al virtuoso; al poderoso, ni al valiente; al sacerdote, ni al anciano venerable; si todo lo envuelve en la boráGINE destructora del silencio perpetuo, los que sobreviven están en el deber de reconocer esos merecimientos y postrarse ante la tumba de los grandes enseñándoles la gratitud y el reconocimiento.

Ambato! Ambato! simpático por mil motivos, has perdido ya á uno de tus más ilustres hijos: llora, llora compungido; pero pide, ruega á Dios y á los manes de Montalvo y Cevallos que tu porvenir se envuelva en las glorias de hijos como el difunto á quien recordamos ahora.

DISCURSO

del Señor Don José O. Cobo.

Señores:

En una obra que se ha dado á luz últimamente, escrita por uno que bien merece el calificativo de sabio entre los ecuatorianos, se encuentran sentencias y pensamientos que encierran verdades incontestables; uno de éstos dice así: "Si todos los doctores fuesen doctos, la ciencia sería muy vulgar, y, por consiguiente, despreciable". Sí, señores, si todos los hombres fueran iguales no existiría el mundo, ó, existiendo, sería insoportable; no habría jornaleros, artesanos ni industriales, todos serían amos; y en este caso careceríamos de las necesidades más indispensables de la vida; la posteridad no recordaría de nadie ó recordaría de todos; no se erigirían estatuas ni monumentos, todo, todo sería una igualdad monótona y fastidiosa. Gracias á esa diversidad de caracteres, á esa desigualdad absoluta de hombres, hoy estamos constituidos en esta reunión, con el laudable propósito de hacer ostensible nuestro profundo pesar. La muerte del que, por innumerables prendas, ha dejado de pertenecer á la vulgaridad, debe ser llorada por todos.

Sí, señores, el Dr. Pedro Fermín Cevallos como Olmedo, Solano, Montalvo, González Suárez, Mera y otros ha traspasado los límites, no sólo del Ecuador sino de toda la América; su nombre figurará en el viejo mundo sirviendo de timbre para nuestra patria; su Historia ocupará lugar preferente en las mejores bibliotecas; pues siendo la reminiscencia de hechos tan curiosos como notables y escrita con toda pureza,

no habrá uno que no la tome con avidez y no la lea con deleite. Obra de gran provecho que á medida que pasen los años y vengan otras generaciones, tendrá mayor aprecio.

El Ecuador ha hecho gran pérdida señores; la prensa, la legislación, el foro, todos pierden con la muerte del Dr. Cevallos, y nosotros, los ambateños, ¡qué diremos! podemos prescindir de sus méritos como hombre público y recordar solamente la deferencia y el amor que tenía por su país: las cosas buenas que veía en otras partes lo deseaba para su Ambato, para su pueblo predilecto. Hace poco tuve el honor de visitarle y en toda su larga y agradable tertulia no salió un punto de Ambato. Se desprendió de su mejor tesoro, sus libros, y nos los regaló, regalo que aun cuando hoy no se aprovecha, porque guarda estricta clausura; más tarde y cuando deje de ser cautivo, será de gran utilidad.

Sí, señores, si doble es nuestra gloria por haber nacido aquí el Dr. Cevallos, doble debe ser también nuestro pesar; hagamos algo por conservar su memoria, siquiera por guardar sus restos en el mismo suelo en que nació. Jóvenes, el porvenir es vuestro; no olvidéis que todas las naciones del mundo conservan recuerdos indelebles de sus personajes ilustres. Cevallos y Montalvo no pueden serlo más; conservad siquiera en vuestra mente la imagen de estos esclarecidos hombres, y más tarde, sin duda alguna, veréis esa misma imagen convertida en bronce. Perdonad señores, que después de los brillantes discursos que acabáis de oír, os haya importunado con el presente sin mérito ni reglas de ninguna clase; pero tened en cuenta que soy ambateño y que por lo mismo todas sus glorias y todas sus desgracias son mías propias y me pertenecen íntimamente.

DISCURSO

del Señor Don Miguel Angel Albornoz.

Perdonad, señores, si en tan solemne ocasión, vengo á levantar mi voz entre las vuestras, á confundir mis ayes con los vuestros, mis lágrimas á mezclar con las del pueblo; pues las desgracias de la Patria, desgracias son para sus hijos, así como sus glorias, glorias son también para ellos.

La sensible muerte de nuestro primer historiador patrio, el perillustre jurisconsulto Señor Don Pedro Fermín Cevallos, ha oprimido nuestros corazones; con nubes negras ha cubierto la blanca nieve del soberbio Tungurahua en señal de duelo, y la Patria toda, gime bajo el peso de un dolor supremo. Miradla, ahí está enlutada, aflijida y llorando por ese muerto cuya gloria empieza. Y su pesar aumenta al mirar cual desaparecen sus más amados hijos. ¿Dónde están los Montalvos, los Cevallos, esos genios que fueron honra y prez de la República, gloria y orgullo del pueblo que los vió nacer?

Ah! responde, duermen ya, duermen el sueño eterno. No turbéis su reposo. . . . Silencioso sea aún el llanto que derramáis sobre sus losas. . . . Ellos buscaron la paz de la República, guardemos ahora silencio en sus sepulcros.

Mas ¿cómo ahogar esos sollozos? cómo contener el ¡ay! melancólico, brote espontáneo del dolor, necesaria exhalación del que padece?

Llorad ¡oh Patria! llorad por vuestros hijos, por esos hombres cuyas virtudes no encontrarán reemplazo en nuestro suelo ni al voltear de un siglo.

Y vos, difunto ilustre, anciano venerable, ya que os arrebató de entre nosotros la enemiga de la vida, cuya inexorable espada no se detiene ni ante el infeliz por compasión, ni ante el guerrero por temor, ni ante el sabio por respeto; recibe el ramo de ciprés que por mi mano os envía ese grupo de jóvenes, á quienes tantas veces estimulásteis con vuestros honrosos elogios. Sí; el "Liceo Montalvo" os llora y se promete llevar por siempre vuestra memoria en sus corazones, y en tanto que vuestra alma esté gozando de las inefables delicias eternas, vuestro nombre inmortal y vuestra gloria, los tiempos á los tiempos llevarán.

DISCURSO

del Señor Don Temístocles Terán.

Señores:

Cuando, no hace mucho, una nube negra y sombría ocultó el esplendente cielo de nuestras glorias, no esperaba que élla fuese el presagio de nuevos infortunios, de un nuevo duelo para las letras sudamericanas, de inmenso dolor para nuestra patria, en cuyo seno se mecieron las cunas de aquellos varones ilustres, que dieron á Ambato, con su existencia, un título de merecimientos y de envidiable fama.

Cae Montalvo en la eternidad, lleno de gloria,

entre los vívidos destellos de luz que despedía su nombre, dejando, á su paso, las luminosas huellas de su grandeza. Era el sol americano que descendía en el ocaso, para no levantarse más sobre el cielo de su patria; el cual, si triste y melancólico desde entonces, aun despedía luz, porque irizaba desde el cenit hasta nosotros el ilustre octogenario, cuyo nombre no me atrevo á pronunciarlo y cuya memoria, si hace nuestro orgullo, sintetiza también el inmenso dolor que nos ha unido. ¡No hay lazo para la familia humana como el de un mismo pesar, y una misma amargura!

Sí, señores: ayer no más, entre la algazara y el bullicio de la capital del mundo, muere Montalvo, lejos de su patria, y devorado talvez por la nostalgia del proscrito? ¿Qué lágrimas caerían sobre su féretro? ¿Quién habrá tenido la fortuna de sostener la cabeza de ese gigante, mientras exhale el último suspiro de amor por su país, cierre sus ojos y se eleve su espíritu á las inmortales regiones de lo infinito?

Hoy, lejos también de su cuna, acaba de morir el Dr. Cevallos, no proscrito, no alejado de los suyos, porque suyos eran todos los ecuatorianos, sino privándonos también, como Montalvo, de los últimos consuelos que hubieran tenido sus conterráneos al recibir de sus labios la dolorosa despedida á la eternidad y los últimos consejos de un anciano venerable, del varón justo y preclaro, del que venciendo obstáculos, pudo dar cima á su monumental Historia, contándonos en ella, las glorias de la República, sus dolores, aficciones políticas y sociales, y hasta los delitos de sus malos hijos, aconsejándonos cual profeta que, con doliente voz, llama á su pueblo á redimir sus culpas con un porvenir honroso y digno de la libertad americana.

¿Decidme, señores, si estos acontecimientos no son para nosotros, luctuosos é irremediables? La muerte ha querido ocultar bajo su manto la gloria de nuestro suelo, la preciosa vida de los hombres más eminentes de la patria, y la de los ilustres ambateños, cuya existencia para nosotros era el inagotable tesoro de ciencia y virtud.

El cielo del Tungurahua no luce ya sus luminosos astros. Oculto por un negro velo, no tiene luz ni resplandores para nosotros.

La vida de Montalvo, la vida de Cevallos, fueron el sol en el medio día. ¿Por qué no hubo un Josué que detuviera su carrera, mientras la Patria, en ardorosa lucha, entre la duda y la verdad, la luz y las tinieblas, levante el estandarte de la perfección social? ¡Ah! señores, hay existencias que pudieran llamarse necesarias, hay hombres cuya misión no acabaría jamás, mientras haya tinieblas que disipar, obscuridad y sombras que aclarar.

Pero excusadme, señores, que el dolor y el inmenso pesar de una ausencia interminable, me hayan, en cierta manera, arrancado algún concepto inadecuado á la memoria de nuestros eminentes Montalvo y Cevallos: dije que han muerto, como si la tumba pudiese recibir entre sus fúnebres paredes, los eternos resplandores del genio.

Montalvo y Cevallos viajaron al infinito, pero el corazón ecuatoriano conserva la memoria de los padres del progreso y la civilización, y nosotros, señores, que aun gozamos de la luz de sus nombres, rindamos un recuerdo de veneración y amor, á esas sombras que se levantan luminosas, para gloria de la Patria y diadema del esbelto Tungurahua.

—

DISCURSO

del Señor Don Gabriel Garcés.

Señores:

El verdadero sentimiento, el deber y el entusiasmo, han hecho que venga también con mi contingente, con mi ofrenda de lágrimas, á mezclar pensamientos sin belleza, frases sin ternura y colorido con vuestros pensamientos levantados, con vuestras frases armoniosas; como que es grande la idea que nos ha reunido en esta noche, cual es la de honrar las glorias nacionales y llorar la partida sin regreso, á las infinitas mansiones de lo eterno, de uno de los mejores hijos de la patria.

Que la nación deplora la irreparable pérdida de nuestro benemérito historiador nacional el Dr. Pedro Fermín Cevallos, no hay para qué decirlo; porque sus relevantes prendas y eminentes virtudes cívicas; su brillante y lucido desempeño en la gran obra que tomó á su cargo; su recto y desapasionado criterio al juzgar de los hechos y los hombres de su Patria; su asídúo y constante trabajo en bien de la Instrucción Pública y su merecida fama de notable Literato y gran Jurisconsulto; no son para menos que para dejar en la mente de todas las generaciones, impreso con indelebles caracteres, su glorioso é inmortal nombre.

En pocos días ha llorado Ambato la pérdida de dos de sus mejores hijos: Montalvo y Cevallos....
.....Montalvo; ese gigante de las letras america-

nas, que fue á espirar en la capital del mundo tras largos padecimientos físicos y morales; cruzó la inmensidad del Océano; con su pluma sorprendió al mundo y le dejó lleno de admiración. Volvieron sus venerandos restos y hoy reposan en la generosa Guayaquil haciendo silenciosa compañía al Homero ecuatoriano.

Cevallos, después de habernos legado la monumental obra, que le sirve de pedestal de su gloria; después de haber encanecido en el servicio y bien de su Patria; acaba de morir en la Capital de la República, y deja un vacío irreparable por mucho tiempo entre sus amigos y conterráneos. Esta muerte es la que ha venido á llorar el pueblo ambateño; y yo he venido á unir mis lágrimas con las de él, por el ilustre anciano.

ALOCUCION

dirigida al Concejo Municipal por el Presidente
de esta Corporación.

Señores Concejeros Municipales:

La pompa con que acabáis de honrar la memoria de un distinguido ambateño, por mil títulos acreedor al reconocimiento de sus conciudadanos, es muy propia de una Corporación respetable que sabe interpretar el justo duelo de todo un pueblo, y es al mismo tiempo la manifestación de que abrigáis en vuestros corazones los delicados sentimientos de amor, respeto y veneración por los varones egregios que, con sus talentos y virtudes, han ilustrado á su Patria, procurándola días de ventura y engrandecimiento.

El Sr. Dr. Pedro Fermín Cevallos fue uno de esos hombres privilegiados, cuya prolongada existencia, provechosísima para la República, corrió serena y apasible, cultivando varios campos del saber humano y dejando frutos de bendición en el foro, en la literatura y en la historia; hasta que debilitada por el trabajo y los años, acaba de sumergirse en las eternas claridades de lo insondable. No de otra suerte las corrientes cristalinas de nuestro hermoso río, recorren un trayecto dilatado, fertilizando los campos que toca y derramando la abundancia y la vida por dondequiera; hasta que, pobres y cuasi exhaustas, van á perderse en las ondas tumultuosas del caudaloso Patate.

Nació nuestro venerable conterráneo en el período más difícil de nuestra historia, cuando las convulsiones sociales traían conmovido todo el Continente, cuando la libertad y la democracia eran apenas un sentimiento vago, una esperanza lejana perdida todavía en los celajes oscuros de lo porvenir; y fue el Dr. Cevallos testigo presencial de esas terribles tempestades políticas y de esos hechos asombrosos cuya narración debía hacérsela el mismo, cuando se hubiesen serenado los tiempos y desaparecido del escenario los hombres que desempeñaron un alto papel en la homérica epopeya de la emancipación del Nuevo Mundo. Vivió el Sr. Cevallos como destinado por la Providencia para colocar en el altar de la Patria la primera piedra sobre la cual se va levantando el monumento grandioso de la Historia Ecuatoriana; y si otros títulos no atestiguaran los merecimientos de nuestro sabio jurisconsulto y filólogo, bastaría el muy valioso de haber sido el primer historiador de la República, para que la posteridad le dedicase un monumento que perpetuase su memoria, para que su nombre fuese bendecido y para que todos los americanos le proclamasen como á uno de los mayores civilizadores del Continente.

Justísimo, pues, Sres. Concejeros, el homenaje de admiración que habéis rendido á varón tan eminente: grandes fueron sus virtudes, grande la elevación de su espíritu, grandes sus merecimientos. ¿Tuvo por ventura defectos en su vida pública? ¿Por qué no, quién no los tiene? Pero los errores, pero las pasiones, pero las flaquezas se comen los gusanos en la tumba, y no sobreviven mas que las nobles acciones; pues que sólo la virtud es superior á la muerte. Imitemos las virtudes del Dr. Cevallos, encarnémosles en el corazón de nuestros hijos y sea esta la manera con que paguemos el tributo de

gratitud que debemos al que fue gloria de la Patria, honra y prez del suelo que le vió nacer.

Señores Concejeros: Me ha cabido la suerte de presidiros en ocasión tan solemne; perdonadme la pretensión de que mis palabras se registren en el acta de este día; no lo pido por vanidad, sino porque son sagrados los vínculos que me unían al venerando ciego de Ambato: fue mi padrino de pila; mi profesor en jurisprudencia, mi maestro en historia.

Señores! Declaro terminada la sesión.

Juan B. VELA.

DISCURSO

de agradecimiento pronunciado por el niño

Pedro Antonio Sánchez.

Señores Consejeros, Señores:

La profunda amargura en que se hallan los deudos más íntimos del ilustre finado, Sr. Dr. D. Pedro Fermín Cevallos, sin poder ahogarla, para manifestaros su gratitud por los honrosos términos con que acabáis de conmemorarle; me ha permitido que yo, interpretando los sentimientos de aquellos, os manifieste su eterno reconocimiento.

Justo, justísimo es el dolor que nos aqueja: somos americanos; somos ecuatorianos; más aún, so-

mos ambateños, y como tales es mucho mayor para nosotros la pérdida que acabamos de hacer: hemos perdido una gloria continental.

Las tribulaciones no nos dejan. No hace mucho lloramos la muerte en lejanas tierras de otro Prócer ambateño; aun no se enjugan las lágrimas por la irreparable pérdida de esta gloria también continental, cuando otro duelo nos vuelve hoy al llanto.

Querido padre mío, justo es que llores; tú que sabes apreciar el mérito; tú que, á intervalos bien cortos, has ido perdiendo los miembros más íntimos de tu corazón; tú que no contabas ya sino con tu querido tío, quien era tu maestro, protector y segundo padre. Pero no eres el único que llora su memoria: el pueblo todo se halla consternado y te acompaña en tu dolor. Ni puede ser de otra manera: conoce bien las prendas que adornaban al Eximio Historiador y Filólogo, orgullo no sólo del lugar que le vio nacer sino también de la Nación entera. ¡Quiera Dios que sus lecciones no se borren jamás de nuestra memoria y que imitemos con fidelidad su ejemplo!

Si bien es un deber el tributar honores á la memoria de los grandes hombres para estimular á los que les sobrevivimos, también lo es el agradecer de parte de sus deudos á los que con tanto interés y patriotismo contribuyen á ello. Por esto vuelvo á manifestaros, señores, que nuestra gratitud será eterna y que no olvidaremos jamás los actos celebrados hoy por acuerdo de la Ilustre Corporación Municipal, cuyos miembros, especialmente, merecen nuestro más profundo reconocimiento.

CARTA CONFIDENCIAL

Ambato, Junio 11 de 1893.

Sra. D^a Adriana Cevallos de Darquea.

Querida Adriana:

Intencionalmente no te he escrito antes, y si lo hago ahora no es para manifestarte mi pesar; porque bien comprenderás cuál es el que me acompaña, sino para comunicarte la solemnidad con que se ha tributado honores á la memoria de tu papá y mi inolvidable tío.

Ayer, día señalado por la Municipalidad para las exequias y velada literaria, desde las seis de la mañana principiaron los dobles de campana y se enlutó toda la ciudad; no hubo ventana ni tienda que no tuviese la bandera negra; en los edificios públicos el pabellón nacional á media asta. A las nueve y media todos los empleados y un número crecido de particulares nos reunimos en la casa municipal, donde estaba el carro fúnebre lujosamente adornado y con el retrato del tío. A las diez desfiló la procesión con el carro por delante y á los costados de éste el Presidente de la Municipalidad, el Jefe Político, el Concejero Dr. Montalvo y el Secretario D. Francisco Moscoso que llevaban las cintas, detrás los empleados y los particulares y al último la banda de música. El paseo se hizo por la calle de

“CEVALLOS”. Llegada la comitiva á la puerta de la iglesia el Presidente de la Municipalidad y el Párroco tomaron el retrato, lo introdujeron al templo y lo colocaron en el catafalco, preparado con sencillez y mucha elegancia. En la parte superior de éste había la siguiente inscripción: “Las letras ecuatorianas y la provincia de Tungurahua al primer historiador nacional”; al centro: “Pedro Fermín Cevallos, nació el 7 de Julio de 1812 y murió el 21 de Mayo de 1893”; en las columnas laterales, muy elegantes y con emblemas funerarios los letreros: “El Foro—La Tribuna—La Academia—La Patria—La Amistad—La Familia.—Deploran—su muerte—y bendicen—su memoria.—Descance—en paz”.

La misa fue muy solemne y el canto magnífico por los Padres Oblatos. Terminada la función religiosa los mismos que habían introducido el retrato al templo lo sacaron y volvieron á colocarlo en el carro para conducirlo con el mismo acompañamiento al Colegio Bolívar y depositarlo en el salón donde iba á tener lugar la velada.

El salón estuvo muy bien adornado con sencillez y mucho gusto. El retrato con un marco de una corona de cipreces y olivos; á los lados las estatuas de la Historia y la Fama; buen alumbrado, muchas coronas en todo el cuerpo de la pieza y cortinajes de duelo. A las seis y media de la noche dio principio el acto con una marcha fúnebre por la orquesta, luego siguió el discurso del comisionado por la Municipalidad, Dr. Alvarez Arteta, después otros y otros, en cuyos intervalos se tocaban piezas de música adecuadas. Los discursos pronunciados fueron veinticinco, sobresaliendo entre ellos el del Dr. Alvarez, del Dr. Telmo Viteri, del Dr. Montalvo y de D. Francisco Moscoso. Mi hijo Pedro Antonio terminó la velada agradeciendo á la Munici-

palidad y al concurso, en nombre de los deudos, por todos los honores tributados al tío.

Muy solemnes estuvieron los actos, con mucho orden y concurrencia numerosa como no la he visto mayor aquí. El Párroco Dr. Alvarez Arteta me ha dejado muy grato por el interés y generosidad con que se ha portado, haciendo todo lo concerniente á la iglesia como si hubiese sido cosa propia y contribuyendo con varios objetos suyos para el adorno del salón.

Habría querido que presencias todo; aunque no... muchas lágrimas te habrían arrancado; pues no obstante su solemnidad, había mucho de conmovedor y tierno.

Adios, mi Adriana, acepta en unión de los tuyos la sincera condolencia de los míos y dispón de tu afectísimo primo.

Amador M. SANCHEZ.

CORRESPONDENCIA

para "El Republicano".

Ambato, Junio 11 de 1893.

Señor Redactor de "El Republicano":

El 10 de Junio, por resolución del Municipio, tuvieron lugar los funerales en memoria del ilustre finado Sr. Dr. Pedro Fermín Cevallos, como la tierra demostración del pesar que sus conterráneos habían sentido por la muerte del maestro y del amigo, que tanta gloria dio á la República, con su fecundo ingenio de notable historiador, sabio jurisconsulto, insigne literato y distinguido filósofo. A las diez del día á que me refiero, los miembros del Concejo Municipal, las autoridades políticas y numerosos caballeros trasladaron al templo, en una carrosa lujosamente adornada, el retrato del Sr. Dr. Cevallos, para que tengan lugar la exequias ante la figura del anciano estoico, ya que no ha cabido á Ambato la gloria de guardar los restos de uno de sus mejores hijos.

La ceremonia religiosa se efectuó con la majestad y pompa que corresponden á la memoria del Dr. Cevallos, al sentimiento general y al interés que hubo desplegado en ello nuestro común amigo el Sr. Dr. D. Segundo Alvarez Arteta.

Toda la ciudad, durante el día 10, pareció como encantada: las banderas negras, verdadero emblema del dolor, el silencio de las calles, la compos-

tura y moderación de uno que otro transeunte, significaban que la cuna de Cevallos deploraba un acontecimiento luctuoso. Por la noche, del mismo día, en el espacioso salón del Colegio Bolívar tuvo lugar una velada, en la que pronunciaron varias personas de esta ciudad sentimentales y tiernos discursos, en honor de nuestro paisano; hasta yo, Señor Redactor, que no presumo de literato, ni cosa parecida, no pude resistir al deber de manifestar públicamente mi dolor por el fallecimiento de ese venerable anciano, que, no hacía mucho tiempo, en el seno de mi familia, entre los placeres del campo, se había convertido en maestro de todos, corrigiéndonos los errores gramaticales y aleccionándonos en el buen castellano.

Ambato ha demostrado su duelo cual debía. En parte hemos satisfecho una deuda sagrada: honrar la memoria de los ecuatorianos que han dado lustre á la patria.

De U. obediente S. S.

T. TERAN.

UN TRIBUTO.

El día Domingo 21 por la tarde, ha muerto el Señor Dr. D. Pedro Fermín Cevallos. Este acontecimiento nos ha causado profunda sensación de dolor.

Bueno y malo todo sé va de este mundo: lo malo dejando ingratos y negros recuerdos: lo bueno arrastrando tras sí el sentimiento general y conmoviendo tristemente á la sociedad.

En esa vorágine que se llama muerte, todo se hunde: ni buenas prendas, ni virtud, ni talento, ni valor, ni ciencia son respetadas: todo se sume en el insondable abismo del sepulcro y allí se están confundidos, hacinados y convertidos en polvo los filántropos y los sabios, los perversos y los ignorantes. En el sepulcro todos son iguales; pero del sepulcro mismo se levanta una luz esplendorosa que pone de relieve la imagen de los hombres de mérito.

No hay olvido para los buenos: permanecen en la memoria de quienes los conocieron; y la historia, esa arca santa en la que se depositan con respeto los hechos dignos de encomio, induciendo está, á las generaciones posteriores, á tributar homenaje á quien supo ó tuvo la felicidad de distinguirse por sus virtudes.

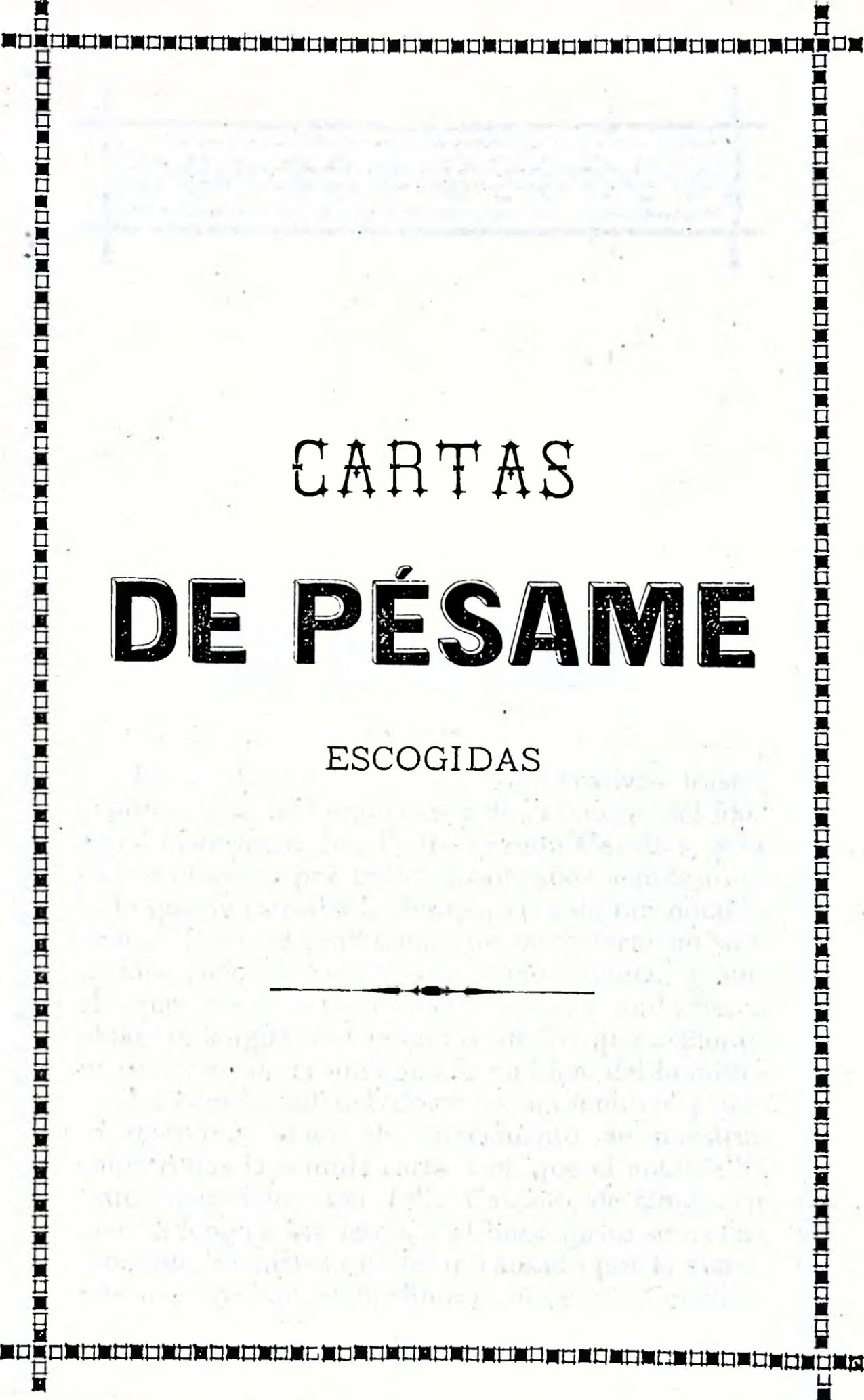
La República y las letras están de duelo por el fallecimiento del Doctor Pedro Fermín Cevallos. Si como ciudadano, si como amante á las letras, si como escritor diestro y galano, pocos le igualarán.

El Dr. Cevallos honraba verdaderamente á la Nación y especialmente á esta ciudad en donde se meció su cuna. Por esto, nos apresuramos á manifestar nuestro dolor, como tributo debido á la memoria de tan egregio ciudadano, noble y leal patricio.

Ambato, á 23 de Mayo de 1893.

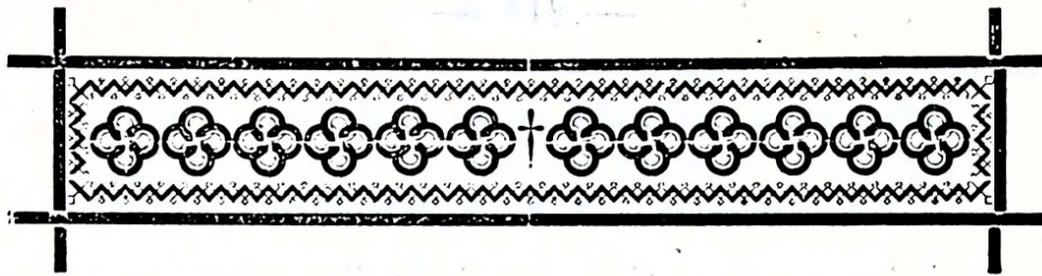
Constantino Fernández, Augusto L. Naranjo, Carlos Fernández, Adriano Montalvo, Julio E. Fernández, Guillermo F. Fernández, Ricardo Martínez, Carlos Hidalgo Albornoz, Isaac Cobo, Víctor M. Benites, Manuel N. Soto, Octavio Váscones, Benjamín Moreno, Alcides Naranjo, Amador Suárez, I. Nicolás Iturralde, Felix R. Anda, Víctor Manuel Cobo, Juan M. Ruiz, A. Nieto, Inocencio López Naranjo, Juan B. Moreira, Rafael Sevilla, Leonidas Suárez, M. del Carmen Pachano, Abel Pachano, Alejandro Sevilla, Fernando D. Váscones, Tomás Cobo, Ramón Vela, Francisco A. Sevilla, Juan Molineros, Gabriel Moscoso, I. Garcés Ricaurte, Emilio Suárez, Elicio Cedeño, Enrique Albornoz, Antonio Andrade, Benigno Pérez, Leonidas Monge, José O. Cobo, Alcides Chacón, Justiniano Barona, Juan N. Robalino, Emilio Cobo, Tobías Cobo V., Agustín Cobo V., Francisco Moscoso, José Suárez Ruiz, Teodomiro L. Chacón, Carlos E. Viteri, Leonidas E. Viteri, Roberto Naranjo, Antonio A. Sánchez, Gabriel E. Ruiz, Manuel Ortega, Carlos Francisco Borja, Luis Hidalgo Albornoz, Juan B. Váscones, Francisco A. Salgado Q., Elías Garcés Ricaurte, Leonidas Cobo.

(De una hoja suelta).



CARTAS
DE PÉSAME

ESCOGIDAS



ECOS DE LA TUMBA.

En su día, en sentidas y significativas frases, la prensa nacional dio cuenta de la muerte del filólogo é historiador don Pedro Fermín Cevallos; y la Nación entera y por todos sus órganos manifestó el duelo que le causaba la desaparición de tan notable varón. Pero, el sentimiento de su muerte no solo ha sido nacional, ha sido americano también; y aun más que americano, de todos cuantos en la tierra hablan la lengua de Cervantes, de los que avaloran los esfuerzos de la inteligencia en bien del hombre.

La comunidad del dolor es un lenitivo, y por eso queremos traer al conocimiento de nuestros compatriotas la sentida carta con que el notable literato venezolano don Julio Calcaño, de familia en quien la lengua, las letras y el buen gusto se ha enseñoreado, manifiesta el pesar causado por la muerte de nuestro inolvidable literato el doctor Cevallos.

Hé aquí la carta del señor Calcaño: (*)

Caracas, 6 de agosto de 1893.

Señora D^a Adriana Cevallos de Darquea.

Distinguida señora de toda mi consideración y aprecio.

He tenido la honra de recibir la fina carta por la cual U. me participa la dolorosa noticia de la muerte de su ilustre padre y amigo mío, el Excmo. Sr. D. Pedro Fermín Cevallos, á quien Dios tenga en gloria.

Por secreto imperio de su grandeza y hermosura nos fuerzan la virtud y el talento á venerarlos y amarlos; por lo que yo, en tantos años de asidua correspondencia, me ví siempre dominado por el respeto y el cariño que la inteligencia y el corazón del Sr. Cevallos me inspiraban. La amistad que espontáneamente me brindó un día, y yo acepté agradecido, ha sido para mí una de las mayores satisfacciones de mi vida; y nadie lo sabe como U., digna hija y compañera inseparable de tan insigne hombre de letras, por lo cual U., aun en medio de su profundo dolor, no ha olvidado que había en estas regiones quien amaba sinceramente al autor de sus días, y compartiría con U. la amargura de pérdida tan grande para la familia, la amistad y la patria americana, á la cual levantó él duradero monumento con los seis volúmenes de la Historia del Ecuador.

(*) Estas líneas precedieron á la carta cuando ésta se publicó por primera vez en "El Radical" sucesor de "El Tiempo" de Guayaquil N^o 212.

La carta de U., si la he recibido como fineza que empeña mi gratitud, me ha conmovido también intensamente, porque toda ella revela la adoración de la hija amantísima y el dolor de la soledad y el abandono.

Pero, señora y amiga mía, su ilustre padre no ha muerto: vive y nos espera en otra patria inmortal; ha dejado el hogar percedero arrebolado por sus virtudes; llena con su nombre los fastos de su patria; se levantó á sí mismo un pedestal glorioso; y honrada su memoria por la República, y llorado por la nación entera, tiene asegurada la perdurabilidad en el corazón de sus conciudadanos y en los anales de las letras castellanas; porque no trabajó él para granjear, sino para honra de su nombre y de su patria, fatigando la mano y el entendimiento en obras que manifiestan su saber, la rectitud de su criterio y la nobleza de sus sentimientos.

Sufrió, es verdad, en los combates de la prensa y en las luchas políticas; pero, á la manera que entre las espinas del rosal nace la hermosura espléndida de la rosa, entre aquellas asperezas, comunes en la vida de los mortales, salió pura y resplandeciente una gran virtud; y no hay en el Ecuador, y en toda la América y en España, varón entendido y virtuoso que no pronuncie su nombre con respeto y amor.

Dios le coronó, además, con una larga existencia; pasó de los ochenta años, y en el discurso de tanto tiempo consagrado á la patria, á las letras, y á la familia, fue como experto piloto; y orzando siempre al bien, y proejando con fuerza en los temporales, llegó con felicidad al puerto de salvamento, á donde pocos llegan sin velas destrozadas y timón roto, al atravesar el golfo tempestuoso de la vida.

Todo esto, y la esperanza de volver á verle en

la patria inmortal, ¿no dicen á U. que su padre vive, que le tiene cerca, y debe U. enjugar las lágrimas que le arranca su ausencia?

Cuanto á mí, siento esta en el alma, porque me priva de una amistad valiosa y leal que había arraigado en mi corazón con la fuerza del cultivo y del tiempo; mas paréceme, cuando leo sus obras, que converso con él, que siento palpar su corazón, y que si no recibo ya sus cartas, es porque ha partido á región más lejana y de difícil acceso, pero donde ni hay amarguras que desazonen, ni tiranos que priven de los bienes externos, ó se arroguen los del ánimo ó embaracen por algún modo su manifestación.

U., su señor esposo, y toda su respetable familia, saben que les acompaño sinceramente en este dolor, que nos es común, y que tienen en mí un verdadero amigo, al cual pueden mandar con fraternal confianza.

Doy á U. las más expresivas gracias por la importante obra que dejó para mí el Sr. Cevallos, y que U. se ha dignado remitirme. Triste y último recuerdo que conservaré con cariño, como que es un testimonio más del afecto y aprecio con que me distinguía el ilustre padre de U.

Crea U. en la respetuosa amistad y cariño de su atento y seguro servidor

Q. B. S. P.

Julio CALCAÑO.

Guayaquil, 27 de mayo de 1893.

Señora D^{ña} Adriana Cevallos de Darquea.

Quito.

Señora y distinguida amiga, no sé qué decirle para manifestarle mi sentimiento por la muerte de su señor padre y predilecto amigo mío. Si para mí, ese acontecimiento ha sido demasiado fuerte, para U., su hija, no tendrá calificativo. No trato siquiera de buscar frases consolatorias: ni yo las encuentro, ni U. las podría escuchar. Con la muerte del Dr. Cevallos, U. y yo hemos sido igualmente heridos, igualmente hemos perdido y somos igualmente infortunados. La comunidad del dolor nos une: recordaremos igualmente á su padre y mi amigo y le rendiremos el culto que la gratitud debe. En su corazón y en el mío vivirá en tanto tengamos aliento.

Con la mayor consideración me suscribo su affmo. amigo y servidor

Q. B. S. P.

J. GOMEZ-CARBO.

Guayaquil, Noviembre 4 de 1893.

Señora D^{ña} Adriana Cevallos de Darquea.

Quito.

Señora de mis respetos:

Nunca es tarde en tratándose del cumplimiento de un sagrado deber.

Si una prolongada ausencia de este lugar y las

dificultades que presenta una larga excursión por las selvas de la costa, me impidieron, en hora oportuna, asistir, así no sea mas que moralmente, al duelo que un inmenso infortunio nacional concretó en su casa, sea esta la ocasión de manifestarle que yo no he sido, no he podido ser, indiferente á la desgracia de que U. ha sido víctima.

Su señor padre de U., en quien veía yo un oráculo, fue mi maestro, mi amigo, mi mentor y él quien muchas veces me condujo con acierto en los arduos debates de la prensa. Sé cuánto su esclarecido nombre significaba para mi patria y cuánto para sus amigos valían sus doctos consejos y sabias advertencias; y es sabiéndolo todo esto que he podido medir la magnitud de la pérdida que han hecho el Ecuador y sus amigos. En cuanto á U., bien sé cómo debe apreciar U. desgracia semejante.....padres como el de U. no los dieron sino Grecia y Roma; pues el señor doctor don Pedro Fermín Cevallos (q. e. p. d.) á la severidad griega unía la entereza y la rectitud romana; y en aquellos tiempos habría dado lustre al siglo de Pericles.

Quizá la estela luminosa que su señor padre ha dejado sobre la tierra, absorva, al contemplarla, una parte de su inmenso dolor. Por lo demás, yo espero que el cielo derramará en su corazón dulces consolaciones, pensando como debe pensar U. en el inevitable reposo que ha alcanzado el espíritu del señor doctor Cevallos en el seno de Dios.....

De U., respetable señora, atento y S. S.
Q. B. S. P.

Pacífico E. ARBOLEDA.

DISCURSOS

PRONUNCIADOS ANTE LA TUMBA

DEL

Dr. Don Pedro Fermín Cevallos

EN EL ACTO DE COLOCAR EN ELLA

UNA LÁPIDA DE MÁRMOL





INVITACION.

Deseando los suscritos honrar la memoria del esclarecido historiador nacional, **D. Pedro Fermín Cevallos**, han acordado colocar una lápida en la bóveda donde descansan sus restos, y con tal motivo, tienen el honor de suplicar á U. se sirva asistir á dicha ceremonia el día de mañana á la 1 p. m.

Quito, Mayo 22 de 1897.

Miguel Angel Carbo, Delfín B. Treviño, Camilo O. Andrade, Antonio Lara H., Alberto Reina, Andrés P. Orcés, Alejandro Nobao, Carlos A. Rivadeneira, César A. Cordero, Eduardo Ribadeneira A., Enrique Morales A., Francisco Game, Félix G. Rubio, Gumercindo Villacís, Gumercindo Yépez, J. Pastor Intriago, José Miguel Rivadeneira, José A. Campi, J. Lorenzo Montero, L. Maximiliano Marín, Manuel A. Franco, Manuel de J. Nevárez, Manuel Paladines, Pedro J. Vera, Rafael A. Palacios, Serafín S. Wither S., Vicente E. Carbo, Wenceslao Ugarte.

DISCURSO

del Señor Doctor Don Camilo O. Andrade.

Señores:

Nos hallamos reunidos en este lugar cumpliendo con un sagrado deber: el que nos dejan los grandes hombres al dar su paso á la vida de la inmortalidad; con esa cláusula obligatoria impuesta por el talento y el trabajo al corazón de cada ciudadano: rendir homenaje á la memoria ilustre.

Hemos querido arrebatár al tiempo su derecho consagrando al eminente ecuatoriano Dr. D. Pedro Fermín Cevallos un recuerdo de admiración á su constancia y á su laboriosidad, y á su corona de flores ya marchitas hemos querido sustituirla con otra que, si más humilde, no es menos hija del respeto y del entusiasmo.

Si dable nos fuera levantar una estatua al historiador, entregado ya al juicio de sus conciudadanos, allí estaría en nuestro apoyo el deseo por el engrandecimiento de la patria, estímulo poderoso que se persigue siempre, y tras el cual van todas las aspiraciones y todos los esfuerzos.

Una lápida de mármol es cuanto hoy podemos ofrecer al atildado escritor, lustre de las letras ecuatorianas, padre y fundador de la Academia en nuestra República, lápida que, si fría en su exterior, lleva encerrado todo el fuego de que es capaz la Juventud, bien así como acontece con nuestros soberbios volcanes, que se hallan coronados por la nie-

ve; pero en cuyas entrañas se alimenta llama inextinguible.

Que la historia severa é imparcial no abandone jamás á la justicia, y yo os prometo, señores, que la tierra ecuatorial invitaría al mundo á contemplar sus monumentos consagrados á los infatigables luchadores por la ventura de los pueblos.

Yo, entre los iniciadores de esta manifestación patriótica, me hallo justamente complacido, como lo están mis compañeros, por haber alcanzado con vuestra presencia la mayor solemnidad de esta ceremonia.

Quede allí constancia del tributo de veneración que al ilustre historiador dedica una juventud que milita al amparo de benéficas ideas y cuyo programa es la justicia, y sus fines, hoy, el abrazo franco y leal entre los miembros de la familia ecuatoriana.

HE DICHO.

DISCURSO

del Señor Don Delfín B. Treviño.

Señores:

En el recuerdo de los pueblos queda siempre la memoria de los benefactores y verdugos de la humanidad; pero sus hechos serían borrados por la mano del tiempo sino hubieran quienes los consignaran en las páginas de la Historia.

La narración de los hechos que, desde el origen del mundo hasta nuestros días, se han sucedido, ha realizado el perfeccionamiento de la humanidad. Un célebre publicista ha dicho: "La Historia es la fotografía de la humanidad y su mejor maestra".

Las enseñanzas de la Historia tienen la elocuencia de los hechos: la exposición de los acontecimientos, con sus antecedentes y consecuencias, dirige el paso de la humanidad sobre la tierra, porque allí se encuentran pintadas, con sus detalles y coloridos propios, las causas que motivaron sus caídas y levantadas, la decadencia y prosperidad de las naciones.

Del horripilante espectáculo del crimen y del vicio surge el apasionamiento á la virtud; de la contemplación de la tiranía brota el amor á la Libertad, y, por fin, del conocimiento de los defectos y extravíos de la humanidad nace la ley moral.

Los principios que rigen el carácter y destinos de los pueblos no son asunto de moda, sino de valor moral, no dependen de la casualidad, sino de la lógica de los sucesos.

La ciencia, el arte, la literatura, la industria y la política le deben su progreso á la Historia; los sentimientos y las costumbres, su mejora y refinamiento.

La influencia civilizadora de la Historia ha llevado á los pueblos á la suprema cultura.

Desde la más elevada hasta la más humilde y desde la más rica hasta la más pobre, no hay clase ni condición social á la cual la Historia le haya negado sus dones.

La Historia le señala á la humanidad la escala de Jacob para que suba al cielo de la perfección.

Pero, señores, el mérito de una obra de arte constituye la gloria del artista que la ejecutó: en la Historia, en ese grandioso, en ese soberbio edificio de materiales sociológicos, admiro á sus autores, y, por esto, mi espíritu se siente regocijado y satisfecho en presencia del homenaje tributado hoy á la memoria del ilustre historiador ecuatoriano, don Pedro Fermín Cevallos.

¡Goce su nombre de la glorificación eterna de la Historia!

HE DICHO.

IMPROVISACION

del Señor Doctor Don Gumercindo Yépez.

Cuando los pueblos se agitan por ostentar el recuerdo de sus hombres prominentes; cuando como al presente se reúnen en un punto para tributar homenajes al mérito, esto significa, Señores, que esos pueblos viven, que esos pueblos esperan, y que al impulso de lo noble y de lo grande, grande y noble será el término á que se inclinan, y perfecta y completa la felicidad á que se han hecho acreedores. El partido liberal, cuyo objetivo se pierde en esa cadena indefinida del perfeccionamiento humano, no podía mirar indiferente la tumba en que yacen los restos venerandos del eminente historiador ecuatoriano, cuyas obras inmortales son y serán la honra de nuestra amada patria; y como un hecho obligado ha resuelto hacer esta manifestación, que significa, no sólo el reconocimiento de la ciencia y altas virtudes de D. Pedro Fermín Cevallos, sino, y lo que es más, la solemne declaración de sus principios, que, así en el orden especulativo, como en el práctico no son otros, que el de mantener incólume y desarrollar sin término la naturaleza racional, aplaudiendo la virtud y corrigiendo el vicio, al rededor de ese punto consagrado por el sentimiento universal: la fraternidad humana. Cevallos, como varón de alma escogida, empleó su existencia en la magna obra de instruirse é instruir al mundo en esas verdades, tan desapercibidas para el pequeño, pero cuya significación y relaciones aprecia el sabio, al estudiar en su conjunto este organismo social de

imperecederas tendencias. Su historia del Ecuador es la cartilla, donde se hallan todos los signos que conducirán al ecuatoriano al amor y engrandecimiento de su patria. En ella palpitan los hechos más trascendentales de una perfección impuesta por el genio y sólo detenida por esos desgraciados obstáculos, que son como el resultado inmediato de una civilización rudimentaria.

Que su trabajo no sea estéril; que su vida útil y ejemplar sea el tipo en que se modele la conducta de la juventud que se levanta, y que las generaciones venideras cosechando el fruto de sus santos esfuerzos, gocen tranquilas del orden y la paz, de que es tan digno el pueblo ecuatoriano.

DISCURSO

de agradecimiento del Sr. D. F. Alberto Darquea.

Señores!

Las expresiones sinceras de la gratitud y el reconocimiento nunca deben hacerse esperar, siendo como son el brote instantáneo del corazón agradecido. Ante el augusto homenaje que acabáis de tributar á la memoria del Dr. D. Pedro Fermín Cevallos, sus deudos no podíamos permanecer indiferentes; ya que, preciándonos de llevar su esclarecido nombre, somos honrados juntamente con él, y los resplandores de su gloria nos iluminan de cerca con intensísima luz. Así pues, excusadme haya querido compartir con vosotros de la solemnidad de este acto; no ya para añadir nuevos lauros á la inmarcesible corona que habéis formado, sino para ofreceros á mi vez la que, entretejida de las siemprevivas de la gratitud y eternos recuerdos, os consagra la familia del ilustre fallecido, objeto de vuestros honores. He venido ha hablaros en su nombre: no veáis, pues, en mis palabras sino la fiel interpretación de los sentimientos de profundo reconocimiento en que ella abunda para con vosotros.

Vuestro entusiasmo y patriótico interés han hecho que, adelantándoos aún á la familia, seáis los primeros en depositar una ofrenda en el altar que aquella ha venido levantando para conmemorar debidamente el 4º aniversario de la muerte de su inolvidable progenitor. Sí señores: de tiempos atrás nos ha dominado el pensamiento de solemnizar, de cuantas maneras nos fuese posible, tan significativa fecha. Por desgracia, no han faltado obstáculos que se han opuesto á la realización de nuestros de-

seos, y hondamente contristados hemos visto pasar el día preciso, postergando por algunos más el suntuoso traslado de sus venerandos restos al mausoleo que poseemos en el cementerio del Tejar, las exequias que se celebrarán con este motivo y la publicación recopilada de cuanto se ha escrito en su memoria; si bien respecto á esta última el atrazo ha venido á ser de sumo provecho, por cuanto ahora tendrá su lugar preferente en ella todo lo relativo al acto en que nos hallamos.

Nuestras mas vehementes aspiraciones se habrían satisfecho si se hubieran juntado en un solo eco y en no lejano día las manifestaciones del patriota con el tierno dolor del afectuoso deudo, deplorando á la vez la patria y el hogar una pérdida para una y otro igualmente irreparable; sin que por esto sea menor nuestro júbilo ni deje de ser más recomendable la generosidad con que los dignos hijos de la costa iniciaron esta espléndida obación y la han llevado á efecto. Para ellos en especial nuestras mas cumplidas gracias.

HE DICHO.

ANTE LA TUMBA

del repúblico eminente, Dr. D. Pedro Fermín Cevallos.

Los Diputados por las provincias del Litoral á la presente Convención, y varios otros costaneros residentes en Quito, habíanse propuesto honrar la memoria del *esclarecido historiador nacional*, **Don Pedro Fermín Cevallos**, colocando en el sepulcro donde reposan sus cenizas, una lápida conmemorativa del cuarto aniversario de su fallecimiento.

Con tan piadoso y patriótico objeto, invitaron á muchas personas de esta capital, para que les acompañaran en su luctuosa romería al cementerio de San Diego, en donde, por lo pronto, se ha depositado el cadáver del ilustre muerto, mientras prepararle un mausoleo digno, en el panteón del Tejar.

Me cupo la honra de ser uno de los de la comisión doliente; pero, más que honra, he tenido por primera vez ocasión de colocarme ante ese sarcófago venerando, que abarca medio siglo del pasado ecuatoriano, y que para lo futuro es un manantial riquísimo, en donde las generaciones vendrán á beber el agua saludable y confortante de la sabiduría, de la moralidad, del patriotismo!.....

Veinte años há que contraje relaciones de amistad con el Dr. Cevallos. Ciertas afinidades misteriosas del corazón, impelieron al grande hombre para que acogiera al pequeño, sin pasar por esas pruebas preliminares, que á veces salen fallidas, burlando la crítica más severa. No: todo pasó entre los dos por una especie de intuición moral, que movió al

Dr. Cevallos á descender al fondo de mi alma, y que me puso á mí en la disposición de recibirle con la avidez y la satisfacción que se recibe la luz en el fondo oscuro, la paz en la conciencia atribulada por la duda, el solaz en la vida agitada por las tormentas del mundo.

Estos recuerdos hánse despertado en mi ánimo á la vista de su muda tumba; y el egregio personaje de entonces, puesto á la altura, donde eleva la muerte á los que sucumben en fuerza sólo del rigor de las leyes de la naturaleza, se me ha presentado en toda su magnificencia, en toda la esplendidez de los hombres seleccionados por Dios, para ser los institutores y los guías de la humanidad.

Los Treviños, los Yépez, los Monges, y varios otros del fúnebre cortejo, se ocuparon en biografiar al ilustre finado con el acierto y la pulcritud con que los buenos oradores conmemoran á los próceres de ultratumba; y por tanto, yo no podía aumentar luz á la luz, ni gloria á la gloria con que revistieron al Dr. Cevallos, para presentarle al público en un día de sentimental recordación. Empero, ¿cómo ahogar en mi pecho la voz de la gratitud, la voz del aplauso por uno de mis maestros más respetados, por uno de mis amigos más queridos, en ocasión en que sus compatriotas levantan el denso velo de su tumba, para recordarlo y bendecirle? No: séame permitido ahora, unirle al concierto de cuantos tributaron justo homenaje al Sr. Cevallos, ya que no me fue dado hacerlo en la ceremonia misma, con el calor y la animación, que tienen, en los actos solemnes, los discursos de viva voz.

Cuando traté de cerca al Dr. Cevallos, dos fueron las dotes que llamaron mi atención, entre las muchas recomendables, que poseía este virtuoso ciudadano: su empeño de enseñar cuanto de bueno

sabía; y su prudencia en el ejercicio de ésta y de otras muchas de sus virtudes.

Por feliz debía contarse, como que lo era, la persona que lograba acercarse lo bastante al Dr. Cevallos, para recibir el don de su ciencia, y sentir el influjo de sus rectos y delicados sentimientos. Cual astro luminoso, que difunde la vida con el calórico y la luz que irradia sobre los astros oscuros de la esfera de su acción: así el personaje en quien me ocupo sabía instilar sus vastos conocimientos en todos los seres que giraban en su derredor. Desde las nociones más triviales de la lingüística, de la lógica y de los números, elevábase, según las circunstancias, hasta los principios de la más alta filosofía. Modelado sobre los perfiles de Sócrates ó de Catón, siempre se le notaba tan modesto y circunspecto, que en ocasiones aparecía como un hombre vulgar y de ninguna importancia; pero, si alguien tocaba las fibras ardientes de su filantrópico corazón, ó excitaba de alguna manera las fuerzas de su poderosa inteligencia, entonces, como el raudal que desciende de lo alto sobre los campos secos y eriazos, llevándoles el germen de nuevos seres, así el admirable pedagogo comunicaba á los espíritus los elementos de la vida intelectual y moral. La falta de pronta penetración en sus oyentes, no le molestaba: la fatiga en esa labor sublime, no le sobrevenía: lo que aniciaba, lo que pretendía, era el adelanto y el mejoramiento de sus semejantes.

Y, ¿en el ejercicio de esta misión celestial, buscaba, por ventura, el lucro, la recompensa, la nominación, siquiera? ¡oh! jamás; y para cersiorarse, basta tener en cuenta que murió pobre, reducido á un pequeño número de amigos, muy buenos, eso sí; y que en sus funerales no sonó el cañón, ni la trompeta de la fama.

Es un premio de Dios remunerador, que los hombres modestos, mueran modestamente. Todos esos aparatos que acompañan los últimos instantes de las personas de elevada categoría, sirven, tan sólo, para impedirles que en esa hora suprema puedan darse la mano con los espíritus bienaventurados, que acuden al lecho del moribundo honrado, pobre y generoso, y que revolotean sobre su cuerpo cercano á disolverse, como las brillantes mariposas en torno de una flor que se extingue, para recoger sus últimos perfumes. Nótase por esto, que mientras más justo es el hombre en la carrera de esta vida, la Divina Providencia le depara una muerte sosegada y llena de esperanzas alhagüeñas; y cuando su recto proceder se eleva hasta la santidad, entonces ese hombre es llevado lejos, muy lejos del tumulto del mundo, para que en éxtasis no interrumpido entregue su espíritu en manos del Hacedor Supremo.

El Doctor Cevallos, *cerrados* sus ojos desde mucho antes, para no ver las escenas desgarradoras, que ocurren al tiempo de la partida eterna; y para poder concentrarse en sí mismo, y reunir todas sus fuerzas espirituales, hallábase tranquilo, firme en sus creencias, elaboradas de buena fe, á la luz de una razón superior, y satisfecho de haber cumplido su alto destino en esta morada del dolor y de las pruebas.

Desgraciado de mí, cuando no pude acompañar á este respetable amigo, en su agonía, en ese acontecimiento, dolorosísimo por cierto, pero muy instructivo para los sobrevivientes que, como yo, ancían recibir lecciones de los que colocados entre la tierra y el cielo, pueden columbrar esos mundos de ciencia positiva, de belleza inmaculada, de felicidad imperecedera. Mas, la estrella que guía mis pasos, me ha sometido al hado rigo-

roso de no venir á esta capital, sino después que las personas de mi afecto y de mi admiración, hubiesen dejado vacío su puesto en la familia humana. Hoy en día, y después de diez años de haber visitado con pena y dolor profundos la tumba del benemérito don Manuel Gómez de la Torre, me ha tocado la suerte, no menos triste, de verter lágrimas y depositar una flor en los sepulcros de los SS. Camilo Donoso Lasso y Pedro Fermín Cevallos: que así sea!

QUITO, MAYO DE 1897.

Manuel Coronel.

* * * NOTA.—La composición del Sr. D. Celiario Monge declamada también en este acto léase en la sección de Poesías.

Los demás discursos y composiciones que se pronunciaron no han podido obtenerse de sus autores.

ACTO DE CONMEMORACION

El día de hoy, al fin, se celebró en la iglesia de San Diego el acto de conmemoración por el aniversario de la fundación de la ciudad de Quito, en el año de 1499. Este acto se celebró con el desagrugio de mandarlos del profesor de San Diego el día de la memoria de los mártires, en donde el Sr. Cevallos había estado años ha un momento de familia, pues hoy se de familia como una tibia para sí que hasta en el sepulcro de los mártires la reunión de los mártires se celebró con los vivos, y los de la tierra que de muchos forman un ser, una entidad social.

Recibidas las invitaciones de costumbre, concurrimos al santuario templo de María, en su significativa conmemoración de las Mercedes, los deudos del Sr. Cevallos que presidieron la asistencia compuesta de jóvenes de la Universidad y de fuera de ella, de médicos, abogados, eclesiásticos, literatos, científicos, políticos, militares, etc., en un momento de la vida de la ciudad.

EXEQUIAS.

El 30 de Junio último se celebraron en la iglesia de la Merced de esta capital, exequias por el descanso del alma de nuestro notable historiador, Dr. D. Pedro Fermín Cevallos. Los venerandos restos de este ilustre patricio se exhumaron la antevíspera con el designio de trasladarlos del panteón de San Diego al de la recoleta de mercenarios, en donde el Sr. Cevallos había erigido años ha un mausoleo de familia; pues hombre de familia como era, tenía para sí que hasta en el sepulcro debía continuar la reunión de quienes en vida hallábanse ligados con los vínculos del amor que honra y consuela, y los de la sangre que de muchos forman un sér, una entidad social.

Recibidas las invitaciones de costumbre, concurren al suntuoso templo de MARÍA, en su significativa advocación de las Mercedes, los deudos del Sr. Cevallos que presidieron la asistencia compuesta de jóvenes de la Universidad y de fuera de ella, de médicos, abogados, eclesiásticos, literatos, comerciantes, propietarios, militares y otros, en no escaso número, formando todos un conjunto de lo más gra-

nado de la sociedad quiteña. Si la invitación fué precisa para que se supiera el día, el lugar y la hora de las exequias, el nombre sólo del Sr. Cevallos era suficiente y eficaz llamamiento para que concurriesen sin distinción unos á encomendarle á Dios, como las señoras que, vestidas de luto, estuvieron en actitud de recogimiento edificante, y otros á dar religioso y solemne testimonio del pesar que aquejaba á la República por tan grave como deplorable pérdida.

El templo estuvo decorado con magnificencia: bajo la cúpula principal, suspenso de su elevado centro, veíase un pabellón negro que, principiando por bajo una cruz, desplegábase gradualmente hasta circuir los tres lados de una mesa fúnebre de grandes dimensiones, al medio de la cual estaba colocado un gran sarcófago negro con filetes de oro, circundado de emblemas blancos de bulto, que significaban diversas virtudes; delante, doce blandones de cera encendidos sobre otros tantos candelabros de más de dos metros de tamaño; y de los lados, al derecho el retrato, de escala natural, del Sr. Cevallos, y al izquierdo una buena pintura al oleo del ángel del dolor vestido de blanco, con las alas replegadas y las manos en la sacra insignia de la redención del linaje humano. Las columnas del templo estaban con sendas colgaduras negras y sobre sus dorados capiteles, leíase en letras de oro: El Foro, La Justicia, La Cátedra, La Prensa, La Historia, La Academia. A lo largo, desde la entrada del frente del presbiterio hasta el catafalco, de trecho en trecho, simétricamente colocadas, hachas de cera sin encender, puestas en dorados candeleros de hermosa forma, adornados, por cierto, con sencillez y buen gusto. Y en el coró, al son de magnífico órgano,

cantaba la comunidad mercenaria las conmovedoras piezas con que la Iglesia solemniza las fiestas fúnebres en que ruega al Señor por el descanso de sus hijos que han partido del tiempo á las indescriptibles regiones de la eternidad.

Ante tan conmovedor espectáculo los concurrentes manifestaban en los semblantes su no común condolencia. Después del Divino Sacrificio y de las ritualidades que siguen, retiróse la asistencia de caballeros á la recolección de la Merced; entró al panteón en el silencio y con la compostura que las circunstancias requerían, y encontró el mausoleo con coronas de ciprés adornadas de una que otra cinta y adecuadas florecillas. Al medio, en lugar prominente, el retrato de nuestro respetable y por múltiples motivos amado compatriota, quien, al poder de nuestro deseo, parecía salir en imagen de la tumba, cual en otro tiempo salió la persona de Lázaro á la voz del cariño de Aquel que habló á la nada y la nada le obedeció, y salió de la nada cuanto visible é invisible existe en nuestro torno.

A la sombra de los muros de los nichos, pues ya el sol descendía al occidente, y durante el suave murmurio de tenue viento entre las ramas del frondoso cedro que, al medio de mausoleos, ostenta su lozana vida entre los muertos, y que á los vivos ofrece sombra á que á su pie descansen; con conmovida voz y respetuoso ademán los Sres. Dr. D. Carlos R. Tobar y Quintiliano Sánchez, miembros de la Academia Ecuatoriana correspondiente de la Real de Madrid de la lengua castellana, pronunciaron los discursos que de ellos se registran en este libro, afectuosos, patrióticos y llenos de verdad; y luego leyeron sus composiciones los jóvenes Sevilla

y Darquea, religioso el primero de la orden de la Merced, y estudiante de la Universidad de Quito el segundo, nietos ambos del historiador.

Tal fué, trazada á breves rasgos, la función religiosa que, por la eterna ventura y en honor del Sr. Dr. D. Pedro Fermín Cevallos, se celebró en la fecha y lugar referidos.

Nuestro erudito filólogo y distinguido académico viva en nuestra memoria y alcance del Dios de las Naciones cesen ya las causas de vergüenza que hoy sonrojan al Ecuador; y que, cual en otros tiempos, personas de buena voluntad trabajen sin intermisión por su engrandecimiento, que, para la expiación de un pueblo que le clama, es bastante lo ocurrido en los días que alcanzamos.

QUITO, JULIO DE 1897.

Francisco Ignacio SALAZAR.

INVITACION DE LA FAMILIA.

Los deudos inmediatos del que fué Sr. Dr. D.

PEDRO FERMIN CEVALLOS

deseando honrar debidamente su memoria, han acordado, en el 4º aniversario de su muerte y traslación de sus restos del cementerio de San Diego al del Tejar, mandar celebrar unas exequias en el templo de la Merced.

Con tal motivo, suplican á Ud. se digne concurrir á ellas el miércoles 30 del presente á la hora de costumbre, y también acompañarles en seguida al acto fúnebre de depositar los restos en el mausoleo que poseen en el último de los cementerios mencionados.

Por uno y otro favor anticipan á Ud. el más profundo agradecimiento.

Quito, Junio 28 de 1897.

DISCURSO

del Señor Doctor Don Carlos R. Tobar.

Hay tal contradicción, Señores, en las cosas de la pobre humana existencia, que puedo llamar grata la fúnebre ceremonia que nos tiene congregados: ¿No será grato, en verdad, para el amor patrio, para el cariño de la familia, para el afecto de la amistad, ver en torno de unos restos inhumados algunos años há, á los parientes, á los amigos, á unos cuantos ciudadanos amantes del buen nombre de la patria, solícitos en manifestar la veneración debida á los despojos de un hombre probo, de un escritor ilustre, de un ciudadano bueno?

Yo sé, Señores, que si los sentimientos que nos animan á los concurrentes pudieran realizar milagros, verificarían el de restituír á la existencia al amigo que, aun después de muerto, ha tenido poder bastante para atraernos y reunir á su rededor una no pequeña agrupación de gentes que le aman todavía.

Tal como la familia del Sr. Dr. Cevallos acaba de exhumar su cadáver, nosotros..... iba á decir algo que no es exacto: iba á decirnos que nosotros hemos sacado también el recuerdo del querido muerto de la tumba del olvido. Nó: nuestro historiador no ha dejado de existir en la memoria de los que le amamos, ni ha sido sepultado como el común de los mortales, ni menos ha desaparecido de la haz de la tierra: el hombre que ha derramado el bien no des-

aparece de entre sus semejantes; el escritor que deja un libro se perpetúa en las generaciones; el pensador que sembró una idea vive sin intermisión en las sociedades, que granjean de ese bien, que se instruyen en ese libro, que, si permitis la frase, piensan y repiensen esa idea y la amplifican y la hacen fecunda, y constituyen, al que la dió origen, en el tronco genealógico, dirélo así, de un árbol frondoso, florido, fructífero, cuyas raíces están sepultadas, no por la muerte, sino para la vida, esto es, para la absorción de una savia que vivifica, desafia los años, los siglos, los tiempos, impotentes para la destrucción de lo que no es materia, de lo que goza de la inmortalidad de lo espiritual.

Tal vez ignorantes, acaso olvidadizas, quizá ingratas las sociedades del provecho que obtienen de sus contemporáneos, hacen, sin embargo, justicia en época más ó menos remota, á estos *hombres gérmenes*, cuyos nombres ocultos como la semilla que alberga el surco, un momento dado brotan al día eterno de lo inmortal, y se muestran esplendorosos hasta á los ojos vendados con las tinieblas de la envidia. Y entonces, hechos visibles, se presentan como ejemplo, la labor ímproba, el cuidado asiduo, la atención sostenida, que exige la perenne fábrica del monumento del crédito que cada uno de los hombres de bien, arena por arena, se lleva levantando desde el día de ir á la escuela hasta el supremo instante en que Dios, con mano de misericordia, cierra la puerta de nuestros dolores: sacrificios de niño, privaciones de joven; estrictez severa de hombre, son los materiales que trabajosamente van sobreponiéndose en el edificio que, sobre ser déleznable como todo lo humano, está sin tregua atacado por los esfuerzos reunidos de cuantos nos rodean,

interesados, al parecer, en que si alguna cosa se levanta no sea sino la acumulación de escombros de un campo de desolación. ¿Puede comprenderse cuánta lucha, cuánta angustia hay en el honrado celo por la defensa de una obra que ha requerido cuarenta, cincuenta, ochenta años de una existencia de batalla sorda y sin brillo, de abnegaciones y por consiguiente de amarguras?

He visto al Sr. Dr. Cevallos no sobrado de bienes de fortuna, achacoso, ciego; pero con la satisfacción íntima de que su existencia no había sido estéril, de que aun cuando se le olvidase al pronto, su memoria tendría una exhumación: él, el historiador, recordaba que hasta nuestras tribus bárbaras acostumbraban erigir una *tola* á sus hombres notables; que los destellos de la lumbré de la justicia, que todo sér racional hospeda en el alma, resplandecen alguna vez aun en los pueblos donde, al creer á su prensa apasionada y al oír á sus ardientes voceros, no hubo nunca más que hombres célebres por la ineptitud ó por la maldad, y dignos solo de la apoteosis del presidio. El sabía que, tras la mortalidad, viene la inmortalidad; que las envidias, los odios, los rencores, producto espontáneo de la perversión, gusanos hórridos que devoran á los vivos, terminan cuando comienzan su labor los que en la tumba cooperan á los horrendos secretos del sepulcro.

Nación en donde no se magnifica á los ciudadanos, no tendrá jamás magnos ciudadanos; por esto juzgo, más que obra de reparación individual, obra patriótica la que efectuamos con el Sr. Dr. Cevallos. Exhumemos, sí, al menos en honores tardíos, á nuestros compatriotas esclarecidos: alcémos-

les del polvo en que acaso se principia á sepultarles en vida y en que se les entierra hondamente después de muertos.

Perdonadle á mi férvido patriotismo que repita: ¿Podrá haber un hombre grande en los pueblos que se empeñan en que no haya sino hombres pequeños?

Por felicidad, nuestra patria no se contará entre esos míseros pueblos: compruébalo el acto que estamos realizando, acto esencial de vida en este recinto de la muerte.

* * * NOTA.—La composición del Sr. D. Quintiliano Sánchez y las de los jóvenes Sevilla y Darquea léanse en la sección de Poesías.

POESIAS.

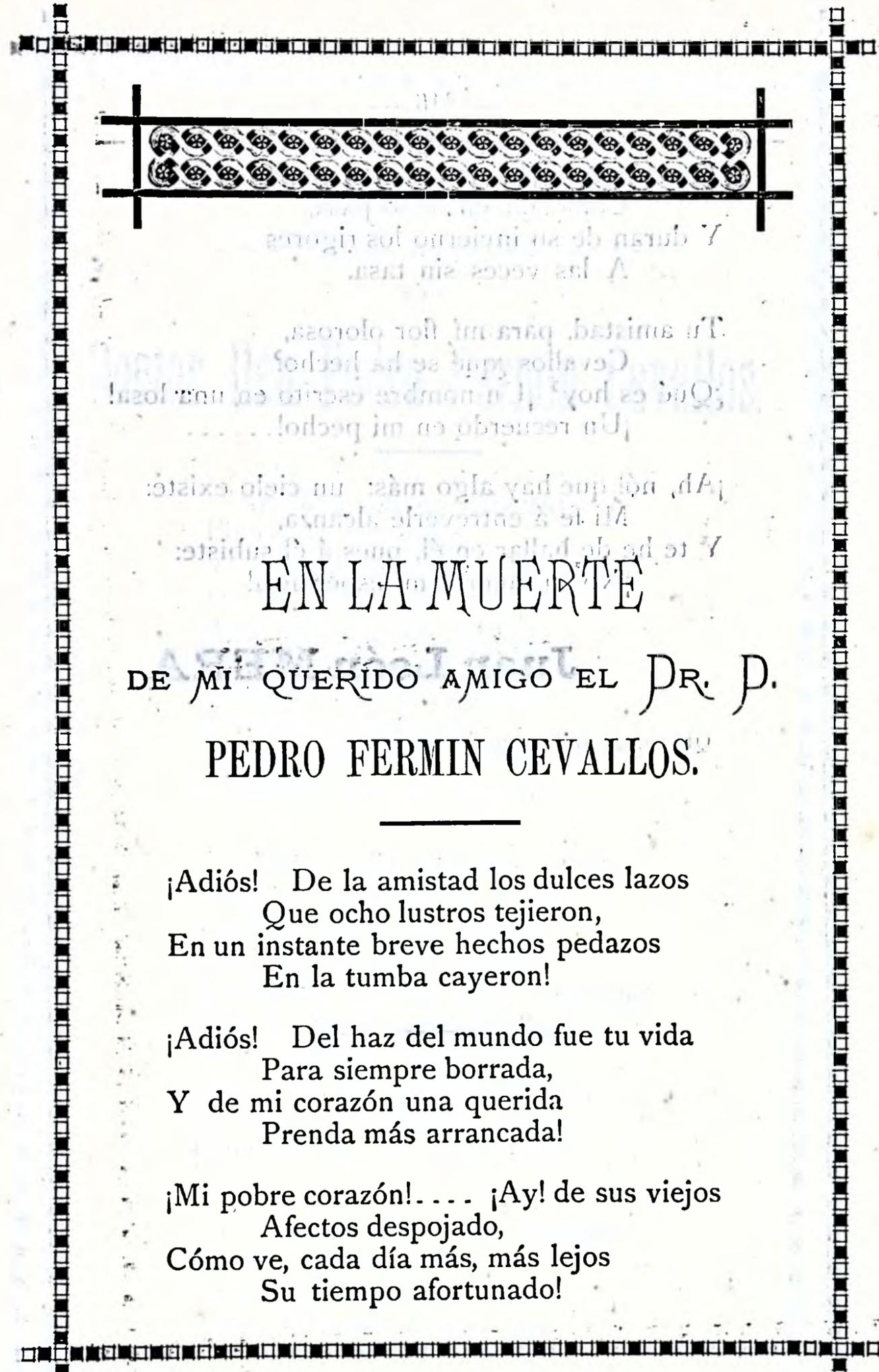
DE MI LIBRERO, SAO EL PR. D.

PIERO FERMIN CEVALLOS.

Adios. De...
Que me...
En un instante he...
En la tumba...

¡Oh! Del fin del mundo...
Para siempre...
Y de mi corazón...
Prendi más arrancada!

Mi...
Al...
Cada día...
Su...



EN LA MUERTE

DE MI QUERIDO AMIGO EL DR. P.
PEDRO FERMIN CEVALLOS.

¡Adiós! De la amistad los dulces lazos
Que ocho lustros tejieron,
En un instante breve hechos pedazos
En la tumba cayeron!

¡Adiós! Del haz del mundo fue tu vida
Para siempre borrada,
Y de mi corazón una querida
Prenda más arrancada!

¡Mi pobre corazón! . . . ¡Ay! de sus viejos
Afectos despojado,
Cómo ve, cada día más, más lejos
Su tiempo afortunado!

Triste es la vida: su estación de flores
Como un ensueño pasa,
Y duran de su invierno los rigores
A las veces sin tasa.

Tu amistad, para mí flor olorosa,
Cevallos ¿qué se ha hecho?
¿Qué es hoy? ¡Un nombre escrito en una losa!
¡Un recuerdo en mi pecho!.....

¡Ah, nó! que hay algo más: un cielo existe:
Mi fe á entreverle alcanza,
Y te he de hallar en él, pues á él subiste:
¡No ha muerto mi esperanza!

Juan León MERA.

QUITO, 23 DE MAYO DE 1893.

JUNTO A LOS RESTOS
DEL
Doctor Don Pedro Fermín Cevallos.

Anciano, cuyos cabellos
Plateó la sabiduría,
Yo vengo á pedirte hoy día
De tu genio los destellos.
Aquí los ángeles bellos,
De tu sueño guardadores,
Coronas de tristes flores
Invisibles depositan,
Y aquí las auras recitan
Plegarias en sus rumores.

Varón, cuya augusta frente
Posó en la cruz, al morir,
Hoy es gloria tu existir
Allá, en luz indeficiente.
Triunfaste, al fin, cual creyente,
Con la fé te engrandeciste,
Y, al espirar, conociste
Que sólo las grandes almas
Alcanzan las áureas palmas
Que no dio la tierra triste.

Fuiste al edén: tus despojos
Mudos, inertes y fríos,
Sollozo á los labios míos
Piden y llanto á mis ojos.

No te causarán enojos
Los cantos de un trovador,
A quien notas de dolor
Tan sólo le da su lira;
Porque, si canta, suspira
Y son sus voces clamor.

Patriota ilustre, afligido
Turbo el sueño de tu gloria;
Padre de la patria historia,
Escúchame conmovido.
Desde que tú te has partido
A las ignotas regiones,
Llanto, duelo y aflicciones
Han fijado su morada
En esta tierra velada
De tristísimos crespones.

Tú la amaste: su ventura
Dio á tu mente inspiración,
Y dieras tu corazón
Por contemplarla en la altura.
A tu mirada fulgura
Radioso su porvenir,
Y quisieras existir
Por verla en la alteza suma,
Y consagrarle tu pluma,
Verla feliz, y morir.

Despierta! oyes? se derrumba
Tu visión y...no despiertes;
Valen más restos inertes
Y el silencio de la tumba.
Viento de desgracia zumba

Dondequier, y desbandadas
Las letras, amedrentadas,
Se van, como aves viajeras,
Dando voces lastimeras,
En pos de ajenas moradas.

No despiertes! Si volvieras
Para narrar nuestra historia,
En sus páginas sin gloria
Llanto de pesar vertieras.
Ya las lecciones severas
Del pasado nada son;
Libertad en ilusión
Y esperanzas, que se mueren,
Cual dardos salvajes, hieren
Todo recto corazón.

Dichoso tú, que al murmullo
De las auras sepulcrales,
Rico en lauros inmortales,
Varón de la patria orgullo,
Te aduermes: nunca el arrullo
De la fama pasajera
Turba la paz hechicera
En que el genio se extasía,
Gozando el hermoso día
De la gloria duradera.

Feliz quien siente alegrías,
Feliz quien se duerme en calma,
Y tiene en el cielo el alma
Inundada en armonías.
Acá, cercado de umbrías
Donde sollozan los vientos,

A la noche, entre concertos
De arpas y cítaras de oro,
Baja un ángel desde el coro,
De los perennes contentos.

Es el ángel que preside
A los estudios del sabio,
Y, en blando y sonoro labio,
A trabajar le decide.
Premios, tras la tumba, pide.
Glorias para la constancia,
Y hace del sepulcro estancia
De escondidos resplandores,
Y, al irse, en vagos rumores
Deja inmortal su fragancia.

Quintiliano SANCHEZ.

CEVALLOS!

Exegi monumentum ære perennius....

HORAT., LIB. III, ODA XXX.

Mármol en que el cincel dio larga vida
A la gloria del genio soberano,
Y augusto bronce que al poder humano
Alzó la admiración orgullecida,

Duran.....mas nunca evitan la caída!
Que lo mismo que al monte, grano á grano,
Los postra el tiempo con roer arcano
Y constancia de siglos no vencida.

De la pluma no así la obra hechicera
En que brilla la luz del pensamiento
Fijado por la imprenta pregonera.

Tal ¡oh Cevallos! tu feliz talento
De la Patria en la Historia justiciera
Dejó tu perdurable monumento!

JUAN ABEL ECHEVERRÍA.

CEVALLOS.

Hoy que ofuscada de dolor la mente
Admiración consagro á su memoria,
Brilla más puro en su procera frente
El sacro lauro que segó en la Historia.

Ah! sí, porque la muerte no es olvido.
Para el que esclavo del deber, ufano
En página inmortal dejó esculpido
Su amor por el progreso ecuatoriano.

Ajeno de pasiones, la justicia
De su clásica pluma se apodera,
Y dando vida á lo pasado, inicia
Del presente el impulso y lo acelera.

En culta frase con encanto fluye
El curso de los hechos que relata,
Con qué indecible anhelo restituye
A la verdad sus fueros, y la acata.

La cátedra y el foro, el periodismo
Hallaron en su espíritu fecundo,
Guiada por la luz del patriotismo
Ciencia que crea y regenera el mundo.

Hay sombras en su cielo, por ventura?
El soplo de la tumba las ahuyenta;
Eterno día el horizonte augura
Que el disco de su gloria se presenta.

Celiano Monge.

ANTE LA TUMBA

DEL EXIMIO AMBATEÑO,

Doctor Don Pedro Fermín Cevallos.

Hablad, hablad ¡oh! tumba solitaria,
Mudas estatuas, sombras pesarosas;
Hablad también, oh brisas rumurosas,
Con vuestra voz de tímida plegaria:
El hombre calla respetuoso y mudo
E inclina reverente
La confundida frente
Ante la ley que esta verdad encierra:
El hombre es polvo y tornará á la tierra;
Pero la fama, fénix que se encumbra
A otras regiones de inmortal grandeza
Y deja de la tierra la penumbra
En donde el *genio* vaga con tristeza,
Ve allá, en la altura, con sagaz mirada,
Que la vida comienza con la muerte:
Hay allá luz inmensa que anonada,
Acá, polvo no más, ceniza inerte.!
Esos yertos despojos
Que miro con respeto
Y ante los cuales núblanse mis ojos
Y se emociona el corazón inquieto,
Del maestro son, del que impulsó, constante,
Hacia la libertad bendita, y santa,
A la generación que se levanta.
¡Llenad naturaleza
El infinito espacio
Con el grave clamor de tu grandeza!
Unico canto de infinita gloria

Para honrar de los *grandes* la memoria.....
! Y Cevallos lo fue! que así lo aclama
Con su trompeta perennal la fama.

* *

Hay, al pie del nevado majestuoso,
Humilde forestal que baña un río;
Es su recuerdo mi mejor tesoro
Y en mis horas de insólita amargura
Suspira el pecho mio
Por ese suelo de matices de oro
En donde vi del sol la lumbre pura;
Y ver pude algo más, cuando más tarde,
Madura la razón, busqué con calma
La luz que vigoriza con sus rayos
El corazón y el alma:
Buscaba yo en mis íntimos desmayos
Algo que no es la ciencia
Ni de pasiones rudas el deseo;
Algo, decía yo, que no lo veo
Pero acaso adivina la conciencia.
Y cuál era ese arcano? Era la IDEA,
En lucha decidida
Con la sombra y temores de la vida.....

Mas si limpio ahora centellea
En mi cerebro aquel ideal bendito
De libertad, es porque fui, sediento,
A beber en la fuente de Cevallos
Y de Montalvo, el sin igual proscriitor;
Este formó de su doctrina el templo,
Con ricas joyas de diamante puro;
Pero aquel, comenzó ya con su ejemplo
Y bien sabéis que comenzar es duro.....

* *

Este, cuyos despojos
Contemplan ¡ay! mis anublados ojos,

Enseñó con cariño
Al pequeñuelo, balbuciente niño
Que buscaba sin mengua
Los primeros ensayos de la lengua;
Y después—cuando amante de su suelo—
Quiso saber su Historia,
Y averiguó con indecible anhelo
De la Patria los triunfos y reveses,
Cevallos le enseñó; sea su memoria
Bendita una y mil veces!
La cátedra y el foro le lloraron;
La Academia y el pueblo le reclaman;
Y, al' recordarle pechos que le amaron;
En suspiros se inflaman;
Pero él ya tiene fija la mirada
En lo que aguarda al *genio* tras la muerte:
Allá luz infinita que anonada,
Y acá, ceniza inerte.

* * *

Dejemos que descanse; es loco empeño
Turbar con mis palabras su reposo
E interrumpirle su tranquilo sueño
Bajo el ciprés añoso.
Dejemos que descanse; mas, en tanto,
Con un respeto santo
Colocaré en su tumba una corona
De verde siempreviva y de inmortales,
A nombre de ese viejo Tungurahua
En cuya ardiente y luminosa fragua
Se retemplan las almas liberales;
Guardémosle silencio, que hable sólo
Naturaleza en su clamor inmenso:
Unico canto de infinita gloria
Para honrar de los *grandes* la memoria.

M. A. Albornoz.

GRANDEZA DE CEVALLOS.

De gozo intenso Clío conmovida
Triunfante entona un himno de victoria,
Al conducir al templo de la gloria
De Cevallos la sombra esclarecida.

Es que al salvar los muros de la vida
Le hizo inmortal del Ecuador su Historia,
Y hoy en bronces se guarda su memoria
En letras diamantinas esculpida.

Asi la Diva le honra con largueza
Y dios entre sus dioses le declara;
Mas no está en esto su mayor grandeza

Ni blasono por ello de ser su hijo,
Sino por los suspiros que lanzara
De amor en su agonía al Crucifijo.

Fray Guillermo Angel SEVILLA.

QUITO, JUNIO 30 DE 1897.

ANTE LA TUMBA

DE MI INOLVIDABLE ABUELO

EL DR. D.

PEDRO FERMIN CEVALLOS

(EL 4º ANIVERSARIO DE SU MUERTE)

Cuatro años há que, abandonando el suelo,
Del ropaje mortal libre y desnudo,
Tu espíritu partió con raudo vuelo
Y otro mundo mejor columbrar pudo,
De entonces, ¡ay!, á la orfandad y duelo
Tu prole condenada, al dardo rudo
De atroz é infausta suerte siempre herida,
En brazos del dolor pasa la vida.

Desamparado está el hogar querido
Que animaba el calor de tu presencia,
Tronchado el árbol y deshecho el nido
Do feliz sonreía la existencia.
Cuando del pecho al postrimer latido,
Diste el adiós de la perenne ausencia,
Las dichas y placer contigo huyeron,
Y contigo, en la tumba, se perdieron.

Cuando ese mármol sepulcral y frío
Despiadado ocultó de nuestros ojos,
En su recinto fúnebre y sombrío,
De tu sér los carísimos despojos,
La vida de ilusión, volviósse hastío,
Nuestras flores trocáronse en abrojos.....
Todo desapareció cual humo vano
Al fatal soplo de terrible arcano.

Sin norte ni timón con rumbo incierto
Surcamos hoy el mar de nuestra vida;
¿Y quién nos guía si el piloto ha muerto,
Y por contrarios vientos combatida
La nave presa es ya del desconcierto
Y juguete de la ola embravecida?
¿Si se extinguió su refulgente faro,
Qué luz dará su bienhechor amparo?

Mas nó, que del destino al recio embate,
Tu mismo nombre y plácida memoria
Nos hace resistir, y en el combate
Siempre alcanzar los lauros de victoria.
Si nuestro pecho de dolor se abate,
Los nítidos destellos de tu gloria
Le animan con su luz vivificante,
Con solícito amor y afán constante.

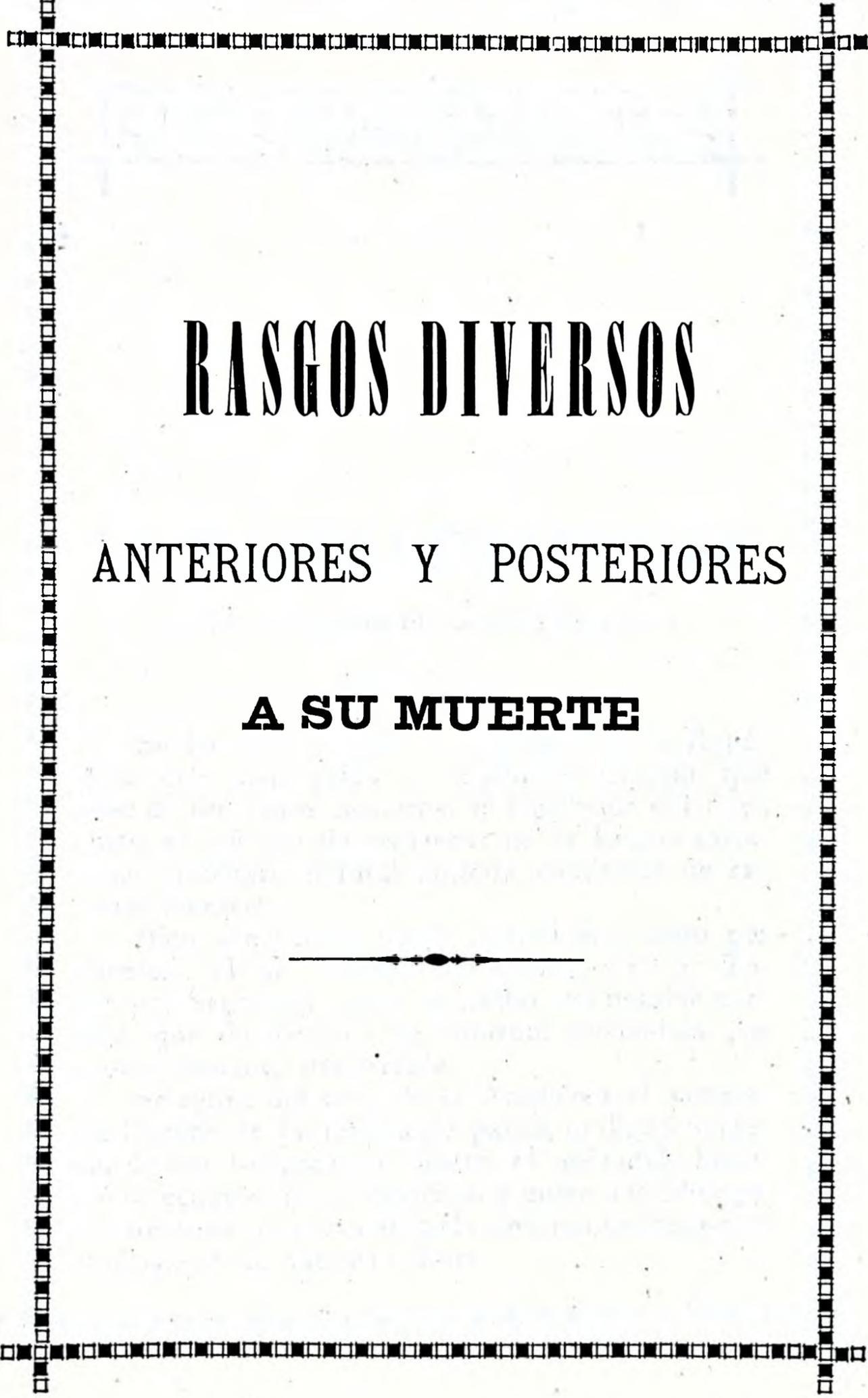
De llorarte perdido al cruel tormento
Buscamos hoy consuelo y lenitivo;

Queremos expresar con tierno acento
Nuestro inmenso dolor y afecto vivo,
Levantando el grandioso monumento
Que al mundo diga en ademán altivo:
La filial gratitud es un tesoro
Preciado mucho más que el mármol y oro.

Hétenos, pues, aquí padre modelo,
Al redor de tu huesa solitaria,
Deseando todos con ardiente anhelo
Lanzar por tí una férvida plegaria.
Escúchanos propicio, rasga el velo
Que denso cubre tu urna funeraria,
Y dignate aceptar mi humilde canto
Sencilla ofrenda del dolor y el llanto.

R. ALBERTO MARQUEA CEVALLOS.

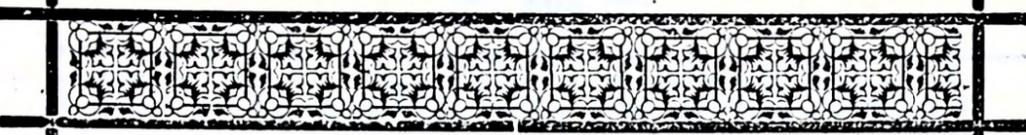
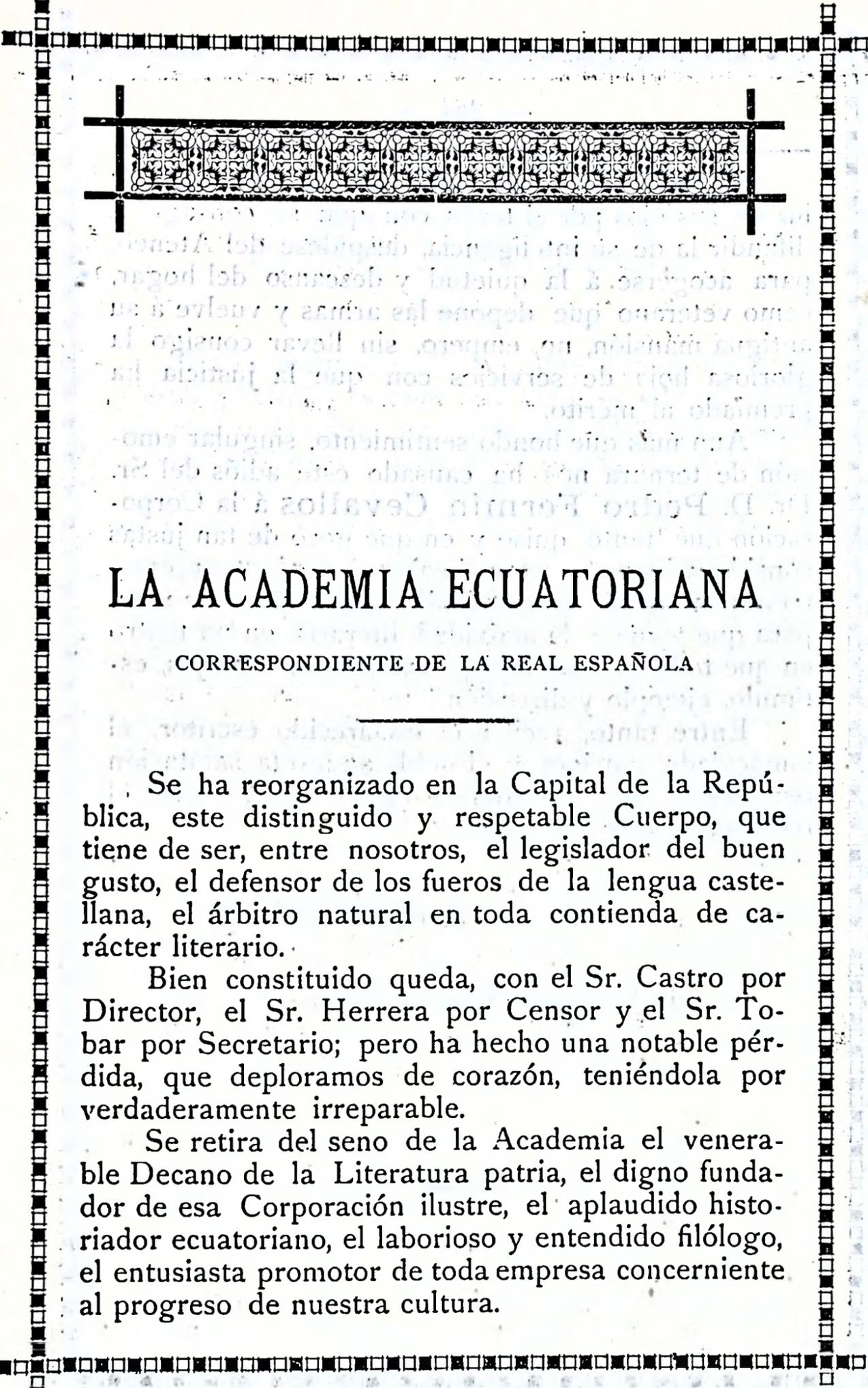
QUITO, JUNIO 30 DE 1897.



RASGOS DIVERSOS

ANTERIORES Y POSTERIORES

A SU MUERTE



LA ACADEMIA ECUATORIANA

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA

Se ha reorganizado en la Capital de la República, este distinguido y respetable Cuerpo, que tiene de ser, entre nosotros, el legislador del buen gusto, el defensor de los fueros de la lengua castellana, el árbitro natural en toda contienda de carácter literario.

Bien constituido queda, con el Sr. Castro por Director, el Sr. Herrera por Censor y el Sr. Tobar por Secretario; pero ha hecho una notable pérdida, que deploramos de corazón, teniéndola por verdaderamente irreparable.

Se retira del seno de la Academia el venerable Decano de la Literatura patria, el digno fundador de esa Corporación ilustre, el aplaudido historiador ecuatoriano, el laborioso y entendido filólogo, el entusiasta promotor de toda empresa concerniente al progreso de nuestra cultura.

Rendido por el incesante trabajo, menguada la luz de sus ojos por el tesón con que se consagró á difundir la de su inteligencia, despídese del Ateneo, para acogerse á la quietud y descanso del hogar, como veterano que depones las armas y vuelve á su antigua mansión, no, empero, sin llevar consigo la gloriosa hoja de servicios con que la justicia ha premiado al mérito.

Aun más que hondo sentimiento, singular emoción de ternura nos ha causado este adiós del Sr. Dr. D. Pedro Fermín Cevallos á la Corporación que tanto quiso y en que gozó de tan justas consideraciones. ¡Devuélvale el Cielo cumplidamente la salud, y concédale largos años de vida, para que torne á la actividad literaria, en un teatro en que todavía son indispensables sus consejos, estímulo, ejemplo y dirección.

Entre tanto, reciba el esclarecido escritor, el immaculado patriota y el noble amigo la salutación respetuosa, que, en nombre del Azuay, le envía el redactor de este periódico:

LUIS CORDERO.

(De la "Gaceta Cuencana". N° 4).

HONRA ECUATORIANA.

En la monumental obra que, con el título de: *Cristóbal Colón, su vida, sus viajes y descubrimientos*, está publicando en Barcelona, Don José María Ascencio, Director de la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla, y miembro correspondiente de la de Historia, hemos encontrado citado el nombre de nuestro viejo historiador Don Pedro Fermín Cevallos. El autor de la verdadera joya artística y científica que editan con gran lujo los Señores Espasa y Compañía, principia su obra con una erudita é importante *Introducción*, en la que se ocupa de investigar el origen de la América y examinar con ilustrado criterio las varias leyendas relativas á la *Atlántida*; y es en esta especie de monografía sobre tan árduo y debatido punto de la Cosmogonía, que el Sr. Ascencio, ocurre á la autoridad de nuestro compatriota (al mismo tiempo que cita á Chavero, Ben Israel, Baldwin, Fostera y otros famosos historiógrafos) y transcribe algunas líneas del *Resumen de la Historia del Ecuador*, en las cuales se trata aunque de paso, del origen y de los primeros pobladores del mundo descubierto por el inmortal Genovés, bajo la protección de los Reyes Católicos.

Tal cita, en cuestión que no es simplemente de historia ecuatoriana, y en una obra que está llamando la atención del mundo ilustrado, es doblemente honrosa no sólo para el distinguido autor del *Resumen*, sino también para la Nación que le cuenta entre sus hijos. Por esto hemos creído justo y patriótico darle mayor publicidad por medio del pe-

riodismo local, ya que la obra en referencia no puede ser muy conocida en todos nuestros círculos sociales. Por lo demás, cúmplenos felicitar al Sr. Dr. Cevallos, quien podrá ver en el ocaso de la vida que, por lo menos, la Fama se encarga, de premiar sus ímprobos trabajos, llevando su nombre esclarecido por los ámbitos del orbe civilizado: sus ojos velados para la luz solar, no lo están aún para las apacibles irradiaciones de la Gloria! Ojalá que el estímulo vigorice su espíritu, y procure utilizar, aun en medio de los achaques, los preciosos días de su vida, en bien de la generación presente y de la posteridad! Para ello bástale continuar nuestros anales contemporáneos hasta la época actual, aunque no sea sino para legarnos la inestimable herencia de una obra *póstuma*: felizmente no le falta á nuestro historiador una hija cariñosa que, cual íntima y fiel secretaria, recoja sus pensamientos y los perpetúe por medio de la escritura, á imitación de las hijas de John Milton.

Sean cuales fueren las exigencias de la pasión política, que regularmente ciega á los hombres y los convierte en campeones de la injusticia; es indudable que el historiador de que nos ocupamos reúne todos los caracteres de idoneidad que son necesarios, con cualquier sistema literario y filosófico, para rendir culto dignamente á la severa Clío. Así, aunque no encontremos en su Resumen la profundidad de Tácito, ni las enérgicas declamaciones de Raynal, Gibbon ó Macaulay, que indudablemente encantan al lector ilustrado; ni la forma poética y galana de Tito Livio, Lamartine y los de su escuela; en cambio no podemos dejar de admirar la exactitud y claridad de la narración, la imparcialidad de criterio, la moderación de principios, la lógica y la moral de las conclusiones y la pureza del lengua-

je que gallardean en toda la obra. De esta manera, la personalidad literaria del Dr. Cevallos se destaca honrosamente entre la de los primeros historiadores hispano-americanos, tales como Pruneda, Baralt, Restrepo, Paz Soldán, Barros Arana, Magariños Cervantes, Mitre, &^a, &^a. Especialmente con D. Rafael María Baralt tiene marcadísimos puntos de contacto; que ambos escritores, filólogos consumados, se distinguen singularmente por el corte clásico de la frase y la pureza con que manejan el armonioso y rico idioma en que escribieron el P. Mariana y Antonio de Solís la *Historia de España* y de la *Conquista de Méjico*, respectivamente.

Como el ilustre é infortunado bardo del Zulia, el prosador ambateño, no ha limitado su fecunda actividad á los trabajos históricos, sino que también se ha dedicado con esmero y éxito notable á purificar entre nosotros el habla que heredamos de la Metrópoli. Su "Breve catálogo de errores, en orden á la lengua y al lenguaje castellanos", y el importante apéndice "Algo sobre galicismos", son opúsculos que pueden figurar dignamente al lado del célebre *Diccionario* de aquél y de las "Apuntaciones críticas", del sabio filólogo colombiano don José Rufino Cuervo; aunque no tenga la extensión de estas obras notabilísimas.

También ha sobresalido el Sr. Dr. Cevallos, como jurisconsulto incorruptible y eminente, y ha enriquecido la bibliografía nacional con su apreciable tratado de "Derecho práctico", único texto de esta naturaleza que se conoce en nuestras universidades. Hoy, finalmente, sobreponiéndose á rebel-des achaques, continúa nuestro ilustre compatriota en incesante labor literaria, como Director de la Academia Ecuatoriana, correspondiente de la Real Española de la lengua, y á su iniciativa y constan-

cia debemos, en gran parte, las importantes *Memorias* que, desde hace algún tiempo, viene publican- do tan docta Corporación, con honra propia y de las letras ecuatorianas.

Manuel N. ARIZAGA.

(De "Los Andes" de Guayaquil).

EL DOCTOR DON
Pedro Fermín Cevallos.

Hemos dado á conocer distintas notabilidades científicas y literarias de diferentes repúblicas americanas. Hoy nos toca insertar el retrato de una personalidad de alta significación en el campo de las letras de América. Nos toca hablar del Dr. Don Pedro Fermín Cevallos, célebre historiador y juris- consulto ecuatoriano, hijo legítimo de don Mariano Cevallos y de doña Victoria Villacreses.

Nació en Ambato el 7 de Julio de 1812.

Las enseñanzas secundaria y superior las reci- bió en el antiguo colegio de San Luis y en la uni- versidad de Quito, y obtenidos los grados de bachi- ller y de doctor en cánones y leyes, se incorporó al

colegio de abogados, en 1838 con el lucimiento correspondiente á sus claros talentos.'

Como diputado por la provincia de Pichincha, concurrió al Congreso de 1847, y por la asamblea nacional de 1852 fue nombrado secretario de ella. En el mismo año desempeñó, por algunos meses, el cargo de ministro de estado, en el gobierno del presidente Urbina, y poco después el de ministro fiscal de la corte superior de Guayaquil. En 1853 fué promovido á la plaza de ministro juez de la corte superior de Quito, en la cual se conservó hasta 1858, mereciendo el aplauso general.

En 1867 publicó las *Instituciones del derecho práctico ecuatoriano*, y habiéndoselas declarado como texto por el consejo general de instrucción pública, obtuvo en propiedad la cátedra de este ramo.

En esta misma época fue nombrado senador por la provincia de Tungurahua; para el congreso que se reunió en el indicado año, y fue nombrado por él como uno de los tres individuos de la comisión codificadora.

En 1870 publicó la primera edición de la importante obra titulada: *Resumen de la Historia del Ecuador*, en cinco tomos, y poco después, también, la primera edición del *Compendio* de la citada obra, del cual, habiéndose declarado igualmente como texto de enseñanza, hizo una segunda edición en 1885.

Antes de esta fecha, publicó también la 5ª edición del *Breve catálogo de errores en orden á la lengua y al lenguaje castellanos*, y en 1886 la 2ª edición del citado *Resumen*, con el agregado del tomo 6º.

El 4 de Mayo de 1875 fue instalada la Academia Ecuatoriana correspondiente de la Real Española, y por ella fue nombrado el Sr. Cevallos su primer director, destino que desempeñó brillante-

mente hasta 1890, en que tuvo que dejarlo á causa de haber cegado.

En 1876 fue nombrado ministro de la suprema corte de justicia, y dejó de serlo por haber sobrevenido la revolución del General Veintemilla en dicho año. En 1883 fue igualmente nombrado para la misma plaza, y desempeñó este destino hasta marzo de 1890, en que lo renunció, por motivo de la ceguera.

Como historiador y como hablista, el Dr. Cevallos es el decano de los escritores y literatos del Ecuador, y uno de los más distinguidos de América. Como jurisconsulto, se ha levantado mucho del nivel común, por su ilustración y honorabilidad; y como hombre político, se ha hecho apreciar por la moderación de principios y la independencia de carácter, no menos que por su desinteresado patriotismo.

Nada debíamos decir de la vida privada del Sr. Cevallos en este esbozo, trazado al correr de la pluma; pero insinuaremos siquiera que, además de todos sus notorios merecimientos, le adornan una modestia admirable y tal suavidad de carácter, que raya en mansedumbre.

(De "El Perú ilustrado" de Lima N° 216).

Nota bibliográfica.

RESUMEN DE LA HISTORIA DEL ECUADOR DESDE SU ORIGEN HASTA 1845, POR PEDRO FERMÍN CEVALLOS (*Individuo de la Academia Ecuatoriana y correspondiente de la Real Española*) Guayaquil. Imprenta de "La Nación"—6 tomos en 8º 1886 y 1887.

Hemos recibido los dos primeros volúmenes de esta obra, cuya segunda edición se imprime actualmente en Guayaquil. Como trabajo tipográfico, aunque bastante malo, lo es menos que muchos otros que conocemos de aquella República. El mismo autor, en carta que tenemos á la vista, se expresa así hablando de la impresión de la obra, aunque se afirme en la portada que ha sido revisada por él: "Le envío el *Resumen de la Historia del Ecuador*, del cual se está haciendo la segunda edición. Al remitirle éste lo hago con vergüenza porque tras el corto mérito de la obra, se halla plagada de mil errores tipográficos, hasta el extremo de haberse aún omitido renglones enteros. La edición se hace sin enviarme las pruebas para su corrección".

Los seis tomos de que la obra consta, comprenden: el 1º la historia de los aborígenes y la de la conquista, hasta el establecimiento del primer gobierno colonial; el 2º el período de la colonia; el 3º la revolución de la independencia, 1809—22; el 4º el período colombiano, 1822—30; el 5º la época ecuatoriana hasta 1845; y el 6º la geografía política.

Es el Sr. Cevallos un escritor sóbrio y castizo, de limpio y agradable estilo, casi siempre llano y nunca enfático ni apasionado.

Suele, empero, cuando describe, comunicar cierta animación á la frase, dar relieve á los personajes, en cuyo espíritu penetra con facilidad, y animación y colorido al paisaje.

Aunque la historia está especialmente destinada á la narración y juicio de los hechos humanos, es á la vez, ó debe serlo, una obra de arte cuya lectura enseñe y deleite. El autor del *Resumen* consigue lo último, no premeditadamente, porque huye de intento del *efectismo* novísimo, sino en virtud de la sencillez del estilo é ingenuidad de la expresión.

En prueba de este aserto, basta leer, en el segundo volumen, las descripciones de la naturaleza ecuatoriana y la narración de las catástrofes producidas en el Ecuador por sus tremendos volcanes.

Mal puede juzgarse definitivamente del valor histórico y literario de la obra sin conocerla por completo, pero ella es tenida en el país del autor por la mejor en su género.

El volumen primero, que comprende la historia de los aborígenes y la conquista española es, en parte, un extracto de la *Historia del Reino de Quito* por Juan Velasco, aunque el autor se separa de su texto siempre que halla otra autoridad histórica (la de Prescott especialmente) mejor documentada ó mas conforme con el buen criterio.

La limpidez del lenguaje, libre de perífrasis y galicismos, el buen método expositivo, y un amor honrado por la verdad y la justicia, visible en toda la obra, aquilatan su mérito y honran á su ya anciano autor.

(De "El Rio de la Plata" de Buenos Aires, N° 33).

LA JUBILACION del historiador Cevallos.

I
Parecíanos próxima la aurora de mejores días para la Patria, de aquellos en que la ciencia y las virtudes cívicas cuenten con eficaces estímulos. En una sociedad bien constituida, no se contenta la justicia con la simple represión del delito; también exige premios para las acciones que lo merezcan.—*No!* ha dicho el Senado del año 90, al rechazar el proyecto, mediante el cual la Cámara de Diputados quiso coronar, como á hurtadillas y en nombre de la Nación, á su notable historiador don Pedro Fermín Cevallos.

Como la letra de la ley es en la que se han apoyado los HH. Senadores para esta negativa, á nosotros, partidarios de la constitucionalidad *suficiente ó insuficiente*, no nos cumple vituperar su conducta, si bien lamentamos el exceso de prudencia en nuestros Legisladores, que por acotar las demasías de un poder casi siempre arbitrario, privó al Congreso de uno de sus más preciosos atributos: el de recompensar el mérito. No siempre tenemos Cámaras independientes, verdad; pero ha logrado con esta restricción la Asamblea del 84 cercenar al Ejecutivo su omnipotencia? El sólo nombra á sus Gobernadores y Ministros, él sólo á sus Plenipotenciarios cómo y cuando le parece, él lo hace todo: fi-

guraos si disminuirá su camarilla ó el número de sus siervos! Y el poder supremo, entre tanto, el Legislativo, nada puede. Buena es la prudencia; pero como la de la serpiente, dijo el Evangelio, y har-to que la probaron nuestros primeros padres.

Y humilde y casi miserable ciertamente era la proyectada corona, y con razón como que se ruborizaba la Patria en ofrecerla al agraciado; pero corona al fin y la primera que para el mérito positivo tegieran sus manos, era de alta significación en nuestra historia, el principio quizás de una nueva éra, la del verdadero imperio de la justicia; pues ni pasiones de bandería ni otro móvil indigno la hacían despreciable ó sospechosa. Y no se diga que en materia de honores y recompensas hayan sido cutres nuestros anteriores Congresos: siquiera en *decretos*, hasta pródigo se ha mostrado siempre el Ecuador, en sus transportes de noble gratitud ó rematado servilismo, ya para manifestar su reconocimiento á Héroes como los Vencedores de Pichincha, ya para engañarse á sí mismo, dorando las cadenas de su esclavitud, como con casi todos sus tiranuelos. Más con las virtudes modestas, sobre todo durante la existencia de quien las cultiva; para con los esfuerzos sostenidos de la inteligencia, en su afán de procurar luz para sus hermanos; primera vez que risueña abría los ojos la Patria, y abrazando el cuello de un respetable anciano, iba á estampar en su frente un beso.—Inconveniente le ha parecido éste al H. Senado: respetémosle en su áustera gravedad.

Pero ha habido consecuencia en sus actos? Muy venerables pueden ser y muy ilustres los SS. *Obispos dimisionarios* presentes y futuros, para quienes no ha existido la Ley que al Sr. Cevallos le dice *vade retro*. Puede publicarse y ser muy bue-

na la historia del Sr. Canónigo González Suárez, para cuya edición votó el Congreso una no despreciable suma. Pero á más de que la Ley es para todos, el mérito de nuestro historiador no es contingente ni probable su obra: ésta en nuestras manos está; y las virtudes de aquél son de todos reconocidas. Pero ya se vé; no es Obispo, no Canónigo: muera por tanto aquí en la oscuridad y la miseria!

II

En la oscuridad? . . . cierto que, nadando ahora su alma en tinieblas, "sólo un color hay para ella en la naturaleza, y ese . . . el de luto!" Pero oscuro el nombre de don Pedro Fermín? Y si exceptuamos los considerandos del mencionado decreto ¿qué gran lustre en esa especie de óbolo, puesto en su bolsillo como por caridad; ni qué mucho la confesión *oficial* de una fama, respetada ya no sólo en el Ecuador, sino un poquito más allá de sus límites? Para hombres como él, cosas son éstas que apenas si merecen una sonrisa, y bien melancólica por cierto, cuando con pié vacilante tocamos el borde mismo de la tumba. La esperanza de galardón más indisputable en las moradas de la luz indeficiente y las dulzuras de una conciencia siempre tranquila, he ahí el blanco de filósofos á lo Cevallos. Exageramos su desprendimiento: sí le hemos inferido una nueva herida con nuestra inconsiderada *festinación*. En el Ecuador, el verdadero mérito resuscita después de siglos. Ayer apenas como que se despertó Abdón Calderón; ya, ya está por ponerse de pié Vicente Solano, y Montalvo. . . . vaya! para que no se despierte no apedreamos todavía su tumba. Y como una de las virtudes más preciadas de D. Pedro Fer-

mín ha sido su acendrado amor á la Patria, sí debe dolerle el dejarla ciega y sorda todavía á la luz y á la voz de Justicia más brillante y elocuente que la que en sólo Códigos campea.

Es conservador, es liberal D. Pedro Fermín? Primera vez quizás que la opinión no se ha hecho esta pregunta, para juzgarle y rendirle justo homenaje. Ni para qué, si en él vemos todos el *vir bonus dicendi peritus*, como al orador definían justamente los antiguos? Y hombres de esta naturaleza se imponen, sin necesidad de ejecutorias firmadas por parcerías. Varón probo á carta cabal, superior siempre al espíritu mezquino de partido, más contento con el oscuro cultivo de la virtud que con el ansia de hacerla brillar por ocultas miras; no era posible que este repúblico, vaciado en la turquesa de mejores tiempos, hallase su puesto en nuestras filas militantes, porque ni nació para esclavo, ni para esto de vivir muriendo en lucha interminable contra la arbitrariedad y la hipocresía. Más como en una alma levantada tampoco es posible la bestial indiferencia, sí ha tomado el Dr. Cevallos, en la vida pública de la Patria, parte más que suficiente para volver con más amor y prisa al apacible retiro del hogar; no sin varios rasguños en el corazón, por supuesto, ni exento de los frutos de la injusticia de los abanderizados, apesar de haber sido él incapaz de inferir jamás á nadie la más leve ofensa. A intervalos por tanto, y no en primer término, ya que nunca la ambición hirvió en su alma, ora en la Magistratura judicial, ora en la política, ha brillado siempre con esa luz pura y tranquila que en el centro de su familia, con la luz envidiable de la virtud sin mancha.—Esto como *vir bonus*, que en cuanto al *dicendi peritus*, ya plumas mejores que la nuestra le han hecho cumplida justicia.

III

No ha sido en verdad la tribuna el teatro del Dr. Cevallos; pero cuántos tesoros de inteligencia y saber en las nutridas páginas de su *Resumen!* Censúrenle otros cuanto quieran la falta de exactitud en varios detalles, cierta cobardía ó timidez en no pocos de sus fallos, algunas inconsecuencias en sus apreciaciones, con relación al criterio principal de la historia, esto es, con relación á la elevada filosofía, en cuyas alas debe el historiador espaciarse por sus ámbitos, etc., etc. Pero para quien sabe lo que es escribir un libro en el Ecuador; para quien haya experimentado la extrema dificultad, en esta tierra, de dar con los materiales que una obra de esa laya exige; para quien haya topado alguna vez con esta apatía de una sociedad muerta y sin estímulo por tanto para el trabajo intelectual, y con Gobiernos de ordinario sin otro ideal que la satisfacción de miserables pasiones; el nombre de nuestro historiador, por su sostenida laboriosidad cuando nada, tiene que ser en extremo querido y sobre modo acatado. En época más feliz, tendrán quizás nuestros nietos mejor historia; pero se amortiguará por esto ni un ápice el esplendor de la auréola que esa frente circuye?

Imposible no es, en verdad, que también América tenga su Tácito, vengador inflexible de la humanidad é inexorable flagelador de tantos invencundos ambiciosos que, después de postrar, han envilecido nuestras Repúblicas. No es difícil que un Macaulay andino, escudriñando nuestras crónicas con mirada profunda, dé á cada cual lo suyo, y poniendo la justicia y la verdad en su puesto nos muestre una región más serena que la mezquina en donde á oscuras se desarrollan nuestros destinos.

Y aún acaso tengamos un Gibbon que, con indolente sonrisa, nos cuente la decadencia y ruina de esta pequeña Roma, viuda-virgen de la omnipotencia y de los fulgores cesáreos, si bien heredera de las desventuras é ignominias de la primera: Sí, "la Historia no es la simple repetición de los mismos hechos aplicados á hombres y épocas diferentes"; ni menos todavía "la mera comprobación de fechas", por más que sea un Chateubriand quien lo afirme. Si el afán de la Historia no ha de ser estéril, ni es su blanco el satisfacer la vana curiosidad; más levantado ha de ser su espíritu y más sublime su magisterio: no se engolfe en la fatigosa narración ni se ahogue en números; muéstrenos el punto de partida, en la peregrinación de un pueblo, y la cima á donde está llamado y que necesariamente ha de coronar, si en verdad es digno de historia; ó lo que es lo mismo, deduzca de lo pasado lecciones para lo presente y luz para lo porvenir.

Mas el crítico que en este punto censura al Dr. Cevallos tiene que tomar en cuenta el tiempo y el lugar que, contra su voluntad de seguro, le han tocado como hombre y como escritor. No han sido color de rosa los días de la patria, durante la existencia de nuestro respetado patricio. Debíó estar muy joven cuando aquella escena del General Otamendi, en Riobamba, y que él mismo con tanta gracia nos refiere. Y bien, como de entonces acá la sucesión de los negros Otamendis y la repetición de esas lanzas en ristre sobre toda ley y derecho han sido incesantes, no nos suspende el melancólico pesimismo que entraña el epígrafe escogido por nuestro autor y que es como el alma de su obra; lo que nos maravillara sería que, apesar de haber sido testigo de *tales proezas*, aun conservase, como nosotros locos, fé inquebrantable en la perfectibili-

dad de nuestra especie.

No por esto se juzgue que consideramos puramente relativo el mérito del Dr. Cevallos: su obra no perecerá; en ella deja su nombre grabado como en granito. Esto de borrar hasta disparates, como nosotros, harto común es y por desgracia muy hacedero: con descoco y audacia está hecho el gasto. Pero eso de dejarse leer de principio á fin, como si por casualidad apuramos un vaso de champagne, sin asomo de fatiga, con interés siempre creciente y con dulcísima y no razonada satisfacción... propio es tan sólo de escritores eminentes, de esos ingenios felices que llegan á obtener palma envidiable, mediante aquella cosa tan fácil de decir y tan ardua de adquirirla á maravilla: el *estilo!* y éste únicamente es el sello infalsificable de las dotes intelectuales, y éste sólo el que abre á un escritor las puertas de la inmortalidad. E irreprochable casi, en este punto, don Pedro Fermín: envidiable corrección y casticismo en la palabra y en la frase, concisión sin oscuridad, claridad sin difusión, elevación nunca desmentida en el pensar, rectitud en el sentir, amenidad en las descripciones, sagacidad suma al penetrar en las causas de los sucesos y en las intenciones de los actores, juego vividor cuando la materia lo requiere, increíble y sencilla ternura en la narración, como en la muerte del Libertador por ejemplo, parsimonia en los adornos, elocuencia brotada de la naturaleza misma de los asuntos que toca, etc., etc. todo campea en nuestro Resumen, como en su propia casa, todo nos manifiesta la riqueza del pincel de tan afortunado artista.

Y he aquí otro motivo de nuestra gratitud para con el Sr. Cevallos; él fue el primero que dio el grito de alarma contra la corrupción completa y escandalosa del habla de nuestros padres, y el prime-

ro que con el ejemplo nos dijo: "no sois indios, no franceses; hablad castellano!" Si bien para la regeneración radical de nuestras letras, hubo necesidad de más eficaz ejemplo y de voz más estentórea que los de un pacífico historiador; fue preciso decimos, un Genio-tempestad y una voz trueno, como Montalvo.

Tal es, en incorrecta miniatura, D. Pedro Fermín Cevallos, como ciudadano y como escritor; *inferior* sin disputa, en virtud y letras, según el parecer del H. Senado, al Ilmo. Pozo, por ejemplo, para quien ha callado la misma Ley, que tan gritona se muestra con el historiador patrio, que va apagándose ciego y en hogar.....no de príncipe por supuesto!

Mas si el vivo y desinteresado aprecio de todos sus conciudadanos, sin distinción de colores, es algo más para el Dr. Cevallos que una mezquina jubilación, ensánchese su alma; en este abrazo de un patriota oscuro pero imparcial, palpita de seguro el corazón de todo el Ecuador ansioso de justicia.—Como no dudamos de su fortaleza en la adversidad, largo, largo sea y tan tranquilo y sereno como de una tarde de Julio el ocaso de nuestro ilustre anciano, cuya apacible sonrisa no disuena al lado del fruncido entrecejo del bilioso autor del Diccionario de galicismos y también historiador, del inmortal Baralt.

ABELARDO MONCAYO.

(Del "Diario de Avisos" de Guayaquil, N° 748).

REVISTA ESPECIAL

PARA "EL SIGLO XIX"

Ambato, Junio 1º de 1897.

Señor Director:

Guayaquil.

Talvez en el Congreso ordinario, tendrá favorable acogida la patriótica idea que tienen algunos Diputados de votar en favor del benemérito Sr. Dr. Pedro Fermín Cevallos una pequeña pensión mensual de cien sucres, como un testimonio de gratitud por los importantes servicios que ese nobilísimo anciano ha prestado á la causa de la civilización y progreso de su Patria. La mitad de su vida la ha gastado el Dr. Cevallos en el más laborioso de los estudios, en el de formar la Historia del Ecuador; y si bien esta obra dista mucho de ser perfecta en su clase; tiene en cambio méritos incuestionables, y será para siempre un monumento de orgullo para la República; pasando el nombre de su ilustre autor como uno de los más gloriosos é inmortales entre los bienhechores de la humanidad. Y no solamente ha servido el Dr. Cevallos á la Patria como historiador, sino que también la ha ilustrado como notable literato, como profesor de jurisprudencia en la Universidad Central, como codificador, como Senador y como uno de los más distinguidos Ministros

de la Corte Suprema. Tanto trabajo, tanta consagración al estudio, le han traído la ceguera; y allí está ese venerable anciano resplandeciente en las tinieblas que le rodean, derramando aún rayos de luz por todas partes y sirviendo de vivo ejemplo á los que desean seguirle en su largo camino de virtudes y grandes cualidades. ¿No sería, pues, digno de los mayores aplausos que el Congreso de 1890 atienda á las necesidades de ese noble ciego, que ha pasado cuarenta años de su vida honrando á su Patria, sirviéndola con interés y completa abnegación? Se premia á los que nada hacen; se ha votado gruesas sumas en favor de tales ó cuales espadachines; se hacen ingentes gastos en pagar á los mismos que devoran al pueblo; pues cómo no se ha de acudir al socorro de un varón ilustre que como el Dr. Cevallos necesita descansar después de tanto trabajo, y ahora que tiene la desgracia de estar ciego y en los últimos días del invierno de su vida? ¡Oh Legisladores de 1890!; bendito sea vuestro feliz pensamiento: haced este acto de justicia y recibiréis los aplausos de todos los ecuatorianos que ven en el Dr. Cevallos una honra, una gloria nacional!.....

Hasta otro correo; soy de Ud., Sr. Director, su muy obsecuente servidor.

JUAN B. VELA.

JUSTICIA AL MÉRITO.

(De "El Telegrama" de Quito, N.º 224).

Reproducimos como acto de estricta justicia, el que la Junta Administrativa del Colegio Nacional de Bolívar acaba de practicar en honra del benemérito y respetable Decano de la Academia ecuatoriana, el Sr. Dr. Pedro Fermín Cevallos. Muy justo es que nuestro distinguido historiador y honorable anciano, reciba antes de cerrar sus ojos, el público testimonio de estimación y respeto que la actual generación tributa á sus virtudes y talentos; estimación y respeto que crecerá en las generaciones futuras, á las cuales pasará el nombre del Dr. Cevallos, rodeado de la aurora de pacífica gloria que se ha conquistado á fuerza de estudio y de labor constante.

He aquí el decreto:

LA JUNTA ADMINISTRATIVA

DEL COLEGIO NACIONAL BOLIVAR,

Teniendo en cuenta que el ilustre decano de los escritores nacionales, Sr. Dr. D. Pedro Fermín Cevallos, con el cuantioso obsequio de obras importantes ha fundado la Biblioteca pública de este establecimiento; y que con sus luminosos escritos históricos y filológicos ha dado lustre á las letras ecuatorianas,

ACUERDA:

Mandar trabajar con uno de los mejores artistas de Quito un retrato al óleo del benemérito an-

ciano, para colocarlo en el Salón de actos del Colegio; pues de esta manera, al propio tiempo que se le tributa un homenaje de reconocimiento y admiración, se estimula á la juventud estudiosa presentándole un ejemplo digno de ser imitado.

Dado en la Sala de sesiones, en Ambato, á 4 de Junio de 1890.

El Rector, *Ricardo Martínez*.—El Profesor de Literatura, *Francisco Moscoso*.—El Profesor de Filosofía, *Celiano Monge*.—El Profesor de Matemáticas y Física, *Eliás Garcés Ricaurte*.—El Profesor de Francés, *Augusto N. Martínez*.—El Profesor de Latín, *Francisco Darquea*.—El Secretario, *Ricardo Callejas*.

Es copia.---El Secretario del Colegio, RICARDO CALLEJAS.

NUESTRO GRABADO.

Don Pedro Fermín Cevallos

En la Humanidad hay grandes virtudes; pero también grandes debilidades.

Un título pomposo y un uniforme nuevo bordado de oro, bastan á veces para provocar entusiasmos delirantes.

Los alamares y relumbrones están siempre de moda, y el ruido de la música apaga siempre el de la pica de los obreros.

La Humanidad es un niño dispuesto constantemente á celebrar el ruido, la forma, el color, todo lo que viene rodeado de aparato y hiere agradablemente sus sentidos; pero rara vez este niño caprichoso é impresionable quiere penetrar en el humilde taller de los obreros de la inteligencia y hacer justo homenaje á la obra y al artífice.

Muy pocos son los genios que han visto en sus sienas la gloriosa corona de laurel que adornó á Zorrilla.

La regla general es la indiferencia y el olvido.

Entre nosotros ha habido un hombre ilustre, y ya muy poco recordado por los nuestros, que merecía en vida una corona y después de su muerte una estatua.

Este es don Pedro Fermín Cevallos, el primer Historiador de la República.

Acometer en este país obra tan grande como la de escribir una historia, en medio de elementos deficientes y luchando con obstáculos de todo género, es empresa de romanos que requiere fuerzas superiores y una voluntad de hierro.

Don Pedro Fermín Cevallos se impuso esta gigantesca labor y echó las bases de ese magnífico monumento de Historia Nacional que ha comenzado á levantar después otro hombre ilustre: el doctor Federico González Suárez.

El primero halló el campo estéril y lo fecundizó con labor ímproba. Su sucesor perfeccionó el trabajo y recogió una abundante cosecha; pero la gloria es del que trazó el primer surco.

Muchos años erró Cevallos en el laberinto de nuestros archivos; y de allí salió con la pluma de Tácito para resucitar el pasado.

Allí está su obra perpetuando su nombre esclarecido á despecho de todos los ingratos.

El autor duerme ya el sueño eterno de la tumba. Su existencia fue una lucha desesperada contra la adversidad, y cuando la justicia vino al fin á tenderle una mano protectora, se abrían para él las puertas de la eternidad y desaparecía de la escena de la vida sin aprovechar del tardío beneficio que se le dispensaba.

EL GRITO DEL PUEBLO se honra hoy presentando á sus lectores el retrato de don Pedro Fermín Cevallos que no debía faltar en su galería de celebridades contemporáneas.

(De "El Grito del Pueblo" de Guayaquil, N.º 670).

Pueumbo, 4 de Marzo de 1897.

Sr. Dr. Don Juan B. Vela.

Quitó.

Distinguido amigo mío:

La última vez que tuve el agrado de estar con Ud., le oí decir que el Sr. Dr. Don Pedro Fermín Cevallos había sido tío suyo; motivo por el que, y por ser Ud. notable hombre de letras, además de excelente patriota, dirijo á Ud. esta carta.

En una de las sesiones de la Academia, tres ó cuatro semanas há-propuse-y mi propuesta fué acogida con entusiasmo, que la Corporación colocase en la tumba de su primer Director una lápida que con-

servase, al menos con la efímera inmortalidad del mármol, la memoria del iniciador de los estudios históricos del país, del decano de nuestros lingüistas y, lo que vale más que todo esto, del ciudadano probo, del modesto y laborioso obrero de la cultura pacífica, cierta, honorable, dirélo así, de la Patria ecuatoriana.

Alberdi, si no me equivoco, expresa entre las causas de las frecuentes revoluciones de nuestras malaventuradas Repúblicas, la prodigalidad con que se erigen monumentos, se dedican paseos y calles á cualquier guerrero de heroísmo dudoso y de aun más dudosas virtudes, mientras los hombres de ciencia, de letras, los filántropos, los verdaderos benefactores de la humanidad se llevan consigo los propios nombres ascendidos sin duda por la misma evaporación luminosa de sus méritos: por esto en Sud-América, al contrario de lo que pasa en Europa y en Estados Unidos, no hay estatuas que recuerden sabios, ni sabios que merezcan estatuas, ya que no se les hace surgir de nuestras sociedades por alguno de los estímulos que todos necesitamos para no perdernos en el polvo común que huellan generaciones nacidas sólo, al parecer, para aumentar en breve los granillos de ese mismo polvo.

¡Qué estímulo, qué propulsor tan poderoso del progreso y felicidad de estas nuevas sociedades no sería el dar los nombres de los sabios, de los buenos, de los patriotas honradamente pacíficos, á las escuelas, á los colegios, á las plazas, á las poblaciones, dejando para perpetuar los renombres militares las casernas, los navíos blindados, los monitores y las torpederas! Habría además, algo de la justicia distributiva, algo en el premio de adecuado al trabajo. Tan impropio se encontrará que á un liceo no militar se denomine "Instituto Antonio Ricaurte"

como que á una obra de fortificación se llame "Baluarte Andrés Bello". Sin embargo, si en Sevilla hay un teatro "Cervantes", en Quito hay un teatro "Sucre". Como los niños continuaremos, quien sabe hasta cuando, absortos ante los brillantes ropajes de la milicia.

Presido en la actualidad, Sr. Don Juan Benigno, el Comité para la erección de un monumento á los próceres del 10 de Agosto de 1809, y creo completar mis patrióticas aspiraciones empeñándome en la obtención de lápidas, de recuerdos siquiera modestos, dedicados á nuestros prohombres de la ciencia y de la literatura, de la beneficencia y del magisterio, del arte y de la industria. La humanidad, por otra parte, no se propone, al erigir monumentos, el estéril objeto de halagar el apellido de un muerto, ni enorgullecer la familia que de él descende y que acaso de él ha degenerado: propónese el fin nobilísimo de estimular á las generaciones presentes y venideras; es más bien un símbolo de lo que necesitará un pueblo que de la perfección que alcanzó; es tanto un recuerdo á los vivos como un recuerdo de los muertos; es un llamamiento á las virtudes del patriota que vive ó que vivirá, al mismo tiempo que la prueba de respetuoso cariño á un ciudadano que quizá los contemporáneos envidiaron por su mérito ú odiaron como á Aristides por el cansancio de oír llamarle justo.

Pero, Señor Doctor, el agrado de conversar con Ud. y de hacer consideraciones acerca de los muchos puntos que merecen ser tratados por los educadores del patriotismo en el Ecuador, vá haciéndome olvidar el que ha motivado esta carta, á saber, el pedir á Ud. que, comunicando á los deudos del Sr. Dr. Cevallos la resolución de la Academia, se les insinúe la compra de la tumba que guarda los

restos de nuestro historiador, á fin de que no pasemos por la amargura de que estén ya perdidos cuando la Academia Ecuatoriana se encuentre en posibilidad de cumplir sus deseos, que será con lo primero que el Gobierno nos satisfaga por cuenta de lo que nos adeuda.

Sé que siquiera recordarle los merecimientos del Señor tío suyo, trae á Ud. legítima satisfacción, y he querido proporcionársela, proporcionándome yo (vea si no soy egoísta) la de volver á suscribirme de Ud. atento servidor y afectuoso amigo

Carlos R. TOBAR.

la ternura propia de la orfandad y del dolor.

Si tu existencia fue una de mis más gratas ilusiones y mi vida toda la había consagrado á tu cuidado; si tu respetable presencia había constituido mi dicha y bienestar y tu solicitud cariño hacia mí y todos los míos no tuvo límites; ¿cuál no será el vacío irremediable que has dejado en el hogar y cuán triste y desamparado no se hallará mi corazón con tu ausencia eterna... Ahí que cambio que transformación! Todo ha terminado para mí: han desaparecido los días placenteros que disfruté contigo y ya no existen sino los desgarradores recuerdos del pasado y el pesar más intenso é indefinible.

Sin embargo, tu idolatrada imagen se halla

ULTIMA PAGINA.

A MI ADORADO PADRE.

Un deseo irresistible me ha impulsado, venerable Señor y padre mío, á dedicarte también un pensamiento en este digno folleto. Pues, si es verdad que mis limitadas facultades deberían retraerme; el derecho que á todos nos asiste para expresar los íntimos sentimientos del alma, me ha inducido á dar expansión á la mía, significándote los que en ella abrigo, con el lenguaje sencillo y natural de la hija que deplora la mayor de sus desdichas, y la ternura propia de la orfandad y del dolor.

Si tu existencia fue una de mis más gratas ilusiones y mi vida toda la había consagrado á tu cuidado; si tu respetable presencia había constituido mi dicha y bienestar y tu solícito cariño hacia mí y todos los míos no tuvo límites; ¿cuál no será el vacío irreparable que has dejado en el hogar y cuán triste y desamparado no se hallará mi corazón con tu ausencia eterna.....? ¡Ah! qué cambio, qué transformación! Todo ha terminado para mí; han desaparecido los días placenteros que disfruté contigo, y ya no existen sino los desgarradores recuerdos del pasado y el pesar más intenso é indefinible.

Sin embargo, tu idolatrada imagen se halla

impresa profundamente en mi alma, no se aparta de mi pensamiento un solo instante y me acompañará mientras viva.

Intencionalmentè he escogido el último lugar en esta serie de recuerdos; porque si bien el mío tiene el valor del verdadero é incomparable afecto, carece, entretanto, de la importancia y expresión de los demás.

Acéptalo, pues, amantísimo y respetado padre, como humilde tributo del filial amor, y ruega por mí al Todopoderoso, hasta que nos volvamos á unir allá en el cielo.

ADRIANA CEVALLOS DE BARQUEA.

INDICE.

	PÁGS.
ADVERTENCIA.....	V
El Dr. D. Pedro Fermín Cevallos: Biografía por el Sr. D. + Juan León Mera.....	I
Elogio fúnebre, por el Sr. Dr. D. Julio Castro.....	53

ECOS DE LA PRENSA.

El Dr. D. Pedro Fermín Cevallos: de "El Globo Literario" + de Guayaquil, por el Sr. D. José Gómez Carbo.....	73
Duelo Nacional: de "El Heraldó" de Quito.....	94
Otra tumba: de "Los Andes" de Guayaquil.....	97
Editorial de "Los Andes" de Guayaquil.....	97
El Dr. Pedro Fermín Cevallos: de "La Revista Ecuatoria- toriana" de Quito.....	100
Duelo Nacional: de "La Nación" de Guayaquil.....	108
Editorial de "La Nación" de Guayaquil.....	109
Duelo de la República y luto de las letras Sudamericanas: de "El Republicano" de Quito.....	111
Editorial de "La Patria" de Babahoyo, por el Sr. D. Eze- quiel Calle.....	112
Correspondencia telegráfica para "El Globo".....	115
Editorial de "El Globo" de Guayaquil.....	115
Duelo Nacional: de "El Globo" de Guayaquil, por el Sr. Dr. D. Vicente Benites.....	122
Obito: de "El Industrial" de Quito.....	123
El Dr. Pedro Fermín Cevallos: de "La Unión Literaria" de Cuenca.....	124

	PÁGS.
Editorial de "El Diario de Avisos" de Guayaquil.....	126
Para honrar una memoria ilustre: de "El Republicano" de Quito.....	128
Editorial de "El Bolivarense" de Guaranda.....	129
Duelo: de "El Radical" sucesor de "El Tiempo" de Gua- yaquil.....	131
Fracmento de correspondencia al "Diario de Avisos", por el Sr. D. Manuel J. Calle.....	132
Duelo: de "La Educación Popular" de Quito, por el Sr. D. Daniel E. Proaño.....	135
Duelo Nacional: de "El Correo" de Portoviejo.....	136
Duelo Nacional: de "El Artesano" de Quito.....	137
Exequias: de "El Correo" de Portoviejo.....	137
Fallecimiento: de "El Republicano" de Quito.....	138
El Doctor Don Pedro Fermín Cevallos: necrología por el Sr. † D. Juan León Mera.....	139
Pedro Fermín Cevallos: necrología por el Sr. D. Leonidas Pallares Arteta.....	144
El Doctor Don Pedro Fermín Cevallos: necrología por el Sr. Dr. D. Emilio M. Terán.....	145
Telegramas de duelo.....	147

HOMENAJES TRIBUTADOS

EN LA CIUDAD DE AMBATO.

Preámbulo, por el Sr. D. Celiano Monge.....	153
Correspondencia tomada del "Diario de Avisos".....	156
Resolución del Concejo Cantonal.....	159
Invitación de idem.....	160
Discurso del Sr. Dr. D. Segundo Alvarez Arteta.....	161
„ + del Sr. D. Francisco Moscoso.....	166
„ + del Sr. D. Rafael María Mata.....	170
„ del Sr. Dr. D. Telmo R. Viteri.....	173
„ del Sr. D. Pío López.....	180
„ + del Sr. Dr. D. Adriano Montalvo.....	184
„ del Sr. Dr. D. Gabriel Moscoso.....	187
„ del Sr. D. José O. Cobo.....	189
„ del Sr. D. Miguel Angel Albornoz.....	191
„ del Sr. D. Temístocles Terán.....	192
„ del Sr. D. Gabriel Garcés.....	195
Alocución del Presidente del Concejo Municipal, Dr. D.	

	PÁGS.
Juan Benigno Vela.....	197
Discurso de agradecimiento pronunciado por el niño Pedro Antonio Sánchez.....	199
+ Carta confidencial del Sr. Dr. D. Amador M. Sánchez....	201
Correspondencia para "El Republicano".....	204
Un tributo.....	206

CARTAS DE PÉSAME ESCOGIDAS.

Del Sr. D. Julio Calcaño.....	211
Del Sr. D. José Gómez Carbo.....	215
Del Sr. D. Pacífico Arboleda.....	215

DISCURSOS PRONUNCIADOS

EN EL ACTO DE COLOCACIÓN DE UNA LÁPIDA.

Invitación.....	219
Discurso del Sr. Dr. D. Camilo O. Andrade.....	220
del Sr. D. Delfín B. Treviño.....	222
Improvisación del Sr. Dr. D. Gumercindo Yépez.....	224
Discurso de agradecimiento del Sr. D. F. Alberto Darquea.....	226
Ante la tumba del repúblico eminente, Dr. D. Pedro Fermín Cevallos, por el Sr. Dr. D. Manuel Coronel.....	228

ACTO DE CONMEMORACION

DE LA FAMILIA.

Descripción del acto, por el Sr. Dr. D. Francisco Ignacio Salazar.....	233
Invitación de la familia.....	237
Discurso del Sr. Dr. D. Carlos R. Tobar.....	238

POESIAS.

En la muerte de mi querido amigo el Dr. D. Pedro Fermín Cevallos: + Juan León Mera.....	245
---	-----

	PÁGS-
Junto á los restos del Dr. D. Pedro Fermín Cevallos: Quintiliano Sánchez.....	247
Cevallos!: Juan Abel Echeverría.....	251
Cevallos: Celiano Monge.....	252
Ante la tumba del eximio ambateño, Dr. D. Pedro Fermín Cevallos: Miguel Angel Albornoz.....	253
Grandeza de Cevallos: Guillermo Angel Sevilla.....	256
Ante la tumba de mi inolvidable abuelo: F. Alberto Darquea Cevallos.....	257

RASGOS DIVERSOS.

La Academia Ecuatoriana, por el Sr. Dr. D. Luis Cordeiro.....	263
+ Honra Ecuatoriana, por el Sr. Dr. D. Manuel N. Arízaga..	265
El Dr. D. Pedro Fermín Cevallos: de "El Perú Ilustrado" de Lima.....	268
Nota bibliográfica: de "El Río de la Plata" de Buenos Aires.....	271
La Jubilación del historiador Cevallos, por el Sr. D. Abelardo Moncayo.....	273
Revista especial para el "Siglo XIX", por el Sr. Dr. Don Juan Benigno Vela.....	281
Justicia al mérito: de "El Telegrama" de Quito.....	283
Nuestro grabado: de "El Grito del Pueblo" de Guayaquil..	284
Carta del Sr. Dr. D. Carlos R. Tobar.....	286
Ultima página: +Adriana Cevallos de Darquea.....	290

